81968

La Niña Dorris

ES PROPIEDAD

R 1505

LA NIÑA DORRIT

POR

CARLOS DICKENS

TRADUCCIÓN DE

Enrique Leopoldo de Verneuil

ILUSTRACIÓN DE

MARIANO FOIX

TOMO II

11-C
5027

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias-March*, 95
1885

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

LIBRO II

RIQUEZA

CAPÍTULO I

Los compañeros de viaje

ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS ALICANTE

La oscuridad de una noche de otoño comenzaba á extenderse lentamente sobre los más altos picos de los Alpes.

Era la época de la vendimia en los valles del Paso del Gran San Bernardo, por la parte de Suiza, y en las orillas del lago de Ginebra; la atmósfera estaba cargada de las emanaciones de la uva recogida; y en las estrechas calles montañosas del pueblo, las banastas y barriles, llenos del sabroso fruto, cerraban casi el paso.

El día había sido magnífico, con una atmósfera tan despejada, que los habitantes pudieron divisar lejanos campanarios que no solían ver con frecuencia, y las nevadas cumbres de las montañas que se destacaban claramente en el hori-

zonte elevándose á increíble altura. Varios picos célebres que durante meses enteros no se podían distinguir desde el valle, tan altos, que cuando la oscuridad de la noche ocultaba ya su base, iluminaban su cima con un tinte purpúreo los últimos rayos del sol poniente, divisábanse ahora en su aislamiento, semejantes á gigantescos fantasmas, dominando la región de las sombras.

La oscuridad, subiendo más rápidamente que algunos viajeros montados en mulas, había alcanzado ya las altas paredes del convento; y así como al calor del día sucedía el frío penetrante del aire enrarecido de las montañas, del mismo modo á los verdes campos de la llanura seguíase un paisaje árido y triste. Los viajeros avanzaban por un sendero muy escabroso, bordeado de precipicios, á lo largo de los cuales los mulos trepaban de una á otra peña, cual si subieran por los escalones desgastados de una gigantesca escalera.

Los cuadrúpedos, fatigados por tan larga y penosa ascensión, proseguían su marcha lentamente por la escabrosa senda. Delante iba el guía, con su sombrero de anchas alas, su férreo palo al hombro, y conduciendo de la brida el primer mulo, lo cual no le impedía hablar con uno de sus camaradas. En cuanto á los viajeros, iban silenciosos, pues el cansancio y el frío glacial de aquella región no eran muy á propósito para inducirlos á conversar.

Por fin, desde la cima de la escabrosa pendiente una luz súbita iluminó la nieve, atravesando la espesa bruma; los guías estimularon á sus cuadrúpedos, que erguían las orejas; y los caminantes hallaron otra vez el uso de la palabra, al ver que llegaban á las puertas del convento. Huyendo de la confusión exterior, que se calmó poco á poco, á medida que se instalaban las caballerías en la cuadra, los viajeros se apresuraron á franquear la escalera, tiritando de frío, para penetrar en el hospitalario asilo.

En el interior del convento veíanse largas galerías abovedadas, enormes pilares de cal y canto, anchas escaleras y gruesos muros con ventanas semejantes á troneras, fortificaciones levantadas para resistir los terribles huracanes de la montaña, tan temibles como otros tantos sitiadores, cuyo asalto era preciso rechazar.

En tal edificio fué donde los recién llegados se reunieron al rededor de la chimenea, cuando dos jóvenes monjes les hubieron indicado sus habitaciones. Los viajeros formaban tres grupos distintos: el primero, el más numeroso é importante, y que alcanzó por el camino el segundo, componíase de una dama de cierta edad, de dos caballeros de cabello gris, dos señoritas y su hermano. Estos viajeros de distinción iban seguidos, sin contar cuatro guías, de un correo, dos lacayos de á pié y dos camareras. El grupo que les había dado alcance, prosiguiendo la ruta en su compañía, reducíase á tres personas, una señora y dos caballeros; y el último, en fin, que había precedido á los demás, se componía de un profesor aleman y dos discípulos suyos.

Las personas que formaban estos tres grupos se habían sentado cerca del fuego, y mirábanse con bastante indiferencia, esperando la hora de cenar. Uno solo de los viajeros, perteneciente al grupo más reducido, parecía dispuesto á entablar la conversación, y deseoso sin duda de generalizarla, dirigió á sus dos compañeros algunas palabras que eran una indirecta al jefe de la tribu más importante, como para inducir á éste á contestar, diciendo entre otras cosas que el día había sido muy fatigoso para las damas, sobre todo para una señorita que al parecer no estaba acostumbrada á vencer las dificultades que ofrece una marcha penosa. Como esta primera tentativa no surtiese el efecto apetecido, el viajero acabó por llamar la atención del padre diciéndole que esperaba que la señorita se habría repuesto del cansancio, sin lamentarse de las molestias pasadas.

—Le agradezco á usted su buena voluntad, caballero—contestó el padre; — mi hija se ha repuesto completamente, y se complace mucho en admirar las bellezas del paisaje.

— Sin duda no estará acostumbrada á las montañas — dijo el viajero.

— No... ¡ hem !... seguramente que no.

— Mas para usted, sin duda no tendrán nada de nuevo.

— No... ¡ hem !... nada es verdad..... aunque no he viajado mucho en estos últimos años — replicó el padre con ademán majestuoso.

El viajero insinuante, después de contestar con un saludo,

dirigió la palabra á la mayor de las señoritas, manifestándole que esperaba no le habría molestado mucho la última parte del camino.

La joven contestó que le había fatigado un poco el paso de su mula, pero que no estaba cansada; y que lo que más sentía era no haber podido llevar consigo hasta aquel sitio inaccesible muchos objetos necesarios que había sido indispensable dejar con los coches en Martigny.

— Efectivamente—repuso el viajero;—este sitio es tan salvaje que no se encuentran por lo regular las cosas más necesarias.

La dama de cierta edad y de refinados modales intervino entonces en la conversación, diciendo:

— Hay otros muchos sitios dignos de visitarse, y cuyas bellezas no compensan, tanto como las que hemos admirado, el trabajo de llegar á ellos.

—¡Oh! no me quejo, señora General—contestó la mayor de las señoritas, con indiferencia.

Durante este diálogo, el hermano de las dos señoritas, que se había levantado para examinar un piano, acercóse otra vez al fuego con paso indolente, y murmuró:

—Esos criados tardan mucho en servir la cena. ¿Qué diablos pensarán darnos?

—Supongo que no nos traerán ningún hombre asado—replicó el compañero del viajero insinuante.

—Así lo creo. ¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir que no está usted destinado á figurar en la lista de los platos, por lo cual le rogaría desde ahora que no se tostase usted delante del fuego, del que todos debemos participar.

Esta contestación desconcertó al joven, que se había plantado con toda comodidad delante de la chimenea, para recoger todo el calor; ya parecía dispuesto á pedir una explicación, cuando se echó de ver, pues todas las miradas estaban fijas en él, que la hermosa joven sentada á su lado, estaba desvanecida.

— Creo — dijo el joven — que lo mejor sería llevarla desde luégo á su habitación. ¿Quieren ustedes pedir una luz y llamar á alguien que me enseñe el camino? Con tantas galerías

y corredores, es muy probable que no encontrase mi cuarto.

— Permítame usted llamar á mi camarera — dijo la mayor de las señoritas.

— Con el permiso de usted le daré de este vaso — añadió la más joven, que no había abierto la boca aún.

Cada cual hizo lo que decía, y así no faltaron auxilios á la enferma. El caballero dió las gracias, y pasando el brazo de su esposa al rededor de su cuello, levantóla y se la llevó.

El amigo del que acababa de salir comenzó entonces á pasearse de un lado á otro de la habitación, retorciéndose las guías de su bigote negro, cual si esperase que el joven del lente le pidiera una satisfacción; pero como éste permaneciera inmóvil en un ángulo de la sala, su padre interpeló al amigo del ausente, diciéndole con cierta altivez:

— Me parece que el compañero de usted es algo vivo de genio, y que esto le hace olvidar lo que debe á... ¡hem!... pero no quiero decir más.

— Es posible, caballero, replicó el otro; — pero como he tenido el honor de conocerle en Ginebra y hemos emprendido después varias excursiones juntos, constándome que es todo un caballero, no toleraré que se diga nada en su agravio... ni aun por una persona del rango de usted.

— No ha sido mi intención agraviarle al decir que es un poco vivo de genio. Sólo hice la observación para advertirle que mi hijo, que por su cuna y su nombre es acreedor al título de caballero, se habría separado de la chimenea apenas le hubiesen dirigido una indicación en términos convenientes, porque en esta circunstancia todos somos iguales.

— Muy bien — replicó el amigo del ausente — ruego á usted ofrezca á su hijo en mi nombre la expresión de mi respeto; y dando por terminado este incidente, le diré, con franqueza, que mi amigo es á veces algo sarcástico y mordaz.

— ¿Es su esposa la señora que le acompaña?

— Sí señor.

— Es lindísima.

— En efecto, llama la atención por su belleza. Todavía no hace un año que se casaron, y por lo tanto su viaje es el de la luna de miel, á la vez que tiene algo de artístico.

— ¿Es artista su amigo?

—Sí señor, y además hijo de muy buena familia, aunque á juzgar por alguna de sus palabras, debo creer que se haya indispuesto con sus parientes por espíritu de orgullo ó por viveza de genio.

—De todos modos—repuso el caballero anciano, como para cambiar de conversación—espero que el malestar de esa señora no será cosa de cuidado.

—Así lo deseo yo también.

—Sin duda será efecto de la fatiga.

—No señor; hay algo más, pues ha de saber usted que esta mañana la mula de esa señora dió un paso en falso, haciéndola saltar de la silla; la caída fué ligera, puesto que la dama se levantó por su pié, y adelantóse á nosotros sonriendo; pero después se quejó de dolor en un costado, y hablamos de ello varias veces mientras subíamos la montaña.

Con esto dió fin el diálogo y volvió á reinar el silencio en la sala hasta que llegó la hora de cenar.

Antes de servirse el primer plato, presentóse un joven monje (todos parecían serlo en aquel convento), encargado de cuidar que no faltase nada á los viajeros, y poco después entró en la sala el artista, que fué á ocupar tranquilamente su asiento, sin recordar al parecer las palabras que se habían cruzado con el joven del lente.

Durante la cena, que se prolongó bastante, hablóse, como era natural, de las peripecias del viaje, y después de la utilidad de los perros del San Bernardo, que tan grandes servicios prestaban á veces á los viajeros extraviados en la montaña, cuando la cubrían las nieves del invierno.

Levantados los manteles, el caballero de aspecto majestuoso volvió á colocarse delante del fuego; y como hacía bastante frío á cierta distancia de la chimenea, los demás no tardaron en acercarse, para tostarse un poco antes de irse á dormir. El joven monje saludó á todos, deseándoles muy buenas noches; mientras que el viajero insinuante se colocaba en medio del grupo para aprovechar el calor del fuego y servir á cada cual un vaso de vino caliente, que había pedido de antemano para sí y sus compañeros.

En este instante, la más joven de las señoritas, que desde su oscuro rincón había escuchado cuánto se decía de la dama

ausente, salió con mucho silencio, y cuando hubo cerrado la puerta, como no sabía hacia qué lado dirigirse, recorrió al azar algunos pasadizos y llegó á una sala donde los criados se disponían á cenar. Allí pidió una luz, preguntando dónde se había alojado la señora indispuesta.

La habitación se hallaba un piso más arriba, y fué preciso subir por la escalera grande. En las paredes, blancas y desnudas, veíase acá y allá una pequeña reja, asemejándose en esto el convento á una prisión. La puerta de la celdilla de la señora estaba entornada, y como la joven llamase dos ó tres veces sin obtener contestación, resolvióse á entrar.

Completamente vestida, y cubierta aún con las mantas y los chales que se echaron sobre ella para preservarla del frio al volver de su desmayo, la dama parecía dormir. En el alféizar de la ventana una lamparilla alumbraba escasamente aquella habitación abovedada. La joven se acercó con timidez al lecho y preguntó en voz baja:

—¿Se encuentra usted mejor?

La viajera dormía seguramente, y no bastó para despertarla la dulce voz de la visitante, que permaneció inmóvil junto á la cabecera mirando á la dama con la mayor atención.

«¡Es muy linda!—murmuró;—jamás había visto tan hermosas facciones. ¡Ah! ¡no soy yo como ella!»

La reflexión era algo singular, pero debía tener algún sentido oculto, por cuanto los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

«Ya sé que no me engaño; ya sé que á ella fué á quién se refirió la tarde en que sin quererlo me hizo tanto daño; podría equivocarme en cualquiera otra cosa, mas no en ésta ¡oh, no!»

Con su pequeña mano, la joven apartó un bucle de cabellos que cubría en parte la frente de la dama, y murmuró en voz más baja todavía:

«Me agrada contemplar lo que tanto ha debido conmover á mi pobre amigo.»

En aquel momento, la durmiente abrió los ojos y se estremeció.

—No tema usted nada, señora—dijo la joven;—soy una de

las viajeras que estaban abajo, y sólo he venido á preguntar á usted cómo está y si puedo servirla en algo.

—Creo que ya tuvo usted la bondad de enviar sus criados...

—No fuí yo, sino mi hermana. ¿Siente usted alivio?

—Estoy mucho mejor; esta contusión es poca cosa, aunque me causa un aturdimiento que me hizo perder el sentido; el dolor que experimentaba ha cedido ya casi por completo.

—¿Quiere usted que le haga compañía un rato hasta que venga álguien?

—Se lo agradeceré mucho, porque esto está muy solitario; pero temo que se resienta usted del frío.

—Es cosa que no me atemorizó nunca; soy más fuerte de lo que parezco.

Al pronunciar estas palabras acercó al lecho una de las dos toscas sillas que había en la celda; mientras que la viajera se apresuraba á cubrir en parte á la joven con una manta, rodeándole el cuello con su brazo.

—Es usted tan solícita enfermera—dijo la dama sonriendo—que no parece sino que la han enviado de mi casa para cuidarme.

—Es usted muy amable.

—Y usted muy bondadosa. No me he dispertado antes sin duda porque soñaba en el hogar paterno, en mi infancia y en mi juventud... antes de casarme.

—Y antes de alejarse tanto de él—añadió la joven.

—¡Oh! ya me había alejado más en otra ocasión; pero entonces iba conmigo lo mejor de la casa, y no eché de ver que me faltase cosa alguna. Ahora poco, antes de dormirme, parecióme estar un poco abandonada, y he notado cierto vacío, por no tener aquí lo que he dejado en la casa paterna.

La hermosa dama pronunció estas palabras con una entonación tristemente afectuosa y llena de sentimiento.

—Una extraña casualidad—dijo la joven—nos reune al fin bajo esta manta con que usted me abriga, pues yo creo que hace ya algún tiempo que la busco.

—¿Que usted me busca?

—Sí; me parece que tengo aquí un billetito que le debía entregar cuando la encontrase. Hele aquí; á menos de engañarme mucho, debe ser para usted... ¿No es así?

La dama tomó el billete, haciendo una señal afirmativa con la cabeza, y leyó su contenido, mientras que la joven la miraba fijamente. La carta era muy corta; la enferma se ruborizó un poco, acercó sus labios al rostro de la visitante y estrechó su mano.

—Me dice—murmuró la dama—que la amiguita á quien me recomienda será un consuelo para mí algún día; y ahora veo que tiene razón, porque usted me consuela desde nuestro primer encuentro.

—Tal vez—repuso la joven con cierta vacilación—ignora usted mi historia. ¿No se la dió á conocer nunca?

—No.

—Es natural. ¿Para qué habia de contársela?... Hoy no tengo ya derecho para referírsela yo misma, porque me han rogado que la calle; pero no tiene gran interés, y sólo serviría para explicarla, porque deseo que á nadie hable de esta carta. Usted ha visto ya á mi familia, y por eso le advertiré que algunos de los míos... no diría yo esto á todo el mundo... son algo orgullosos y tienen ciertas preocupaciones.

—Voy á devolver á usted la cartita—replicó la dama—pues de lo contrario, mi esposo podría encontrarla por casualidad. ¿Quiere usted guardarla en su corsé, para que no se pierda?

La joven lo hizo así; y en el mismo instante oyéronse pasos en la galería.

—He prometido escribirle tan pronto como la encontrase á usted—dijo la joven—y debo decirle si es feliz y está contenta. ¿Puedo asegurárselo en nombre de usted?

—¡Sí, sí, sí, sí! puede usted decirle que soy feliz y que estoy buena, dándole las más afectuosas gracias de mi parte y añadiendo que no le olvidaré jamás.

—Muy bien; mañana por la mañana espero ver á usted otra vez, y también más tarde, porque seguramente volveremos á encontrarnos. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches; gracias, querida amiga!

Las dos viajeras estaban algo agitadas en el momento de despedirse; la visitante supuso que era el marido de la enferma quien se acercaba; pero en su lugar encontró al viajero que había limpiado el bigote con un pedazo de pan.

Al oir pasos tras de sí volvió la cabeza, y como hombre

cortés, apresuróse á coger la luz de manos de la joven y alumbróla por la escalera, acompañándola hasta el refectorio. La visitante, sin embargo, apenas podía disimular el sentimiento de temor que le inspiraba aquel hombre, cuya sola presencia le produjo desde la primera vez que le vió una impresion desagradable. Antes de cenar, la joven se preguntó varias veces si no había encontrado ya aquel individuo en alguna otra parte.

Los cansados viajeros se habían recogido en sus respectivas habitaciones, excepto el padre de la joven, que dormitaba en su silla cerca del fuego. El viajero insinuante acababa de bajar de su cuarto con un frasco de aguardiente, y ocupábase en mezclar el contenido con la bebida que aún quedaba.

—¿Me será permitido preguntar—dijo al viajero del cabello gris—si se dirige usted á Italia?

El interpelado, que acababa de despertar y se disponía á retirarse, contestó afirmativamente.

—Yo también—repuso el bebedor—y por lo tanto espero tener el gusto de ofrecer á usted mis respetos á la vista de un paisaje más bello y en un clima más templado que el de estas sombrías montañas.

El caballero saludó con bastante sequedad.

—Nosotros los hidalgos pobres—continuó el viajero, limpiándose el bigote con el dorso de la mano, pues le había humedecido en su mezcla de vino y aguardiente—no podemos viajar como príncipes, mas no por eso apreciamos menos la cortesanía y la buena educación. ¡Á la salud de usted, caballero!

—Gracias, no acostumbro...

—¡Á la salud de su amable familia... de esas encantadoras señoritas!

—Repito las gracias... Buenas noches... Hija mía... ¿están ahí los nuestros?

—Todos esperan, padre.

—¡Permítame usted!—exclamó el viajero insinuante, adelantándose presuroso para abrir la puerta, mientras que el caballero anciano ofrecía el brazo á su hija. —¡Que ustedes pasen buena noche! Hasta mañana, si tengo el gusto de verlos.

«¡Vamos! murmuró el viajero cuando estuvo solo, puesto que todo el mundo se retira á dormir, preciso será hacer lo mismo; pero me parece que aunque no nos acostásemos hasta dentro de dos horas, todavía fuera la noche demasiado larga en medio de este silencio glacial y de tan triste soledad.»

Al inclinar la cabeza hacia atrás á fin de apurar el contenido de su vaso, la mirada de aquel hombre se fijó en el registro de los viajeros, que estaba abierto sobre el piano junto al tintero y las plumas, como si los demás se hubieran inscrito durante su ausencia; acercóse para mirar, y leyó los nombres siguientes:

Don Guillermo Dórrit
Don Federico Dórrit
Don Eduardo Dórrit
Señorita Fanny Dórrit
Señorita Amy Dórrit
Señora General
} Y su servidumbre, dirigiéndose desde Francia á Italia.

Don Enrique Gowan y su señora, dirigiéndose desde Francia á Italia.

El viajero insinuante tomó una pluma, y con una letra muy pequeña escribió debajo de los citados nombres, terminando con un rasgo que parecía encerrarlos á todos:

Blandois, de París, dirigiéndose de Francia á Italia.

Satisfecho de su obra, el viajero cogió la luz y dirigióse á la celdilla que le había sido destinada.

CAPÍTULO II

La señora General

Es indispensable dar á conocer al lector la señora que ocupaba en el acompañamiento de la familia Dórrit una posición de bastante importancia para que creamos deber inscribir su nombre en el libro de los viajeros.

La señora General era hija de un dignatario de la Iglesia, y había sabido conservarse mujer á la moda hasta muy cerca de los cuarenta y cinco, sin que esto le valiera un solo aspirante á su blanca mano. En este período de su vida, no obstante, un intendente militar, ya setentón, cuya severidad era proverbial en el ejército, enamoróse de la dama, sin duda por su carácter grave, pidió su mano, y aceptada la proposición de

casamiento, la señora General pudo seguir figurando; mas por desgracia, el intendente murió pronto. Después de enterrado, con todos los honores debidos á su clase, la viuda quiso saber cuánto metal y polvo de oro habría dejado el difunto en manos de su banquero; y sólo entonces descubrió que había sido engañada, pues la renta que el intendente hizo creer que poseía era imaginaria; de modo que apenas le quedaba lo necesario para vivir.

En tal estado de cosas, la señora General pensó que podría ocuparse sin desdoro en la educación de alguna señorita de calidad; y que tampoco se rebajaría ofreciendo sus servicios como acompañante á una rica heredera ó á una viuda, para dirigirla en el intrincado dédalo de la sociedad. Consultados sus parientes clericales y militares sobre el proyecto, todos lo aprobaron con tal unanimidad, que á no ser por el mérito incontestable de la dama, hubiérase creído que deseaban desembarazarse cuánto antes de ella. Por esto, sin duda, obtuvo muy pronto numerosos certificados que la representaban como un conjunto de perfecciones, como un dechado de virtud, de piedad, de saber y de buen tono.

Delegada por la Iglesia y el Estado, si tal podemos decir, la señora General encontró al fin un viudo que, teniendo una hija de catorce años, entabló negociaciones con la dama; y como ésta sabía arreglarse de modo que pareciese que todo el mundo la buscaba, sin que ella solicitase nunca ninguna colocación, el viudo acosó á la señora General hasta que hubo consentido en encargarse de la educación de su hija. Este cargo ocupó á la viuda siete años, durante los cuales dió la vuelta á Europa, visitando la mayor parte de aquellas maravillas que las personas ilustradas deben ver por los ojos de otro más bien que por los suyos. Cuando la señorita estuvo bien educada, no sólo se concertó su casamiento, sino también el del viudo; y como á éste le pareciese que la señora General era ya tan costosa como incómoda, comenzó á elogiarla de tal manera siempre que se le ofrecía oportunidad de transmitir á otro aquel tesoro, que al fin se desprendió de él, acrecentando al mismo tiempo su reputación.

Este fénix se hallaba sin ocupación cuando el señor Dórrit, que acababa de tomar posesión de su herencia, escribió á sus

banqueros diciéndoles que deseaba encontrar á una señora de buena familia, instruída y familiarizada con la buena sociedad, para terminar la educación de sus hijas, sirviéndolas de aya.

El señor Dórrit recibió al punto las señas de la señora General, y marchó sin pérdida de tiempo al condado donde ésta vivía, y habiendo solicitado una entrevista de la viuda, parecióle dama muy superior á cuánto podía esperar.

—¿Me será permitido preguntar á usted, señora... ¡hem!... qué suma...?

—Si he de hablarle francamente—interrumpió la señora General—quisiera no contestar á esta pregunta, pues nunca he hablado sobre el asunto ni aun á mis amigos, y no me es posible, señor Dórrit, vencer la repugnancia que semejante cuestión me inspira. Supongo que ya sabrá usted que yo no soy una aya.

—Aseguro á usted que nunca he supuesto cosa semejante.

La señora General saludó con su gravedad acostumbrada y repuso:

—No puedo, por lo tanto, poner precio á un servicio que tendría el mayor gusto en dispensarle, y que en mi concepto no sería posible prestar en cambio de una simple retribución pecuniaria. Además de esto, yo no sé cómo hallar una posición análoga á la mía, que es excepcional.

—Sin duda; ¿pero cómo he de saber á qué atenerme sobre este punto?

—Yo no me opongo...—repuso la señora General—aunque esto sea muy desagradable para mí... á que el señor Dórrit pregunte á mis amigos, en confianza, cuál es la suma que tienen costumbre de depositar cada trimestre en casa de mi banquero.

El señor Dórrit se inclinó sin decir palabra.

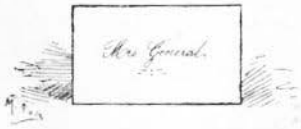
—Permítame usted añadir—continuó la viuda—que yo no hablaré más de este asunto; y al mismo tiempo debo prevenirle que no aceptaré ninguna posición inferior ó secundaria. Si he de tener el honor de ser presentada á la familia del señor Dórrit, no puedo aceptar sino bajo el pié de la más perfecta igualdad, como compañera, protectora y amiga. Creo que usted me habló de dos señoritas...

—Sí, dos—repitió el señor Dórrit.

—Entonces—prosiguió la viuda—será necesario agregar una tercera parte más á la suma que mis amigos acostumbran á depositar en manos de mi banquero.

El señor Dórrit se apresuró á pedir informes sobre esa delicada cuestión al caballero viudo, y habiendo sabido que éste acreditaba á la señora General trescientas libras esterlinas al año, dedujo, sin necesidad de hacer ningún cálculo complicado, que debería pagar cuatrocientas libras por los servicios de aquella señora. Además de esto, como la viuda era uno de esos artículos superiores que nunca se pagan demasiado caros, el señor Dórrit solicitó el favor de considerarla como uno de los individuos de la familia; y he aquí por qué la encontramos en el convento del Gran San Bernardo.

El exterior de la señora General, comprendidas las faldas que entraban por mucho en la configuración de su persona, no dejaba de ser imponente, y hasta se pasaba de corpulento. Su rostro y su cabello tenían un aspecto algo harinoso, como si la dama acabase de salir de un molino; pero esto se debía más bien al exceso de creta que entraba en la arcilla terrestre de su construcción, que no á la costumbre de adobarse la tez. Los ojos carecían de expresión, sin duda porque la dama no tenía nada que expresar; y si en el rostro no se notaban muchas arrugas, esto consistía seguramente en que la señora General no había trazado nunca su nombre ni otra inscripción cualquiera en aquella fisonomía distinguida. Era una mujer fría, apática, abotargada, una especie de cirio apagado, que probablemente no se había encendido jamás. Por su instrucción, la dama distaba mucho de ser una notabilidad; pero en cambio era muy escrupulosa en cuanto se refiriese al decoro social.



CAPÍTULO III

El camino

A la mañana siguiente un sol brillante deslumbraba la vista; ya no nevaba; habíase disipado la bruma; y el aire de la montaña era tan puro y ligero, que al respirarlo creíase recobrar nueva vida. Para mayor ilusión, la misma tierra parecía haber desaparecido, pues la montaña, majestuoso desierto donde se elevaban inmensas moles blancas, asemejábase á una región de nubes flotando entre el azul del cielo y la lejana tierra.

Algunos puntos negros destacándose sobre la inmensa alfombra de nieve, indicaban los diversos sitios donde los hermanos abrían senderos; los mozos se ocupaban activamente en cargar los mulos; y por donde quiera oíanse los gritos de los guías y de los jinetes. Los viajeros más madrugadores

habían emprendido ya la marcha por la inmediación del lago sombrío que se divisaba desde el convento; y á lo largo de la vertiente que nuestros viajeros escalaran la víspera, veíanse figuras de hombres y de animales, que en medio de aquel inmenso paisaje parecían miniaturas y que se alejaban al compás de un concierto de campanillas.

En el refectorio de los viajeros habíase preparado un sencillo almuerzo compuesto de pan, leche y manteca para la familia Dórrit, y el correo se ocupaba en hacer el té. Enrique Gowan y Blandois de París, habían almorzado ya y paseábanse por la orilla del lago fumando un cigarrillo.

—¡Ah!—exclamó Eduardo Dórrit, que estaba hojeando el libro de los viajeros—parece que ese señor tan impertinente se llama Gowan; esto es el nombre de un perrillo... Si valiera la pena le estiraría las orejas; pero, afortunadamente para él, no merece que le hagan caso. ¿Cómo está su señora, Amy? Tú debes saberlo, porque siempre te arreglas para enterarte de estas cosas.

—Está mejor, Eduardo; pero esos señores no se marchan hoy.

—¿Que no se marchan? Vamos, veo que ese animal tiene suerte..., de lo contrario, hubiera podido pedirle una explicación.

—Han considerado—añadió la niña Dórrit—que valdría más dejarla descansar hoy que exponerla á las fatigas del viaje.

—Á fe mía, estás tan enterada como si hubieses sido su enfermera. Espero que no vuelvas á recaer (ahora puedo decirlo porque no está aquí la señora General) en tus antiguas costumbres, Amy.

Al decir esto, el joven dirigió á Fanny y á su padre una mirada maliciosa.

—He ido á preguntar á esa señora—repuso la niña Dórrit—si podía servirla en algo; y nada más, querido Tip.

—Te ruego una vez más—replicó el joven caballero—que no me dés ese nombre; he aquí otra de tus antiguas costumbres que debes olvidar.

—Lo he dicho sin pensar, querido Eduardo.

—¡Bah!—exclamó Fanny;—sé muy bien por qué te interesa esa señora Gowan; á la vista se trasluce.

—Puede ser; mas no veo razón para que te incomodes, Fanny.

—¡Cómo no me he de incomodar! Necesitaría más paciencia de la que tengo.

—Fanny—preguntó el señor Dórrit frunciendo el entrecejo ¿qué pretendes decir? Explícate.

—¡Oh! no haga usted caso, papá—replicó Fanny;—es poca cosa. Amy me comprende perfectamente, pues conocía á esa señora Gowan ó por lo menos había oído hablar de ella antes de nuestro encuentro de ayer. No creo que lo niegue.

—Hija mía—dijo el señor Dórrit volviéndose hacia la culpable, ¿está tu hermana... ¡hem!... autorizada á sostener semejante aserto?

—Parece—dijo Fanny sin dar á su hermana tiempo de contestar—que sabemos introducirnos en la habitación de otras personas á riesgo de perecer de frío. Nada me costaría adivinar quién es el amigo de la señora Gowan.

—¿Á quién te refieres?—preguntó el padre.

—Esa señora—repuso Fanny—es seguramente amiga de cierto individuo poco recomendable, que con una falta de delicadeza, que á decir verdad podíamos esperar de él, nos humilló é insultó en cierta ocasión de que hemos convenido no hablar más.

—Amy, hija mía—dijo Dórrit con dulce severidad—¿es verdad esto?

La niña Dórrit contestó afirmativamente.

—¡Ya lo ve usted!—exclamó Fanny;—esto es vergonzoso, y nunca conseguiremos que nuestra servidumbre nos respete. Teniendo dos camareras, el criado de papá, el lacayo, el correo y los demás servidores, aún se ha de dar el caso de que una de nosotras acuda á ofrecer un vaso de agua, cual si fuese una doméstica, como lo hizo ayer Amy en esta misma sala.

—Aun esto se podría tolerar por una sola vez—añadió Eduardo;—pero tratándose de aquel individuo que se llama Clennam, ya es otra cosa.

—No hablemos de ese hombre—dijo Fanny—que tanto empeño tuvo en trabar relaciones con nosotros, y que después nos insultó groseramente, poniéndonos en ridículo. Ahora

nosotros nos rebajamos para servir á sus amigos, y por lo tanto no extraño que ese señor Gowan haya sido tan insolente con Eduardo.

—Padre... Eduardo...—dijo la niña Dórrit para excusarse; —aseguro á ustedes que el señor Gowan y su esposa no conocen siquiera nuestro nombre, ni mucho menos nuestra historia.

—Hija mía—repuso el padre—te ruego que no se hable más del asunto; Fanny se expresa tal vez con demasiada energía, pero en el fondo tiene mucha razón. En cuanto al señor Clennam, debo decirte, Amy, que no participo, al menos en todo, de las ideas de tu hermana respecto á... á ese industrial... consiento en considerarle como una persona que... ¡hem!... se porta bien, generalmente... bastante bien. No preguntaré si en una época cualquiera ha tratado el señor Clennam de... trabar relaciones conmigo... ¡hem!... por un medio ú otro. Ya sabía él que... ¡hem!... se buscaba mi sociedad, y podía pretextar que me consideraba como un personaje público; pero ciertas circunstancias han señalado mis relaciones... ¡hem!... poco frecuentes con el señor Clennam, á quien sólo he conocido muy por encima, por lo cual sería... muy inconveniente de parte de ese industrial... toda tentativa para reanudar las relaciones conmigo, ó con cualquiera de los míos en las circunstancias actuales. Si el señor Clennam tiene delicadeza suficiente para reconocer la inconveniencia de semejante tentativa, en mi calidad de caballero respetable... ¡hem!... debo apreciar su rectitud; pero si ese... industrial carece de ella, no podré... ¡hem!... mantener relación alguna con una persona... ¡hem!... tan grosera. En todo caso, es evidente que debemos prescindir de ese señor Clennam, porque nada tenemos que ver con él, ni él con nosotros... ¡Ah! aquí viene la señora General.

La llegada de la persona que el señor Dórrit acababa de nombrar puso fin á la discusión. Todos tomaron asiento á la mesa, y poco después presentóse el correo para anunciar que el ayuda de cámara, los lacayos, las dos camareras, los cuatro guías y las catorce mulas esperaban ya para emprender la marcha. Los viajeros bajaron al punto.

El señor Gowan se había alejado un poco de la puerta del

La señora General

convento para dibujar; pero Blandois esperaba en el umbral á fin de ofrecer sus respetos á las damas. Cuando se descubrió cortésmente, saludando con su sombrero de anchas alas á la niña Dórrit, parecióle á ésta que el aspecto de aquel hombre era más siniestro aún en medio de la nieve que al resplandor del fuego de la víspera; pero como su padre y su hermana correspondían á sus agasajos, abstúvose de manifestar la aversión que le inspiraba el viajero.

Á costa de no pocos esfuerzos habíase conseguido que Federico Dórrit, el tío de las señoritas, llevase como otro cualquiera la ropa que se le daba é hiciera algunas abluciones en honor de la familia, presentándose en todas partes con aparente satisfacción, como si el aire y el cambio de vida le sentaran bien. En todo lo demás, el pobre Federico Dórrit sólo brillaba por el reflejo de su hermano; silencioso y tímido, jamás abría la boca cuando podía limitarse á escuchar al señor Guillermo Dórrit, y poco le importaba que los criados se cuidasen ó no de él con tal que atendieran en todo á su hermano. La única particularidad que más se notaba en el tío era su marcada simpatía por la niña Dórrit; cuando debía montar á caballo ó apearse del coche, el buen anciano era el primero en ofrecerle la mano, y aprovechaba todas las ocasiones para manifestarle su deferencia. Mostrábase tan celoso del respeto que se debía á su predilecta, que al regresar del San Bernardo, montó en cólera una vez porque á un lacayo se le olvidó tener el estribo á la niña Dórrit.

Nuestros viajeros ostentaban tal aparato con su servidumbre, que nada tenía de particular que los dueños de las posadas se inclinasen hasta el suelo para recibirlos; su importancia los precedía en la persona del correo, que se adelantaba siempre para cuidar de que las habitaciones estuvieran preparadas. En primer término iba la berlina de viaje, ocupada por el señor Dórrit, sus hijas y la señora General, y algunos servidores en el pescante y la trasera; seguía el cupé destinado para el tío y Eduardo; y cerraba la marcha el furgón con los bagajes y el resto de la servidumbre.

Todo esto llenó en parte el patio del hotel de Martigny cuando la familia Dórrit regresó de su excursión á la montaña; otros vehículos ocupaban también aquel sitio, porque

era grande la afluencia de viajeros; pero en el hotel había otra cosa con lo que el señor Dórrit no había contado de ningún modo: eran dos viajeros que embellecían con su presencia una de las habitaciones alquiladas para la familia.

El posadero, que estaba en el patio, gorra en mano, parecía muy afligido y excusábase con el correo, diciéndole entre otras cosas que no debía haber sido condescendiente, pero que la dama tenía un aspecto tan distinguido y le había suplicado de tal modo que la dejase ocupar la habitación sólo media hora, que le faltó valor para resistir. Transcurrido este tiempo, la señora y el caballero que la acompañaba, después de tomar los postres y su taza de té, habían pagado la cuenta, dando orden de enganchar; pero desgraciadamente para el posadero, aún estaban allí.

Difícil sería dar una idea de la indignación del señor Dórrit, que se había acercado para escuchar aquellas excusas, y á quien debió parecer que la mano de un asesino acababa de descargar un golpe contra el honor de su familia. El sentimiento de su propia dignidad llegaba á tal extremo, que veía en aquella falta un insulto premeditado. Su existencia era por esta causa una prolongada agonía, pareciéndole ver en todas partes escalpelos destinados á disecar su dignidad.

—¡Es posible—gritó el señor Dórrit—que haya tenido usted la audacia de permitir á unos extranjeros instalarse en mi habitación!

El buen hombre pidió mil perdones, suplicando á Dórrit que no se encolerizara, y rogándole se sirviese ocupar durante cinco minutos otro salón que tenía reservado.

—No señor—contestó el caballero—no ocuparé ningún salón, y saldré de esta casa sin probar bocado. ¿Cómo se entiende semejante atrevimiento? ¿Por quién me toma usted... ¡hem!... para tratarme de un modo distinto que á los demás caballeros?

El posadero repitió sus excusas, asegurando que no le diferenciaba de los demás caballeros sino para reconocer que el señor era el más distinguido, el más generoso y el más ilustre de todos.

—¡No me venga usted con cuentos!—replicó el señor Dórrit temblando de cólera—me ha faltado usted al respeto que

se me debe, infiriéndome un grave insulto, y no me ha tratado... ¡hem!... como á los demás caballeros. Yo quisiera saber por qué... ¡hem!... y con qué autoridad ha procedido así... quiero saberlo; explíquese usted.

El posadero pidió permiso para explicar al correo que el señor, siempre tan amable, se irritaba sin motivo, y que ya le había manifestado que la dama era tan distinguida...

—¡Silencio!—gritó el señor Dórrit.—¡Cállese usted! No quiero oir hablar más de esa dama tan distinguida, ni escucharle á usted. Esa familia que ve usted ahí... mi familia, es más distinguida que todas las damas del mundo; y usted ha faltado al respeto á esta familia con increible insolencia. Le arruinaré á usted... ¡hem!... ¡Que vayan á buscar los caballos para enganchar inmediatamente! No quiero estar un momento más en casa de este hombre.

En esta disputa nadie había intervenido sino Fanny, para apoyar á su padre; los guías y conductores, y todos los curiosos que habían presenciado aquella explosión de cólera, no dejaron de experimentar cierta impresión al ver al correo ir y venir para sacar los coches. Con ayuda de algunos brazos, pronto se hizo esto, y empezóse á cargar los equipajes, mientras que se iba á buscar los caballos.

El cupé de viaje de la dama muy distinguida esperaba ya á la puerta, y el posadero se había esquivado para ir á dar á conocer á sus dos huéspedes el apuro en que se hallaba. Los curiosos pudieron comprenderlo así al ver al buen hombre bajar la escalera detrás de la dama y su acompañante, á quienes mostraba con un ademán muy expresivo la majestad ofendida del señor Dórrit.

—Mil perdones—dijo el caballero, dejando á la dama y adelantándose solo;—yo no sé lo que es hablar largo, ni entiendo mucho en lo de dar explicaciones... pero á la señora á quien acompaño no le gustan los altercados. Esta dama..., que es mi madre... desea que manifieste á usted su deseo de que no haya altercado.

El señor Dórrit hizo un saludo rígido y nada conciliador.

—¡Ah! ¡hola, camarada!—exclamó el joven extranjero al divisar á Eduardo Dórrit, hacia el cual se precipitó como el que encuentra un auxilio inesperado.—Veamos si entre los

dos podemos arreglar este asunto. Esta señora tiene un gran empeño en no reñir con nadie.

Eduardo Dórrit, á quien su interlocutor había separado de la familia, tirando de uno de los botones de su gabán, procuró tomar cierto aire de gravedad para responder.

—Ya comprenderá usted—dijo—que cuando se alquilan varias habitaciones de antemano, no es nada divertido hallarlas ocupadas por personas á quienes no se conoce.

—No—contestó el otro—lo sé muy bien, y lo reconozco así; pero es igual. Tratemos de arreglar el asunto usted y yo, evitando que haya ruido. Ese pobre hombre no tiene la culpa, y sí mi madre, que como mujer notablemente hermosa y bien educada, ha sabido persuadir al individuo, sobornándole completamente.

—Si es así...—comenzó á decir Eduardo Dórrit.

—Nada más exacto—interrumpió el joven caballero—palabra de honor, y de consiguiente ¿á qué hacer ruido?

—Edmundo—dijo la dama desde el umbral de la puerta—espero que habrás explicado, ó explicas á satisfacción de ese caballero y de su familia, que este obsequioso posadero no tiene culpa alguna.

—Señora, hago todos los esfuerzos imaginables para conseguirlo, palabra de honor.

Al decir esto miró fijamente á Eduardo Dórrit por espacio de algunos segundos y exclamó luégo, en un ímpetu de súbita confianza:

—¡Vamos! compañero, ¿está arreglado ya?

—Bien mirado—añadió la dama, adelantándose dos ó tres pasos hacia el señor Dórrit—no sé si sería mejor decir á usted yo misma que he prometido á ese buen hombre responder por él de mi imprudencia al tomarme la libertad de ocupar la habitación de un viajero ausente, aunque sólo el tiempo necesario para comer. No suponía yo que el propietario legítimo pudiera volver tan pronto, ni menos pensaba que hubiese regresado, pues de otro modo habría salido ya de mi sala, para dar á usted con mis excusas esta breve explicación. Espero que al hablarle así...

La dama, que se había puesto el lente, quedó de pronto muda é inmóvil al fijar la vista en las señoritas Dórrit; y en

el mismo instante, Fanny, colocada en primer término del majestuoso grupo que la familia formaba con su séquito, oprimió con una mano el brazo de su hermana para impedir que se moviese, mientras que con la otra abanicábase desdeñosamente, mirando á la dama de piés á cabeza.

La dama, que no era otra sino la señora Merdle, reponiéndose muy pronto de su sorpresa, añadió que esperaba haber dicho lo bastante para excusar la libertad que se había tomado.

El señor Dórrit, para quien todas aquellas frases eran incienso puro ofrecido ante el altar de su dignidad, contestó amablemente, diciendo que sus criados... ¡hem!... iban á introducir de nuevo los carruajes en la cochera, y que él... ¡hem!... olvidaría una circunstancia que si bien tomó al principio como una afrenta, considerábala ahora como un honor.

Entre tanto el joven Sparkler había quedado tan mudo de sorpresa, que su madre, después de saludar á las señoritas Dórrit con una sonrisa, como si no las conociese, debió llamarle dos veces para que le diese el brazo.

Este encuentro complació tanto á Fanny, que en adelante se mostró mucho menos quisquillosa; y cuando al día siguiente se prosiguió la marcha, subió al coche con tal alegría y buen humor que asombraron á la señora General.

La pobre Amy no parecía haberse acostumbrado aún á su nuevo género de vida; extrañábala no tener trabajo alguno, ni verse obligada á combinar planes para proporcionar alguna comodidad á su familia; y sobre todo apenas podía avenirse á que otras personas cuidaran de su padre, tanto que trató de volver á desempeñar sus antiguas funciones; pero el anciano la habló particularmente sobre este punto, diciéndole:

—Las personas que ocupan una posición elevada deben exigir... ¡hem!... de sus servidores el más escrupuloso respeto; y si se supiera que la señorita Amy Dórrit, hija de la única rama existente de los Dorretshire, se ocupaba... ¡hem!... en llenar las funciones... ¡hem!... de ayuda de cámara, esto sería incompatible con el respeto necesario. En su consecuencia, hija mía, debes recordar... ¡hem!... que en adelante eres una señora, y como tal debes conducirte... ¡hem!... con una dignidad conveniente á tu posición, absteniéndote de

todo cuanto pueda dar origen á reflexiones desagradables.

La pobre Amy había obedecido sin murmurar; pero todo le parecía un sueño, y los más bellos cuadros de la naturaleza no le hacían olvidar un momento su vida pasada. Las gargantas del Simplón, sus profundos abismos, sus rápidas cataratas, ruidosas como el trueno; los peligrosos pasos de las montañas; el descenso hacia Italia, el hermoso país donde se penetraba por una ancha grieta... todo esto era un sueño... Para la pobre Amy no había más que una realidad, la cárcel de la Mariscalía, aunque á veces se preguntaba si era posible que aún estuviesen allí aquellos pobres presos que paseaban por el reducido patio, y aquel carcelero invisible que tan celosamente los vigilaba.

En cuanto al señor Dórrit, era hombre á quien agradaba hacer las cosas en grande, con la mayor ostentación posible, en lo cual le secundaban Fanny y su hermano. La familia se detenía á veces en ciertos sitios toda una semana, alojándose en magníficas habitaciones y organizando un banquete cada día. Después, los Dórrit continuaban su marcha para dirigirse á otra ciudad, visitando en todas partes cuantas maravillas fueran dignas de verse.

Al fin la familia llegó á Venecia, y como se proponía pasar algunos meses en esta ciudad, alquiló un inmenso palacio á orillas del Canal Grande. Este fué el sueño más increíble para Amy, pues nunca hubiera podido creer que existiese una ciudad donde el agua era el pavimento de las calles, y donde sólo el tañido de las campanas, el murmullo de las ondas y los gritos de los gondoleros interrumpían el lúgubre silencio de los días y las noches. La familia disfrutó aquí de una existencia muy animada, visitándolo todo, y haciendo de la noche día; pero la tímida niña Dórrit, desconsolada por no tener en qué ocuparse, no tomaba parte en ninguna diversión y prefería quedarse sola.

Cuando la joven conseguía eludir los servicios tiránicos de su camarera, que más bien era su ama, y por cierto muy exigente, metíase en una de las góndolas amarradas á la puerta del palacio, siempre á disposición de la familia, é iba á visitar todos los rincones de aquella extraña ciudad. Algunos paseantes que la encontraban á menudo preguntábanse

quién era aquella pequeña joven que siempre iba sola, mirando á su alrededor con aire sorprendido. Otras veces, la excosturera se complacía en permanecer en su sitio favorito, que era un gran balcón de piedra, ennegrecida por los años, de estilo oriental; la niña Dórrit parecía allí aún más pequeña de lo que era, y como siempre ocupaba el mismo puesto, los paseantes se acostumbraron á verla, tanto que al pasar por delante del balcón nunca dejaban de levantar la cabeza para mirarla, y más de cuatro murmuraban: «¡La inglesita!... ¡siempre tan sola!»

Pero la joven parecía no verlos; absorbíase en muda contemplación cuando los últimos rayos del astro rey iluminaban los magníficos paisajes; miraba después las negras góndolas que pasaban por debajo de su balcón, conduciendo á los convidados al concierto ó al baile; y al fijar su vista en las estrellas, pensaba que eran las mismas que habían brillado cierta noche que ella fué á un baile imaginario, aquella noche que debió pasar junto á la verja de la prisión, sirviendo de almohada á la pobre Maggy. Y entonces acordábase también de todos los incidentes de otra época de su existencia, y fijando su vista en las aguas, absorta en sus reflexiones, imaginaba que la corriente iba á retirarse, dejando ver la Mariscalía, los presos que la ocupaban, sus visitantes, y todas las positivas y permanentes realidades que no habían cambiado jamás.

CAPÍTULO IV

Una carta de la niña Dórrit

Querido señor Clennam: Le escribo en mi propia habitación, en Venecia, pensando que le agradará recibir noticias mías; de todos modos, sé que no puede usted tener tanto gusto en recibir mi carta como el que yo tengo en escribírsela, pues nada ha cambiado en cuanto le rodea, ni echa usted de menos alguna cosa... como no sea mi ausencia, lo cual no le sucederá seguramente sino á largos intervalos y sólo por espacio de algunos minutos...; mientras que en mi nueva existencia, por demás extraña, me faltan muchas cosas.

»Cuando estábamos en Suiza (me parece que le hablo de años atrás aunque sólo han transcurrido algunas semanas)

encontré á la señora Gowan, que había emprendido, como nosotros, una excursión á los Alpes; y entonces me encargó que escribiese á usted para darle las más afectuosas gracias, diciéndole que no le olvidaría jamás. Esta señora me manifestó mucha confianza, y la amé desde que cambiamos las primeras palabras, lo cual no tiene nada de particular, pues, ¿quién no simpatizaría con tan bella y amable persona?

» No quisiera infundirle la menor inquietud respecto á la señora Gowan, porque recuerdo que usted me dijo que le profesaba una amistad sincera; pero debo confesarle que para mí hubiera deseado otro esposo de mejor condición. El señor Gowan parece amar á su mujer, y naturalmente ésta le ama mucho; mas no me ha parecido bastante formal... no quiero decir en su afecto, sino generalmente hablando; de modo que no he podido menos de pensar que si yo fuese su esposa (¡qué metamórfosis si cupiera en lo posible!) me creería algo abandonada por falta de un compañero de carácter más reposado. Hasta he creído notar que ella echaba de ver este vacío, casi á pesar suyo; pero esto no debe inquietar á usted, porque asegura que es muy feliz, y hasta ahora goza de buena salud.

» Espero encontrarla pronto, y seré para ella, por complacer á usted, una amiga tan fiel como se pudiera desear. Querido señor Clennam, segura estoy de que usted no reconoce como mérito haber sido mi amigo cuando no tenía otro; tampoco los tengo hoy, pero aunque así fuese, le estoy muy agradecida y nunca le olvidaré.

» Quiero saber, pero sin que nadie me escriba, cómo les va á los esposos Plornish en el comercio en que mi padre los estableció, y cómo sigue el anciano Naudy. No puedo contener las lágrimas que se agolpan á mis ojos cuando pienso en la pobre Maggy, que seguramente echará mucho de menos á su madrecita á pesar de las atenciones que con ella puedan tener. ¿Quiere usted decirle en confianza de mi parte que la amo siempre, y que nunca podrá sentir nuestra separación tanto como yo la siento? ¿Quiere usted decirles á todos que pienso en ellos todos los días, y que mi corazón se conservará fiel á su recuerdo, sea cual fuere el país dónde me halle? ¡Oh! si usted supiera hasta qué punto soy fiel, seguramente

me compadecería por hallarme tan lejos de ellos, así por la distancia como por la fortuna.

»Segura estoy de que le complacerá saber que mi querido padre sigue perfectamente, que le han aprovechado todos los cambios, y que es muy distinto de lo que era cuando usted le conoció. Mi tío parece haber mejorado también; pero así como en otro tiempo no se quejaba nunca, tampoco ahora manifiesta la menor alegría. Fanny, siempre graciosa é inteligente, puede ya hacer de señora naturalmente, y parece acomodarse á nuestro nuevo género de vida á maravilla.

»Esto me recuerda que aún no he conseguido imitarla en esto y que no confío lograrlo nunca, me temo que soy incorregible y que no he de aprender nunca nada. La señora General está siempre con nosotras; hablamos francés é italiano, y parece tener empeño en perfeccionar nuestra educación. Cuando digo que *hablamos* estos dos idiomas, refiérome á Fanny y á los demás, pues en cuanto á mí, hago muy pocos progresos. Si me da por combinar proyectos y hacer castillos en el aire, mis ideas siguen el rumbo de otras veces; me inquieto por el gasto diario de mi padre, por mi trabajo; y después recuerdo de pronto que ya no existen para nosotros tales quebraderos de cabeza, lo cual me parece un sueño. Á nadie le haría esta confesión más que á usted.

»Todo cuanto veo es hermoso y me admira; pero fáltame tranquilidad... no estoy bastante familiarizada conmigo misma (no sé si comprenderá usted mi idea) para hallar todo el placer que debiera. Por otra parte, mis recuerdos del pasado se mezclan de un modo singular con estas nuevas escenas: así, por ejemplo, en los Alpes me ha parecido á menudo (vacilo en decirle estas niñadas, aun á usted, querido señor Clennam) que la prisión de la Mariscalía debía hallarse detrás de tal ó cual roca; y que la habitación de la señora Clennam, donde tanto he trabajado y donde ví á usted la primera vez, estaba oculta por alguna mole de nieve. ¿Se acuerda usted de aquella noche en que le hice una visita con Maggy en su alojamiento de Covent-Garden? Muchas veces, cuando miraba por la portezuela del coche, á la hora del crepúsculo, figurábaseme que aquella habitación viajaba á mi lado por espacio de varias leguas. La noche á que me refiero no pudimos en-

trar en la prisión, y vagamos por las calles hasta el amanecer. Con frecuencia miro las estrellas desde el balcón del cuarto en que le escribo, y sueño que me hallo aún errante por las calles con Maggy. Lo mismo me sucede respecto á las personas que dejé en Inglaterra: cuando salgo en góndola me parece que he de verlos en alguna de las embarcaciones que pasan á mi lado.

» También me sucede una cosa que le parecerá á usted extraña, como lo parecerá á todos menos á mí: es que *él*... no necesito nombrarle... me inspira la misma triste compasión de otras veces, por mucho que haya cambiado, y por satisfecha que esté al verle. Este sentimiento se apodera de mí á menudo con tal fuerza, que quisiera abrazar á mi padre, decirle cuánto le amo y llorar un poco en su seno; pero sé que no debo ceder á semejante tentación, porque le desagradaría, sin contar que Fanny y la señora General lo juzgarían absurdo. Trato, pues, de calmarme, luchando no obstante contra la convicción de que jamás estuve tan lejos de él, y de que aun en medio de su numerosa servidumbre siente cansancio y necesitaría mis caricias.

» Querido señor Clennam, he hablado mucho de mí, y aún debo añadir algo, precisamente lo que más empeño tengo en decirle. Entre todas las locas ideas que me he tomado la libertad de confiarle, porque sé que sólo usted puede comprenderme, hay una cosa que me preocupa sin cesar... es la esperanza de que en sus ratos de ocio piense usted algunas veces en mí. Debo confesarle que desde mi marcha experimento sobre este punto una inquietud que á toda costa quisiera desechar. Temo que al pensar en mí me vea usted bajo un nuevo prisma, creyendo que he variado: no lo piense así, pues no podría resignarme á ello, ni sabe usted hasta qué punto me afligiría. Sólo figurarme que al pensar en mí pueda imaginar que ahora seré para usted más extraña de lo que era cuando tan bondadoso se mostraba conmigo, es cosa que me contrista el corazón. Lo que le pido por favor es que jamás me considere como la hija de un hombre rico; que no vea en mí una mujer que viste mejor ni vive con más comodidades que en la época en que me conoció. Acuérdese sólo de la muchacha pobremente vestida que usted protegió con tanta ter-

nura, y á quien secó los piés mojados junto al fuego encendido por usted. Piense en mí cuando tenga tiempo para ello, recordando mi leal afecto, mi eterna gratitud; piense en mí como en otro tiempo pensaba en su pobre amiga

» LA NIÑA DÓRRIT. »

« P. S. — No olvide usted, sobre todo, que no debe inquietarse tocante á la señora Gowan. *Es muy feliz y está perfectamente bien:* son sus palabras. ¡Y qué hermosa la encontré!»

CAPÍTULO V

Cuestiones de familia

HACÍA dos meses que la familia Dórrit habitaba en Venecia, cuando el padre, que visitaba á tantos condes y marqueses que apenas le quedaba un momento libre, reservó, no obstante, cierta hora y cierto día para celebrar una conferencia con la señora General.

En el día y hora prefijados, el señor Dórrit dió orden á su ayuda de cámara, Tinkler, para que fuera á saludar en su nombre á la viuda, indicándole que el jefe de la familia deseaba hablar con ella particularmente. Como era la hora en

que todos tomaban el café en sus respectivas habitaciones, el ayuda de cámara encontró á la señora General y dióle cuenta de su mensaje. La dama contestó que estaba dispuesta á pasar á la habitación del señor Dórrit, para evitarle la molestia de subir; y en su consecuencia el mayordomo la acompañó hasta el salón de su augusto amo.

El señor Dórrit, luciendo una rica bata y un brillante gorro... (la larva entumecida que tantos años vegetara entre los presos, habíase transformado en soberbia mariposa) se levantó para recibir á la señora General, ordenando á su mayordomo que acercara al punto un sillón.

—Señora —dijo el anciano—me he tomado la libertad...

—Nada de eso —interrumpió la dama —precisamente había tomado ya el café, y nada me impedía bajar al punto.

—Muy bien —repuso el anciano con penetrante gravedad. —Mi deseo era celebrar una entrevista con usted, porque abrigo cierta inquietud respecto á... ¡hem!... mi hija menor. Sin duda habrá notado usted gran diferencia de temperamento entre las dos.

La señora General cruzó las manos, como para que se viesen mejor sus guantes, que no se quitaba nunca, y contestó:

—Existe, en efecto, gran diferencia.

—¿Me será permitido—añadió el señor Dórrit con majestuosa serenidad—preguntar su opinión sobre este punto?

—Fanny tiene mucha fuerza de voluntad, y Amy carece de ella.

El señor Dórrit hubiera podido contestar:

«¡Que carece de ella! ¡Oh! señora General, pregunte usted á los patios y á las rejas de la prisión por deudas; pregunte usted á la modista que la enseñó á coser, y al profesor que dió lecciones de baile á su hermana; pregúnteme usted á mí, á su padre, cuánto le debo; y entonces sabrá lo que puedo decir de ese pequeño sér, desdeñado desde su infancia hasta hoy día.»

Pero el anciano se guardó muy mucho de ello, y mirando á su interlocutora, limitóse á decir:

—Tiene usted razon.

—No pretendo decir—repuso la viuda—que no haya nada

que corregir en Fanny; pero en ella no falta por lo menos la madera... y acaso le sobra.

—¿Tendría usted la bondad —replicó el señor Dórrit— de ser... ¡hem!... un poco más explícita? No comprendo muy bien, por qué á mi hija le sobra... ¡hem!... la madera. ¿Qué madera es esa?

— Quiero decir que Fanny adopta con harta facilidad sus opiniones; las personas perfectamente educadas no deben hacerlo así, ni han de ser tampoco demasiado expansivas.

Temeroso el señor Dórrit de que se le pudiera acusar de no estar perfectamente educado, apresuróse á decir:

—Efectivamente, señora, tiene usted mucha razón; pero ya sabe que mis hijas tuvieron la desgracia de perder á su madre siendo aún muy niñas; y como hace poco tiempo que entré en posesión de mi fortuna actual, han vivido... ¡hem!... retiradas con su padre, comparativamente pobre, pero siempre altivo y caballero.

— Siempre he tenido en cuenta esta circunstancia.

— Con un guía como usted—continuó el anciano (la señora General cerró los ojos),—con tan buen ejemplo siempre á la vista, no debería inquietarme; Fanny tiene un carácter que se doblega á las circunstancias; pero no estoy tan tranquilo respecto á la menor, que, dicho sea de paso, fué siempre mi hija predilecta.

—¡He aquí una de esas preferencias que no se explican!—dijo la dama.

—¡Hem!... tiene usted razón; pero voy al caso. A mí me contrista ver que Amy no es de los nuestros, por decirlo así; jamás tiene empeño en acompañarnos para visitar la sociedad; parece agena á las personas de buen tono que recibimos; y evidentemente no tiene las mismas inclinaciones que nosotros. En una palabra, me parece que Amy... ¡cómo diré!... flaquea un poco.

—¿No podría consistir—repuso la señora General—en que esta señorita no ha conseguido acostumbrarse aún á su nueva posición?

—Dispense usted, señora—replicó el anciano con viveza;—Amy es hija de un caballero, y porque en cierta época de mi

vida haya distado... ¡hem!... de vivir en la opulencia... comparativamente hablando... y porque Amy se educara... ¡hem!... en el retiro, no ha de seguirse de ello necesariamente que deba parecerle nueva su posición.

—Es exacto, caballero.

—He aquí por qué me he tomado la libertad, señora, de solicitar una entrevista, para pedirle consejo.

—Señor Dórrit, desde que estamos en esta ciudad he hablado varias veces con Amy respecto á la conducta que toda señorita debe observar en general, é inútil creo añadir que aún no ha utilizado mis lecciones. Á mí me parece, caballero, dispénseme si me engaño, que usted está acostumbrado á ejercer gran influencia en el ánimo de las personas que le rodean...

—¡Hem!... señora, no le ocultaré á usted que he estado á la cabeza... ¡hem!... de una comunidad considerable; y ha supuesto usted muy bien que estoy acostumbrado á ocupar... posición influyente.

—Me alegro de ver corroborada mi opinión, y por lo mismo aconsejaría á usted que hablara particularmente á su hija para manifestarle sus observaciones y sus deseos, tanto más cuanto que, siendo la hija predilecta debe profesar á su padre el más cariñoso afecto.

—Ya había pensado en ello, señora, pero temía... ¡hem!... usurpar las...

—Atribuciones mías —interrumpió la viuda, completando la frase; —nada de eso!

—Entonces, con el permiso de usted —prosiguió el señor Dórrit, tocando la campanilla para llamar á su ayuda de cámara—voy á enviarle un recado.

—¿Desea el señor Dórrit que yo esté presente en la entrevista?

—Si quiere usted concederme algunos minutos...

—Estoy á sus órdenes.

El ayuda de cámara recibió la orden de pasar aviso á la doncella de la señorita Amy para que anunciase á ésta que su padre deseaba hablarle; y pocos momentos después, Tinkler, abriendo la puerta del salón, anunciaba á la señorita Dórrit.

—Hija mía—dijo el padre—la señora General y yo acabamos de celebrar una entrevista ocupándonos de ti: á entrambos nos parece que estás como disgustada aquí, como fuera de tu centro... ¿Me explicarás la causa?

—Creo, padre—contestó la joven—que necesito algún tiempo para...

—Es preferible decir *Papá*—observó la señora General;—*padre* es un nombre ya muy común, hija mía; y además, al pronunciar el de *papá* se comunica á los labios una forma graciosa. Papá, patatas, pollo y prismas son palabras muy á propósito para formar los labios. Ya verá usted qué útil es saber estas cosas cuando se alterna con la sociedad.

—Hija mía—dijo el señor Dórrit—te ruego que te conformes... ¡hem!... con los preceptos de la señora General.

La joven contestó que haría todo lo posible.

—Decías—prosiguió el padre—que necesitabas tiempo. ¿Para qué?

—Para acostumbrarme á mi nueva vida—contestó la joven después de una larga pausa, y fijando en su padre una mirada cariñosa.

El anciano frunció el entrecejo, como si no le satisficiese la respuesta, y repuso al fin:

—Paréceme, Amy, y así debo confesarlo, que has tenido bastante tiempo para acostumbrarte... ¡hem!... y no ocultaré que me extraña tu conducta. Fanny ha sabido vencer todas estas dificultades, y no veo por qué... ¡hem!... no habías de hacer tú lo mismo.

—Espero conseguirlo—replicó la niña Dórrit.

—Y yo confío que no perdonarás esfuerzo para ello. Te he llamado... ¡hem!... para decirte muy enérgicamente, en presencia de la señora General, que ha tenido la bondad de permanecer aquí, que no estoy satisfecho... ¡hem!... de tu conducta, con la cual me causas no poca inquietud. Siempre fuiste mi predilecta, como decía hace poco á esta señora; siempre he querido que seas... ¡hem!... mi amiga y compañera; y en cambio te ruego, muy formalmente, que te conformes mejor con las circunstancias y hagas con toda escrupulosidad cuánto conviene á... tu posición. Fija la atención en las observaciones que acaban de hacerte, y trata de conducirte como

cumple á... ¡hem!... la señorita Dórrit. Así lograrás contentarnos.

—Si la señorita Amy quiere hacer por su parte algunos esfuerzos—dijo la viuda, después de abrir y cerrar los ojos sucesivamente—aceptando el auxilio de mis humildes consejos para darse la importancia que pueda faltarle, el señor Dórrit no tendrá ya ningún motivo de queja; y aprovecharé esta oportunidad para advertirla, por vía de ejemplo, que no es conveniente mirar á los mendigos con tanta atención como lo hace una amiguita mía. No debemos fijar la vista en ellos, ni tampoco en ningún objeto desagradable, pues prescindiendo de que semejante costumbre es contraria á esa graciosa ecuanimidad exterior que indica más que nada una persona de buena educación, paréceme hasta poco compatible con un espíritu delicado, el cual ha de aparentar siempre que ignora la existencia de cuánto es inconveniente, desordenado y desagradable.

Después de dar este admirable precepto, la señora General hizo una reverencia á fondo, y retiróse con toda la majestad de una reina.

Durante la conversación, la niña Dórrit había conservado siempre su semblante sereno y su mirada cariñosa, que no cambió de expresión mientras estuvo presente la señora General; pero cuando quedó sola con su padre, agitáronse sus manecitas, y sus facciones revelaron una emoción profunda y contenida.

Sin embargo, no era porque se creyese agraviada; podía estar algo resentida, pero importábale poco esto. Pensaba, como siempre, en su padre: desde que tomaran posesión de la herencia, vago temor se había apoderado poco á poco del espíritu de la tímida doncella: decíase que á pesar de sus riquezas jamás podría ver á su padre tal como debió ser antes de su largo encarcelamiento; en lo que el anciano acababa de decirle, y en toda su conducta con ella, reconocía la sombra funesta y familiar que de continuo viera en los muros de la prisión; esta sombra tomaba una forma nueva, pero era la misma, siempre lúgubre y triste. La niña Dórrit comenzaba á confesarse con dolorosa repugnancia que no tenía bastante dominio sobre sí para persuadirse de que el tiempo pudiera

borrar jamás un cuarto de siglo pasado detrás de los barrotes de una prisión; y la pobre joven no podía culpar á su padre, ni tenía nada que echarle en cara; en su fiel corazón no había más sentimiento que una sincera piedad y una ternura sin límites.

He aquí por qué en el anciano que estaba ante ella, iluminado por el brillante sol del cielo de Italia, libre en medio de una ciudad maravillosa, y alojado en un magnífico palacio, la joven veía sólo al pobre prisionero á la triste luz de su mísera habitación; he aquí por qué hubiera querido sentarse á su lado en el sofá para consolarle, obtener toda su confianza y serle útil. Pero si el anciano adivinó el pensamiento de su hija, el suyo no debía estar conforme con este modo de ver, pues el señor Dórrit se levantó de pronto y comenzó á pasear de un lado á otro de la habitación con enojo.

—Padre—dijo la niña Dórrit—¿tiene usted algo más que decirme?

—No, no; nada.

—Siento mucho haberle dado motivo de queja, y espero que no me guardará rencor. Para complacerle procuraré ahora, más que nunca, conformarme con todo cuánto me rodea... le aseguro que he tratado de hacerlo ya, pero no lo he conseguido.

—Amy—replicó el padre, deteniéndose de pronto delante de su hija—debo decirte que tú... ¡hem!... lastimas mi amor propio á cada momento.

—¡Yo, padre mío!

—Hay un recuerdo penoso—prosiguió el señor Dórrit, sin fijar su vista en la de la joven, que expresaba la mayor aflicción—hay un recuerdo, una serie de acontecimientos que yo quisiera... ¡hem!... borrar completamente de mi memoria. Tu hermana lo ha comprendido así, hasta el punto de llegar á reprender tu conducta en mi presencia; tu hermano lo ha comprendido también; todos lo comprenderían, por poca delicadeza y sentimiento que tuvieran, y sólo tú eres una excepción, Amy; tú sola despiertas... ¡hem!... estos tristes recuerdos, sin hablarme precisamente de ellos.

Amy se limitó á poner la mano sobre el brazo de su padre, mano temblorosa que tal vez quería decir con mucha expre-

sión: «Piense usted en mí; recuerde cómo he trabajado para usted; no olvide mis sacrificios de otras veces.»

Amy, sin embargo, no pronunció una palabra, pero su ademán envolvía una reprensión que no había imaginado; y por eso el señor Dórrit comenzó á justificarse, aunque torpemente y con tono irritado.

—Durante veintitrés años—dijo—todo el mundo me reconocía... ¡hem!... por el jefe; yo he sabido hacer que te respeten, Amy; yo... ¡hem!... he conquistado una posición para mi familia; merezco en cambio una compensación y la reclamo. Te lo repito, Amy, borra este recuerdo de la faz de la tierra, y comience para ti una nueva vida. ¿Te parece que pido demasiado? Veamos, ¿te parece que soy muy exigente?

Durante este monólogo, el anciano no fijó una sola vez la vista en su hija; de modo que parecía dirigir sus quejas al vacío.

—He sufrido mucho—prosiguió el anciano;—puedo decir que nadie sabe como yo hasta qué punto han llegado mis padecimientos... ¡hem!... ¡oh! nadie lo sabe; y, sin embargo, he podido olvidarlo todo, he conseguido borrar las señales de lo que sufrí para presentarme en el mundo como... ¡hem!... un caballero sin mancha... ¿Exijo demasiado por ventura al pedir á mis hijos... ¡hem!... que hagan como yo, á fin de borrar de la tierra el recuerdo de esa época maldita?

Á pesar de su agitación, el anciano tenía buen cuidado de no alzar la voz, por temor de que el ayuda de cámara cogiese algunas palabras al vuelo.

—Todos los míos olvidan, excepto tú, Amy, que siempre fuiste mi predilecta y compañera: te confío á una señora, que lo es por todos conceptos... á la señora General, á fin de que te ayude á borrar ese recuerdo, y tampoco lo consigue. No extrañes, pues, que esté descontento al ver que todo es inútil. ¿Te parece que debo disculparme por haber expresado mi enojo? Por mi parte, no lo creo así.

La agitación del anciano, lejos de disminuir, parecía aumentar por momentos.

—¿Crees tú—prosiguió—que tenga este empeño para mí, y que me queje sólo por lo que á mí respecta? No, no; lo hago sobre todo... ¡hem!... en tu propio interés, Amy; no soy tan

egoísta. Te decía que estaba resentido, y en efecto lo estoy... y es porque mi hija, favorecida por la fortuna, se muestra desdeñosa y quiere vivir solitaria, proclamando así que no se encuentra á la altura de su destino. Me lastima que vengas á mostrar... ¡hem!... sistemáticamente á la luz del día lo que nosotros queremos tener oculto...; y no parece sino que deseas anunciar á una sociedad distinguida y opulenta que naciste y te educaste... ¡hem!... en un sitio que no quiero nombrar!

El anciano exhaló algunas quejas más, pero callóse al fin; y después de mirar al techo durante algunos segundos, fijó la vista en Amy, que apoyada la mano en el brazo de su padre, tenía la cabeza inclinada con aire contristado; el señor Dórrit no podía ver bien las facciones de su hija, pero en el contacto de su mano había una tierna y muda elocuencia; su actitud sólo demostraba cariño, sin la más ligera sombra de reprensión; y sin duda por esto el anciano, después de contemplar un momento á la joven comenzó á llorar, como había llorado en la prisión cierto noche en que la niña Dórrit fué á sentarse á la cabecera de su lecho para velarle hasta el día.

—Con toda mi fortuna—exclamó de pronto, abrazando á la joven—no soy ya más que una ruina, un pobre miserable.

—¡Silencio, padre mío!—exclamó la joven Dórrit;—déme usted un beso y no hablemos más.

Las lágrimas del anciano secáronse bien pronto, mucho antes que la noche en que se hallaba en la prisión; y pocos minutos después, como para rehabilitarse de su debilidad á sus propios ojos, habló á su ayuda de cámara con mucha dureza.

Salvo otra ocasión de que hablaremos en su tiempo y lugar, esta fué la única vez en que el señor Dórrit habló á su hija del tiempo pasado desde que la herencia le había enriquecido.

Era llegada la hora de almorzar, y no tardaron en presentarse Fanny y Eduardo. La salud de estos dos ilustres vástagos de la familia parecía haberse resentido un poco, porque Fanny ansiaba ardientemente presentarse en *sociedad*, según ella decía; y Eduardo pasaba las más de las noches en re-

uniones aristocráticas: este joven había tenido poco que aprender para darse tono y alternar con la buena sociedad; la suerte le había adiestrado para ello sin duda cuando fué chalán y mozo de billar.

Á este almuerzo de la familia asistió también Federico Dórrit, que habiendo abandonado su clarinete, pasaba horas enteras contemplando los retratos de los más célebres venecianos en los principales museos, donde se le veía siempre con su cucurucho de rapé en la mano. Fanny, muy indignada, había propuesto que se comprase á su tío una tabaquera de oro, á fin de que no deshonrara á la familia; pero el anciano rehusó terminantemente hacer uso de ella cuando se la dieron.

Al terminar el almuerzo, el tío Federico manifestó que él y su sobrina, la niña Dórrit, habían visto en un museo el caballero y la señora que se encontraron en la cima del Monte San Bernardo.

—No recuerdo su nombre—dijo—pero es probable que Guillermo ó Eduardo lo tengan presente.

—Yo tengo buenas razones para no olvidarlo—replicó el sobrino.

—Así lo creo—añadió Fanny, encogiéndose de hombros, mirando á su hermana;—pero dudo que se nos hubiera hablado de ellos si mi tío no hubiese metido las narices.

—Hija mía—observó la señora General—usa usted una frase bastante vulgar y chocarrera. ¿No sería mejor decir: *si nuestro tío no los hubiese nombrado por inadvertencia...* ó bien: *no hubiera aludido á estas personas por casualidad.*

—Gracias por la advertencia—contestó Fanny;—pero decididamente prefiero la frase que acabo de usar.

Así la ex-bailarina recibía casi siempre los consejos de la señora General; pero tenía cuidado de retenerlos en la memoria para utilizarse de ellos en otra ocasión.

—Siempre hubiera dicho algo sobre nuestro encuentro con el señor Gowan y su esposa, Fanny—repuso la niña Dórrit;—y hasta pensaba hacerlo esta mañana, pues deseo visitar á esa dama si papá y la señora General no hallan en ello ningún inconveniente.

—Muy bien, Amy; me alegro de que expreses el deseo de

trabar conocimiento con álguien en Venecia; pero falta saber si los señores Gowan son personas con quienes convenga relacionarse.

—Yo no hablo más que de la señora Gowan, querida Fanny.

—Ya lo sé; pero si no me engaño, no puedes separar al marido de la mujer sin acta del Parlamento.

—¿Piensa usted, papá—preguntó la niña Dórrit con timidez—que pueda haber razones para impedirme hacer esta visita?

—Verdaderamente—replicó el padre, yo no... ¡hem!... ¿Qué opina la señora General?

La viuda contestó que, no teniendo el honor de conocer á los señores Gowan, debía limitarse á observar que, según el gran principio adoptado por la gente de buen tono, esto dependía mucho del rango de las personas que debieran presentar la dama extranjera á una familia tan distinguida como la de los Dórrit.

El joven Eduardo, con su lente en el ojo, mandó á los criados altivamente que se retirasen, y cuando lo hubieron hecho, intervino en la conversación.

—Para gobierno de ustedes—dijo—tal vez convenga manifestarles que esos Gowan, y adviértase que no me inclino en su favor, ni mucho menos por lo que hace al esposo, están relacionados con gente de gran valía.

—En mi concepto—dijo la señora General—esto puede influir mucho. Si los jóvenes esposos están verdaderamente relacionados con personas de importancia y distinción...

—En cuanto á eso—interrumpió Eduardo Dórrit—usted misma podrá juzgar. ¿Conoce usted, al menos de nombre, al famoso Merdle?

—¡El gran Merdle!—exclamó la viuda.

—El mismo—replicó Eduardo...—la viuda, la madre del individuo que se llama Gowan, es amiga de la señora Merdle.

—En tal caso—dijo la señora General—no puede haber mejor garantía.

—Yo preguntaría á mi hijo... por pura curiosidad...—dijo el padre—cómo ha obtenido esta noticia... ¡hem!... tan oportuna.

—Es muy sencillo—replicó Eduardo—lo diré al punto. Por de pronto, la señora Merdle es la dama con quien usted tuvo una breve conversación en el patio del hotel de...

—De Martigny—interrumpió Fanny con cierta languidez.

—Sí, de Martigny—repitió el hermano dirigiendo á la exbailarina una mirada que la hizo ruborizar.

—¿Cómo es eso?—preguntó el padre.—¿No me has dicho que el joven caballero con quien hablaste se llama Sparkler?

—Ciertamente, padre, pero esta no es una razón para que su madre tenga el mismo nombre, puesto que la señora Merdle es una viuda casada en segundas nupcias, y tiene hijo del primer esposo. Ayer pasé la noche con Sparkler, y les aseguro que es un excelente muchacho, pero se ha encaprichado de tal modo por cierta señorita, que está fastidioso. (Al decir esto, el joven fijó una maliciosa mirada en Fanny.)

—En este caso—dijo el señor Dórrit—creo expresar mi opinión y la de la señora General al decir que no veo inconveniente... ¡hem!... en satisfacer tu deseo, Amy; y hasta consideraré esta circunstancia como un feliz augurio. No hay el menor inconveniente en relacionarse con semejantes personas, y hasta es bueno conocerlas. El señor Merdle goza de una reputación... ¡hem!... universal; sus empresas son gigantescas y le producen sumas tan enormes, que se le puede considerar como uno de los bienhechores del país. El señor Merdle representa el gran hombre de la época moderna; su nombre es el de nuestro siglo; y por lo tanto os ruego que tratéis con mucha cortesía á los señores Gowan, cuyas relaciones nos conviene cultivar.

Esta generosa concesión puso fin al debate, sin que nadie notara que el tío Federico había rechazado su plato, olvidando al parecer su almuerzo, pues excepto la niña Dórrit, nadie fijaba mucho la atención en él. La señora General se levantó muy pronto de la mesa, así como también la niña Dórrit, que había manifestado deseos de retirarse á su cuarto. Cuando sólo quedaban en el comedor Fanny y Eduardo, que hablaban en voz baja, y el señor Guillermo Dórrit, que comía higos, leyendo al mismo tiempo un diario francés, el anciano tío llamó la atención de todos en un momento dado, pues

levantóse bruscamente, y descargando un puñetazo en la mesa, exclamó con acento airado:

—¡Hermano, yo protesto!

El padre y los dos hijos enmudecieron de asombro al ver aquello; Guillermo Dórrit dejó caer el diario que tenía en una mano, permaneciendo inmóvil con un higo en la otra.

—Hermano—continuó el tío con voz que había dejado de ser temblorosa—repito que protesto. Yo te amo; ya sabes cuánto cariño te profeso, y no ignoras que en mis años de desgracia jamás te hice traición ni una sola vez, ni siquiera de pensamiento. Por débil que sea, mi mano caerá sobre quien hablare mal de ti; pero... ¡hermano, hermano, yo protesto!

Era ciertamente cosa extraordinaria ver al anciano expresarse con tanta energía; sus ojos fulguraban; en su mirada reconocíase una firme resolución, que no se había observado hacía veinticinco años, y su mano parecía dotada de un vigor que comunicaba mayor fuerza á su ademán.

—Querido Federico—dijo Guillermo Dórrit con tono cariñoso—¿qué tienes? ¿de qué te quejas?

—¿Cómo te atreves—prosiguió el tío dirigiendo la palabra á Fanny—cómo te atreves á portarte así?... ¿Has perdido la memoria? ¿No tienes corazón?

—¡Tío!—exclamó Fanny atemorizada y rompiendo á llorar—¿por qué me reprende usted de ese modo? ¿Qué he hecho yo?

—¿Lo que has hecho?—replicó el anciano señalando la silla que la niña Dórrit acababa de abandonar. ¿Dónde está tu cariñosa amiga, que vale más que todas las riquezas del mundo? ¿Dónde está tu fiel guardiana? ¿Dónde está la que ha sido para ti más que una madre? ¿Cómo osas anteponerte á la que lo fué todo para ti? ¡No tienes vergüenza, hermana desnaturalizada!

—Yo amo á Amy—repuso Fanny llorando y sollozando...—la amo más que á mi vida, y no merezco semejante reprensión; quisiera morir antes que ser tratada tan cruelmente... todo porque procuro que se respete á la familia.

—¡Vaya al diablo el respeto á la familia—gritó el anciano con aire de indignación.—¡Hermano, yo protesto con el or-

gullo, y protesto porque, sabiendo lo que sabemos, y después de ver lo que hemos visto, ninguno de nosotros tiene derecho á despreciar á la pobre Amy ni causarle el menor pesar. Todo lo que tendiere á esto sería odioso y más que suficiente para atraer sobre nuestras cabezas la venganza del cielo. ¡Hermano, protesto ante Dios contra toda pretensión de este género!

Así diciendo, dejó caer sobre la mesa la mano que tenía levantada, con tal vigor, que hubiera podido creerse que era la de un hombre fornido y robusto; pero cinco minutos después el anciano se calmó, y dirigiéndose á su hermano, díjole con humildad:

—Guillermo, amigo mío, me he creído en el deber de hablar; dispénsame; no he podido menos de hacerlo así.

Y sin añadir una palabra más, el anciano salió del comedor tan encorvado como acostumbraba á salir en otro tiempo de la prisión de la Mariscalía.

Entre tanto, Fanny no había dejado de llorar y sollozar; Eduardo, harto sorprendido, estaba con la boca abierta, sin pronunciar una sola palabra, y el señor Dórrit, mudo de asombro, no sabía qué decir. Fanny fué la primera en romper el silencio.

—¡Jamás—exclamó—jamás se me ha tratado de esta manera; jamás se me ha dirigido tan dura é injusta reprensión; jamás oí tan violentas y crueles palabras! ¡Querida Amy! ¿Qué diría si supiera que, sin saberlo, acaba de servir de pretexto para semejante malignidad? Pero no lo sabrá nunca; no, querida hermana mía, nunca lo sabrás.

Estas exclamaciones indujeron al señor Dórrit á romper el silencio que había guardado hasta entonces.

—Hija mía—dijo á Fanny—yo... ¡hem!... apruebo tu resolución; vale más... ¡hem!... no decir á tu hermana lo que acaba de pasar, porque esto podría... ¡hem!... disgustarla. Debemos evitar, pues, que sepa lo más mínimo de esto.

—¡Pero qué crueldad la de mi tío!—exclamó Fanny.—¡Oh! jamás podré perdonársela.

—Hija mía—repuso Dórrit con su entonación habitual, aunque estaba más pálido que de costumbre—debo rogarte que no hables así; recuerda que tu tío no es ¡hem!... lo que

era; no olvides que el estado de tu tío exige... ¡hem!... toda nuestra compasión.

—Y sin embargo—replicó Fanny con voz angustiosa—no es injusto suponer que para mi tío algo ocurre que le disgusta, pues á no ser así, jamás me hubiera tratado como acaba de hacerlo.

—Fanny—repuso el padre con tono de piedad paternal—ya sabes que tu tío, á pesar de todas sus buenas cualidades, no es más que una... ¡hem! una ruina; y por lo tanto, te suplico, en nombre del afecto que me inspira y de la fidelidad de que le he dado tantas pruebas, que procures no herir mis sentimientos fraternales.

Así terminó aquella escena de familia: Eduardo Dórrit, que no había pronunciado una sola palabra, estuvo hasta el fin perplejo y aturdido. Fanny mostró aquel día los más afectuosos sentimientos de su hermana, porque sólo se ocupó en hacer caricias á la niña Dórrit, regalarle algunos de sus dijes, y decirle que quisiera haber muerto.

CAPÍTULO VI

Algo marcha

GRACIAS á la charlatanería de Enrique Gowan, no se tardó en saber en todos los sitios donde el artista se presentaba con su esposa, que se había casado sin consultar á su ilustre familia, á la cual costó mucho acceder á semejante enlace. Gowan estaba exento de toda preocupación en este sentido, hasta el punto de re-

chazar con desprecio cuantas observaciones se le hubieran podido hacer; mas á pesar de su empeño particular en despreciarse á sí mismo, guardaba dentro del matrimonio el primer puesto. En los primeros días de su luna de miel, Minnie Gowan reconoció que pasaba por la esposa de un hombre que se había humillado al casarse con ella, pero cuyo amor caballeresco había saltado por encima de todas las barreras sociales.

El señor Blandois, de París, había acompañado á los Gowan hasta Venecia, donde visitaba con la misma asiduidad á su amigo el artista. Cuando éste encontró por primera vez en Ginebra al lucido caballero, no supo al pronto si debía abofetearle ó cultivar sus relaciones; durante veinticuatro horas estuvo pensando sobre la determinación que debería tomar, y al fin resolvió que la suerte decidiera, echando una moneda al aire; pero habiéndole manifestado su esposa que el seductor Blandois le desagradaba, y como este personaje era bastante mal visto en el hotel, Gowan se decidió á cultivar las relaciones del viajero.

¿Cómo explicar esta malignidad, que tal lo era, puesto que al artista no le impulsaba ningún sentimiento generoso? ¿Por qué Gowan, tan superior á Blandois de París, y tan capaz de desenmascararle, se asociaba con un individuo de semejante especie? En primer lugar, oponíase al deseo manifestado por su esposa, porque el señor Meagles había pagado sus deudas, y estando tranquilo por esta parte, quería aprovecharse de la primera ocasión para proclamar su independencia; y después, complacíase en combatir la opinión general, que era muy desfavorable á Blandois, porque tenía un carácter maligno, y no deseaba enmendarse. Hubiérase dicho que con semejante asociación se proponía demostrar en un país muy culto que todo hombre de modales tan distinguidos como los de Blandois no podía menos de alcanzar las más altas dignidades. Gowan se complacía en presentar al viajero como tipo de elegancia, haciendo de él una especie de sátira viviente de otros que habitaban en el hotel y parecían muy prendados de sus cualidades físicas. El artista aseguraba con el mayor aplomo que nadie sabía saludar como Blandois, y que su gracia era irresistible. Y sin embargo, Gowan comprendía

muy bien que el oficioso viajero era un caballero de industria, y además teníale por cobarde; mientras que él, por el contrario, era hombre valeroso y audaz, tanto que no habría vacilado un momento en arrojar á Blandois por la ventana más alta de Venecia si éste hubiera dado á su esposa el más ligero motivo que justificase su repugnancia.

La niña Dórrit hubiera querido ir sola á casa de la señora Gowan, pero como Fanny había ofrecido acompañarla, las dos hermanas se embarcaron en una góndola, y escoltadas por el correo, dirigiéronse con gran ceremonia á la casa del artista, situada en un pequeño islote desierto, cerca de una iglesia.

Un doméstico, especie de lacayo provisional, abrió la puerta á las visitantes y las condujo hasta el salón donde estaba la señora Gowan, anunciando que dos encantadoras señoritas inglesas venían á visitarla.

Minnie, que se ocupaba en una labor de aguja, apresuróse á ocultarla en un canastillo y levantóse algo confusa: la señorita Fanny se mostró sumamente afable y cortés, é hizo los cumplidos de costumbre con toda la habilidad de una dama de gran tono.

—Papá ha sentido mucho—dijo—no poder acompañarnos hoy, pues sus numerosas relaciones en Venecia no le dejan un momento libre; pero me ha recomendado muy particularmente que deje su tarjeta para el señor Gowan; y para no olvidar el encargo, que mi padre me ha repetido al menos una docena de veces, permítame usted, señora, dejar esta tarjeta sobre la mesa.

Así lo hizo Fanny con la mayor desenvoltura.

—Hemos tenido el gusto de saber—añadió—que ustedes conocen á los Merdle, y esperamos que este será un motivo más para estrechar nuestras relaciones.

—Son amigos de la familia de mi esposo—repuso Minnie; —yo no he tenido aún el gusto de ser presentada personalmente á la señora Merdle; pero presumo que la conoceré en Roma.

—¡Ah! tanto mejor—replicó Fanny, que parecía esforzarse en atenuar el brillo deslumbrador de su propia superioridad.

—¿La conoce usted mucho?

—¡Oh! en Londres se conoce á todo el mundo; pero también hemos encontrado á esa señora en el camino, y por cierto que papá se irritó mucho contra ella porque había ocupado uno de los salones alquilado de antemano para nosotros; pero después hemos quedado como los mejores amigos del mundo.

Aunque la niña Dórrit no había tenido ocasión de hablar con la señora Gowan, existía entre ellas cierta inteligencia que suplía á las palabras; pero al fin la joven pudo preguntar:

—¿No ha tenido usted novedad desde la noche que nos vimos?

—No, amiga mía. ¿Y usted?

—¡Oh! yo estoy siempre bien—repuso la niña Dórrit con cierta timidez.—Yo... sí, gracias.

No había motivo alguno para que la niña Dórrit vacilara y se interrumpiese; pero la señora Gowan acababa de dirigirle una expresiva mirada con sus hermosos ojos, y esto bastó para que la joven no prosiguiera.

—Usted no sabe—dijo Minnie—que ha cautivado usted á mi esposo, y que casi debería estar celosa.

La niña Dórrit movió la cabeza ruborizándose.

—Si le repite á usted las mismas palabras—prosiguió la señora Gowan—le dirá que no ha conocido persona más obsequiosa.

—Favor que me hace—contestó la joven.

—No lo creo así; pero de todos modos debo anunciarle la visita de ustedes, pues no me perdonaría nunca el haberlas dejado partir sin haberle avisado. ¿Me permitirán ustedes un momento?

Estas palabras iban dirigidas á Fanny, que contestó graciosamente; y entonces la señora Gowan abrió una puerta, pasó á la habitación contigua y volvió muy pronto.

—Enrique dice que les agradecería tuviesen la bondad de visitar su taller; ya sabía yo que tendría mucho gusto en saludarlas.

Lo primero que vió la niña Dórrit, que iba delante, fué la figura de Blandois de París, embozado en una gran capa y

cubierta la cabeza con un sombrero de bandido calabrés; estaba de pié en un tablado al otro extremo del taller, y á pesar del traje la joven le reconoció al punto.

—No teman ustedes—dijo Gowan, retirando su caballete que estaba detrás de la puerta; — es Blandois, que hoy me sirve de modelo, lo cual es una economía muy necesaria para nosotros los artistas pobres, que no tenemos dinero para tirarlo por la ventana.

Blandois de París se descubrió, saludando á las señoras con su sombrero de anchas alas, sin moverse de su rincón.

— Dispénsenme ustedes—dijo Blandois;—el *maestro* es tan inexorable conmigo que no me atrevo á moverme.

— Pues no se mueva usted — contestó tranquilamente Gowan, mientras que las dos hermanas se acercaban al caballete; — para que estas señoras vean mejor el original de mi bosquejo, pues así sabrán lo que he querido representar. Helo aquí, señoritas: figúrense que es un *bravo* esperando su presa, ó un ilustre patriota que aguarda la ocasión de salvar su país, ó un fulano cualquiera que acecha la ocasión de hacer daño al primero que llegue.

— Diga usted más bien, *professore mio*, un pobre caballero que espera un instante para saludar á la elegancia y la belleza—replicó Blandois.

—O digamos, *cattivo soggetto mio*—contestó Gowan dando una pincelada al retrato en la parte donde el rostro del modelo se había movido—un asesino que acaba de dar el golpe. Enseñe usted su blanca mano, Blandois, sáquela fuera de la capa y no la mueva.

La mano de Blandois temblaba un poco, pero como el modelo se reía al mismo tiempo, explicábase que no pudiese tenerla quieta.

Blandois no había separado un momento la vista de la niña Dórrit, que fascinada por la mirada de aquel hombre, tenía á su vez los ojos fijos en él, pero temblando como si le infundiera terror. Gowan supuso que la atemorizaba el perro, aunque le hacía caricias en aquel instante, y como el animal soltara un sordo gruñido, volvióse para decir á la joven:

—No tenga usted cuidado, señorita, no le hará ningún daño.

—Á mí no me da miedo—repuso vivamente la niña Dórrit, —pero... mire usted lo que hace.

Gowan, arrojando el pincel y la paleta, cogió al perro con ambas manos y sujetóle por el collar, gritando:

—¡Blandois! ¿cómo puede usted cometer la necedad de irritarle? ¡Por el cielo... ó por el infierno!... le aseguro á usted que le hará pedazos. ¡Quieto, León!

El perro, que era muy grande, aunque medio ahogado por el collar, tiraba con todas sus fuerzas para llegar al tablado, y agachábase ya para tomar impulso cuando su amo le sujetó.

—¡León, León!—volvió á gritar Gowan (el perro se había levantado sobre sus patas posteriores y resistíase á su amo): ¡aquí, aquí!... ¡Salga usted, Blandois, ocúltese en cualquiera parte! ¿Qué diablos ha hecho usted á este maldito animal?

—Yo no le he hecho nada.

—Pues salga usted, porque no puedo contener más tiempo á esta fiera; salga usted del taller, si no le matará.

El perro, ladrando furiosamente, hizo un último esfuerzo, mientras que Blandois desaparecía; pero cuando el animal se hubo calmado, Gowan, que no estaba menos furioso, derribóle de una patada, y sujetándole debajo de sus piés, golpeóle tan cruelmente con el tacón de la bota, que el hocico del animal se llenó de sangre.

—Y ahora—gritó el artista—échate en ese rincón, ó te saco fuera y te mato de un tiro.

León obedeció, lamiéndose el hocico y el pecho; mientras que su amo, después de tomar aliento, y recobrada su sangre fría habitual, volvióse para hablar con su esposa y las visitantes.

—Veamos, mujer—dijo Gowan—tú sabes que León siempre es cariñoso y tratable, y por tanto debo suponer que Blandois le ha irritado. El animal tiene sus simpatías y sus antipatías, y no parece querer á mi amigo; pero estoy seguro que le podrías dar certificación de buena conducta, porque es la primera vez que le ves así.

Minnie estaba demasiado turbada para contestar; la niña Dórrit hacía lo posible por calmarla; Fanny, después de proferir dos ó tres exclamaciones, habíase refugiado junto al artista; mientras que León, avergonzado sin duda de ser la

—¡León, león! — volvió á gritar Gowan.

causa de tanto trastorno, arrastrábase hasta los piés de su ama.

—¡Bestia furiosa—gritó Gowan, pegándole de nuevo—te aseguro que has de arrepentirte!

—¡Oh!—exclamó la niña Dórrit—ruégole á usted que no le castigue más; vea usted cuán manso es.

El artista complació á la joven, dejando tranquilo el perro, que á decir verdad no podía mostrarse más sumiso y humilde.

No era fácil que las damas se repusieran pronto de la emoción que les había producido aquel incidente, y así es que después de cruzarse algunas palabras más, las dos hermanas se levantaron para despedirse: el señor Gowan las acompañó hasta el pié de la escalera, excusándose en tono de broma de haber tenido que recibirlas en una morada tan humilde, que hubiera hecho ruborizar de vergüenza á los individuos de su familia. Á la orilla del agua, las señoritas fueron saludadas por Blandois, que si bien muy pálido desde su reciente aventura, no parecía acordarse ya de ella, y rióse cuando le hablaron de León.

Poco después de haberse embarcado las dos hermanas, la niña Dórrit creyó notar que Fanny se daba más importancia que antes; y al mirar por la ventanilla de la góndola para ver si descubría alguna causa, observó que las seguía otra embarcación, que tan pronto se adelantaba como permanecía detrás, navegando á veces de conserva, cuando el espacio lo permitía.

—¿Quién está ahí?—preguntó la niña Dórrit.

—Ya lo podrías suponer—contestó Fanny;—es aquel estúpido... ya sabes...

—No acierto á quién te refieres.

—Hija mía—replicó Fanny—¡qué lenta eres en comprender! Hablo del joven Sparkler.

Así diciendo, Fanny se recostó en el reborde de la góndola, abanicándose con la mayor gracia posible.

—¿Has visto nunca un joven más imbécil?—preguntó después de una pausa.

—¿Crees tú que tenga intención de seguirnos hasta casa?—repuso la niña Dórrit.

—Hija mía, no sé á punto fijo de qué puede ser capaz un idiota enamorado; pero no extrañaría que nos acompañase hasta el fin..., la distancia no es grande;... apuesto á que es capaz de seguirnos desde un extremo á otro de Venecia, porque se muere por verme.

—¿Lo crees así?

—Me pondrías en apuro para contestarte; mejor es que se lo preguntes á Eduardo, pues parece que Sparkler le ha elegido por confidente, y que sólo habla de mí en los casinos y reuniones.

—Lo que extraño es que no haya pensado en hacernos una visita—observó la niña Dórrit después de reflexionar un momento.

—Me parece que tu sorpresa cesará muy pronto; no extrañaré que hoy mismo vaya á casa. Supongo que no lo ha hecho, porque le falta valor.

—¿Le verás tú?

—Según y cómo; aún no estoy decidida... Mírale... ya vuelve á pasar. ¡Qué estúpido!

La verdad es que el joven Sparkler, cuyo ojo pegado al cristal hubiera podido pasar por un defecto de este, detenía á intervalos su góndola, sin aparente motivo, y su aspecto no era de lo más á propósito para atraer la atención de una dama.

—Dime, Amy—preguntó Fanny de pronto—¿qué pensaste de la conducta de la señora Merdle, la madre de ese joven, cuando la encontramos en Martigny?

—No sé qué decirte...

—Pues yo te lo explicaré. Esta dama se dijo: «Jamás haré alusión á la entrevista que tuve con estas jóvenes en circunstancias muy distintas, y haré como que no las conozco.» He aquí cómo esa señora ha sabido salir de un mal paso. Ya recordarás que te dije al salir de su casa en Londres que no había mujer más insolente y más falsa que esa; pero en punto á insolencia, tal vez encuentre algún día quien la aventaje. Quizás también esa señora se propone hacernos creer que observa tal conducta para no zaherir nuestros sentimientos.

—Pero nosotras podríamos siempre restablecer la verdad—dijo la niña Dórrit.

—Nada de eso, Amy, nunca pienses en hacer tal cosa, porque no lo consentiría; cuando esa dama quiera, ya podré hacerlo. Yo me encargo de devolverle el cambio de su moneda; esa señora ha trazado el camino, y yo le seguiré, cultivando su conocimiento hasta que me haya visto dar á su doncella objetos de tocador mejores y más costosos de los que ella me regalaba por conducto de su modista.

La niña Dórrit guardó silencio, pues no olvidaba que no tenía voz ni voto mientras se tratase de mantener la dignidad de la familia; y por otra parte no quería perder el favor que Fanny le dispensaba tan inopinadamente; no podía aprobar, pero tampoco dijo nada en contra, y limitóse á preguntar á su hermana:

—¿Piensas alentar á ese joven?

—¿Alentarle, hermana mía?—repuso Fanny, sonriendo con desdén—eso depende de lo que tú entiendas por *alentar;* no, no lo haré, pero será mi esclavo!

La niña Dórrit dirigió á su hermana una mirada inquieta, pero Fanny, sin hacerle caso, dió un golpecito en la nariz de Amy con su abanico, como pudiera una altiva hermosura que se divierte en instruir á su humilde compañera.

—Quiero hacerle correr y galopar como un perro de caza —añadió la ex-bailarina;—necesito que sea mi vasallo, y si no consigo así humillar á su madre, no será por culpa mía.

—¿Has reflexionado, Fanny (no te enfades por esta pregunta, ahora que somos tan buenas amigas)... á dónde te puede conducir tu empeño?

—No lo he pensado aún, hija mía—replicó Fanny con la mayor indiferencia;—pero ya lo veremos. Por de pronto, tales son mis intenciones; y he necesitado tanto tiempo para explicártelas, que ya hemos llegado... ¡Ah! ahí está la góndola del joven Sparkler... mírale en la puerta de casa... pregunta si la familia está visible.

En efecto, el enamorado Sparkler estaba allí, con una tarjeta en la mano, fingiendo que preguntaba á un sirviente; mas por este concurso de circunstancias, el joven se halló después ante las dos señoritas en una postura que los antiguos no hubieran considerado la más propia para el mejor éxito de sus amorosas pretensiones, pues los gondoleros de

las hermanas, á quienes había molestado la persecución de Sparkler, hicieron chocar ligeramente su embarcación con la del caballero, que cayó sentado en el fondo de la barca, enseñando las suelas de las botas al objeto de su amorosa llama; mientras que el resto de su individuo agitábase en los brazos de uno de sus gondoleros.

Sin embargo, como la señorita Fanny preguntase con mucho interés si el caballero se había hecho daño, Sparkler se levantó más rápidamente de lo que se podía esperar, y muy sonrojado contestó:

—No ha sido nada, señorita.

Entonces, como si Fanny no recordase haber visto jamás á aquel joven, proseguía su camino después de saludar con bastante altivez, cuando el caballero Sparkler, adelantándose presuroso, se nombró. Aun así, la señorita Fanny no pareció recordar dónde había oído aquel nombre, y fué necesario que el interpelante explicara que había tenido el honor de encontrarla en Martigny. Sólo entonces la dama se dignó recordar que efectivamente le había visto en dicho punto, y preguntó después si su madre seguía bien.

—Gracias—balbuceó Sparkler; — está perfectamente... es decir, bastante mal.

—¿ Se halla en Venecia?—preguntó Fanny.

—No, señorita, en Roma. Yo estoy aquí solo; he venido á visitar á Eduardo Dórrit... y también á su padre... en una palabra, á la familia.

Volviéndose graciosamente hacia sus servidores, Fanny preguntó si su papá y su hermano estaban en casa, y como la contestación fuese afirmativa, Sparkler ofreció humildemente el brazo á la señorita Fanny, que le aceptó para subir la gran escalera. Si el joven caballero se figuraba, como era probable, que se las había con una señorita candorosa, engañábase de medio á medio.

Llegados al salón de recepciones, cuyos tapices, de color verde-mar, estaban tan marchitos, que por analogía hubieran podido reclamar un parentesco muy próximo con los restos de yerbas marinas flotantes debajo de las ventanas, la señorita Fanny envió mensajeros en busca de su padre y de su hermano. Mientras llegaban, la ex-bailarina fué á sentarse en

un sofá, donde tomó la postura más seductora, y acabó de conquistar al joven Sparkler aventurando algunas observaciones sobre el Dante, personaje que el joven caballero consideraba como un viejecillo bastante excéntrico, que tenía la rara costumbre de ceñirse la frente con una corona de follaje y tomar asiento en un escabel delante del pórtico de la catedral de Florencia, sin que nadie pudiera adivinar por qué.

El señor Dórrit recibió al visitante con la mayor urbanidad, ó más bien con aristocrática gracia, y pidióle muy particularmente noticias sobre los señores Merdle. El joven Sparkler, que parecía arrancarse las palabras una á una del cuello de la camisa, contestó que la señora Merdle, cansada de su casa de campo, no menos que de su posesión de Brighton, y no pudiendo tampoco permanecer en Londres, cuando no había un alma en la ciudad, había resuelto hacer una excursión á Roma, donde una mujer como ella, de proverbial belleza, y nada tonta, no podía menos de producir cierto efecto. En cuanto al señor Merdle, las notabilidades de la Bolsa y de la Banca le necesitaban de tal modo, que el sistema monetario del país, según Sparkler, no podía prescindir de su individualidad. Las ocupaciones del gran banquero, sin embargo, parecían incomodar á veces al extraordinario capitalista, que para mejorar su salud necesitaba mucho un tiempo de galop en el campo ó en el extranjero. El señor Sparkler dió á entender también que en cuanto á su persona, pensaba ir (para un asunto urgente) donde fuese la familia Dórrit.

Este gran esfuerzo oratorio exigió tiempo, pero tuvo su fin; y entonces el señor Dórrit manifestó la esperanza de que el caballero Sparkler les favorecería comiendo con ellos aquel mismo día, después de lo cual acompañaría á las damas á la Ópera.

Próxima ya la hora de la comida, el joven Sparkler, saliendo de la onda como el hijo de Venus cuando iba en pos de su señora madre, subió la gran escalera, ostentando sus más ricas galas; y si Fanny le había parecido encantadora por la mañana, juzgóla tres veces más bella por la noche, gracias á un tocado que sentaba muy bien á su género de belleza y á cierta indolencia que dobló, triplicó y remachó los grillos que debían sujetar al joven enamorado.

—Parece, caballero Sparkler—le dijo su anfitrión durante la comida—que usted conoce... ¡hem!... al señor Gowan... al señor Enrique Gowan.

—Mucho, mucho—contestó Sparkler;—su madre y la mía son antiguas amigas.

—Á pensarlo—continuó el señor Dórrit, con aire protector, bastante majestuoso—te habría rogado, Amy, que le hubieras escrito dos palabras, invitándole á venir á comer hoy con su señora. Les hubiera enviado mi góndola para traerlos aquí, pues nosotros tenemos... ¡hem!... más embarcaciones de las que necesitamos. Mucho siento no haber pensado en ello. Procura, hija mía, recordármelo.

La niña Dórrit se preguntó cómo tomaría la invitación el señor Enrique Gowan, pero prometió á su padre no olvidar la recomendación.

—¿Sabe usted si el señor Enrique Gowan hace... ¡hem!... retratos?—preguntó el señor Dórrit.

Sparkler opinó que Enrique Gowan estaría dispuesto á aceptar todos los encargos que se le hiciesen, bien fueran retratos ú otra cosa.

—¿No se ha dedicado á un género particular?

Sparkler, á quien el amor inspiraba deseos de lucirse, contestó que para dedicarse á un género particular sería necesario que un hombre comenzara por adoptar un calzado particular; que un cazador, por ejemplo, debía llevar zapatos á propósito, y un caballero, botas con espuelas; mientras que él creía haber observado que su amigo Enrique Gowan no se calzaba como los demás.

—¿Con que no se dedica á ninguna especialidad?—observó el señor Dórrit.

Como esta palabra era poco familiar para Sparkler, que además estaba fatigado por su reciente discurso, limitóse á contestar:

—No señor; yo no la tomo nunca.

—De todos modos—añadió el señor Dórrit, que no había comprendido tan singular contestación—me sería muy grato ofrecer á un caballero tan bien nacido un... ¡hem!... ligero testimonio de mi deseo de favorecerle y desarrollar... ¡hem!... los gérmenes de su genio. Creo que haría bien invitando al

señor Gowan á que hiciese mi retrato. Si el resultado de este ensayo... ¡hem!... fuera satisfactorio por ambas partes, yo podría después rogarle que hiciese el retrato de los demás individuos de la familia.

El joven Sparkler pensó que ésta sería la mejor ocasión para observar que había *ciertos* individuos de la familia Dórrit (recalcando muy marcadamente la palabra *ciertos*) á los cuales ninguna pintura podría hacer justicia; pero no encontrando fórmula para expresar esta idea original, el joven enamorado se abstuvo de emitir su pensamiento.

Esto fué tanto más sensible cuanto que la señorita Fanny aplaudió mucho el proyecto del retrato, aconsejando á su padre que lo pusiera en ejecución cuanto antes. Dijo que sabía que el señor Gowan había renunciado á un brillante porvenir para unirse con su bella esposa y consagrarse al arte á fin de ganar su subsistencia; que era muy justo hacer el encargo al señor Gowan, fuera cual fuese el resultado; y por último que ella y Amy estaban seguras de que el artista saldría airoso de su empresa, pues habían visto en su caballete un retrato notable que pudieron comparar con el original. Estas observaciones (como lo quería Fanny) trastornaron notablemente al infeliz Sparkler, en quien se despertó al punto un sentimiento de celos contra el rival desconocido, y tan vivamente, que sus ojos parecían saltarle de las órbitas.

Volviendo al seno del mar, después de la comida, y saliendo de nuevo para subir la escalera del teatro de la Ópera, precedida de un gondolero á guisa de tritón, armado de una inmensa linterna de lona, la familia Dórrit entró en su palco, y desde entonces comenzó para el caballero Sparkler una noche de angustia.

Como la platea estaba algo oscura y el palco bien iluminado, las señoritas Dórrit recibieron durante la representación varias visitas de sus conocidos, por los cuales se interesó Fanny mucho, adoptando las posturas más seductoras, y discutiendo con ellas graciosamente sobre la identidad de ciertas personas sentadas en otras localidades, lo cual bastó para que el desgraciado Sparkler comenzase á odiar á la humanidad entera: sin embargo, la suerte le reservaba dos consuelos para el fin de la función. Fanny le dió á guardar su abanico

mientras se ponía el abrigo, y además obtuvo el inestimable favor de ofrecerle después el brazo para volver á la góndola. Estos pequeños estímulos no eran gran cosa, pero en opinión del joven Sparkler, bastaban para impedir á un individuo entregarse á la desesperación: tal vez Fanny pensaba lo mismo.

El tritón que estaba á la puerta del palco, siempre con su linterna, como todos los demás, alumbró los escalones mientras la familia Dórrit bajaba.

Entre los curiosos estacionados á la puerta hallábase Blandois, de París, que habló á las señoritas y bajó, colocándose al lado de Fanny.

La niña Dórrit, que iba delante con su hermano y la señora General (el padre se había quedado en casa), no pudo menos de estremecerse al ver tan cerca de ella á Blandois, que ayudaba á su hermana á entrar en la góndola.

—Gowan—dijo el viajero francés—ha sufrido una gran pérdida desde que recibió la visita.

—¿Una pérdida?—repitió Fanny.

—Si—replicó Blandois—su perro León ha muerto.

—¿Muerto?—repitió la niña Dórrit.—¡Pobre animal, tan noble y tan sumiso!

—¡Ah!—repuso Blandois encogiéndose de hombros—los dogos mueren como los Dux;... yo creo que álguien ha envenenado á ese pobre animal.

CAPÍTULO VII

En el que se trata particularmente de los prismas

Por muchos esfuerzos que la niña Dórrit hubiese hecho durante el curso de su laboriosa existencia para conseguir tal ó cual objeto, ninguno le fué tan costoso como el requerido para dejarse educar por la señora General; nada la molestaba tanto como someterse á sus preceptos; pero resignóse á las necesidades de la familia en sus días de grandeza, como se había resignado á ellas durante el período de miseria; mas no por esto cedió á sus propias inclinaciones, como no cediera tampoco al hambre misma en aquella época en que guardaba su comida para que su padre no careciese de cena.

Durante las pruebas que hubo de sufrir mientras estuvo

bajo el dominio de la señora General, la niña Dórrit tuvo un consuelo que le dió fuerza para resistir, y fué la constante bondad de su hermana, por más que tuviese el carácter de una protección. Admirando siempre la belleza de Fanny, su gracia y viva inteligencia, Amy le profesaba el mayor cariño que pudiese contener el corazón de una fiel y noble hermana.

Cierta tarde, encontrándose las dos solas, después de haber hecho varias visitas, Fanny quiso tener con la niña Dórrit un rato de conversación puramente confidencial.

—Amy—le dijo—voy á tratar de hacerte comprender algo que tal vez no habrás sospechado aún; y apuesto que no adivinas de qué se trata.

—Es muy probable, querida Fanny—contestó la niña Dórrit.

—Vamos, voy á darte una clave... la señora General...

Amy fijó en su hermana una mirada interrogante, como para indicar que no comprendía.

—¿No adivinas ahora?—preguntó Fanny.

—No, no, amiga mía, á menos que haya hecho algo que disguste á...

—¡Oh! ¡qué tímida eres!—repuso Fanny sin poder contener la risa—vamos, no es eso; se trata de una cosa muy formal, que por cierto me contraria mucho.

—Si no es nada contra mí, poco me importa—replicó la niña Dórrit sonriendo.

—¡Oh! pero es el caso que á mí me importa mucho; y á ti también te importará cuando te haya abierto los ojos. ¿No has observado, Amy, que hay cierta persona que se muestra sumamente cortés con la señora General?

—Todo el mundo es cortés con ella—contestó la niña Dórrit—porque...

—Porque es una mujer de hielo—interrumpió Fanny;—pero no aciertas. Veamos, hija mía, ¿no has observado que papá agasaja exageradamente á la señora General?

—No—balbuceó Amy algo confusa.

—Pues no te digo más que la verdad; y añadiré que esa señora viuda tiene sus intenciones respecto á papá.

—¿Lo crees posible?

—¡Que si lo creo! Estoy segura de ello, y hasta te diré que

papá la considera como una maravilla, como un fenómeno de buen tono y de saber, como una preciosa adquisición para nuestra familia. ¿Qué te parece la perspectiva de tener á la señora General por mamá?

La niña Dórrit se mostró inquieta, y limitóse á preguntar á su hermana qué motivos tenía para creerlo.

—¡Qué niña eres!—dijo Fanny—tanto valdría que me preguntases en qué conozco que un hombre se enamora de mí. Yo te aseguro lo que te digo, advirtiéndote que en estas cosas no me engaño jamás.

—¿Has oído decir algo á papá?

—¡Bah! ¿qué necesidad hay de decir esas cosas?

—¿Y ha indicado algo la señora General?

—¡Bondad divina!—exclamó Fanny—¿crees tú á esa mujer capaz de hablar de esto? Á ella le basta mantenerse bien erguida, llevar siempre los guantes, que ya me irritan los nervios, y usar faldas que hagan mucho ruido. Ya sabe la señora viuda que las circunstancias podrán hacer lo demás.

—Pero al menos, Fanny, debes convenir conmigo en que puedes equivocarte. ¿No es posible?

—¡Oh! *posible* sí; pero sé que no me engaño; y me alegro de que consolándote con esta esperanza tomes la cosa tan tranquilamente. Tal vez tú puedas sobrellevar resignada tan inesperado cambio, pero yo no, y te aseguro que antes de aceptar semejante suegra me casaría con Edmundo Sparkler.

—¡Oh, Fanny! estoy segura de que nada te induciría á casarte con este joven.

—Á decir verdad, no te juraría que no sea capaz de hacerlo. No sabemos lo que puede suceder, tanto más cuanto que esto me proporcionaría mil ocasiones de tomar el desquite con la señora Merdle; y te aseguro, Amy, que en tal caso no tardaría en aprovechar la oportunidad.

Á esto se limitaron por de pronto las confidencias; pero Fanny había dicho lo bastante para que la niña Dórrit ocupara su pensamiento en estos dos personajes, sin olvidarlos un instante.

Blandois se había presentado á ofrecer sus respetos á la familia: el señor Dórrit recibió con bastante afabilidad al amigo de Gowan, y habló le de su idea de proponer al joven ar-

tista si tendría inconveniente en encargarse de transmitir sus efigies á la posteridad. Blandois aplaudió mucho el proyecto, y como el anciano le preguntase si tendría á bien transmitir la proposición á su amigo, Blandois aceptó gustoso con su obsequiosidad acostumbrada, asegurando que desempeñaría el encargo lo mejor posible.

Cuando Blandois dió cuenta del mensaje á Gowan, el artista profirió mil denuestos contra el señor Dórrit, pues aunque se quejaba de no ser protegido, no por esto le gustaban los protectores; y poco faltó para que se incomodara con su imprudente amigo por haberse encargado de semejante comisión.

—Tal vez sea yo algo obtuso, amigo mío—exclamó;— pero el diablo me lleve si veo por qué ha de intervenir usted en el asunto.

—¡Rayo del cielo!—replicó Blandois—tampoco lo veo yo; sólo he pensado en hacer un favor á un amigo.

—Haciendo pasar á su bolsa el dinero de un intruso, ¿no es así?—preguntó Gowan, frunciendo el entrecejo.—Pues vaya usted á decir á su amigo que puede servir de modelo para la muestra de alguna taberna y regalar después la obra á un pintor del género. ¿Por quién me toma, y qué se figura ser?

—Maestro—replicó Blandois—¿y por quién me toma usted á mí?

Sin manifestar el menor deseo de aclarar esta pregunta, Gowan comenzó á silbar con aire irritado y no habló más del señor Dórrit; pero al día siguiente volvió á la carga y dijo, sonriendo desdeñosamente:

—Oiga usted, Blandois, ¿cuándo iremos á ver á ese Mecenas que tan de improviso ha descubierto? Nosotros los artesanos no debemos rehusar las obras que nos encarguen. ¿Cuándo hemos de ir á tomar las órdenes del amo?

—Cuando usted quiera—contestó Blandois, sin ocultar su resentimiento—cuando á usted le plazca. ¿Tengo yo algo que ver en eso? ¿Qué me importa á mí?

—No lo sé; pero á mí me importa mucho, porque esto me ayudará á comprar pan y queso. ¡Es preciso vivir! ¡Vamos! ¡en marcha, amigo Blandois!

El señor Dórrit los recibió en presencia de sus hijas y del

joven Sparkler, que por una rara casualidad estaba de visita.

—¿Cómo va, amigo Sparkler?—preguntó Gowan con indiferencia.—Cuando para vivir no tenga usted más que el ingenio de su madre, amigo mío, le desearé que sepa salir del paso mejor que yo.

El señor Dórrit habló entonces de su proposición.

—Caballero—le dijo Gowan sonriendo, después de haber aceptado con mucha amabilidad—soy demasiado novicio en el arte para estar al corriente de todos sus misterios, y creo que debería examinarle á usted varias veces, preguntándome después cuándo tendré el tiempo suficiente para consagrarme con el entusiasmo necesario al magnífico retrato que pienso hacer de usted. Ahora bien, debo advertirle (Gowan volvió á sonreir) que soy muy mal pintor, aunque no peor que la generalidad de mis colegas. Si usted tiene empeño en echar cien guineas por la ventana, considerando que soy tan pobre como puede serlo un pariente pobre de personas de alto rango, le agradeceré mucho que me las arroje á mí de preferencia. Yo procuraré darle el valor de su dinero, y si al fin y al cabo no consigo hacerle más que un pastel, todo se reducirá á que tenga usted un pastel firmado con un nombre modesto en vez de poseer otro con un nombre brillante.

Este tono, que el señor Dórrit no esperaba, no le desagradó en modo alguno, pues probaba que el artista, hombre de buena familia, debía quedarle agradecido; y en su consecuencia manifestó que celebraba tener aquella ocasión de entablar con él amistad.

—Es usted muy amable—repuso Gowan;—y ahora debo advertirle una cosa. He sabido que se propone ir á Roma, y yo pienso hacer lo mismo, pues tengo amigos en aquella ciudad. Puesto que me he encargado de hacer su retrato, permítame usted cometer esta injusticia en Roma y no aquí; allí voy á comprometer mi oficio, ya lo sé; pero emprenderé mi trabajo con afán sólo por amor á la moneda.

Esta observación no agradó menos al señor Dórrit que la primera, y sirvió de prefacio á la primera invitación á comer con que se honró á los señores Gowan, colocando al artista en su terreno habitual entre sus nuevos amigos, y también á su señora.

Fanny no ignoraba las circunstancias que habían concurrido antes de efectuarse el enlace de Gowan, en cuanto á su familia y la de su esposa; y la señora General tenía igualmente entendido que aquella unión tan desproporcionada había dado lugar á muchos disentimientos. Del digno señor Meagles no se hablaba nunca; decían que era natural que un hombre de su clase deseara sacar á su hija de la oscuridad, y nadie debía censurar sus esfuerzos en este sentido.

La niña Dórrit manifestaba cariñoso interés por la señora Gowan, tanto más cuanto que creía notar en ella cierto aire de tristeza; pero la verdad es que entre las dos jóvenes existía una mutua simpatía, y eran verdaderas amigas, aunque las circunstancias no les permitieran estrechar sus relaciones. Ambas profesaban las mismas ideas, y de ello tuvieron una nueva prueba en la aversión que á las dos inspiraba Blandois de París, aversión que rayaba casi en la repugnancia, el horror y la antipatía natural que inspira un odioso reptil.

Un día que Blandois se presentó en casa del señor Dórrit para despedirse antes de salir de Venecia, encontró allí á la señora Gowan, que había llegado sólo cinco minutos antes y se hallaba en el salón con Amy, pues toda la familia estaba fuera. Al entrar en la sala, la expresión de sus facciones parecía decir: «Si se proponían hablar de mi persona, vengo á impedirlo.»

—¿Espera usted á su esposo?—preguntó á la señora Gowan.

—No señor.

—¿Cómo? ¿no ha de venir á buscarla? Entonces permita usted á su fiel amigo servirla de caballero para volver á casa.

—No vuelvo ahora.

Esta contestación no bastó para que Blandois se retirara, y pareció tan dispuesto á no dejar solas á las dos amigas, que cansada al fin la señora Gowan, dispúsose á marcharse. Cuando Blandois la ofreció el brazo para bajar la escalera, conservó en su mano la de la niña Dórrit y excusóse diciendo:

—No, muchas gracias; prefiero que tenga usted la bondad de avisar á mi gondolero.

Blandois no tuvo más remedio que bajar, sombrero en mano, y mientras se alejaba, la señora Gowan dijo á la niña Dórrit:

—Ese fué quien mató al perro.

—¿Lo sabe el señor Gowan?—preguntó Amy en voz baja.

—Nadie lo sabe, pero estoy segura de que es él; usted también lo piensa así.

—Yo... yo lo temo.

—Enrique—añadió la señora Gowan—parece profesarle amistad, y no sospecha nada malo, porque es demasiado franco y generoso; pero algo me dice que usted y yo juzgamos á ese Blandois como merece. Según él dice, el perro estaba ya envenenado cuando se enfureció tanto y quiso acometerle; Enrique lo cree, pero ni usted ni yo le damos crédito; estoy cierta de ello. ¡Vamos, adiós, hija mía, adiós!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en voz alta; mientras que el vigilante Blandois miraba á las dos jóvenes desde el pié de la escalera. Á pesar del saludo cortés que les dirigió, su mirada era tan siniestra, que un verdadero filántropo habría podido experimentar el deseo de atar una piedra al cuello de aquel hombre para arrojarle al agua que corría por delante de la casa; pero como allí no había ningún bienhechor de la humanidad, Blandois ayudó á la señora Gowan á embarcarse, permaneció en los escalones hasta que la góndola hubo desaparecido en el estrecho canal, y trasladóse después á la suya.

La niña Dórrit subió la escalera, pensando por la centésima vez que Blandois había tomado pié con harta facilidad en casa de su padre; pero como había muchas personas que hacían otro tanto desde que el señor Dórrit y su hija mayor habían dado en la manía de presentarse en sociedad, nada tenía aquello de extraordinario. La familia mostraba el mayor empeño en ensanchar el círculo de sus relaciones para dar más alta idea de sus riquezas y de su importancia.

La residencia de la familia Dórrit en Venecia tocaba á su fin; muy pronto se dirigieron á Roma; y después de pasar por un punto cuya atmósfera estaba apestada, llegaron al fin al término de su viaje. Habíase alquilado para ellos un magnífico hotel en el Corso; allí establecieron su cuartel general, en medio de aquella ciudad donde todo parece esforzarse por resistir al progreso, manteniéndose en pié sobre las ruinas del pasado... todo excepto el agua, que obedeciendo á las leyes

eternas, corre sin cesar desde lo alto de una infinidad de magníficas fuentes.

Desde su llegada á Roma, Amy tuvo ocasión de estudiar la teoría de la señora General. Muy pronto recibieron la visita de la señora Merdle, que aquel invierno cultivaba en gran escala en la ciudad eterna los preceptos profesados por la señora General. La habilidad que Fanny y la madre de Edmundo Sparkler desplegaron en el asalto que mutuamente se dieron en su primer encuentro deslumbró á la niña Dórrit, como si hubiese visto brillar las chispas de dos aceros.

—Crea usted—dijo la señora Merdle—que me colma de alegría renovar un conocimiento que comenzó bajo tan malos auspicios en Martigny.

—En Martigny, naturalmente—repitió Fanny;—yo también lo celebro mucho.

—He sabido por mi hijo Edmundo que se aprovechó ya de la feliz casualidad de ese encuentro; y sé que ha vuelto contentísimo de Venecia.

—¿De veras?—replicó Fanny con cierta indiferencia.—¿Ha estado allí mucho tiempo?

—El señor Dórrit podrá contestarle tan bien como yo—repuso la señora Merdle volviéndose hacia el anciano—porque Edmundo le debe una gran parte del placer que halló en su morada.

—¡Oh! no vale la pena hablar de esto—dijo Fanny;—creo que papá ha tenido el gusto de invitar al señor Sparkler á comer dos ó tres veces, y esto es bien poca cosa. Como vemos á tantas personas, y en casa hay siempre mesa puesta, ningún mérito tiene haber invitado á su señor hijo.

—Sólo que—interrumpió el señor Dórrit—yo tengo el mayor placer en... ¡hem!... manifestar, con arreglo á mis pocos medios... ¡hem!... el aprecio que me inspira... ¡hem!... así como á todo el mundo... una persona tan distinguida y espléndida como el señor Merdle.

La dama saludó galantemente, dando gracias por el cumplido.

—Debo añadir, señora—continuó Fanny, como para dejar á Sparkler en último término—que papá es un sincero admirador del señor Merdle.

—Con sentimiento he sabido por el señor Sparkler—dijo el anciano—que probablemente... ¡hem!... no veríamos al señor Merdle este invierno.

—Son tantas sus ocupaciones—replicó la dama—y es su presencia tan necesaria allí, que temo que no pueda reunirse con nosotros. Hace un siglo que no sale de Londres. Y usted, señorita Dórrit, ¿hace mucho tiempo que viaja?

—¡Oh! á decir verdad no sé ya cuántos años—replicó Fanny con imperturbable aplomo.

—Lo creo.

—No lo dudo.

—Espero, sin embargo—dijo el señor Dórrit—que si no tengo el... ¡hem!... inmenso honor de conocer al señor Merdle junto á los Alpes ó el Mediterráneo, podré obtener tamaña satisfacción cuando regrese á Inglaterra. Es un honor que deseo vivamente y que sabré apreciar.

—Estoy convencida—replicó la esposa del gran banquero—mirando á Fanny con su lente, que el señor Merdle no apreciará menos el honor de conocer á usted.

La niña Dórrit creyó que todo esto se reducía á un cambio de cumplidos; pero como su padre, después de asistir á una brillante recepción de la opulenta dama, repitió al día siguiente, en la intimidad de la familia, que deseaba conocer al célebre capitalista á fin de utilizarse de los consejos de este grande hombre para la colocación de su fortuna, la joven comenzó á creer que esto podría ser de buen augurio, y hasta ella misma experimentó la mayor curiosidad por conocer el prodigio financiero del día.

CAPÍTULO VIII

Lamentaciones de la viuda Gowan

MIENTRAS las aguas de Venecia y las ruinas se abrasaban al sol, para mayor contentamiento de la familia Dórrit, ofreciendo diariamente á miles de viajeros artistas asuntos para bosquejos que no se parecían á nada, los trabajadores de la casa Doyce y Clennam hacían resonar continuamente sus martillazos en el Patio del Corazón Sangriento, donde durante las horas de trabajo se oía sin cesar la poderosa voz del hierro contra el hierro.

El más joven de los socios acababa de poner en orden los libros y las cuentas; y su compañero no teniendo que ocuparse más que de sus ingeniosos inventos, había trabajado mucho en aumentar la reputación de la fábrica; pero

en su calidad de hombre de talento, debía luchar necesariamente contra los obstáculos que el gobierno opone siempre á esta clase de industriales.

Daniel Doyce, haciendo frente á la situación y á los contratiempos, continuaba en su tarea por amor al trabajo; mientras que Clennam, estimulándole con su cordial cooperación, llegó á ser un apoyo moral para su amigo, prestándole al mismo tiempo los mejores servicios como socio. La casa prosperaba como nunca; los dos amigos se profesaban el mayor aprecio.

El género de vida de Arturo era bastante monótono; hacía ya varios meses que la única distracción de Clennam se reducía á visitar en días dados la triste habitación de la paralítica; y con la misma regularidad la quinta de Meagles. Continuamente echaba de menos á la niña Dórrit; ya supuso que la ausencia de la joven dejaría un vacío en su existencia, pero nunca creyó que pudiera ser tan grande. Entonces pensó también que debería renunciar á toda esperanza de volver á verla, pues demasiado conocía el carácter de la familia Dórrit para no estar convencido de que la joven y él se hallaban separados ya por infranqueable distancia.

Cuando Clennam recibió la carta de Amy, su emoción fué profunda, pero no por eso dejó de reconocer que no era sólo la distancia la que le separaba de su amiguita, sino también otros obstáculos más difíciles de vencer. La carta le permitió adivinar asimismo fácilmente qué lugar reservaba la familia Dórrit al que en otro tiempo la prestara tantos servicios. Comprendió, no obstante, que la niña Dórrit conservaba de él secretamente tiernos recuerdos y supuso, no sin razón, que los demás individuos de la familia le confundían en su memoria con la prisión y el resto de su poco glorioso pasado.

En sus muy frecuentes meditaciones, Arturo veía á la joven, por el contrario, tal como era en otro tiempo; veíala como su inocente amiga, como su cariñosa niña Dórrit; pero el cambio de fortuna de ésta inducíale á considerarse como un hombre de mucha más edad de la que en efecto contaba. En el afecto que Arturo profesaba á la joven Dórrit había algo muy semejante á ternura paternal, que seguramente hubiera angustiado mucho á la joven; pensaba en el porvenir

de su amiguita y en el esposo que pudiera elegir, con un desinterés que hubiera contristado á la pobre niña, arrebatándole la última esperanza.

Clennam visitaba con irregularidad, como hemos dicho, la quinta de los señores Meagles, que habían recibido ya varias cartas de su hija, la cual les aseguraba en todas ellas que era feliz y que amaba á su esposo; pero esto no había bastado para desvanecer de las facciones del padre la nube de tristeza que Clennam observaba de continuo. Desde el casamiento de su hija, el buen Meagles, aunque sin perder el buen humor natural, no había vuelto á estar nunca tan contento como antes.

Cierta tarde de invierno, hallándose Clennam en la quinta, la viuda Gowan llegó de improviso en su coche de alquiler, y apeóse á la sombra de su gran abanico verde para hacer una visita á los señores Meagles.

—¿Cómo está el papá y la mamá?—preguntó con tono protector al entrar. —¿Cuándo han recibido ustedes noticias directas ó indirectas de mi pobre muchacho?

Mi pobre muchacho quería decir *mi hijo;* y esta manera de hablar, sin que nadie pudiera darse por ofendido, parecía mantener la ficción de que el infeliz había sido víctima de las cábalas de los Meagles.

—¿Y la hermosa niña?—continuó la señora Gowan—¿han tenido ustedes noticias más recientes que las mías?

Hermosa niña daba á entender también, de una manera delicada, que sólo la belleza de la joven había cautivado á su hijo, induciéndole á sacrificarle la posición que les esperaba en el mundo.

—Á decir verdad—prosiguió la dama sin hacer apenas caso de las contestaciones de Meagles—es para mí un gran consuelo saber que siguen siendo felices. Mi pobre muchacho tiene tal costumbre de pasear su inconstancia entre una infinidad de personas que le idolatran, que la seguridad de que es dichoso con su compañera me satisface más que nada en el mundo; pero supongo que en la actualidad son más pobres que las ratas.

—Espero que no, señora—repitió Meagles resentido por esta última frase;—supongo que sabrán administrar bien su pequeña renta.

—¡Oh! no tal—replicó la dama—¿cómo es posible que el papá Meagles, todo un hombre de negocios, que en tales asuntos es mucho más fuerte que nosotros, porque no entendemos de estas cosas (esto era indicar á Meagles que se le consideraba como un intrigante) pueda hablarnos de administrar bien su pequeña renta? ¡quién considerará capaz á mi pobre muchacho, ó á la hermosa joven de administrar algunos centenares de guineas! Usted se chancea sin duda, señor Meagles.

—Pues bien, señora—contestó gravemente Meagles—siento verme obligado á decirle que Enrique ha contraído ya deudas.

—¡Buen hombre!—replicó la viuda—yo no necesito andar con rodeos aquí, porque al fin y al cabo somos casi parientes... sí, hay entre nosotros una especie de parentesco; y por lo mismo le diré que en el mundo no se puede tener *todo*.

—¿Y me será permitido preguntar á usted, señora—replicó Meagles animándose más que de costumbre—quién es el que espera tenerlo *todo* en este mundo?

—¡Oh! ¡nadie, nadie! Sólo iba á decir... ¿qué iba yo á decir?... ¡Ah! ya estoy; iba á decir que debe usted recordar que mi pobre muchacho alimentó siempre ciertas esperanzas, que pueden haberse realizado ó tal vez estén por realizarse.

—Tanto vale suponer de una vez que se han defraudado—interrumpió Meagles.

La viuda Gowan dirigió una mirada de cólera á su interlocutor, pero dominóse al punto, y encogiéndose de hombros, añadió:

—Por lo demás, esto no hace al caso. El pobre chico ha estado acostumbrado á estas cosas, usted no lo ignora, y debía esperar las consecuencias; yo misma las he previsto claramente, y por eso no extraño nada, como no le debe á usted extrañar tampoco, caballero.

Meagles miró primero á su mujer, después á Clennam, mordióse los labios y tosió.

—Y en esto—prosiguió la señora Gowan—llegará el día en que se anuncie al muchacho que hay un querubín en camino, lo cual supone no pocos gastos á causa del aumento de familia. ¡Pero en fin, á lo hecho, pecho! Ya no hay remedio, y por lo tanto, papá Meagles, no hable usted de las deu-

das que hayan podido contraer, porque esto sería ya demasiado.

—¡ Demasiado !—repitió Meagles como si pidiese una explicación.—¿ Qué quiere usted decir ?

—¡ Nada, nada ! Se han casado y no podemos hacer que no lo estén ; de manera que ahora sólo debemos esperar, ya que continúan viviendo felices, que esto dure mucho tiempo. Y no hablemos más del asunto, papá Meagles, porque nunca hemos considerado la cuestión bajo el mismo punto de vista y seguiríamos cada cual en sus trece.

—Señora Gowan—replicó Meagles—yo he sido siempre un hombre liso y llano, que no entendió de artificios elegantes ni de subterfugios para engañarse á sí mismo ó engañar á los demás; y de consiguiente creo que, sin ofender á nadie, puedo rogar á los otros que me dispensen de entrar en este terreno.

—Mamá Meagles—dijo la viuda—su buen esposo de usted me parece hoy un hombre incomprensible.

La de Gowan se proponía sin duda empeñar el debate con la buena señora á fin de obtener un fácil triunfo, pero Meagles intervino para desconcertar este ardid de guerra, diciendo:

—Señora Gowan, sólo me resta añadir dos palabras, y es que estoy un poco... no quisiera usar una expresión demasiado fuerte... ¿ diré un poco resentido ?

—Diga usted lo que quiera—replicó la viuda ;—á mí me es del todo indiferente.

—Es usted poco amable al contestarme así. Cuando oigo decir que debíamos prever lo que sucede, que es demasiado tarde ahora, y otras cosas por el estilo, natural es que me resienta.

—¿ De veras, papá Meagles ? Pues yo no lo extraño.

—Tanto peor, señora ; yo creí que al menos lo extrañaría, y que no vendría usted con esa frescura á herirme en lo que más quiero.

—No soy responsable de los remordimientos de su conciencia.

Al oir esto, Meagles enmudeció de asombro.

—Si por desgracia reconoce usted que tengo razón—añadió la señora Gowan—cuando menos no me culpe á mí, ni pegue conmigo, papá Meagles.

—¡Vive Dios, señora! eso equivale á decir...

—Ya concluiré yo la frase por usted—interrumpió la viuda;—eso equivale á decir que desde un principio me opuse á ese casamiento, arreglado por usted, y que contra mi voluntad he consentido en el último momento.

—¡Mujer!—exclamó Meagles dirigiéndose á su esposa—¿oyes tú eso? Arturo, ¿oye usted lo que dice esta señora?

Siguióse una pausa de algunos minutos, durante la cual Meagles debió hacer un gran esfuerzo para contenerse.

—Señora—dijo al fin—siento que me obligue usted á ello, pero me ha de permitir recordarle mi lenguaje y conducta desde el principio.

—¡Oh! demasiado lo he comprendido todo—replicó la viuda sonriendo con aire de inteligencia acusadora.

—Le aseguro á usted—añadió Meagles—que jamás había conocido la inquietud ni el pesar, y que esto ha sido para mí una prueba tan dolorosa...

Meagles no pudo decir más y ocultó su rostro en el pañuelo.

—He comprendido perfectamente de qué se trataba—repuso la viuda abanicándose tranquilamente;—y puesto que usted apeló antes al señor Clennam, permítame ahora hacerlo yo también: que diga él si no es así.

—Me repugna—contestó Clennam, en quien se habían fijado todas las miradas—intervenir en esta discusión, porque deseo mantenerme en buena inteligencia con Enrique Gowan. Cierto que esta señora, en una conversación que con ella tuve antes del casamiento, atribuyó á usted, señor Meagles, el propósito de conseguir aquel enlace; pero no lo es menos que yo procuré desengañarla, diciéndole que yo sabía (y ahora lo sé mejor que nunca) que el señor Meagles se había opuesto firmemente con palabras y actos hasta el último instante.

—¡Ahí lo tiene usted!—exclamó la viuda, mostrando á Meagles las palmas de sus manos, como si representase la justicia en persona, y aconsejara al culpable confesar su crimen en vista de las pruebas irrecusables que resultaban contra él.—¡Muy bien! Y ahora, papá y mamá Meagles, me tomaré la libertad de poner término á esta formidable controversia, sin decir una palabra de la justicia de mi causa. Sólo diré

que esto es una prueba más de lo que la experiencia ha demostrado mil veces, y es que estas cosas no salen nunca bien...

—¿Qué cosas?—preguntó Meagles.

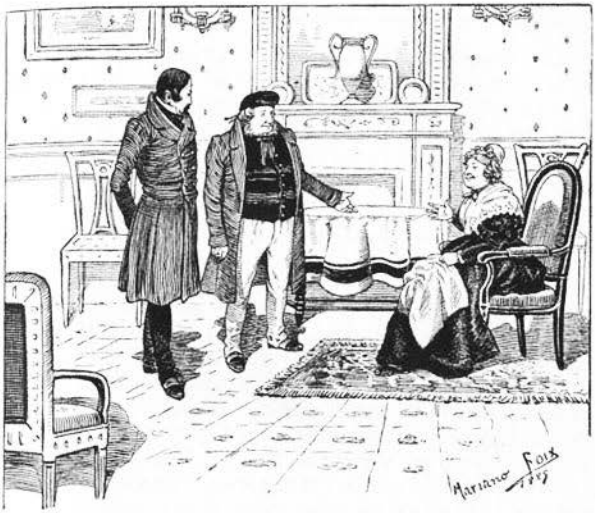
—Es inútil que las personas de antecedentes tan distintos traten de unirse; y cuando por rara casualidad las asocia un inesperado matrimonio, es imposible que consideren bajo el mismo punto de vista el accidente que los reunió. Esto no sale bien nunca.

—Permítame usted observar, señora...—comenzó á decir Meagles.

—No—interrumpió la viuda—es inútil; si á ustedes les parece, yo seguiré mi camino y ustedes el suyo, porque no hay nada más enojoso que unas relaciones como las nuestras, en las que no se sabe si se trata con parientes ó con extraños. Aseguro á ustedes que esto no sale bien nunca.

La señora Gowan, que se había levantado al pronunciar estas palabras, hizo un saludo, más bien al salón que á las personas que en él se hallaban, y retiróse seguida de Clennam, que se levantó para acompañarla hasta *la caja de píldoras* que esperaba á la puerta.

Desde aquel día, la orgullosa dama se complació en decir á sus amigos que después de muchos esfuerzos se había convencido de que no era posible tratar á los padres de la esposa de Enrique, aquella gente que había intrigado tanto para atraer á su pobre chico.



CAPÍTULO IX

Aparición y desaparición

AMIGO Arturo—dijo al día siguiente el señor Meagles á Clennam—mi mujer y yo hemos hablado de nuestra entrevista de ayer, y ya no podríamos estar tranquilos si dejáramos las cosas en tal estado. Esa elegante parienta... esa buena señora que usted vió aquí ayer...

—Comprendo.

—Ese ornamento de la sociedad, á pesar de su condescendencia, podría muy bien desfigurar los hechos respecto á nosotros para dejarnos en mal lugar. Estamos dispuestos á sufrir

muchas cosas por nuestra hija; pero si esto le fuera igual, preferiríamos no dejar sin contestación las insinuaciones de esa dama.

—Bien—contestó Arturo—continúe usted.

—Esto podría perjudicarnos en el ánimo de nuestro yerno, y hasta en el de Minnie, ocasionando no pocos disgustos domésticos. ¿Me comprende usted bien?

—Perfectamente; tiene usted mucha razón en todo cuanto dice.

—En su consecuencia—prosiguió Meagles—mi mujer y yo estamos muy dispuestos á preparar nuestro equipaje para emprender la marcha y dirigirnos á Italia en busca de nuestra hija.

—Yo creo—replicó Arturo, conmovido al observar el rayo de alegría que iluminaba el rostro de su amigo—que no puede usted hacer nada mejor. Si me pide usted, pues, mi parecer, le aconsejo que marche mañana.

—¡Muy bien!—exclamó Meagles.—Á esto llamo, mujer, una aprobación en regla.

La señora Meagles contestó que en efecto no se podía obtener mejor aprobación.

—El hecho es—dijo Meagles—que mi yerno ha contraído ya nuevas deudas, y supongo que deberé sacarle de apuros otra vez; aunque no hubiera más que este motivo, bueno será que vayamos allí, como amigos, para ver algo de lo que pasa; pero por otra parte mi mujer se inquieta, y es natural, por la salud de su hija, la cual no debe estar sola en un momento como este, mucho menos hallándose tan lejos de nosotros.

—Es mucha verdad—contestó Clennam;—he aquí más razones de las que se necesitarían para marchar.

—Me alegro mucho que piense usted como yo, porque así me decido de una vez. Mujer, ya puedes comenzar los preparativos. Lo que siento es no tener ya nuestra pequeña intérpre Tattycoram, que hablaba tres lenguas además de la suya, pues en el extranjero siempre necesito álguien que me saque de apuro para no tropezar á cada paso; voy bien hasta el sustantivo, pero pasando de aquí me embrollo... En fin, mi mujer me ayudará.

—Si usted quiere, pondré á Cavalletto á su disposición; no quisiera perderle, pero ya sé que me lo devolverá usted.

—Gracias, Arturo—contestó Meagles, después de reflexionar un momento—ya me arreglaré con mi mujer; ese hombre le es á usted muy útil, y no quiero privarle de sus servicios, sin contar que Dios sabe cuándo volveremos. No, Arturo, decididamente utilizaré los servicios de mi mujer.

Clennam pensó que de un modo ú otro saldrían del paso y no insistió más.

—Si quiere usted venir á casa algunas veces para descansar ó mudar de aires, cuando no sepa usted qué hacer, acuérdese de nuestra morada, pues nos alegraremos saber que sigue visitándola como verdadero amigo. Usted pertenece de tal modo á la casa, Arturo, y le queremos tanto como de la familia, que hubiéramos sido todos felices si se hubiese podido arreglar... pero veamos cómo está el tiempo para el viaje.

Meagles se levantó y asomóse á la ventana, conviniendo después todos en que el tiempo prometía ser magnífico.

Clennam esperó á que los ánimos se calmasen un poco, y entonces habló de Enrique Gowan, elogiándole por sus cualidades y por el afecto sincero que parecía profesar á su esposa. Arturo no dejó de producir en el ánimo del digno Meagles el efecto apetecido; estos elogios le pusieron de muy buen humor, y aseguró que su más vivo deseo era vivir en buena inteligencia con su yerno.

En pocas horas quedaron los muebles cubiertos con sus fundas, para preservarlos del polvo durante la ausencia de la familia, y cuatro días después los esposos Meagles emprendieron la marcha. La señora Tickit y el doctor Buchan quedaron encargados de guardar la casa; y en los solitarios andenes del jardín no se oyeron ya más que las pisadas de algún paseante solitario que hacía crugir la hojarasca.

Como á Clennam le gustaba mucho aquel sitio, rara vez dejaba pasar una semana sin volver, y en algunas ocasiones permanecía allí solo desde el sábado hasta la mañana del lunes. Su socio le acompañaba cuando tenía tiempo, pero sólo se paseaba una hora ó dos en la casa y en el jardín, para asegurarse de que todo estaba en orden, y regresaba á Lon-

dres. La señora Tickit estaba sentada siempre junto á la ventana del comedor, esperando el regreso de la familia.

Un día la fiel ama de gobierno recibió á Arturo con las siguientes palabras:

— Señor Clennam, voy á darle una noticia que le sorprenderá.

La noticia era tan interesante, que la señora Tickit había abandonado su ventana favorita para bajar hasta el jardín cuando Clennam franqueaba la verja.

—¿De qué se trata, señora Tickit?—preguntó.

—Señor Arturo—contestó el ama de gobierno, conduciendo á su visitante al comedor — ó jamás he conocido á esa infeliz muchacha que nos abandonó en un momento de extravío, ó es la misma que ví ayer en carne y hueso á la hora del crepúsculo.

—¿Quiere usted decir que era Tatty...

—...coram? Sí señor — interrumpió la señora Tickit, acabando de pronunciar el nombre.

—¿Dónde?

—Señor Clennam, yo tenía los ojos un poco pesados, sin duda porque hube de esperar antes más de lo acostumbrado el té que preparaba Juana; á decir verdad, faltaba poco para que me rindiese el sueño, pero conservaba los ojos bien abiertos.

—Sí, sí, ya comprendo—repuso Clennam, deseoso de evitar más explicaciones.

—Pues bien, pensaba yo en aquel momento en la familia, no en la de hoy, sino en la de otro tiempo, cuando de pronto ví á esa muchacha que miraba á través de la verja; pensé que era un sueño, pero como de repente desapareció, sobrecogióme cierto miedo y me puse en pié.

—¿Y no salió usted fuera para cerciorarse?

—Sí señor, y tan ligera como pude; pero, cosa extraña, en toda la vasta extensión que podía abarcar con la mirada no divisé ni la sombra de esa joven.

Arturo preguntó al ama de gobierno si había franqueado la verja.

—Sí señor—contestó la buena mujer — salí y anduve por todos lados, pero sin ver la menor huella de Tattycoram.

Clennam se sintió muy dispuesto á creer que el ama de gobierno había soñado, mas no quiso herir la susceptibilidad de la señora Tickit; y probablemente no hubiera creído nunca una palabra de cuanto le había dicho la buena mujer, si una circunstancia imprevista no hubiese modificado su opinión.

Al anochecer de aquel mismo día, Arturo cruzaba por el Strand, precisamente á la hora en que se encendían los faroles, cuando de pronto debió detenerse, como los demás transeúntes, hasta que acabaran de pasar unos carros cargados de carbón que formaban una larga fila; cuando el paso quedó libre, miró á su alrededor, como si hubiera olvidado el camino que debía seguir, y entonces vió á dos pasos de sí á Tattycoram, tan cerca, que casi hubiera podido tocarla con el brazo. La joven iba acompañada de un hombre de aspecto fanfarrón, bigote negro y mirada aviesa, que á juzgar por su manera de embozarse en un pesado capote, debía ser extranjero. Como era bastante más alto que Tattycoram, inclinábase para escuchar lo que la muchacha le decía, y miraba á su alrededor con el aire receloso de un hombre que teme ser perseguido.

Clennam resolvió al punto seguir á la pareja para ver á dónde iba, y obtener si era posible la clave de aquel misterio. Ya había dado algunos pasos, cuando fué preciso detenerse otra vez, porque la pareja se internó de pronto en el pasaje Adelfi: Tattycoram servía evidentemente de guía al extranjero, y dirigióse hacia la terraza que domina el Támesis.

Clennam se detuvo en la esquina sin perder de vista á la pareja, que avanzaba á buen paso; el extranjero hacía tanto ruido con las botas en el sonoro pavimento, que Arturo temió llamar su atención si despertaba nuevos ecos, pues en aquel instante no pasaba nadie más por allí; pero cuando la misteriosa pareja hubo doblado la esquina, siguióla á cierta distancia, aparentando ser un paseante ocioso.

Tattycoram y el extranjero avanzaron entonces hacia una persona que parecía dirigirse á su encuentro: si Clennam la hubiese visto sola en las mismas condiciones de luz y de distancia, tal vez no la hubiera reconocido á primera vista; pero la presencia de Tattycoram le bastó para convencerse al punto de que era la señorita Wade.

Clennam se detuvo de nuevo, mirando á todos lados, como

si esperase alguna persona, pero sin perder de vista á los tres paseantes. Cuando éstos se hubieron reunido, el extranjero se descubrió para saludar á la señorita Wade, Tattycoram pareció presentarle á su ama, excusándose de alguna cosa, y después retiróse algunos pasos para dejarlos solos. La señorita Wade y el extranjero comenzaron entonces á pasear por la terraza: la primera se mostraba tan altiva como de costumbre, y el segundo sumamente cortés.

Al llegar cerca de la esquina para alejarse de nuevo, la señorita Wade decía á su acompañante:

—Si yo me perjudico en algo por eso, sólo es cuenta mía; usted no se ha de ocupar sino de aquello que le importe, absteniéndose de hacerme preguntas.

—¡Por vida mía, señora!—exclamó el desconocido saludando de nuevo—si yo he cometido una indiscreción, advierta que es sólo por respeto á su carácter y por la admiración que me causa su belleza.

—No necesito ni una cosa ni otra—contestó la dama—y de un hombre como usted menos que de nadie. Continúe usted su informe.

—¿Me dispensará usted?—preguntó el extranjero con tono de humilde galantería.

—Le pago—contestó la dama—y esto debe bastarle.

Arturo no pudo adivinar si Tattycoram se conservaba á cierta distancia porque no debía oir la conversación, ó porque sabía ya de qué se trataba; cuando su ama volvía, la joven imitaba el movimiento, mirando al río. Por casualidad había allí otro paseante que realmente esperaba á álguien, y que tan pronto se detenía á contemplar las ondas como avanzaba hacia la oscura esquina para mirar la calle, de modo que la presencia de Clennam llamaba menos la atención.

Cuando la señorita Wade y el extranjero se acercaron otra vez, la primera decía:

—Es necesario que espere usted hasta mañana.

—Dispénseme usted que le haga presente—replicó el desconocido—que esto me contraría mucho. ¿No se podría arreglar esta misma noche?

—No; le repito á usted que debo ir á buscarlo yo misma antes de dárselo.

Al decir esto la señorita Wade se detuvo á medio camino como para poner término á la entrevista, y el desconocido la imitó; mientras que Tattycoram se acercaba á ellos.

—La verdad es—repuso el extranjero—que esto me perjudica un poco; pero no es nada en comparación del servicio prestado. Precisamente me hallo sin dinero esta noche; y aunque podría apelar á un excelente banquero, no quisiera dirigirme á él hasta el momento de girar contra su casa una suma redonda.

—Enriqueta—dijo la señorita Wade—entiéndete con ese... caballero para enviarle algún dinero mañana.

La dama pronunció la palabra caballero con un tono singularmente desdeñoso y continuó su camino.

El desconocido, que iba detrás, se inclinó de nuevo para oir lo que le decía Tattycoram, y Clennam observó que la joven fijaba de vez en cuando en el extranjero sus negros y brillantes ojos, procurando no acercarse mucho á él mientras andaban.

Algunos pasos ruidosos y solitarios anunciaron á Clennam que el desconocido volvía solo; entonces se dirigió al centro de la calzada y pudo ver cómo el extranjero se alejaba rápidamente, tarareando una canción francesa.

En aquel instante, Clennam se hallaba solo; y deseando más que nunca saber á dónde se dirigían aquellas dos mujeres, á fin de poder dar á su amigo Meagles algunas noticias, salió de aquel sitio por la extremidad opuesta, pues supuso, muy acertadamente, que la señorita Wade y su doncella seguirían una dirección contraria. En efecto, no tardó en divisarlas cerca del pasaje en un callejón sin salida, donde se habían introducido para dejar al extranjero tiempo de alejarse; después cruzaron una calle, y cogidas del brazo, prosiguieron su camino rápidamente, sin que Clennam las perdiese de vista ni un momento.

Poco después, las dos mujeres atravesaron por Covent-Garden, encaminándose hacia el noroeste, y como éste era terreno muy conocido para Clennam, costóle muy poco seguirlas. Ya se preguntaba á dónde irían por allí, cuando observó, con no poca sorpresa, que entraban en la calle misma donde vivía el Patriarca, y su asombro creció de punto al

verlas llamar á la puerta del anciano Casby. La puerta se abrió al punto, y después de dirigir una pregunta á la criada, las dos mujeres entraron.

Como para asegurarse de que no soñaba, Arturo dió dos vueltas delante de la casa, y luégo llamó á su vez: la misma criada le abrió la puerta y condújole á la habitación de Flora.

La viuda estaba con la tía Finching: esta respetable dama, sentada en un cómodo sillón cerca del fuego, junto á una mesita, y con su taza de té delante, tenía un pañuelo blanco extendido sobre las rodillas y preparábase á saborear dos tostadas con manteca. Al ver á Clennam exclamó:

—¡Ah condenado! ¡ya está aquí otra vez!

Esta exclamación hubiera inducido á creer á cualquiera que la implacable anciana, midiendo el tiempo, no por la marcha del reloj, sino por la viveza de sus sensaciones, se figuraba que Clennam acababa de salir, siendo así que habían transcurrido al menos tres meses sin que Arturo se atreviera á presentarse ante la formidable anciana.

—¡Bondad divina, Arturo!—exclamó Flora, levantándose para recibir con la mayor afabilidad al visitante. ¿Á qué milagro debo esta sorpresa?... No se le ve á usted nunca por aquí, y debo creer que nos olvida completamente, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir... Ahora tomará usted una taza de té y una tostada. Vamos, siéntese más cerca del fuego.

Arturo tenía prisa por explicar el objeto de su visita inesperada, pero se lo impidieron por el pronto las cariñosas frases de Flora.

La tía Finching, que acababa de engullir toda una tostada, excepto la corteza, ofreció esta última á Flora, que la tomó sin vacilar, como si fuese valor entendido.

—¿Y la niña Dórrit?—preguntó Flora.—¿Qué se ha hecho de ella después de aquel inesperado cambio de fortuna?

—Ahora está en Italia con su familia—contestó Clennam, sin hacer caso de las severas miradas que le dirigía la anciana.

—¡Cómo! ¿en Italia? ¡Hermoso país donde las uvas y los higos crecen por todas partes y se hallan por donde quiera los collares y brazaletes de lava! ¡Ah! dichosa ella, que puede recorrer esa tierra favorecida, patria de los antiguos gladiadores romanos, donde el cielo brilla, donde...

Arturo, viendo que su interlocutora parecía muy dispuesta á extenderse largamente en su descripción, deslizó una ó dos palabras para interrumpirla; y como la expresión de sus facciones revelase claramente el deseo de hablar de otra cosa muy distinta, Flora se detuvo, dirigió á Clennam una tierna mirada y preguntóle si tenía algo qué decir.

—Deseo vivamente, Flora—contestó Arturo—hablar con una persona que se halla en este momento en su casa... con el señor Casby sin duda. Es una joven que acaba de entrar aquí y que dejándose guiar de malos consejos ha huido de la casa de uno de mis amigos.

—Papá recibe aquí á tanta gente, y tan rara, que sólo por usted me atrevería á bajar á su cuarto; volveré al instante, y entre tanto hágame el favor de velar por mi tía, pero sin aparentar que se ocupa de ella.

Al decir esto Flora dirigió á Clennam otra tierna mirada y alejóse á toda prisa, dejándole algo inquieto por el precioso depósito que confiaba á su custodia.

Lo primero que hizo la tía Finching cuando se hubo comido su segunda tostada, fué producir una especie de ronquido ruidoso y prolongado; y no siendo fácil interpretar semejante demostración sino como un reto, atendida la actitud hostil de la excéntrica señora, Clennam le dirigió una mirada sumisa como para desarmarla.

—Vamos—dijo la tía Finching, haciendo con el brazo un movimiento tembloroso, que se hubiera podido tomar por una declaración de guerra—no me mire usted tan tierno. ¡Tome usted esto!

El *esto* era la corteza de su tostada. Arturo aceptó la ofrenda con aparente agradecimiento, teniéndola en la mano sin saber qué hacer, visto lo cual por la tía Finching, díjole en alta voz con acento de cólera:

—¡El caballerito es muy delicado; es demasiado orgulloso para comer lo que le dan!

Y levantándose iracunda, blandió su venerable puño tan cerca de la nariz del culpable, que le rozó la epidermis.

Sin la oportuna llegada de Flora, que vino á sacar á Clennam de aquella enojosa situación, nadie sabe lo que hubiera podido suceder. La viuda, sin manifestar la menor sorpre-

sa, felicitó á la anciana por estar tan animosa y condújola á su sillón.

—¡El señor es muy delicado!—repitió la tía, después de sentarse.—¡Que le dén un pienso!

—¡Oh!—replicó Flora—creo que no le gustaría mucho esta comida.

—¡Repito que se le dé un pienso!—gritó la tía Finching, fijando en Clennam una mirada de enojo;—es el único remedio para los estómagos delicados, y quiero que se lo coma todo. ¡El diablo le lleve! ¡Que le dén un pienso!

Con la excusa de ir á dar á Clennam este refrigerio, Flora le condujo fuera; mientras la irascible anciana seguía gritando, con creciente cólera, que dieran al caballerito el pienso inmediatamente.

—La escalera es tan empinada y hay tantos tropiezos, Arturo—dijo Flora, dejando escapar un suspiro—que le agradecería me diese el brazo.

Clennam comprendió todo lo ridículo de su posición, pero bajó la escalera como se quería, sin abandonar su dulce carga hasta que estuvo á la puerta del comedor; y aun entonces costóle un poco desprenderse de ella, porque Flora seguía inclinada sobre su hombro, murmurando:

—¡Arturo, en nombre del cielo, ni una palabra de esto á papá!

Los dos entraron en fin en la habitación del Patriarca, que estaba solo, dando vueltas á sus pulgares, como si no se hubieran detenido nunca desde la última visita de Arturo.

—Señor Clennam—dijo al verle entrar—me complace mucho su visita; supongo que sigue usted bien; sírvase tomar asiento.

—Yo esperaba, señor Casby—repuso Clennam, mirando á su alrededor con aire contrariado—que no le encontraría solo.

—¡Ah!..... de veras....?—replicó el Patriarca con voz melosa.

—Es lo que yo le indiqué á usted, papá—dijo Flora.

—¡Ah! sí, es verdad, ya me acuerdo.

—¿Me será permitido preguntar—repuso Clennam con aire inquieto—si la señorita Wade ha salido ya?

—¿La señorita...? ¡Ah! ¿con que le da usted el nombre de Wade?—replicó Casby;—me parece muy conveniente.

—¿Y cuál le da usted?—preguntó Arturo con viveza.

—También la llamo Wade. ¡Oh! yo no le doy otro nombre.

Después de contemplar un instante los blancos y sedosos cabellos del Patriarca, que seguía moviendo sus pulgares sin cesar, mientras una benévola sonrisa entreabría sus labios, Clennam continuó:

—La señorita Wade tenía por doncella una joven que fué educada por unos amigos míos, y en la que su nueva ama no parece ejercer la más saludable influencia, por lo cual deseo vivamente poder anunciar á mis amigos que esa joven no ha perdido todo derecho al interés que aún les inspira.

—Cierto, cierto—replicó Casby.

—¿Tendría usted, pues, la bondad de darme las señas de la señorita Wade?

—¡Qué lástima! ¡qué contratiempo! Si me lo hubiera usted preguntado cuando esa persona estaba aquí, habría podido decírselo. En efecto, he visto la joven de que usted habla, señor Clennam; si no me engaño, tiene el cabello y los ojos muy negros... creo que no me engaño.

Arturo aseguró que no se engañaba, añadiendo con la misma expresión de inquietud:

—¿Y no podría usted darme sus señas?

—¡Ah! ¡qué lástima!—exclamó el Patriarca con tono sentimental;—las ignoro. La señorita Wade reside casi siempre en el extranjero; hace años que viaja, y es caprichosa é inconstante, como no debe serlo ninguna mujer. Podrían transcurrir algunos años sin volver á verla; y acaso no la vea ya nunca. ¡Qué lástima, qué lástima!

Clennam acabó de convencerse de que sería completamente inútil preguntar más al Patriarca, pero con la esperanza de obtener algún otro dato, añadió:

—Señor Casby, para complacer á los amigos de que he hablado, y bajo palabra de guardar el más profundo secreto si así lo exige, ¿no podría usted darme algunos pormenores sobre la señorita Wade? Yo la he visto en el extranjero y en su casa, mas no la conozco, y estimaría mucho que me diese usted algunas noticias de ella.

—No le puedo complacer á usted—replicó Casby, moviendo la cabeza con expresión benévola—pues no sé absolutamente nada. ¡Qué lástima que se haya ido tan pronto, ó que usted haya llegado tan tarde! En mi calidad de agente de negocios, algunas veces he remitido diversas sumas á esa dama... pero no me explico el empeño de usted en obtener tan insignificantes detalles.

—No es por nada... sino que...

—Muy bien dicho—repuso Casby;—de nada le serviría á usted saber...

Por la ligereza con que el anciano movía sus pulgares, Arturo dedujo que estaba muy dispuesto á cambiar de conversación, sin dejarle oportunidad de hacerle más preguntas; y perdida la esperanza, habíase levantado ya para despedirse, cuando en el fondo de aquel cuartito donde Pancks se refugiaba siempre que no tenía necesidad de correr, oyóse un rumor de pasos que se acercaban hacia la sala.

Clennam y el agente se estrecharon la mano; el segundo llevaba unas letras á la firma, y apenas las hubo entregado, se rascó la ceja con el índice izquierdo, y soltó un ligero ronquido. Arturo, que comprendía á Pancks mejor que otras veces, adivinó que el agente iba á salir pronto y que deseaba hablarle fuera, por lo cual, después de despedirse de Casby y de Flora, lo cual no le fué tan fácil, salió de la casa y comenzó á pasear lentamente en el sitio por donde Pancks debía pasar.

Pocos momentos después apareció el agente de negocios, y cuando hubo estrechado de nuevo la mano de Clennam, descubrióse para arreglarse el pelo, lo cual parecía indicar que Arturo podría preguntarle, como así lo hizo éste sin preámbulo.

—Presumo que se habían marchado de veras, ¿no es así, Pancks?

—Sí, ya estaban fuera.

—¿Sabe Casby las señas de esa dama?

—Lo ignoro; pero pienso que sí.

—¿Y usted no las sabe tampoco, Pancks, ni puede darme alguna noticia sobre esa mujer?

—Yo no sé dónde vive—contestó el agente—pero en cuanto

.....descubrióse para arreglarse el pelo.....

á lo demás, me lisonjeo de conocer la historia de esa dama tanto como ella misma. Es hija de álguien... ó de todo el mundo... ó de nadie; encierrela usted en una sala con media docena de personas de suficiente edad para que puedan ser sus padres, y no le será posible jurar que no se halle en presencia de ellos; lo mismo podría encontrarlos en la calle que en el cementerio, y conocerlos por casualidad, sin saber nunca que les debe la existencia.

—Tal vez al señor Casby le sería dado ponerla en camino de conocerlos—observó Clennam.

—Es probable, pero no estoy seguro de ello. Lo que sé es que hace mucho tiempo le confiaron algún dinero, no mucho, según tengo entendido, para que lo entregase por pequeñas partidas á esa señora cuando le hiciese mucha falta. Algunas veces se muestra orgullosa y deja pasar años sin pedir; y otras es tan pobre que lo reclama al punto. Pasa su existencia retorciéndose como una víbora herida, y no hay en el mundo mujer más iracunda, más arrebatada, vengativa y cruel. Hoy ha venido á pedir dinero, pretextando una necesidad muy urjente.

—Creo—observó Clennam con aire pensativo—que he averiguado por casualidad para quién es ese dinero.

—¿De veras? Pues si es para estipular algún contrato, aconsejaría á la parte contraria que no falte á su compromiso, porque esa mujer, aunque joven y hermosa, es temible; yo no me fiaría de ella si la hubiese faltado en algo, á menos que padeciese alguna enfermedad incurable y quisiera acabar de sufrir de una vez.

Arturo, que repasaba mentalmente sus observaciones sobre la señorita Wade, reconoció que convenían bastante bien con las de Pancks.

—Lo que extraño—continuó el agente—es que esa mujer no haya puesto en un brete á mi propietario, por ser el único individuo á quien pueda echar mano por el hecho de conocer su historia. Á propósito, le diré á usted de paso, aquí para entre los dos, que algunas veces me siento bastante inclinado á arreglarle las cuentas al Patriarca.

—¡Por Dios, Pancks, no hable usted así!

—Entendámonos—repuso el agente apoyando en el brazo

de Clennam los cinco sucios dedos de su mano derecha, cuyas uñas había roído con provecho;—no quiero decir que le cortase el cuello, pero juro á usted por todo lo más sagrado, que si se extralimita demasiado, le cortaré la cabellera.

Después de darse á conocer bajo otro aspecto por esta terrible amenaza, Pancks se despidió gravemente de Clennam y alejóse á todo vapor.

CAPÍTULO X

Los sueños de la mujer de Jeremías se complican

El imprevisto encuentro con la señorita Wade y Tattycoram había preocupado mucho á Clennam por espacio de tres ó cuatro días, sugiriéndole las más diversas reflexiones, pero como sus conjeturas no le condujeron á sacar nada en limpio, fuéle forzoso resignarse á una enojosa incertidumbre.

Entre tanto, como hacía ya tiempo que no visitaba la triste casa de su madre, cierto día de los que acostumbraba dedicar al cumplimiento de este deber, salió de la fábrica á eso de las nueve de la noche y dirigióse con lento paso á la lúgubre mansión donde había pasado su infancia.

Su imaginación le representaba siempre la casa materna

lúgubre y misteriosa, tan melancólica como lo era el barrio donde se hallaba; y al pasar por las solitarias calles que á ella conducían, contemplando los desiertos almacenes, las casas de banca abandonadas, y todos los antiguos edificios que en otro tiempo constituyeron un vasto emporio comercial, decíase mentalmente; «¡Cuántos secretos, cuántas iniquidades, cuántas injusticias se habrán encerrado entre esas paredes! ¡Cuántos abusos de confianza, cuántas falsificaciones se han cometido quizás, que el sol de mañana podría descubrir!» Arturo parecía muy predispuesto á entregarse en aquella hora á todo género de reflexiones; y como las sombras eran cada vez más densas, á medida que se acercaba á la morada de su madre, pensó también en los secretos encerrados bajo las bóvedas del cementerio inmediato á la casa, donde los que habían acumulado las riquezas secretamente en sus arcas de hierro, estaban á su vez sepultados por toda una eternidad, sin dejar por esto de hacer daño, puesto que contribuían á corromper el aire de aquel distrito.

Y pasando de unas reflexiones á otras, Arturo pensó igualmente en la triste habitación ocupada en otro tiempo por su padre; pensó en la expresión suplicante del autor de sus días pocos momentos antes de morir, y parecióle que hasta la atmósfera misma de aquel cuarto, desierto ya, encerraba algún importante secreto; la oscuridad y el polvo de todo el edificio tenían también cierto carácter singular; y en medio de aquel conjunto misterioso destacábase la paralítica, con su expresión inflexible, con su voluntad inquebrantable, siempre resuelta á no revelar nunca los secretos de su vida, ni menos los de su difunto esposo.

Arturo acababa de entrar en la estrecha calle que confinaba con el recinto y el patio de la casa de la señora Clennam, cuando oyó pasos muy cercanos, tanto, que juzgó oportuno acercarse á la pared para que no tropezaran con él, pero no anduvo bastante listo para evitarlo; y quedó tan sorprendido por el choque, que el transeúnte tuvo tiempo para decirle con toda tranquilidad: «Dispense usted, no ha sido mía la culpa;» y alejarse un buen trecho.

Vuelto en sí de su sorpresa, Arturo vió que el hombre que acababa de tropezar con él era precisamente el mismo en

quien pensaba hacía tres ó cuatro días; no podía suponer que aquella fuese una semejanza fortuita ó falaz, no; estaba viendo al mismo individuo, al que acompañaba á Tattycoram y habló después con la señorita Wade.

La calle bajaba hacia el río, formando una pendiente bastante rápida y un recodo; el desconocido, que sin estar precisamente ebrio parecía hallarse algo más que alegre, se alejó con tal rapidez, que Clennam le perdió de vista, y como tenía empeño en seguirle, apretó el paso á fin de alcanzar pronto el recodo que le ocultaba al extranjero; cuando llegó, éste había desaparecido.

Cerca ya de la casa de la viuda, miró á lo largo de la calle y pudo ver que estaba desierta; allí no había ningún sitio donde esconderse; y como Clennam no oyó abrir ni cerrar puerta alguna, supuso que el desconocido llevaba la llave preparada en la mano y que habría penetrado ya en su casa.

Arturo prosiguió su camino, y cuando al llegar á la verja del pequeño patio de entrada levantó la cabeza para mirar las ventanas de la habitación de su madre, no fué poco su asombro al ver al hombre que buscaba, con la vista fija también en las ventanas y sonriendo de un modo singular. El extranjero se había detenido sin duda sólo para observar, pues al breve rato avanzó resueltamente, franqueó los gastados escalones, y llamó á la puerta con un fuerte aldabonazo.

La sorpresa de Clennam no fué bastante para impedirle que tomara desde luégo su partido: cruzó también el patio y subió la escalerilla. El extranjero, después de mirarle con aire arrogante, comenzó á cantar á media voz y llamó de nuevo.

—Parece que es usted algo impaciente—díjole Arturo.

—¡Rayo del cielo!—contestó el desconocido—la impaciencia es propia de mi carácter.

Al ruido que hizo la prudente Affery al sujetar la cadena antes de abrir, los dos interlocutores volvieron la cabeza; la mujer de Jeremías, dejándose ver á través de la puerta entornada con un candelero en la mano, preguntó con desentonada voz:

—¿Quién llama así á semejante hora?... ¡Cómo! ¡Arturo!

—exclamó al verle el primero;—seguramente no puede ser usted quien se anuncie de esta manera... ¡Ah! ¡Dios me ampare!... No... ¡ahora veo que es el otro, que ha vuelto!

—¡Claro que soy yo! señora Flintwinch—replicó el desconocido;—abra usted la puerta para que pueda abrazar á mi amigo Jeremías; abra pronto... vea yo cuanto antes á ese querido Flintwinch.

—Ha salido—contestó Affery.

—Pues vaya usted á buscarle... ¡Amigo del alma!... Dígale que su querido Blandois acaba de llegar á Inglaterra; que su caro Blandois, su pimpollo, su cariñoso compañero, le aguarda con ansia. Abra usted la puerta, hermosa señora Flintwinch, y por de pronto permítame subir á ofrecer mis respetos... á su ama. ¿No le ha ocurrido novedad alguna? Muy bien, me alegro mucho; abra usted..., abra usted.

Con gran sorpresa de Arturo, la mujer de Jeremías, guiñando los ojos, como para prevenirle que no debía intervenir en aquella visita, desenganchó la cadena y abrió la puerta. El desconocido, sin la menor ceremonia, penetró en la antecámara, dejando á Clennam en libertad de seguirle ó no.

—¡Vamos, despache usted!—dijo el extranjero á la mujer de Jeremías;—tráigame á mi Flitwinch y anúncieme á la señora.

—Affery—dijo Arturo en voz alta y tono severo, midiendo al desconocido de piés á cabeza con una mirada de indignación—¿quién es ese hombre?

—Affery—repitió el extranjero á su vez—¿quién es... ¡ja, ja, ja!... ese hombre?

En el mismo instante oyóse la voz de la señora Clennam, que gritaba desde su habitación:

—Affery, déjalos subir á los dos; Arturo, ven al instante.

—¡Arturo!—exclamó Blandois, descubriéndose y saludando cortésmente.—¿El hijo de la señora? Soy el más fiel servidor del hijo de la señora.

Clennam dirigió al extranjero una mirada tan hostil como la primera, y girando sobre sus talones, sin contestar al saludo, subió la escalera, siguiéndole el desconocido; mientras que Affery salía para buscar á su esposo.

Un observador que hubiese asistido á la primera visita del

señor Blandois á la viuda, habría notado una diferencia en la conducta de ésta durante la segunda, aunque esta diferencia consistía sólo en la obstinación con que fijó la vista en Blandois desde el momento de entrar en la habitación. Dos ó tres veces también, cuando el visitante levantaba la voz, inclinábase la paralítica, apoyando las manos en el sillón como para indicarle que escucharía cuánto deseara. Arturo no dejó de observarlo, mas no podía apreciar la diferencia respecto al proceder de la señora Clennam al recibir la primera visita y la segunda.

—Señora—dijo Blandois—ruego á usted me dispense el honor de presentarme á su señor hijo; me parece que se muestra hostil conmigo, y desde luégo le diré que no ha sido cortés.

—Caballero—contestó con viveza Arturo—quien quiera que sea usted, y sea cual fuere el objeto que aquí le trae, puede estar bien seguro de que si yo mandase en esta casa, le habría enseñado ya el camino de la puerta.

—Si fuera usted el amo sí, pero no lo es—replicó la madre, sin mirar á su hijo.—Desgraciadamente para la satisfacción de sus injustificables preocupaciones, aquí no manda usted, Arturo.

—No tengo la menor pretensión de esta especie, madre. Si censuro la conducta de esta persona (y tengo tanto motivo para ello, que si me asistiese algún derecho no toleraría su presencia aquí ni un instante más), sólo es por usted.

—Pues si yo tuviese motivo de queja—replicó la viuda—no necesitaría apelar á los otros, porque me basto yo misma.

Blandois, que acababa de sentarse, comenzó á reir ruidosamente y dióse una palmada en el muslo.

—No tiene usted derecho alguno—continuó la señora Clennam, sin separar la vista de Blandois, aunque hablaba directamente con su hijo—para criticar aquí á nadie, y menos á un extranjero, sólo porque no adopta las costumbres de usted ni le toma por modelo. Es muy posible que el señor pudiera criticar también los modales de usted, partiendo del mismo principio.

—No digo lo contrario—contestó Arturo.

—Al hacernos su primera visita—prosiguió la señora Clen-

nam—este caballero nos entregó una carta de recomendación de una casa muy apreciable y digna de toda nuestra confianza. Ignoro completamente cuál será el objeto de su presente visita, y no hay que suponer que yo tenga la menor idea sobre lo que hemos de hablar (la viuda frunció las cejas al decir esto, recalcando marcadamente sus palabras); pero cuando ese caballero me explique el objeto de su visita, lo cual le rogaré que haga apenas vuelva Flintwinch, estoy segura que veremos que se trata de algún asunto de nuestra especialidad, más ó menos importante, al que tendremos el gusto de prestar toda nuestra atención, como un deber.

—Eso lo veremos muy pronto, señora—repuso Blandois.

—El señor—continuó la viuda—conoce á Flintwinch, y cuando vino á Londres la primera vez, recuerdo haber oido decir que pasaron la noche juntos, separándose luégo como los mejores amigos del mundo. Yo no puedo saber siempre lo que se hace fuera de esta habitación, ni tampoco me interesan los pequeños incidentes de cada dia; pero recuerdo muy bien lo que ahora he dicho.

—Por esta vez no se engaña usted, señora; todo eso es exacto—repitió Blandois, soltando una carcajada.

—Ya ve usted, Arturo—dijo la viuda—que el señor es aquí un conocido y no un extranjero; y por lo tanto es muy sensible que usted, dejándose llevar de su mal carácter, le ponga tan mala cara. Yo siento mucho esto, y debo decirlo delante de él, porque sé que usted no se lo diria. Además, el caballero sólo tiene que tratar con Flintwinch y conmigo.

En aquel instante se oyó abrir y cerrar la puerta de entrada, y un momento después presentóse Flintwinch: apenas hubo entrado en la habitación, Blandois se levantó riendo y estrechó á Jeremías en sus brazos.

—¿Cómo va, amigo del alma?—exclamó.—¿Qué se hace ahora? ¡Vamos, ya veo que sigue tan bueno como antes! ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¡Ah! hoy me parece usted más joven; está usted fresco y florido como la primavera. ¡He aquí un buen hombrecillo... buen muchacho, buen muchacho!

Mientras que prodigaba estos cumplidos al señor Flintwinch, Blandois había apoyado sus manos en los hombros de Jeremías, haciéndole dar tantas vueltas, que el viejecillo aca-

bó por parecerse á un trompo cuando va perdiendo la fuerza que le impulsó á girar.

—La última vez que le vi—dijo Blandois—tuve ya el presentimiento de que llegaríamos á conocernos más íntimamente. ¿No lo va usted comprendiendo así también?

—A fe mía que no—replicó Flintwinch—aún no. Pero, ¿no sería mejor que tomase usted asiento? Si no me engaño, ya ha pedido usted un poco de ese vino de Porto ¿no es así?

—¡Qué chancero está usted, hombre!—exclamó Blandois. —¡Ah, ah, ah!

Y rechazando al viejecillo lejos de sí, como para coronar aquella serie de bromas, Blandois fué á sentarse en su silla.

La sorpresa, la cólera y la indignación con que Arturo contempló aquella escena, hiciéronle enmudecer. Flintwinch, que había retrocedido dos ó tres pasos por el impulso que acababan de comunicarle, acercóse con el rostro tan impasible como siempre y miró con fijeza á Arturo. El viejecillo estaba tan impenetrable como de costumbre; la única diferencia que se notaba en él era que el nudo de su corbata, en vez de hallarse debajo de la oreja, como habitualmente, estaba en la nuca, semejando una coletilla.

Así como la señora Clennam tenía siempre los ojos fijos en Blandois, en quien parecían producir cierta fascinación, del mismo modo Flintwinch no dejaba de mirar á Arturo: hubiérase dicho que se habían puesto de acuerdo para elegir cada cual su víctima. En cuanto á Flintwinch, de pié y acariciándose la barba, no parecía sino que deseaba arrancar sus pensamientos á Clennam.

Al poco rato, el visitante, á quien aquel silencio molestaba, levantóse y fué á colocarse delante de la chimenea de espaldas al fuego sagrado que ardía allí hacía tanto tiempo; y entonces la viuda, moviendo por primera vez una de sus manos para hacer á su hijo una señal de despedida, díjole con cierta sequedad:

—Arturo, hágame el favor de dejarnos hablar de nuestros negocios.

—Obedezco, madre, pero contra mi voluntad.

—Sea como fuere, hágame el favor de dejarnos—repuso la viuda;—podrá usted venir otro día, cuando considere co-

mo un deber pasar una triste media hora conmigo. Buenas noches.

Así diciendo, la paralítica alargó sus dedos cubiertos de franela, para que su hijo pudiese tocarlos; y al inclinarse éste á fin de dar un beso á la enferma, notó que su mejilla estaba más fría que de costumbre. Blandois castañeteó sus dedos, con ademán desdeñoso.

—Señor Flintwinch—dijo Clennam—con mucha sorpresa y no menos repugnancia dejo al amigo de usted en la habitación de mi madre.

Blandois castañeteó los dedos por segunda vez.

— Buenas noches — dijo Arturo.

— Buenas noches — contestó la viuda.

— Yo tuve una vez un amigo, compañero Flintwinch — dijo Blandois, sin cambiar de postura (comprendíase tan fácilmente que aquello era una indirecta contra Clennam, que éste se detuvo un momento en el umbral de la puerta para escuchar), que había oído contar tan terribles historias sobre este barrio y lo que en él sucede, que no se habría atrevido á venir aquí por la noche con dos personas que pudieran tener algún interés en hacerle desaparecer... ni aun tratándose de visitar la respetable casa donde estamos... ¡Bah! era un gran cobarde. ¿No es verdad, Flintwinch?

— Un imbécil—dijo Flintwinch.

Sin dignarse contestar, lo cual no hubiera podido hacer tampoco, porque casi le sofocaban la cólera y la indignación, Clennam se limitó á lanzar al visitante una mirada desdeñosa, á la que contestó Blandois castañeteando otra vez los dedos, á la vez que entreabría sus labios una siniestra sonrisa de mal augurio.

—¡En nombre del cielo, Affery!—murmuró Clennam en voz baja, mientras que la mujer de Flintvinch le abría la puerta—¿qué sucede aquí?

La mujer de Jeremías, oculta la cabeza en su delantal, contestó con voz ahogada por la especie de velo que la cubría:

— No me pregunte usted nada, Arturo, pues no sé cuánto tiempo hace que paso la vida soñando. ¡Váyase usted!

Clennam salió sin decir una palabra más, y al dirigir una

mirada á las ventanas de su madre, parecióle que la opaca luz que á través de ellas se filtraba, le repetía la contestación de Affery:

«No pregunte usted nada. ¡Váyase usted!»

CAPÍTULO XI

Otra carta de la niña Dórrit

QUERIDO SEÑOR CLENNAM: Como en mi primera le dije que sería mejor que nadie me escribiese, puedo dirigirle mi segunda sin causarle más molestia que la de leerla si tiene tiempo, lo cual dudo, dadas sus ocupaciones; pero confío que un día ú otro no le faltará un rato. Voy á pasar, pues, una hora hablando con usted, advirtiéndole que esta vez escribo desde Roma.

»Hemos salido de Venecia con los señores Gowan, pero no han estado en el camino tanto como nosotros, ni seguido tampoco la misma dirección; y así es que al llegar los encontramos alojados ya en una calle que se llama la Vía Gregoriana, la cual conocerá usted sin duda.

»Voy á decir á usted lo que sé acerca de los esposos Gowan, porque no se me oculta que es lo que más le interesa. Su alojamiento no me ha parecido nada cómodo, aunque lo sea muchos millones de veces más que todos los que yo estaba acostumbrada á ver en Londres; y debo advertirle que no lo juzgo por mis propios ojos, sino por los de la señora Gowan, que al parecer ha disfrutado siempre de todas las comodidades apetecibles. La primera vez que fuí á ver á la señora Gowan, encontréla sola; había dejado su costura, y contemplaba el sol á través de los vidrios de las altas ventanas: no se inquiete usted por lo que le digo; pero debo confesar que el interior de su habitación distaba mucho de ser tan alegre y risueño como yo habría deseado.

»Gracias á que el señor Gowan se ocupa en hacer el retrato de papá (le he visto trabajar en él, sin lo cual tal vez no hubiera conocido á mi padre por la semejanza), tengo más ocasiones para ver á su señora..., por cierto que está á menudo... muy sola... demasiado sola.

»¿Le hablaré á usted de mi segunda visita? Una tarde fuí á las cuatro ó las cinco y hallé á la señora Gowan completamente sola como de costumbre; un anciano acababa de traerle la comida de alguna fonda inmediata y haciale compañía, distrayéndola con la narración de una historia de bandidos.

» En cuanto al señor Gowan, me parece que debe admirar la hermosura de su esposa y estar orgulloso de ella, pues todo el mundo habla de sus atractivos; no dudo que la ama... á su manera; pero si le parece á usted ese caballero tan indiferente y desagradable como á mí, no creeré engañarme si digo que la señora Gowan hubiera podido encontrar mejor partido.

»En mi opinión, y suponiendo que usted piensa como yo, le diré que el señor Gowan, á causa de su carácter caprichoso y descontentadizo, no se ocupa lo suficiente de su profesión; carece de paciencia y de perseverancia; comienza una

«Querido Sr. Clennam...»

cosa y no la concluye, ó la termina de cualquier modo; diríase que no tiene confianza en sí mismo, así como parece no tenerla tampoco en los demás. ¿Me habré engañado? Quisiera poder adivinar lo que usted piensa de mis observaciones. Me parece ver la expresión de sus facciones al leer estas líneas, y oír la voz con que me contestaría si nos halláramos en el Puente colgante.

»El señor Enrique Gowan frecuenta mucho lo que aquí llaman la mejor sociedad de Roma, aunque esto no parece divertirle mucho; su esposa le acompaña algunas veces, pero en general sale poco; y he observado, ó me ha parecido, que no se habla de ella con la consideración que se merece. Su esposo va también al campo para estudiar, y pasa muchas horas con un amigo á quien trata con bastante altivez; la señora Gowan no puede verle, y para mí es tan odioso que he sentido un alivio al saber que se ausentaba de Roma.

»Lo que particularmente deseo que sepa usted es que la señora Gowan, modelo de fidelidad conyugal, comprende tan bien que el amor y el deber la unen para siempre á su esposo, que puede usted estar convencido de que le amará y elogiará, ocultando todos sus defectos, hasta el día de su muerte. Hasta creo ya que los oculta.

»Tal vez no haya usted recibido noticias de los señores Meagles, ni sepa tampoco que su hija dió á luz un niño, el cual nació ocho días antes de la llegada de aquellos. Me parece que los padres no están muy satisfechos de su yerno, sobre todo por su desdeñoso carácter. Ayer mismo, encontrándome yo en su casa, ví al señor Meagles mudar de color y salir del cuarto, para no decir claramente lo que pensaba.

»Me extiendo demasiado en mi carta, pero es porque he querido explicarle muchas cosas, y debe usted comprender que si he observado tanto, ha sido sólo por complacer á usted, pues sé que el asunto le interesa: éste es el único motivo.

»Y llenado ya el principal objeto de esta, poco me queda que decir.

»Todos seguimos muy bien, y Fanny, muy atenta ahora conmigo, procura hacerme adaptar sus costumbres y su comportamiento. Tiene un enamorado que la ha seguido pri-

meramente desde Suiza hasta Venecia, y luégo desde allí hasta donde nos hallamos ahora; paréceme que está resuelto á ir dónde ella vaya, según me ha indicado él mismo, pues muy contra mi gusto, me ha elegido por confidente. Yo le he aconsejado que no se tome tanta molestia, porque Fanny es demasiado viva para él; pero me ha dicho que de todos modos se mantendrá en su propósito. Inútil me parece añadir que yo no tengo ningún enamorado.

»Si tiene usted la paciencia de leerme hasta aquí, se preguntará sin duda si pienso concluir mi carta sin hablarle de mis viajes, ni decirle por lo menos sobre ellos alguna cosa. Lo mismo pienso yo, pero no sé qué decir. Desde que salimos de Venecia hemos visto muchas cosas notables, sobre todo en Génova y Florencia, y hemos contemplado tantos maravillosos panoramas, que al tratar de recordarlo todo casi me sobrecoge un vértigo. Seguramente, usted me podría decir mucho más de cuánto yo sé sobre el particular, y por lo tanto no quiero cansarle con mis pobres descripciones.

»¿Sabe usted que desde nuestro cambio de fortuna, que sigue pareciéndome un sueño, me figuro siempre que aún soy muy joven? Sin duda me contestaría usted que todavía no soy muy vieja; pero no es esto lo que yo quiero decir. Cuando me veo en sueños, tengo la edad que tenía en la época en que me enseñaron á coser; con frecuencia he soñado que volvía á ver, en aquel patio que usted sabe, personas no muy conocidas, y que sin embargo no había olvidado; y siempre, así en Suiza, como en Francia é Italia, figurábame que seguía siendo una niña. En lo que nunca pienso es en el cambio mismo de nuestra fortuna, ni menos en aquella memorable mañana en que vino usted á buscarme para ir á anunciar poco á poco la gran noticia; tampoco he soñado jamás nada de usted.

»Querido señor Clennam, tal vez piense demasiado en usted... y en otras personas... durante el día, y por eso no queda ya nada en mi espíritu para ocuparme de usted durante las horas de sueño, pues debo confesarle que padezco de nostalgia, deseando tan vivamente volver á visitar los sitios donde he vivido, que no pienso en otra cosa cuando no hay cerca de mí quien me observe. Sufro más cuánto más me

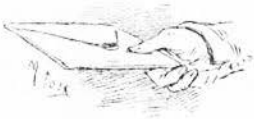
alejo, y cuando me aproximo, aunque sólo sea algunas millas, mi corazón siente gran alivio, aunque sepa que no tardaremos en alejarnos nuevamente. ¡Amo tanto los lugares que fueron testigo de mi pobreza y de la bondad de usted para mí! ¡Oh, señor Clennam! crea usted que los amo y muy tiernamente.

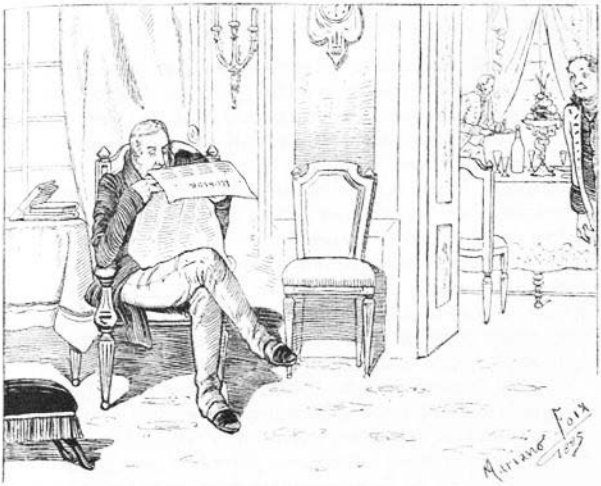
»¡Dios sabe cuándo volverá á Inglaterra su pobre niña! Á todos, excepto á mí, les agrada mucho su nuevo género de vida, y no se debe pensar en un próximo regreso. Mi querido padre habla de volver á Londres hacia fines de la primavera con objeto de arreglar algunos asuntos sobre intereses, pero no tengo la menor esperanza de que me lleve consigo.

»He procurado aprovechar algo más las lecciones de la señora General, y me parece que no soy ya tan torpe como antes. Comienzo á hablar y comprender sin gran dificultad las difíciles lenguas de que le hice mención. Al escribirle mi primera carta, no recordé que usted las poseía, pero después pensé en ello, y esto me sirvió de estímulo. Dios le bendiga á usted, querido señor Clennam. No olvide á su siempre agradecida y afectísima

LA NIÑA DÓRRIT.»

«P. S. Recuerde usted, sobre todo, que la señora Gowan merece todas sus simpatías, y que no es posible estimarla nunca en todo lo que vale. En mi primera carta me olvidé del señor Pancks: cuando usted le vea, tenga la bondad de decirle que la niña Dórrit conserva de él muy grato recuerdo por sus bondades y atenciones.»





CAPÍTULO XII

Donde se habla de una gran conferencia patriótica

DIARIAMENTE adquiría el célebre señor Merdle mayor fama, sin que por eso se pudiese afirmar que esta notabilidad hubiera hecho nunca el menor bien á ninguno de sus semejantes, vivo ó muerto. Á nadie le era dado sostener que poseyese el buen señor la menor facultad de emitir en provecho de álguien el más pequeño rayo de luz para iluminarle en la senda del deber ó de los placeres, del dolor ó de la alegría, del trabajo ó del reposo, de la realidad ó de la ficción, y, en una palabra, en ninguno de los innumerables senderos de ese dédalo que continuamente recorren los hijos de Adán. Nadie tenía el menor motivo para suponer

que la arcilla con que se había formado este moderno ídolo no fuese la más tosca del mundo; pero sabíase, ó se creía saber, que había acumulado inmensas riquezas; y no se necesitaba más para prosternarse á sus piés con un servilismo más degradante y menos perdonable que el del salvaje embrutecido que sale á gatas de su covacha para ofrecer un sacrificio propiciatorio á la divinidad que su ignorancia adora bajo la forma de un leño ó de un reptil.

En ausencia de la señora Merdle, el gran capitalista seguía teniendo casa abierta, á fin de que la multitud de visitantes pudiese ir y venir á su antojo. Algunos no se hacían de rogar para tomar posesión de la casa: más de cuatro grandes señoras, notables por su distinción, decíanse de vez en cuando: «Vamos á comer á casa del señor Merdle el jueves próximo. ¿A quién convidaremos?» El banquero recibía previamente aviso, sentábase á la mesa, y terminada la comida se paseaba tristemente por sus salones, sin que nadie se cuidase de su presencia, como no fuera para desear que se ausentara.

El señor Merdle, deseando organizar un banquete político, envió cierto día á la familia de los Barnacle invitaciones para que asistiesen á él; y esto hizo mucho ruido, pues dijose que el célebre banquero trataba de aliarse con dicha familia, con motivo de haberse entablado algunas pequeñas negociaciones; las malas lenguas llegaron á asegurar que se trataba de alguna intriga política.

La señora Merdle había escrito entretanto á su magnífico esposo, desde Roma, carta sobre carta, recordándole la conveniencia de proporcionar á Edmundo Sparkler una buena posición; demostrábale que esto era urgente, y que por otro concepto sería muy ventajoso obtener desde luégo un buen destino. En este asunto, en el estilo epistolar de la señora Merdle no figuraba más modo que el imperativo ni más tiempo que el presente.

Tal fué la granizada de verbos conjugados en esta forma por la buena señora, que al fin produjeron cierta agitación en el apático capitalista, y en tal estado atrevióse á significar á su mayordomo que deseaba dar un banquete, no para muchos convidados, pero sí muy escogido. El mayordomo tuvo la atención de contestar que no encontraba inconveniente en

dar una hojeada para que se hiciera el mayor gasto posible por tal concepto.

El día de la comida, poco antes de la llegada de los convidados, el señor Merdle se entretuvo en leer un diario de la tarde que sólo se ocupaba de su persona: hablábase de su maravillosa audacia, de su maravillosa fortuna y de su maravilloso Banco, del cual era fundador, organizador y director; este notable establecimiento se consideraba como uno de los últimos milagros financieros llevados á cabo por el feliz capitalista. A pesar de ello, el señor Merdle se mostraba tan modesto en medio de sus brillantes triunfos, que más bien parecía un hombre temeroso de ver su domicilio embargado á la hora menos pensada, que no un coloso comercial entreabriendo las piernas, como el de Rodas, delante de su propia chimenea, para que pasaran por debajo las pequeñas embarcaciones.

El primer convidado que se presentó era una notabilidad del foro, al que siguieron sucesivamente los principales individuos de la familia de los Barnacle, entre los cuales figuraba un joven llamado Fernando; el médico del señor Merdle y las eminencias del Episcopado, con el señor obispo á la cabeza. Todos estos personajes se apresuraron á ofrecer sus respetos al opulento banquero, colmándole de elogios y de alabanzas según costumbre, hasta que llegó la hora de comer.

Inútil parece decir que el banquete fué espléndido y el más propio para excitar el apetito del que careciese de él; los platos, muy delicados, se sirvieron suntuosamente; las frutas y los vinos eran exquisitos; en una palabra, hallábase allí todo lo más selecto que se pudiera desear en manjares y bebidas. ¡Qué hombre tan prodigioso el señor Merdle! ¡Qué esplendidez y qué riqueza desplegaba para cumplir con la sociedad!

Durante la comida, la notabilidad del foro manifestó su sentimiento por no ver allí al joven Sparkler, que en su concepto debía figurar ya en los altos círculos sociales.

—El joven Edmundo viaja ahora con mi esposa—contestó el señor Merdle saliendo de pronto de la profunda meditación en que se hallaba sumido.

—Hablando de otra cosa—dijo lord Decimus, uno de los principales individuos de la familia de los Barnacle—¿sabe alguno de ustedes algo de esa historia de un caballero que después de estar encerrado largos años en la prisión por deudas, se ha visto de pronto poseedor de una riquísima herencia? No oigo hablar más que de eso; y en los periódicos encuentro todos los días algún detalle acerca de tan curioso incidente. ¿Sabe usted algo sobre el particular, Fernando?

—Lo único que sé—contestó el joven Barnacle—es que ese caballero ha dado mucho que hacer al ministerio de que tengo el honor de ser auxiliar, ocasionando un trastorno de mil diablos.

—Muchas molestias é incomodidades—añadió el señor Tito Barnacle con un tono de dignidad ofendida.

—¿Y de qué género de negocios se ocupaba ese caballero, Fernando?—preguntó lord Decimus.

—¡Oh! es toda una historia—repuso el joven—y á fe que no conozco otra mejor en su género. El tal señor Dórrit tenía un contrato con nosotros, mucho antes de haber encontrado el ángel tutelar que le proporcionó su herencia, y no llenó debidamente sus compromisos. Estaba asociado á cierta casa para la explotación de varios artículos que sería ocioso enumerar; la casa quebró, y en nuestra calidad de acreedores, perseguimos al señor Dórrit con todas las formalidades necesarias. Al cabo de muchos años, cuando ese caballero encontró el ángel tutelar y su abogado se presentó para pagarnos, fué preciso revisar una infinidad de documentos, cotejar firmas, hacer indagaciones y no pocas diligencias, tanto, que se han necesitado seis meses para saber cómo aceptar el dinero y dar el recibo. Este negocio se puede considerar como uno de los más notables triunfos administrativos, pues nunca se han llenado tantos impresos para despachar un asunto. El mismo abogado de nuestro deudor no pudo menos de manifestar su asombro, tanto, que un día me dijo: «Si en vez de venir á pagar dos ó tres mil libras esterlinas se tratase de exigir de ustedes el desembolso de esta suma, dudo que pudieran oponer más dificultades.»

El señor Tito Barnacle no consideraba la cuestión tan su-

perficialmente, y conservaba rencor al señor Dórrit por haber molestado al ministerio, obstinándose en pagar lo que debía; y en su concepto habíase cometido una infracción de las reglas establecidas, teniendo en cuenta la antigüedad de la deuda.

—¿Me será permitido preguntar—dijo lord Decimus—si ese señor Dórrit tiene hijos?

Como nadie respondía, el señor Merdle se dignó intervenir para contestar:

—Tiene dos hijas.

—¡Ah! ¿Le conoce usted?

—Yo no, pero sí mi esposa y también el joven Sparkler. Hasta creo que la mayor de esas señoritas ha producido una profunda impresión en Edmundo, que es muy impresionable, y... me parece... que la conquista...

El señor Merdle se interrumpió para contemplar el mantel, como lo hacía siempre cuando sabía que le escuchaban ó miraban.

La notabilidad del foro manifestó estar muy satisfecho de que la familia Merdle y la de los Dórrit se conociesen ya, lo cual era en su concepto una especie de demostración por analogía de aquel principio físico en virtud del cual los semejantes se buscan: *similis simili gaudet.*

Cuando ya se hubieron apurado los temas de las diversas conversaciones entabladas después de tomado el té, los principales convidados, con lord Decimus á la cabeza, tuvieron á bien retirarse, quedando sólo algunos de los menos distinguidos, que saboreaban una copita de licor, con la esperanza sin duda de que el señor Merdle acabaría por decir alguna cosa; pero el millonario se limitó á recorrer sus salones de un lado á otro, con expresión de apática indiferencia, sin despegar los labios.

A los dos días de haberse celebrado este banquete, los diarios anunciaron á toda la ciudad que el caballero Edmundo Sparkler, hijastro del señor Merdle, el banquero de fama universal, acababa de ser nombrado lord del ministerio de Circunlocuciones; y que este admirable nombramiento era un tributo que el generoso lord Decimus rendía á los intereses comerciales del país, etc., etc. Seguíase á esto una serie de

pomposos elogios ministeriales, aplaudiendo la elección del favorecido. Entonces, fuertes con este respetuoso homenaje del gobierno, el maravilloso Banco y las demás admirables empresas del gran Merdle, comenzaron á estar en alza y á prosperar en la Bolsa; y hasta no faltaron curiosos que fueron á la calle de Harley sólo para admirar la casa que habitaba el becerro de oro.

Y al ver al majestuoso mayordomo de pié en el umbral de la puerta, exclamaban: ¡Qué aspecto de hombre rico tiene! ¡Cuánto dinero habrá colocado ya en el maravilloso banco!» Si hubieran conocido mejor á aquel individuo, en vez de dirigirse esta pregunta habrían podido determinar con toda exactitud las sumas que ahorraba.

CAPÍTULO XIII

Los progresos de una epidemia

Una epidemia moral es por lo menos tan difícil de contener como una epidemia física; una enfermedad de este género se extiende con la misma rapidez que la peste, y cuando el contagio hace algunos progresos, no perdona ni profesión ni jerarquías; apodérase de los que gozan de salud robusta, y se desarrolla en temperamentos que parecían estar al abrigo de sus ataques. Estos son hechos demostrados por la experiencia, tan claramente como se demuestra que el hombre necesita aire para vivir. El mayor beneficio que se pudiera prestar á la humanidad sería librarla (no quiero decir suprimirlos sin más for-

mación de causa) de los seres gangrenados, cuya debilidad ó perversidad propaga tan temibles calamidades.

Los ecos repetían el nombre de Merdle, nombre que salía de todas las bocas y entraba en todos los oídos; no había existido nunca, ni podía existir un hombre como el célebre banquero; ignorábase lo que había hecho para merecer tanta fama, pero se sabía que era el personaje más ilustre del mundo.

Los vecinos del Patio del Corazón Sangriento, pobre gente que nunca tenía un cuarto, interesábanse también por el señor Merdle tanto como los bolsistas. La señora Plornish, dueña ahora de una tienda de comestibles situada en el mejor punto del patio, y en la cual prestaban sus servicios Maggy y el anciano Naudy, no hablaba á sus parroquianos más que del señor Merdle; Plornish el albañil creía que el famoso banquero era el único hombre capaz de labrar la felicidad de todos; y hasta decíase que Juan Bautista Cavalletto tenía intención de colocar en el Banco maravilloso los ahorros que la frugalidad de sus costumbres le permitía hacer.

La fiebre del entusiasmo que inspiraba el gran capitalista había dominado de tal modo á los inquilinos del Patio, que ni aun las visitas de Pancks, cuando iba á cobrar sus alquileres semanales, bastaban para calmar á los que estaban poseídos de ella; hasta encontraban consuelos y excusas sólo evocando el nombre mágico de Merdle.

—Vamos—decía Pancks á un moroso—pague usted y acabemos de una vez.

—No tengo dinero, señor Pancks—contestaba el otro;—le aseguro que no hay en casa ni un cuarto.

—Pues no podemos seguir así; ya comprenderá usted que con esa moneda no se paga.

El deudor reconocía que Pancks tenía razón.

—Ya comprenderá usted que mi propietario no se contenta con buenas palabras y que no me envía aquí para recibir excusas. ¡Vamos, pague usted!

—¡Ah! señor Pancks—contestaba el moroso—si yo fuera tan rico como ese caballero de quien todo el mundo habla... si yo me llamase Merdle, bien pronto le pagaría.

¿Qué contestar á esto? Á todos los vecinos les parecía que

el argumento era irrefutable; de modo que Pancks se veía precisado á tomar nota del deudor, diciéndole:

—Vamos, ya vendrá el alguacil para echarle fuera; inútil es que me hable del señor Merdle, porque usted no es un Merdle ni yo tampoco.

Un día de cobranza, después de girar su visita de costumbre á las casas de los inquilinos, Pancks se dirigió, con su cartera debajo el brazo, al domicilio de la señora Plornish, no con objeto interesado, sino para hacer una visita de cumplido. Entonces mantenía relaciones muy amistosas con aquella buena gente, é iba á menudo á la casa para descansar un poco y hablar de la niña Dórrit.

La trastienda de la señora Plornish había sido decorada bajo su propia dirección; había embellecido la salita con una pintura al fresco que representaba el extremo de una cabaña, en cuya puerta el artista había figurado un arco de flores; un perro guardaba la entrada; de la chimenea escapábase una espesa columna de humo; y de un palomar salían numerosas palomas que iban á reunirse con otras en el espacio: todo este conjunto, pintado con vivos colores, parecía regocijar en extremo á la señora Plornish. En la puerta habían imitado una placa de cobre con la siguiente inscripción:

LA CABAÑA FELIZ

T. y M. Plornish

Las dos iniciales significaban la razón social representada por los esposos Plornish.

Advertida por un campanillazo de la llegada de algún visitante, la buena mujer se alejó de su cabaña feliz para ver quién era.

—¡Hola!—exclamó al abrir la puerta;—ya me figuraba que sería usted, recordando que es el día de cobranza. Aquí tiene usted á mi padre, más avispado que nunca, y que me distrae con las bonitas canciones que sabe. ¡Ah! mi marido le dijo el otro día que era un ruiseñor. ¿Qué le parece á usted?

Pancks saludó al anciano con una especie de resoplido amistoso, é invitado por la señora Plornish pasó al saloncito de la cabaña.

—¿Y cómo vamos de negocios, señora Plornish?—preguntó Pancks.

—Bastante bien, no tengo motivo de queja—repuso la mujer.

Y volviéndose al anciano Naudy añadió:

—Querido padre, ya que tiene tanta práctica, hágame el favor de ir á dar cuerda al reloj antes de tomar el té.

La señora Plornish se había valido de este pretexto para alejar á su padre, porque no quería tratar delante de él la cuestión pecuniaria, temerosa de que el anciano pudiera creerse una carga y se volviese al hospicio; pero cuando no temió ser oída, añadió:

—Es verdad que el comercio marcha, señor Pancks, pues tenemos una numerosa clientela; pero el crédito nos perjudica.

Este inconveniente económico, del que se quejaban todos cuantos tenían relaciones mercantiles con los vecinos del Patio del Corazón Sangriento, era verdaderamente un grave obstáculo para la prosperidad del comercio de la señora Plornish. Desde que el señor Dórrit proporcionó á la buena mujer los recursos necesarios para abrir su tienda, todos los vecinos de la familia prometieron favorecerla con su parroquia; pero como casi siempre compraban al fiado, de aquí resultó que las mercancías almacenadas desaparecieran con suma rapidez, sin que por eso floreciera el comercio de la señora Plornish, no figurando como figuraban aún en los libros de la casa los beneficios realizados.

Pancks escuchaba con la mayor atención, pasándose la mano por el cabello, según su costumbre, cuando el anciano Naudy, entrando de repente con aire misterioso, les indicó que se acercasen á la ventana para observar los extraños visajes de Juan Bautista, el cual parecía haber encontrado algo que le atemorizase. Todos tres pasaron á la tienda al punto, y vieron efectivamente á Bautista, pálido y agitada, ejecutar varias evoluciones bastantes singulares. Primeramente observaron que se ocultaba junto á la escalerilla que conducía al patio, mirando la calle á derecha é izquierda, con la cabeza pegada á la puerta del almacén; después salió de su escondite, para avanzar por la calle resueltamente; luégo se

le vió bajar otra vez, mirando siempre á todos lados, y al fin se perdió de vista. Al cabo de poco tiempo presentóse en lo alto de la escalera; era evidente que había hecho un rodeo para introducirse en el patio por el lado donde estaba la fábrica de Doyce y Clennam, la cual atravesaría para llegar al sitio donde se hallaba en aquel instante. Un momento después entró en la tienda, al parecer muy agitado, como hombre que ha corrido mucho.

—¡Hola! camarada—exclamó Pancks—¿qué hay de nuevo, *altro?* ¿Qué ocurre?

Juan Bautista Cavalletto comprendía ya el inglés tan bien como el mismo Pancks, y no le hablaba mal; pero la señora Plornish, que tenía empeño en lucir sus facultades de políglota, quiso servir de intérprete.

—El señor preguntar—dijo la mujer del albañil—lo que tener usted.

—Entremos en la cabaña feliz, *padrona*—contestó Cavaletto con aire misterioso.

La señora Plornish se envanecía mucho con aquel título de *padrona*, que en su concepto significaba *maestra de lengua italiana*, más bien que ama de casa: accedió gustosa al deseo de Bautista, y todos fueron á la cabaña feliz.

—El señor Pancks supone que usted está espantado—dijo la intérprete—traduciendo de un modo distinto las palabras del oyente, pues improvisaba las variantes con suma facilidad. ¿Qué haber sucedido á usted?

—He visto á cierto individuo—contestó Bautista;—le he *rincontrato.*

—¿Á quién?

—Un hombre muy malo, un hombre perverso á quien no esperaba ver ya nunca.

—¿Cómo saber usted que él ser malo?—preguntó la intérprete.

—Eso no importa, *padrona;* lo sé y basta.

—¿Haber él visto á usted?

—Espero que no; no lo creo.

—¿Y por qué usted esperar que él no haberle visto?

—Apreciable *padrona*—replicó Bautista—le ruego á usted que no me haga esa pregunta. Bástele saber que temo á ese

hombre; que deseo no verle y que no me reconozca nunca. Ya he dicho lo suficiente, y por lo tanto, no hablemos más del asunto.

Esta conversación desagradaba de tal modo á Cavalletto, que la señora Plornish no insistió, tanto más cuanto que el agua para el té hervía ya hacía tiempo; pero aunque se abstuviese de hacer nuevas preguntas á su huésped (Cavalletto había alquilado una habitación á la familia Plornish) no por eso dejó de preocuparle el incidente. En cuanto á Pancks, manifestaba su sorpresa con varios resoplidos; mientras que Maggy, mejor vestida que otras veces, miraba á todos con expresión embobada. Bautista empezó á serenarse poco á poco, pero no se movió de su asiento junto á la ventana, aunque no era este su sitio acostumbrado; y cada vez que sonaba la campanilla, levantábase para mirar fuera, ocultándose en parte el rostro con la cortina. Harto se comprendía que no estaba seguro de que no le hubiera seguido el hombre cuyo encuentro trataba de evitar.

Entre tanto, el socio de Daniel Doyce, que había permanecido en su despacho más tiempo que de costumbre, porque perdía muchas horas en el ministerio de Circunlocuciones, estaba triste y pensaba con inquietud en el incidente ocurrido en casa de su madre; mas á pesar de su desazón, al dirigirse á casa, después de acabar el trabajo, separóse un poco de su camino para anunciar á la familia Plornish que había recibido una segunda carta de la niña Dórrit.

La sensación producida por esta noticia bastó para que se dejase de fijar la atención en Cavalletto. Maggy, que se adelantó al punto para escuchar ávidamente todo cuanto se dijera sobre su madrecita, quedó encantada cuando Clennam le aseguró que en Roma había hospitales donde se cuidaba muy bien á los enfermos. Pancks ganó mucho en el aprecio de todos por el recuerdo especial con que le honraba en su carta la señorita Dórrit; y al ver á todo el mundo contento, Clennam se creyó suficientemente recompensado de la molestia que se acababa de tomar.

—Parece que está usted muy cansado—dijo la señora Plornish—y voy á tomarme la libertad de ofrecerle una taza de té, si usted se digna aceptarla. Ante todo le damos las más

repetidas gracias por haber tenido la bondad de pensar en nosotros.

Arturo contestó que le halagaba tan lisonjera acogida; y que en cuanto al té, no lo aceptaba porque aún no había comido. Como Pancks se disponía á despedirse, Clennam le preguntó si tendría la bondad de acompañarle un rato; el agente dijo que tendría en ello el mayor gusto; y los dos visitantes salieron juntos de la cabaña feliz.

—Si quisiera usted llevar su bondad hasta el punto de acompañarme á casa y compartir conmigo mi modesta comida—dijo Clennam á Pancks cuando estuvieron en la calle—sería casi un acto de caridad, porque estoy aburrido, y hasta un poco trastornado.

—Con mucho gusto—contestó el agente;—lo único que siento es que no haya de pedirme algún favor de más importancia, pues le complacería con la mejor voluntad.

Entre Clennam y este excéntrico personaje habíase establecido una buena inteligencia, que luégo se convirtió en verdadera simpatía, desde aquella noche en que Pancks saltó por encima del señor Rugg en el patio de la prisión. El memorable día en que Dórrit y su familia salieron de la prisión, Pancks y Clennam siguieron el coche con la vista, retirándose después juntos; y cuando la niña Dórrit escribió su primera carta, nadie había escuchado la lectura con tanto interés como el agente. En fin, por mil pequeñeces al parecer insignificantes, Clennam llegó á comprender que Pancks comenzaba á profesarle una amistad verdadera.

—Ahora estoy solo—dijo Arturo—pues mi socio ha emprendido un viaje para arreglar varios asuntos de su especialidad, y por lo tanto, amigo Pancks, podrá usted estar á sus anchas.

—Gracias—repuso el agente;—pero hablemos de otra cosa. ¿No ha observado usted á Juan Bautista?

—No. ¿Por qué?

—Es un hombre de muy buen humor, y á quien aprecio mucho; mas hoy debe haberle sucedido algo que le ha perturbado. ¿Sabe usted qué puede ser?

—Lo ignoro completamente, y me sorprende lo que usted dice.

Pancks explicó por qué hacía la pregunta; y Arturo, muy admirado, dijo que no podía sospechar cuál fuese la causa.

—Me parece—dijo Pancks—que no estaría de más interrogarle, puesto que, como extranjero que es, no conoce usted sus antecedentes.

—¿Qué le preguntaré?

—Solamente lo necesario para explicar la causa de su conducta.

—Ante todo, será preciso asegurarme de si tiene alguna razón para estar inquieto—repuso Clennam.—He observado que es un hombre laborioso, muy agradecido por el más mínimo favor; y tan digno de confianza, que no quiero darle á entender que me inspira sospechas, lo cual sería injusto.

—Es verdad; pero, dicho sea de paso, me parece que usted no debería ser el amo de nadie, señor Clennam, porque tiene usted demasiada delicadeza.

—En cuanto á eso—contestó Clennam sonriendo—disto mucho de ser el amo de Cavalletto. El pobre hombre gana para vivir con sus figurillas de talla; tiene las llaves de la fábrica y duerme en ella tres veces á la semana, siendo en cierto modo su guardián. Á decir verdad, soy más bien su guía que su amo; y si dijera á usted que soy su consejero íntimo y su banquero, aún me acercaría más á la verdad... Pero, á propósito de banquero, ¿no le parece á usted extraño, amigo Pancks, que esas aventuradas especulaciones de que todo el mundo habla, hayan preocupado también al pobre Cavalletto?

—¿Especulaciones aventuradas?—repitió Pancks.—¿Qué especulaciones?

—Las del señor Merdle.

—¡Ah! ¿se refiere usted á la colocación de cantidades? No pensaba en ello.

La viveza con que Pancks contestó, llamó la atención de Clennam, á quien pareció que el agente no decía todo lo que pensaba; pero como Pancks apretara el paso, su interlocutor no quiso preguntarle más, y pronto llegaron á la casa.

La comida, compuesta de una buena sopa, un pastel de carne y una botella de excelente vino, pareció satisfacer completamente al activo Pancks; y cuando Clennam fué á

tomar su pipa oriental, ofreciendo otra semejante á su compañero, éste se mostró en extremo complacido.

Después de fumar un rato en silencio, Pancks fué el primero en romperlo.

—Me hablaba usted antes de colocación de fondos—dijo el agente—añadiendo que era extraño que Cavalletto se preocupara de este asunto. Estas son sus palabras.

— Efectivamente.

— ¡ Bueno ! Y si yo le dijese á usted que todos los inquilinos del Corazón Sangriento se preocupan de lo mismo, y que los días que voy á cobrar los alquileres siempre me hablan del señor Merdle, bien paguen ó no, ¿qué me contestaría usted ?

— Que es muy extraño que ese frenesí se apodere de todo el mundo.

— ¿ Le parece á usted extraño por el hecho de que esa gente no comprenda nada ?

— Precisamente.

— En efecto — repuso Pancks—no conocen el valor de una cifra, ni tienen tampoco la menor idea de lo que es el crédito; jamás han hecho un cálculo ni entienden nada de negocios.

— Á no ser así...—comenzó á decir Arturo.

—Veamos, veamos—interrumpió Pancks.

— Á no ser esto — prosiguió Clennam, algo confuso — no habrían cometido la necedad de dejarse llevar de ese frenesí.

— ¡ Cómo, señor Clennam ! —exclamó Panchs, que parecía muy deseoso de tocar este punto — ¿ lo cree usted así? Pues yo le digo que tienen razón ; ellos ignoran por qué, pero hacen lo que deben sin saberlo.

— ¿ Quiere usted decir — replicó Clennam — que aprueba su deseo de especular con el señor Merdle, como quisiera Cavalletto ?

— Pre...cisa...mente — repuso Pancks; — yo he examinado el negocio, y después de hacer los cálculos, saco en limpio que es sólido y seguro.

Al decir esto, Pancks dejó escapar una bocanada de humo con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, fijando en Clennam una mirada penetrante.

En aquel momento, Pancks comenzaba á contagiar á Clennam la enfermedad que aparentemente se había apoderado ya de él: nada más sutil que la manera de propagarse estas epimias.

— Supongo que no querrá usted decir, amigo Pancks — repuso Clennam — que usted aventuraría sus mil libras esterlinas en empresas de tal género.

— Ciertamente que sí — replicó el agente — y la prueba es que ya lo hice.

Pancks lanzó al aire otra columna de humo, dirigiendo á Clennam una mirada tan penetrante como la anterior, y añadió después de una pausa:

— Le repito á usted, señor Clennam, que me he embarcado en el negocio, porque ese señor Merdle es un hombre de asombrosa habilidad; cuenta con un capital enorme y el apoyo del gobierno; á mí me parece que en ninguna parte se podría colocar tan bien el dinero, y que la garantía es tan segura como la renta.

— Le confieso á usted — replicó Arturo—que extraño oirle hablar así.

— ¡ Bah! no diga usted eso; más bien debería usted imitarme. ¿ Por qué no lo ha de hacer ?

— ¿Y usted ha colocado ya sus mil libras?—preguntó Clennam.

— ¡Ya lo creo! Lo que siento es no haber podido colocar dos mil.

Clennam estaba muy preocupado aquella noche, no sólo por el tiempo que perdía para obtener el privilegio de su socio en el ministerio de Circunlocuciones, sino por lo que había visto y oído en casa de su madre; de modo que dejando á un lado al señor Merdle y sus especulaciones, mudó de conversación para hablar sobre aquellos puntos, pues sabía que podía fiarse de Pancks; pero esto precisamente le condujo muy pronto al punto de partida.

— No puede usted imaginar — dijo al agente después de explicarle las molestias y los perjuicios que se le causaban en el ministerio de Circunlocuciones, sin haber obtenido hasta entonces nada—lo disgustado que está Doyce con este asunto.

—Bien lo creo—repuso Pancks;—pero ¿no es usted el gerente?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si no es usted quien coloca los fondos?

—Sí, y procuro hacerlo del modo más conveniente.

—Pues hágalo usted mejor aún, recompensando al señor Doyce por sus trabajos y decepciones con la participación en las ventajas del momento. Él como obrero paciente y preocupado, no pensaría en aprovechar la oportunidad, pues cuenta con usted para ello.

—Repito que procuro administrar lo mejor posible, amigo mío—replicó Clennam algo confuso.—En cuanto á examinar á fondo esas nuevas empresas, de que no tengo experiencia alguna, dudo que yo fuera capaz de semejante tarea. Ya me hago viejo.

—¡Viejo!—repitió Pancks con una sonrisa tan franca que no se debía dudar de la sinceridad de sus palabras.—¡Vamos, no diga usted eso!

—Viejo ó joven, ó de edad madura—repuso Clennam con la intención evidente de dar por terminado el punto de que se trataba;—el caso es que no por eso está mi espíritu menos inquieto y acosado de dudas, como si creyera que no me pertenece en realidad nada de lo que parece pertenecerme. ¿Quiere usted que le confíe un gran secreto?

—Confíemelo usted, si me cree digno de ello.

—Tal le creo.

—Razón tiene usted.

La respuesta lacónica del agente y el ademán que la acompañó, al ofrecer á Clennam su mano de carbonero, bastaban para convencer á Arturo, que estrechó cordialmente la diestra de Pancks.

Entonces, modificando el carácter de sus antiguos temores en cuanto le fué posible, sin exponerse á que no le comprendieran, pero sin nombrar nunca á su madre, y refiriéndose sólo á un parentesco supuesto, dió á Pancks una vaga idea de las inquietudes que le mortificaban y de la entrevista á que había asistido. El agente escuchó este relato con tanto interés, que, insensible á los encantos de la pipa oriental, acabó por ponerla junto á las cenizas de la chimenea para poder

ahuecarse á su gusto el cabello, el cual estaba tan erizado al terminar la historia, que el buen Pancks parecía un Hamlet moderno ante el fantasma paternal.

—Esto me conduce otra vez—dijo el agente tocando la rodilla de su interlocutor tan de improviso que éste se estremeció—al asunto de la colocación de fondos. Yo no diré nada sobre su intención de empobrecerse para reparar un mal que no ha hecho; en esto le reconozco á usted, pero no se puede obligar á un hombre á proceder contra sus principios. Sin embargo, yo le daría á usted un consejo: para el caso de que pueda usted necesitar dinero á fin de librar á los suyos de la ignominia y de la deshonra, acumule desde luégo todo lo posible.

Arturo movió la cabeza, mirando á su interlocutor, pensativo.

—Enriquézcase usted todo lo posible honradamente—prosiguió Pancks;—tal es su deber, no por egoísmo, sino acordándose de los otros; coja usted la ocasión por los cabellos, ahora que puede hacerlo. Ese pobre Doyce (él si que comienza á envejecer) cuenta con su socio, y lo mismo hacen los parientes de usted, sin que sepamos qué podrán pedirle.

—¡Vamos, vamos!—contestó Arturo—me parece que ya basta por esta noche.

—Una palabra todavía, señor Clennam, y daremos este punto por concluído, para no hablar más del asunto. ¿Porqué confiar los ahorros á los bribones é impostores? ¿Por qué dejar beneficios en manos de mi propietario y de los que se le asemejan? Esto es lo que hace usted todos los días, y cuando digo usted, me refiero á todos los que se le parecen. No puede usted negar el hecho, porque lo estoy observando diariamente, puesto que mi oficio es ver todas estas cosas. En su consecuencia, le aconsejo á usted que tome un billete para ganar el gran premio.

—Sí; pero ¿y si tomara un billete para *perder?*

—Imposible, señor Clennam; he profundizado la cosa: un nombre acreditado... una habilidad increíble... capitales inmensos... una alta posición... relaciones con lo mejor de la sociedad... y por último el apoyo del gobierno. ¡Es imposible perder!

Después de hacer esta exposición de hechos, Pancks se calmó poco á poco, retiró su pipa de la chimenea, llenóla de nuevo y fumó. La conversación se prolongó aún algún tiempo sobre otros asuntos; y ya era media noche cuando Pancks se despidió de Clennam, dándole á entender que podría contar con él para cualquier cosa respecto á todo lo que acababan de hablar.

Al día siguiente, Clennam volvió á pensar á intervalos en el uso que había hecho Pancks de sus mil libras esterlinas, y en las empresas que aseguraba haber *profundizado*. Recordó que el agente manifestaba la mayor confianza en este asunto, él, que por lo regular pecaba de receloso; pensó en el gran ministerio de Circunlocuciones, y en el gran placer que le causaría mejorar la posición de Doyce; pensó en la sombría y amenazadora morada donde vivió cuando niño y en las sombras que se acumulaban allí, más lúgubres que nunca; observó de nuevo que donde quiera que fuese, oía pronunciar el famoso nombre de Merdle, que ya no podía olvidar ni aun en su despacho; y comenzó á parecerle extraño que nadie, excepto él, pareciese desconfiar del gran capitalista. En rigor, no podía decir tampoco que él desconfiara ó hubiese desconfiado nunca; habíase limitado sólo á no dejarse llevar de la corriente.

Cuando una epidemia del género de la que hablamos recorre las calles, semejantes síntomas anuncian casi siempre que se ha contraído la enfermedad.

CAPÍTULO XIV

Consulta

Cuando los anglo-sajones reunidos en las orillas del amarillento Tiber supieron que su inteligente compatriota, el joven Sparkler, acababa de ser nombrado lord del ministerio de Circunlocuciones, la noticia no hizo más efecto del que pudiera producir cualquier otro de los mil incidentes de que dan cuenta los periódicos. Los unos se rieron; los otros alegaron como circunstancia

atenuante que el destino era una verdadera canonjía, y que el primer advenedizo podía desempeñarle, por poco que supiera firmar su nombre; los que se preciaban de oráculos políticos, declararon que lord Decimus tenía mucha razón en buscar refuerzos, y que al otorgar los destinos de que podía disponer, proponíase sólo un objeto constitucional. No faltaron en cambio muchos anglo-sajones que habiendo permanecido en sus patrios lares, censuraban amargamente semejante nombramiento.

Cuando se dirigieron á la señora Merdle las felicitaciones acostumbradas en semejante caso, la gran dama hizo circular la noticia con una gracia indolente que realzaba más su valor, así como el engaste realza el brillo de una piedra preciosa.

«Sí, decía la dama; Edmundo ha debido aceptar este destino, porque el señor Merdle lo deseaba; no sé si se acostumbrará á él, porque esto le obliga á permanecer gran parte del año en la ciudad y él prefiere la residencia en el campo. En fin, así tiene una posición, y por cierto nada desagradable. El nombramiento es sin duda un obsequio al señor Merdle, y Edmundo deberá considerarlo como un beneficio si puede acostumbrarse. No es malo que tenga algo que hacer, y es natural que se le pague su trabajo. Falta saber ahora si esa nueva carrera convendrá á mi hijo, mejor que la de las armas.»

Así se explicaba la gran señora, maestra en el arte de fingir, poco atenta á estas cosas; mientras Enrique Gowan, de quien lord Decimus no hizo caso, recorría las casas de todos sus conocidos, desde la puerta del *Pópolo* hasta el arrabal de Albano, jurando que Sparkler era el más dócil, el más inofensivo, y en una palabra, el más amable de todos los asnos que se enviaban á pacer al dominio público. El artista aseguraba que sólo una cosa en el mundo le habría causado más placer, y era el haber recibido para sí tal nombramiento, pero que casi perdonaba al noble lord Decimus que le hubiese olvidado en vista de su buena elección, porque profesaba al favorecido el mayor afecto. Gowan parecía esforzarse en realzar delante de todo el mundo el talento del joven Sparkler; pero con esto precisamente poníale más en evidencia, obli-

gándole en cierto modo á ofrecer en su persona el más deplorable ejemplo de imbecilidad.

Entre tanto, la señorita Fanny se hallaba en una situación bastante difícil: todo el mundo sabía que el joven Sparkler adoraba á la hija mayor del señor Dórrit, y Fanny se había identificado lo bastante con su pretendiente para juzgarse comprometida cuando se ponía en ridículo más que de costumbre, por lo cual, como no carecía de ingenio, apresurábase á menudo á prestar su auxilio á la víctima, á quien favorecía no poco, burlando las tentativas de Gowan. Sin embargo, al proceder así, avergonzábase de su pretendiente, sin atreverse á despedirle ni á estimularle; inquieta por la convicción de que se enredaba cada vez más, enojábala al mismo tiempo la idea de que la señora Merdle pudiera regocijarse de sus apuros. No es por lo tanto extraño que Fanny volviese cierta noche muy irritada de un baile dado por la señora Merdle, y que rechazase las atenciones de la niña Dórrit, declarando con expresión de disgusto que aborrecía la sociedad y que quisiera haber muerto.

—Querida Fanny—dijo Amy—¿qué tienes? Cuéntame tus penas.

—¿Qué tengo?—repitió Fanny.—Eres un topo, hija mía; si no fueras tan ciega, no tendrías necesidad de interrogarme. Preciso es no tener ojos para dirigirme semejante pregunta.

—¿Se trata del señor Sparkler?

—Del se...ñor Sparkler—repitió Fanny con tono desdeñoso, como si este individuo fuera la última persona de quien pudiera acordarse.—No, doña necia, no se trata del señor Sparkler.

Apenas hubo dado esta contestación, Fanny se arrepintió de haber sido algo dura con su hermana, declarando entre sollozos que no ignoraba que se hacía odiosa, pero que todo el mundo parecía conjurarse para reducirla á tal extremo.

—Creo que no estás muy buena esta noche—dijo la niña Dórrit.

—¡Bah!—replicó Fanny encolerizándose de nuevo—estoy tan buena como tú, por no decir mejor.

La pobre niña Dórrit, no sabiendo cómo arreglarse para ofrecer consuelos que no se rechazaran, pensó que lo mejor

sería callarse. Su silencio enojó al principio á Fanny tanto como las preguntas; comenzó á quejarse al espejo, diciendo que no había nada más fastidioso que una hermana de tan humilde carácter; que no ignoraba que ella (Fanny) tenía un carácter detestable y que debían aborrecerla algunas veces, pero que la contristaba mucho tener una hermana tan callada, y que naturalmente debía ser desagradable; que ella no había de humillarse siempre, pidiendo perdón á su hermana menor, y que no quería hacerlo más. El resultado final de estas quejas se redujo á algunas lágrimas, y cuando la niña Dórrit fué á sentarse junto á Fanny para consolarla, ésta exclamó:

—¡Amy, eres un ángel! Ahora voy á decirte lo que hay, hija mía; esto no puede seguir así, y es preciso que acabe de una manera ó de otra.

Como esta exclamación era algo vaga, la niña Dórrit contestó:

—Bueno, ahora hablaremos.

—Eso es—repuso Fanny, enjugando sus lágrimas—hablemos, amiga mía. Vamos, ya estoy serena y tú me aconsejarás. ¿Quieres darme un consejo, Amy?

Esta pregunta hizo sonreir á la niña Dórrit, pero se apresuró á contestar:

—Sí, Fanny, te aconsejaré lo mejor que pueda.

—Gracias, querida—repuso Fanny, besando á su hermana. —Tú eres mi áncora de salvación.

La ex-bailarina tomó del tocador un frasquito de agua de colonia, llamó á su doncella para pedir un pañuelo de batista, y después de humedecerse los ojos, comenzó así:

—Tesoro mío, nuestro carácter y nuestro modo de considerar las cosas difieren lo bastante... (abrázame otra vez)... para que no extrañes lo que voy á decirte; y es que, á pesar de nuestra fortuna, debemos luchar, socialmente hablando, contra grandes desventajas. Tú no comprenderás del todo lo que yo entiendo por esto, ¿eh, Amy?

—Sin duda te comprenderé mejor cuando me hayas dicho algunas palabras más—contestó con dulzura la niña Dórrit.

—Pues bien, hija mía, lo que quiero decirte es que, después de todo, sólo somos unos intrusos en la alta sociedad.

—Estoy bien segura, Fanny—replicó la niña Dórrit—

— ¿ Se trata del señor Sparkler ?

siempre admiradora de su hermana—que en lo que á ti concierne, nadie lo sospecharía.

—Es posible, querida mía: pero de todos modos, me das una prueba de afecto y cariño al creerlo así; y nadie exagera al decir que eres la más bondadosa criatura que se conoce. En fin, vamos al caso. Por su manera de conducirse y su educación, papá es un caballero; pero difiere por muchos estilos de los demás de su clase, tal vez por lo mucho que ha sufrido, ó bien porque se figura con frecuencia, si no me engaño, que todos piensan en su pasado al hablar con él. Papá tiene noble corazón, y yo le quiero muchísimo; pero socialmente hablando, es muy desagradable. En cuanto á Eduardo, no pasa de ser un derrochador y un calavera; y advierte que en esto no hay nada censurable... muy al contrario... mas no se porta como un joven disipádo del gran mundo, si puedo expresarme así, ni tampoco obtiene por su dinero la especie de reputación que se debe alcanzar con el género de vida que lleva.

—¡Pobre Eduardo!—exclamó la niña Dórrit, dejando escapar un suspiro que resumía toda la historia de la familia.

—Sí—dijo Fanny—también podrías suspirar por ti y por mí; razón tendrías para ello; mas advierte, hija mía, que en vez de madre sólo tenemos una señora General, y ya sabes el proverbio que dice: «Gato con guantes no caza ratones.» Ahora bien, querida mía, ya verás cómo sus guantes no le impiden atrapar el ratón que acecha; ten por seguro y cierto que esa mujer será nuestra madrastra.

—No puedo creer, Fanny...

—Vamos, no comiences á contradecirme, Amy—interrumpió la hermana—porque de esto sé mucho más que tú. Para resumir la cuestión, hija mía, yo me pregunto (ya sabes que soy orgullosa y viva de genio) si no debería yo cuidarme de mantener la dignidad de la familia.

—¿De qué modo?—preguntó la niña Dórrit con expresión inquieta.

—Yo no podría sufrir—repuso Fanny, sin contestar á la pregunta—que la señora General la echase de madrastra conmigo; ni menos que la de Merdle me patrocine á mí de ningún modo.

La niña Dórrit puso su mano sobre la de su hermana que tenía el frasco de agua colonia, mirando á Fanny con más inquietud aún que antes.

—No se puede negar—continuó la hermana mayor—que Edmundo ha llegado á obtener de un modo ú otro (el medio no hace al caso) muy buena posición, y ha llegado á un lugar muy distinguido, lo cual nadie pone en duda. En cuanto á lo de saber si tiene más ó menos talento, á mí me parece que no me convendría un marido de mucha imaginación, porque no sé si podré someterme nunca á la superioridad de otro.

—¡Oh! querida Fanny—exclamó la niña Dórrit, que había experimentado un sentimiento de temor á medida que iba comprendiendo lo que su hermana quería decir—si tú amases á alguno, dejarías de ser lo que eres, olvidándote de ti misma para consagrarte á él; si tú amases...

—¡De veras!—interrumpió Fanny mirando fijamente á su hermana.—¡Hola, hola! ¡mira cómo algunas personas llegan á ser sabias y elocuentes cuando se trata de ciertas cuestiones! Dícese que todo el mundo tiene predilección por alguna cosa, y me parece que he venido á tocar por casualidad tu cuerda sensible, Amy... ¡Muy bien! hija mía, yo no hacía más que bromear, y no es cosa de que me hables ahora de sentimientos tiernos, tratándose de imposibles indignos de nosotras. Pero déjame continuar...

—Querida Fanny—interrumpió la niña Dórrit—permíteme antes decirte que preferiría nos viésemos obligadas á trabajar de nuevo para vivir pobremente, á que fueras rica casándote con el señor Sparkler.

—Te dejaré decir todo cuanto quieras, hija mía, y seguramente que de mí no puedes temer nada. En cuanto á casarme con ese joven, no tengo la menor intención de hacerlo hoy, ni mañana tampoco.

—¿Y más tarde?

—No lo pienso así, al menos por ahora—repuso Fanny con tono indiferente.—Por lo que hace á los hombres de talento, solamente te diré que no veo acercarse á mí ni uno solo.

—Querida Fanny, en tan poco tiempo...

—Sea mucho ó sea poco—interrumpió la hermana—yo me canso ya de esta situación; no es nada agradable para mí,

y poco bastaría para inducirme á un cambio. Nada me importa cuánto puedan decir sobre mi conducta otras jóvenes que ocupan una posición muy distinta por todos conceptos.

—Fanny, querida Fanny, ya sabes que tienes cualidades que te hacen digna de un esposo muy superior al señor Sparkler.

—Amy, querida Amy, la cuestión es que yo quisiera verme en una posición mejor determinada, aunque sólo fuese para hacer frente á esa señora Merdle, cuya insolencia no puedo sufrir.

—¿Y sólo por eso... dispénsame la pregunta... te casarías con su hijo?

—Tal vez—contestó Fanny con una sonrisa de triunfo.—No sería fácil hallar mejor medio para conseguir el fin que me propongo, hija mía. Esa impertinente dama cree sin duda que será un gran triunfo para ella encontrar una mujer como yo para su hijo, y tal vez piensa que me dominará, sin tener en cuenta que yo le daré mucho qué hacer, pues si llegase á ser su nuera, me opondría á ella en todo, convirtiéndome en su rival. Tal sería el objeto constante de mi vida.

—Querida hermana—dijo la niña Dórrit—¿es posible que quisieras condenarte á una existencia tan desgraciada para obtener semejante resultado?

—Para mí no sería una existencia muy desgraciada, Amy; muy al contrario, así la deseo. Poco me importa que mi carácter ó un concurso de circunstancias lo hayan querido así; la cuestión es que tal existencia me conviene más que ninguna otra.

Fanny pronunció estas palabras con cierta entonación de amargura y sentimiento, pero con una sonrisa de triunfo.

La niña Dórrit fijaba en su hermana mayor una mirada suplicante; mientras que Fanny, juzgando sin duda que la conferencia había durado bastante, añadió como para concluir:

—De todos modos, Amy, te aconsejo que desistas de razonar conmigo, porque sería completamente inútil, puesto que comprendo estas cosas mucho mejor que tú. Lejos estoy de haber adoptado una resolución, pero puede ser que tome alguna; y ahora, ya que hemos discutido el asunto como dos

buenas hermanas, podemos irnos á dormir. Vamos, buenas noches, querida hermanita.

Así Fanny se despidió de aquella á quien llamaba momentos antes su áncora de salvación, y á la cual no necesitaba haber pedido consejo para hacer después lo que tenía por conveniente.

Desde aquel día Amy observó cómo era recibido el joven Sparkler por la tiránica Fanny, y pudo convencerse de que había suficiente motivo para tomar la cosa en serio. Algunas veces, Fanny no podía sufrir las necedades de su pretendiente, é impacientábase de tal modo, que era de temer que rompiera con él sin más ceremonia; pero otras parecía divertirle mucho el imbécil enamorado, y hubiérase dicho que encontraba una especie de compensación en el sentimiento de su propia superioridad. Si el caballero Sparkler no hubiese sido el más fiel y humilde de los pretendientes, habría huído del teatro de sus pruebas, poniendo entre él y la encantadora dama toda la distancia que separa á Roma de Londres; pero careciendo de voluntad propia, y atraído por una fuerza irresistible, iba siempre en pos de la cruel sirena, bien estuviese el mar tranquilo ó tempestuoso.

Entre tanto, la señora Merdle hablaba muy poco á Fanny, pero ocupábase de ella bastante á menudo: veíase obligada en cierto modo, bien á pesar suyo, á mirarla con su lente, dirigiéndola algunos elogios, involuntarios al parecer, cual si no pudiera resistir la belleza victoriosa de la señorita Dórrit.

Cuatro ó seis semanas después de la conferencia de Fanny con la niña Dórrit, esta última observó que había una inteligencia más marcada con el enamorado pretendiente. El caballero Sparkler, como si le hubiesen avisado, no abría nunca la boca sin mirar antes á Fanny para saber si debía hablar ó emitir una opinión; y además, cuando Enrique Gowan hacía alguna tentativa para poner á Sparkler en evidencia, era claro como la luz que la víctima estaba en guardia. Por su parte, Fanny, al parecer sin la menor intención, y sólo por pura casualidad, lanzaba una indirecta tan acerada, que Gowan retrocedía como hombre que acaba de poner la mano en un avispero.

Otra circunstancia contribuyó mucho á que aumentase la

inquietud de la niña Dórrit: el trato de Sparkler con ella cambió de repente, llegando á ser casi fraternal, hasta el punto de que á veces el enamorado joven rodeaba con su brazo ligeramente el talle de Amy, como para tributarle una prueba de su afecto, sin dar ninguna explicación de su proceder, y limitándose á sonreir con aire estúpido.

Cierto día que la niña Dórrit estaba en su habitación, pensando con verdadera inquietud en su hermana, vió entrar de pronto á Fanny con verdadera sorpresa, pues era la hora en que solía ir á pasear á caballo.

—¿Qué hay de nuevo, Amy?—preguntó.—¿En qué pensabas, hija mía?

—En ti—contestó la niña Dórrit.

—¿De veras? ¡Qué casualidad! Pero ahí tienes una persona de quien tal vez no te acordabas.

Amy acababa de pensar precisamente en aquella persona, que no era otra sino el joven Sparkler; pero no lo dió á conocer, y limitóse á ofrecerle la mano. El joven pretendiente fué á sentarse junto á la niña Dórrit, y ésta sintió muy pronto que el brazo fraternal rodeaba su cintura.

—Vamos, hermanita—dijo Fanny, exhalando un suspiro—¿no adivinas lo que esto quiere decir?

—Es tan bella como cariñosa...—balbuceó Sparkler—y nada charlatana... ¡Ea! ¿estamos conformes?

—No se le piden á usted explicaciones, Edmundo—dijo Fanny.

—Ya lo sé, amor mío.

—En una palabra, hermanita—dijo Fanny—ya somos novios; y sólo falta hablar á papá esta noche ó mañana, según se presente la ocasión. Entonces habremos terminado el asunto, y poco quedará qué hacer.

—Querida Fanny—dijo Sparkler respetuosamente—yo quisiera decir dos palabras á la hermanita.

—¡Bien, bien! dígaselas y acabemos de una vez.

—Estoy convencido—añadió Sparkler, dirigiendo la palabra á Amy—que no hay en el mundo una muchacha tan...

—Bien, ya sabemos eso, Edmundo—interrumpió Fanny—y por lo tanto no vale la pena repetirlo. Pase usted á otra cosa.

—Sí, amor mío... Yo le aseguro á usted, Amy, que, exceptuando la dicha de ser correspondido por una joven encantadora, nada puede causarme tanta alegría como.....

—¡Vaya, Edmundo, vaya! —interrumpió de nuevo Fanny haciendo un ademán de impaciencia — no volvamos á las andadas.

—Amor mío, tiene usted mucha razón—repuso Sparkler;—reconozco que he contraído una mala costumbre. Lo que yo quería decir es que nada en el mundo, excepto la dicha de estar unido con la mujer más adorable, me podría causar tanta alegría como la amistad afectuosa de Amy. Harto sé que no soy muy fuerte cuando se trata de comprender ciertas cosas; pero en lo que toca á profesar á Amy el cariño más sincero, nadie me aventajará.

Y como para confirmar sus palabras, Sparkler dió un beso á la niña Dórrit.

—Nunca faltará un cubierto en nuestra mesa y una habitación en nuestra casa cuando Amy quiera aceptarlo. Estoy seguro de que mi padrastro acogerá con gusto á una persona á quien aprecio tanto; y en cuanto á mi madre, que es una hermosa dama, sin ninguna especie de...

—¡Edmundo, Edmundo! – exclamó Fanny, haciendo un nuevo ademán de impaciencia —¿acabaremos al fin?

—Obedezco, alma mía—contestó Sparkler con tono sumiso;—ya sé que tengo una mala costumbre, y debo dar á usted gracias par la molestia que se toma en corregirme; pero todo el mundo conviene en que mi madre es una hermosa dama, y en que no tiene verdaderamente ni sombra de...

—Bien, bien—interrumpió Fanny otra vez — es muy posible; yo no digo lo contrario, pero le ruego á usted que no hable más de eso.

—Ni una palabra, amor mío.

—Entonces ya no tendrá usted nada qué decir, ¿no es así, Edmundo?—preguntó Fanny.

—Nada absolutamente—replicó Sparkler;—ya lo he dicho todo, y sólo me resta rogar á usted que me dispense por haber hablado tanto.

Sparkler comprendió de pronto, por una especie de inspiración, que aquella pregunta equivalía á decirle que se fuese,

y en su consecuencia levantóse para despedirse de Fanny, recibiendo al mismo tiempo las felicitaciones de la niña Dórrit, que en medio de su pesar, á duras penas pudo cumplir con este deber.

Cuando Sparkler hubo salido, la niña Dórrit apoyó la cabeza en el seno de su hermana para ocultar sus lágrimas. Fanny comenzó por reirse, pero muy pronto acabó por llorar también. Esta fué la última vez que dió á conocer su sentimiento oculto, ó más bien la pena que le causaba su próximo casamiento; pero desde aquel día siguió resuelta y libremente la senda que se había trazado.

CAPÍTULO XV

Se publican las amonestaciones. «Resultando que no hay impedimento para el enlace del señor... y de la señorita...»

El señor Guillermo Dórrit cuando supo que su hija mayor había prestado oído á la demanda matrimonial del joven Sparkler, y éste obtenido el consentimiento de Fanny, acogió la noticia con grave dignidad, pero también con un orgullo paternal que no trató de ocultar. Halagaba su amor propio la idea de que semejante alianza le facilitaría el camino para trabar conocimiento con personas distinguidas, y experimentaba la mayor satisfacción al observar la actividad con que Fanny secundaba sus más ardientes aspiraciones. En su consecuencia, apresuróse

á manifestar á Fanny que tan noble ambición le colmaba de placer, y bendijo á su hija mayor, elogiando que así se sacrificase para conservar el rango de la familia.

En cuanto á Sparkler, apenas su prometida le permitió presentarse, el señor Dórrit le declaró sin rodeos que aquella proposición le honraba mucho, primeramente porque parecía estar conforme con los afectos espontáneos de su hija mayor y después porque prometía establecer relaciones de familia muy lisonjeras entre él y el señor Merdle, el genio de los tiempos modernos. También habló en términos muy encomiásticos de la madre de Edmundo, considerándola como una dama que por su distinción, su elegancia y su belleza debía figurar en primera línea; y añadió que un hombre de tan buen sentido como el caballero Sparkler sabría sin duda interpretar sus palabras con delicadeza al decirle que á pesar de todo no podría considerar la demanda matrimonial como definitiva antes de haberse puesto en inteligencia con el señor Merdle, cerciorándose de que este caballero consentiría en aceptar á la señorita Fanny para esposa de su hijo, bajo el pié que por su posición le correspondía. El señor Dórrit añadió que acogía por lo tanto condicionalmente la demanda del caballero Sparkler, dándole sin embargo gracias por el honor que le dispensaba al solicitar la alianza con su familia; y terminó con algunas observaciones generales sobre su posición independiente y su carácter.

El joven Sparkler, aturdido por las frases que se le dirigían, dió una contestación lacónica, aunque muy conveniente, limitándose á decir que hacía mucho tiempo había observado que Fanny no era nada tonta y que él no dudaba de la aprobación de su padrastro. En este punto de su discurso, su adorada le cerró la boca como se cierra la tapa de una de sorpresa, y despidióle.

Habiéndose apresurado el señor Dórrit á ir á ofrecer sus respetos á la señora Merdle, esta señora confesó que estaba enterada de la petición de Edmundo, la cual no dejó de causarle extrañeza al principio, pues no suponía que el joven tuviera afición al matrimonio, ni la sociedad pensaba que se inclinase á dejar tan pronto la vida de soltero. Que ella (la señora Merdle), sin embargo, con ese instinto particular de

las mujeres para descubrir tales cosas, no había podido menos de observar que su hijo estaba enamorado de la señorita Fanny; y que por esto dijo una vez que el señor Dórrit había cometido una imprudencia al llevar consigo al extranjero una joven tan hermosa, que hacia perder la cabeza á sus compatriotas.

—¿Tendré el honor de concluir de aquí, señora—preguntó el anciano—que la elección del caballero Sparkler merece... ¡hem!... la aprobación de usted?

—Le aseguro á usted, señor Dórrit, que personalmente estoy sumamente satisfecha.

El anciano declaró que semejantes palabras le lisonjeaban mucho.

—Personalmente estoy en extremo satisfecha—repitió la dama.

La expresión accidental de la palabra *personalmente* indujo al señor Dórrit á manifestar la esperanza de que el consentimiento del señor Merdle no se haría esperar.

—Yo no podría—replicó la dama—contestar á usted terminantemente en nombre del señor Merdle, porque los hombres, sobre todo los caballeros que la sociedad llama capitalistas, no participan siempre de la opinión de las mujeres en las cuestiones de este género; pero me parece... y esto es sólo una simple hipótesis por mi parte... que el señor Merdle quedará (al decir esto, la dama pasó revista á sus encantos personales) contentísimo.

Al oir la frase, *los caballeros que la sociedad llama capitalistas*, el señor Dórrit había tosido, como si interiormente quisiera oponer alguna objeción; pero la señora Merdle, que lo había notado, se apresuró á contestar:

—No necesitaba yo, señor Dórrit, hacer esta observación, pero se me ha escapado por el exceso de mi franqueza en comunicar el fondo de mi pensamiento á una persona á quien aprecio tanto y con la cual espero tener, andando el tiempo, relaciones más agradables. Digo esto porque es muy posible que usted considere la cuestión bajo el mismo punto de vista que el señor Merdle... á menos, sin embargo, que la casualidad (feliz ó desgraciada), que impulsó á mi esposo á ocuparse de los negocios, no haya reducido algún tanto su horizonte.

Soy tan ignorante como un niño en cuestión de asuntos públicos, señor Dórrit; pero en ocasiones, tal vez no parezca así.

Este hábil juego de báscula, por el que el señor Merdle no podía tocar en tierra sin hacer subir al anciano, y vice-versa, tuvo por efecto calmar la tos del señor Dórrit, quien contestó, con toda la cortesía de que era capaz, que no se podía permitir, ni aun á la señora Merdle, la más cumplida de las mujeres (la dama se inclinó), sostener que las empresas colosales del célebre capitalista, tan diferentes de las mezquinas empresas de la mayoría de los mortales, no engrandeciesen y desarrollaran por el contrario el genio que las concibiera.

—Usted es la generosidad personificada—replicó la señora Merdle con seductora sonrisa;—y espero que tendrá razón; pero debo confesar que en mis ideas sobre las consecuencias que llevan consigo los negocios, tengo una fe casi supersticiosa.

El señor Dórrit declaró de nuevo que los negocios eran cosa indigna de llamar la atención de aquella que sólo debía ocuparse en seducir todos los corazones; y después dió á conocer su intención de escribir al señor Merdle, en su doble calidad de padre y de caballero. La dama aprobó el proyecto de todo corazón, ó mejor dicho con todo su arte, que para ella era la misma cosa; y por el correo siguiente envió una carta preparatoria á la octava maravilla del mundo.

En su epístola al famoso banquero, así como en sus diálogos y discursos sobre aquella importante cuestión, el señor Dórrit engalanó su texto con una infinidad de floreos muy semejantes á los que usan los profesores de caligrafía para embellecer sus muestrarios, enriquecidos con cisnes, águilas, grifos y otras curiosidades del arte, y en los que las mayúsculas pierden la cabeza y las formas naturales entre los enrevesados rasgos de la pluma. Sin embargo, hizo de modo que el objeto de su carta pudiera ser bien comprendido por el señor Merdle; este último contestó; el señor Dórrit volvió á escribir, recibiendo segunda respuesta; y entonces se anunció al público que las potencias contratantes estaban de acuerdo.

Sólo cuando se hubo conseguido esto se permitió á la señorita Fanny presentarse en escena tal como convenía á su nueva posición; entonces, y sólo entonces, absorbió por com-

pleto al caballero Sparkler con su esplendor, pues brilló por cuatro ó más bien por veinte. Libre ya de las trabas que le oponía una situación incierta, aquella hermosa fragata no se desvió ya de su rumbo y comenzó á navegar en lastre con un elegante balanceo que hacía resaltar más aún sus cualidades de excelente velera.

—Arreglados ya los preliminares á mi satisfacción—dijo el señor Dórrit á Fanny—paréceme, hija mía, que es tiempo de anunciar... ¡hem!... oficialmente á la señora General...

—Papá—interrumpió vivamente Fanny, apenas su padre hubo pronunciado el nombre de aquella dama—no sé qué tenga que ver con mi matrimonio la señora General.

—Hija mía, es una simple atención con una señora... ¡hem!... de buena familia y de modales distinguidos...

—¡Oh! no me hable usted de la familia ni de los modales de la señora General, porque ya estoy harta de esto, papá, y hasta me fatiga esa dama.

—¡Que te fatiga!—repitió el señor Dórrit, con cierto tono de reprensión á la vez que de sorpresa.—¿Quieres decir que te fatiga... ¡hem!... la señora General?

—Sí señor, ó mejor dicho, me disgusta, papá. Yo no veo, hablando francamente, qué tiene que ver ella con mi casamiento. Más vale que se ocupe de sus propios proyectos matrimoniales, si es que tiene alguno.

—Fanny—repuso el señor Dórrit, con una lentitud y gravedad que contrastaba singularmente con la ligereza de su hija —te ruego que tengas la bondad de... ¡hem!... explicarte más claramente.

—Quiero decir, papá, que si acaso la señora General hubiese concebido algún proyecto de matrimonio por su propia cuenta, ya tendrá con esto demasiado que hacer para ocuparse en el mío; si no tiene ninguno, tanto mejor; pero de todos modos, no tengo el menor empeño en anunciarle oficialmente mi matrimonio.

—¿Por qué, Fanny? Permíteme preguntártelo.

—Porque es cosa que esa dama podrá saber por sí misma, pues no creo que tenga los ojos en el bolsillo. Que suba á su observatorio, y si no es bastante hábil para descubrir por sí misma la cosa, ya la sabrá el día que yo me case. Y espero,

papá, que no me acusará usted de faltar á la piedad filial si le digo que, en mi concepto, siempre será pronto para ello.

—Fanny, estoy sorprendido... y muy descontento de... ¡hem!... esa animosidad caprichosa é incomprensible que parece inspirarte... ¡hem!... la señora General.

—Le ruego á usted, papá, que no me hable de animosidad, pues no me parece que esa señora merezca la pena de inspirarme semejante sentimiento.

Al oir esta contestación, el señor Dórrit se levantó de su silla con aire severo, y plantóse delante de su hija, revestido de toda su dignidad; pero Fanny, dando vueltas á la pulsera que adornaba su torneado brazo y con la vista fija tan pronto en su padre como en la joya, replicó:

—En fin, papá, siento muchísimo haberle disgustado, pero no es culpa mía; yo no soy ya una niña, ni me parezco á Amy, y es preciso que diga lo que pienso.

—Fanny—repuso el padre haciendo un esfuerzo y después de una pausa majestuosa—te ruego que permanezcas aquí mientras anuncio oficialmente yo mismo á la señora General, en su calidad de persona distinguida, que ha llegado á ser... ¡hem!... parte de nuestra familia... ¡hem!... el cambio proyectado; y no sólo.. te... ruego que permanezcas aquí... ¡hem!... sino que te lo mando.

—¡Oh! papá—interrumpió Fanny con marcada intención—si tiene usted tanto empeño, preciso será obedecerle; mas espero que no me impida pensar lo que yo quiera, pues en cuanto á esto, ahora me sería más imposible que nunca.

Fanny tomó asiento con cierto aire sumiso, que más bien parecía una provocación, pues sabido es que los extremos se tocan; mientras que su padre, sin dignarse contestar, ó no sabiendo qué decir, llamó á su mayordomo, Tinkler, agitando vigorosamente la campanilla.

—La señora General—dijo el señor Dórrit cuando su mayordomo se presentó en la puerta.

El buen hombre, poco acostumbrado á recibir órdenes tan lacónicas cuando se trataba de aquella distinguida señora, esperó á que le dijeran algo más; pero el anciano, creyendo ver en aquella vacilación una falta de respeto y como una censura contra su pasado, exclamó:

—¿Por qué no obedece usted? ¿Qué significa esto?

—Dispénseme el señor—contestó Tinkler—yo deseaba saber...

—Usted no desea saber nada—interrumpió el señor Dórrit animándose por grados;—no me diga usted que desea saber. ¡Ah! ya sé lo que es esto; usted quiere burlarse de mí.

—Le aseguro á usted, señor...—comenzó á decir Tinkler.

—¡No me asegure usted nada; no quiero que un criado me asegure nada! Usted se burla de mí, pero yo le despediré... ¡hem!... y con usted á toda mi servidumbre. ¿Qué espera usted todavía?

—Espero sus órdenes, señor.

—Es falso, porque ya ha recibido usted mis órdenes... ¡Ah!... ¡hem!... ofrezca usted mis respetos á la señora General, y dígale que le ruego me haga el favor de bajar si no está ocupada. Estas son mis órdenes.

Al desempeñar su comisión, tal vez Tinkler añadió que el señor Dórrit estaba ciego de cólera, pero como quiera que fuese, el caso es que muy pronto se oyó fuera el roce de la falda de la señora General, que se acercaba con desusada ligereza.

—Señora—dijo el anciano al verla entrar tranquila y serena como siempre—sírvase usted tomar asiento.

La viuda del intendente dió las gracias haciendo una ligera inclinación antes de sentarse en la silla que se la ofrecía.

—Señora—prosiguió el anciano—como usted ha tenido la atención de encargarse... ¡hem!... de la educación de mis hijas, y convencido yo de que no le será indiferente... ¡hem!... cuánto á ellas se refiera...

—Es muy cierto—observó la señora General con tranquilo acento.

—Deseo, por lo tanto, anunciarle que mi hija aquí presente...

La dama saludó con una ligera inclinación de cabeza á Fanny, la cual contestó con un profundo saludo, irguiéndose después orgullosamente.

—Que mi hija aquí presente—repitió el anciano—ha tenido á bien aceptar por esposo... ¡hem!... al señor Sparkler, á quien ya conoce usted; y en su consecuencia, señora, va usted á quedar libre de una mitad de su difícil tarea; mas espe-

ro que esto no... ¡hem!... producirá ningún cambio directo ó indirecto en la posición que me ha hecho usted el favor de aceptar en mi familia.

—Señor Dórrit—repuso la señora General, que tenía las manos una sobre otra, siempre cubiertas con los eternos guantes—usted tiene conmigo las mayores consideraciones, y mis escasos servicios amistosos no merecen tanto aprecio.

Fanny tosió, como para decir: «Tiene usted razón.»

—Supongo que la señorita Dórrit—añadió la viuda—habrá procedido en su elección todo lo discretamente que las circunstancias le permitían, y espero que tendrá á bien aceptar mis más sinceras felicitaciones. Libres de las trabas de la pasión (la señora General cerró los ojos al decir estas palabras, como si su pudor no le permitiese pronunciarlas con los ojos abiertos), apoyados por el beneplácito de los más próximos parientes, y propios para cimentar el soberbio edificio de una elevada posición social, semejantes acontecimientos no pueden menos de causar alegría; y por lo tanto, la señorita Dórrit me permitirá ofrecerle de nuevo mi más cordial felicitación. El señor Dórrit se muestra siempre obsequioso conmigo, y en cambio del honor que me dispensa al comunicarme tan pronto la noticia, ruégole que acepte la expresión de mi agradecimiento, así como también su señora hija.

—En cuanto á mí—repuso Fanny—esto me lisonjea mucho... mucho más de lo que yo pudiera decir, y no es posible que usted se imagine, señora General, hasta qué punto me colma de gozo que usted no desapruebe mi elección, pues me siento como aliviada de un gran peso. Verdaderamente no habría sabido qué hacer si usted hubiera puesto alguna dificultad, mi apreciable señora.

La viuda sonrió, cambiando la postura de sus manos.

—Inútil me parece añadir, señora—continuó Fanny contestando á la sonrisa de su interlocutora con otra—que cuando esté casada, todos mis esfuerzos tenderán á merecer cada vez más la aprobación de usted... Mi mayor desgracia sería perder su aprecio; pero conociendo su bondad, estoy segura que me dispensará si corrijo un ligero error que acaba de cometer. La mejor gente del mundo puede incurrir en equivocaciones, como ahora le ha sucedido á usted, señora. Usted ha

dicho que se la honra mucho con la confianza que acabamos de dispensarle, pero desgraciadamente para mí, nada me corresponde en esto. El mérito de haber pensado un solo instante en pedir parecer á usted, me parece de tal importancia, que no osaría apropiármelo sin ningún derecho: sólo pertenece á papá. Yo agradezco á usted mucho sus lecciones y la protección que nos ha dispensado, pero no soy yo quien las ha pedido, sino papá; también aprecio el generoso beneplácito que acaba de otorgarme; pero *usted*, señora, no debe darme gracias por nada. Espero seguir mereciendo sus bondades cuando haya abandonado la casa paterna, y deseo, señora, que mi hermana siga siendo mucho tiempo aún el objeto de su afectuosa condescendencia.

Después de pronunciar este discurso con gran finura, Fanny se alejó con la mayor gracia, para subir luégo la escalera rápidamente y precipitarse en la habitación de su hermana, á la cual sacudió un poco para que abriese bien los oídos y los ojos, mientras le refería lo que acababa de pasar, preguntándole cuál era su opinión acerca de las maniobras de la señora General.

En cuanto á la señora Merdle, Fanny la trató con mucha desenvoltura, pero sin arriesgar todavía una declaración de guerra. De vez en cuando empeñaban algunas ligeras escaramuzas, sobre todo cuando Fanny creía que su futura suegra se daba importancia, engalanándose más que de costumbre; pero la señora Merdle ponía pronto término á estos pasos de armas arrellanándose entre sus cojines con graciosa indolencia y cambiando de conversación.

Fanny había ganado mucho desde que se concertara definitivamente su boda; era más tratable, menos reservada y no tan exigente como antes, por lo cual la rodeaba siempre una multitud de adoradores, con no poca indignación de las familias que tenían hijas casaderas. Muy satisfecha de la agitación que producía, Fanny se pavoneaba en la alta sociedad, complaciéndose en ver tras sí á su cautivo Sparkler. El joven caballero, por su parte, no pedía nunca explicación de nada; iba donde querían, pues no se le ocultaba que sólo podía merecer consideración por su futura, y mostrábase muy agradecido por lograrlo á tan poca costa.

En esto, el invierno terminaba; acercábase la primavera, y el señor Sparkler se veía precisado á volver á Londres para ocupar su asiento en la alta cámara y desempeñar sus funciones en el ministerio, dónde se le esperaba para dirigir la cosa pública, el genio, la ciencia, el comercio, las fuerzas y el buen sentido de la nación. Los compatriotas de Shakspeare, de Milton, de Bacon, de Newton, de Watt, de una legión de filósofos pasados y presentes, de físicos y de químicos, que habían dominado la naturaleza y perfeccionado el arte en sus múltiples formas, imploraban el auxilio del señor Sparkler para que no los dejara morir sin socorro. El joven funcionario, no pudiendo resistir al grito de angustia de la patria en peligro, anunció su próximo viaje.

Tratábase sólo de saber dónde, cómo y cuándo se uniría el señor Sparkler con la más hermosa joven del mundo; la señorita Fanny, después de celebrar algunas conferencias secretas y misteriosas, anunció ella misma á la niña Dórrit el resultado final de esta grave cuestión.

—Querida Amy—dijo un día á su hermana—hay noticias frescas; se acaba de resolver la cosa en este momento, y como es natural, me he apresurado á buscarte para que lo sepas todo.

—¿Tu casamiento, Fanny?

—No me interrumpas, hija mía; déjame decirte lo que hay como yo lo entiendo. En cuanto á tu pregunta anticipada, si hubiera de contestar categóricamente te diría que *no*, pues en rigor no se trata de mi casamiento, sino del de Edmundo.

La niña Dórrit parecía no comprender bien, y con razón, lo que indicaba esta distinción sutil.

—No soy yo quién está apurada—añadió Fanny;—no es á mí á quién se necesita en el ministerio, ni á quién se persigue para obtener un voto en la Cámara; es á Edmundo, que parece sentir mucho su marcha. Á mí tampoco me gusta que se vaya solo, porque si hay medio de cometer alguna necedad (y generalmente nunca falta), seguro es que no dejará de encontrarlo. En su consecuencia, la resolución depende más de Edmundo que de mí; y reduciéndose la cuestión á saber si debe ó no marchar solo, se había suscitado otra. ¿Se efectuará el matrimonio al punto, ó esperaremos algunos meses para celebrarlo en Inglaterra?

—Ya adivino que voy á perderte, Fanny—contestó la niña Dórrit.

—¿Me escucharás hasta el fin?—replicó Fanny con cariñosa impaciencia.—Has de saber que la señora Merdle no se irá hasta después de Pascua; de modo que casándome aquí y acompañando á Edmundo, me adelantaré á esa señora, lo cual es ya una ventaja; y además, en su ausencia, tal vez acepte el ofrecimiento que el señor Merdle hizo á papá respecto á cederme una habitación en su propia casa, hasta que la nuestra esté convenientemente arreglada. Aún hay más, Amy: como papá tiene intención de ir á Londres en la primavera, si el matrimonio se verifica aquí, podrá reunirse después con nosotros en Florencia, donde le esperaremos Edmundo y yo para irnos los tres á Londres. El señor Merdle ha instado á papá para que acepte alojamiento en su casa, y yo presumo que lo admitirá; pero él es dueño de obrar como le parezca, y en este punto nada puedo asegurar.

—¿Y está ya convenido todo eso?—preguntó la niña Dórrit.

—¡Convenido!—repitió Fanny.—¡Qué preguntas tan tontas haces! Ya ves que he tenido cuidado de no decirte nada que pudiera hacerte suponer que hay algo convenido. Lo que te he dicho es que se presentan ciertas cuestiones, las cuales acabo de indicarte. Y ahora, hija mía, no abras los ojos como un mochuelo, porque es inútil. Yo necesito tres consejos, y vengo para que me dés alguno.

—¿No crees tú, Fanny—preguntó la niña Dórrit con tono persuasivo, después de vacilar un rato—que sería mejor retardar un poco el casamiento algunos meses?

—No, cachazuda—replicó Fanny con mucha viveza;—yo creo todo lo contrario.

Así diciendo, Fanny arrojó sobre una silla su sombrero; pero un momento después se levantó repentinamente, y arrodillándose ante su hermana, rodeó su cintura con cariñoso abrazo.

—No vayas á creer—le dijo—que estoy enfadada, porque todo esto no vale la pena; pero tienes unas rarezas que harían perder la paciencia á un santo. ¿No te he dicho, hija mía, que una no puede tener bastante confianza en Edmundo para dejarle ir solo? ¿No lo comprendes así tú misma?

—Sí, sí, Fanny; ya sé que me lo has dicho.

—Pues bien, ya conocerás que tengo razón. Si no se le puede permitir que se vaya solo, claro está que debo irme con él.

—Es verdad... sí, hermana mía,—repuso la niña Dórrit.

—Bien, ahora que conoces cuáles son las medidas necesarias, tú me aconsejas, Amy, que las adopte. ¿No es así?

—Ciertamente, querida Fanny.

—¡Vamos! pues ya veo que es preciso resignarse. Cuando he visto la necesidad de tomar una resolución, he venido á verte, paloma mía, para aclarar mis dudas. Ya estoy decidida; no se ha de hablar más de ello.

Después de ceder así á los supuestos consejos de su hermana y á la fuerza de las circunstancias, Fanny habló como si acabara de sacrificar sus propias inclinaciones para complacer á su mejor amiga.

—Bien mirado, Amy—añadió—eres la mejor hermana que conozco y tienes muy buen sentido; de modo que apenas podré pasar sin ti; pero ahora, hija mía, voy á darte, á mi vez, un consejo. Cuando te halles sola con la señora General...

—¿Con que voy á quedar sola con ella?—preguntó la niña Dórrit.

—Naturalmente, hija mía; estarás sola hasta que papá vuelva. Quería aconsejarte, pues, que cuando te quedes con esa dama procures hacer siempre la sorda apenas observes que se vale de algún rodeo artificioso para hacerte entrever que hace la corte á papá, ó vice-versa. Te aseguro que no dejará de ingeniarse para conseguir su objeto; pero por nada en el mundo debes aparentar que conoces su propósito; y si papá te anuncia, á su vuelta, que piensa darte á la señora General por madrastra, aconséjote que le contestes: «Papá, con su permiso, me opongo formalmente; Fanny me había hablado ya sobre esto, y también se opone.» No espero, por supuesto, el menor resultado de tu oposición, pues no te creo capaz de formularla con suficiente energía; pero se trata de defender un principio... un principio filial, y te suplico que no permitas á esa mujer darse importancia con nosotras sin ocasionarle todas las molestias posibles. Por mi parte, querida Amy, te auxiliaré en lo que pueda para impedir semejante unión; me valdré de toda la influencia que me proporcione mi propio

estado para combatir á esa mujer hipócrita, que tiene el corazón tan falso como el cabello... estoy segura que éste es postizo, aunque muy feo; y á fe que se necesita estar loca para comprarle de esa especie.

La niña Dórrit recibió estos consejos sin atreverse á rechazarlos abiertamente, pero también sin dar ningún motivo para creer que estuviese dispuesta á seguirlos. En cuanto á Fanny, habiéndose despedido, por decirlo así, de la vida de doncella y puesto en orden sus asuntos, comenzó, con el ardimiento natural de su carácter, á prepararse para la grave ceremonia.

La camarera de la señorita Dórrit marchó á París, escoltada por el correo, para comprar la canastilla de boda y toda una colección especial de objetos para el tocado, todo lo cual atravesó algunas semanas después el país intermediario, no sin sufrir numerosos registros de los empleados de la aduana. Una vez en Roma hízose la exposición de todos los objetos ante una escogida sociedad de espectadores, á cuyos caritativos sentimientos se antepuso la envidia; y después continuáronse los preparativos para el día feliz en que debían ostentarse en público aquellos tesoros llegados de Francia. Á la comida de boda se convidó á una mitad de la colonia inglesa residente en la ciudad romana; la otra se componía de críticos benévolos que sólo debían asistir al acto solemne. El alto y poderoso *signor* Edgardo Dórrit (el joven Tip de la Mariscalía se había italianizado el nombre) llegó en posta, á través del lodo y de los profundos baches de los caminos italianos, para honrar la ceremonia con su graciosa presencia: este caballerito había adoptado ya los buenos modales, frecuentando la nobleza napolitana... nobleza modelo como pocas. El primer hotel de Roma y todos sus marmitones fueron puestos á contribución para la gran comida de boda; los giros del señor Dórrit contra el Banco Torlonia caían como el granizo, tanto que se hubiera podido creer que la casa iba á suspender sus pagos; y, en fin, tanto se hizo, que el cónsul de S. M. Británica aseguraba no haber visto una boda semejante en su vida.

Por último llegó el gran día: la loba del Capitolio hubiera podido tener envidia y enseñar sus dientes al ver de qué modo los salvajes habitantes de las islas del Norte hacían las cosas en aquel tiempo. Si las estatuas de los execrables em-

peradores de la soldadesca, que los artistas contemporáneos no han osado lisonjear hasta el punto de sustituir sus innobles cabezas de asesinos con figuras de personas honradas, hubieran podido animarse aquel día, seguramente habrían experimentado vivos deseos de apoderarse de la novia. ¿Y por qué no brotaría el agua otra vez, para celebrar tan fausto acontecimiento, en la resecada fuente donde en otra época se lavaban los gladiadores romanos? ¿Y no hubiera debido renacer de entre sus ruinas el templo de Vesta, para contribuir á la mayor magnificencia del acto? Pudieron hacerlo, pero no lo hicieron; en lo cual imitaban á más de un sér vivo, sin exceptuar los *lords* y *ladies* de la creación, que pudiendo hacer mucho, no hacen nada.

No por eso dejó de efectuarse el matrimonio con gran pompa. No faltaron monjes con capuchas negras ó blancas, que se detenían para ver pasar los coches; campesinos vagabundos, cuyo único traje se componía de una piel de carnero; y voluntarios ingleses que contemplaban con gusto á sus compatriotas. Así pasó el día, sonó luégo el toque de oración, y poco á poco dióse fin á la fiesta.

Uno de los rasgos característicos de esta boda fué que sólo se hablaba de la casada, sin que nadie se ocupase del marido, ni tampoco de la niña Dórrit, que, á decir verdad, estaba como perdida en medio del brillo deslumbrador de la fiesta. En cuanto á Fanny, poco después subía con su esposo á una silla de posta para dirigirse á Florencia.

La noche de aquel día, el señor Dórrit se mostró muy sentencioso y didáctico: Amy hubiera preferido verle cariñoso, pero aceptóle tal como se presentaba. Cuando la señora General se retiró, su manera de despedirse fué por demás glacial: hubiérase dicho que la dama creía necesario petrificar la imaginación de las personas para que no pensaran en ella. Una vez sola con su padre, la niña Dórrit le abrazó antes de retirarse á descansar.

—Amy, hija mía—dijo el señor Dórrit cogiendo su mano—esta noche es la digna coronación de un día que... ¡hem!... me ha impresionado profundamente.

—Y también cansado un poco, padre.

—Nada de eso; no puedo experimentar fatiga después de

un acto en que he disfrutado de... ¡hem!... alegrías tan puras.

La niña Dórrit pareció muy satisfecha de hablar á su padre en tan buenas disposiciones, y dióse por feliz.

—Querida Amy—continuó el anciano—éste es un acontecimiento... ¡hem!... que debe servirte de ejemplo, hija mía.

La niña Dórrit, atemorizada por aquel preámbulo, no supo qué decir, aunque su padre había dejado de hablar, cual si esperase la contestación.

—Amy—prosiguió el anciano después de una pausa—tu querida hermana, nuestra Fanny, ha contraído... ¡hem!... un casamiento que debe ensanchar el círculo de... ¡hem!... nuestras relaciones, consolidando nuestra posición social. Querida hija, yo espero que no está lejos el día en que se presentará para ti... ¡hem!... un partido conveniente.

—¡Oh, no! déjeme usted permanecer á su lado; yo no pido más que estar en su compañía para cuidarle.

—Vamos, Amy—repuso el señor Dórrit—déjate de niñadas; tu posición... ¡hem!... te impone cierta responsabilidad, y debes mostrarte digna de ella. En cuanto á cuidarme, ya lo haré yo... ó bien buscaría quien lo hiciese. Dios mediante... ¡hem!... ya podré encontrar quien me cuide; pero yo, hija mía, no quiero de ningún modo que te sacrifiques por mí.

¿No era ya tarde para comenzar á dar pruebas de abnegación, haciendo de ello un mérito?

—No me hables más de esto, Amy—prosiguió el anciano—porque no debería, ni podría tampoco hacer una cosa contra lo que me dicta mi conciencia. Aprovecho pues, hija mía, la oportunidad que me ofrece esta feliz ocasión para indicarte, con toda la gravedad necesaria, que en lo sucesivo mi más ardiente deseo será encontrar para ti un partido... ¡hem!.. conveniente... *conveniente*, lo repito.

—¡Oh! no, padre mío, se lo ruego.

—Amy, estoy seguro de que si se sometiera esta cuestión á una persona de mundo y de recto juicio, como por ejemplo á... ¡hem!... la señora General, diría lo que yo; pero como conozco desde hace tantos años por experiencia... ¡hem!... tu carácter sumiso y generoso, estoy convencido de que no será necesario decirte más. Por ahora no puedo... ¡hem!... proponerte ningún partido, ninguna persona que convenga, y sólo

deseo... ¡hem!... que nos comprendamos. ¡Vaya, querida y única hija, buenas noches, Dios te bendiga!

Aquella noche, que fué para la niña Dórrit de insomnio y de lágrimas, la pobre joven pensó que su padre no veía ya nada sino á través de sus riquezas, y que debía acosarle de continuo el deseo incesante de conservarlas y aumentarlas.

Tres semanas después, el señor Dórrit se puso en camino para reunirse con Fanny en Florencia: la niña Dórrit le hubiera acompañado hasta allí por puro cariño, aun á condición de volver sola, soñando en su querida Inglaterra; pero hallándose allí Tinkler, á falta del correo que había marchado con la novia, la elección paternal no podía recaer en Amy, mientras el anciano pudiera hacerse acompañar por un mayordomo.

La señora General tomó las cosas muy tranquilamente, como hacía con todo, cuando la habitación romana del señor Dórrit quedó ocupada sólo por la pobre Amy, cuya única distracción consistía en salir en el coche de alquiler que le habían dejado, para vagar entre las ruinas de la antigua Roma. Cual por efecto de una transformación mágica, los restos del inmenso anfiteatro, de los antiguos templos, de los arcos de triunfo, de las vías romanas y de las tumbas, aparecían á los ojos de la niña Dórrit como las ruinas de la antigua prisión de la Mariscalía, como las ruinas de su existencia de otro tiempo, como las ruinas de sus afectos, de sus esperanzas, de sus cuidados y de sus alegrías. La joven iba á sentarse á menudo sobre alguna columna rota, en los sitios más solitarios, y entregábase allí á sus reflexiones, bajo el cielo azul, viendo en todas partes á la pareja.

Pero bien pronto acudía la señora General para arrebatar con su presencia su propio colorido á la naturaleza y al arte.

CAPÍTULO XVI

La cosa marcha

su llegada á Londres, y á la casa de la calle de Harley, los jóvenes esposos fueron recibidos por el mayordomo: este imponente servidor se dignó mirar el coche desde las gradas de su vestíbulo, y hasta acompañar á los recién casados al salón donde el señor Merdle esperaba su visita; pero esta fineza se debía considerar más bien como un tributo rendido al bello sexo, del que era ardiente admirador el encopetado mayordomo.

El señor Merdle se paseaba tímidamente delante de su chimenea, dispuesto á dar la bienvenida á la señora, y apenas la vió entrar, adelantóse como un autómata para recibir á su

hija política, ofreciéndole su mano con la rigidez de un maniquí.

La señora Sparkler, instalada en las habitaciones de recepción... en el santuario de la seda de Persia y del terciopelo... reconoció con satisfacción que su triunfo era hasta entonces completo y que avanzaba un paso más cada día. La víspera de su casamiento había hecho á la camarera de la señora Merdle, á presencia de esta última, un ligero presente, según ella dijo (una pulsera, un sombrero y dos vestidos, todo nuevo), pero que valía por lo menos cuatro veces más que el regalo que la brillante dama hizo á la bailarina. Fanny ocupaba entonces la misma habitación de la esposa del banquero, un tanto embellecida de antemano en obsequio á la persona que debía ocuparla.

El correo no había juzgado conveniente que el señor Dórrit se alojase en casa de un amigo, prefiriendo conducirle á un elegante hotel de la plaza de Grosvenor. El señor Merdle ordenó que se tuviera su coche preparado á primera hora del día siguiente, á fin de hacer una visita al señor Dórrit después de almorzar.

El coche era magnífico, el pelaje de los caballos, de pura raza, relucía, los arneses deslumbraban, y las libreas de los lacayos eran riquísimas: al pasar por las calles aquel lujoso tren, deteníanse los transeúntes para contemplarlo y murmuraban, poseídos de admiración: «¡Ahí va el señor Merdle!»

¡Qué conmoción tan profunda debió experimentarse en el hotel cuando se supo que llegaba Merdle! El dueño, aunque hombre muy orgulloso, que acababa de llegar á la ciudad conduciendo un tronco de dos caballos de pura sangre, fué á recibir al famoso capitalista al pié de la escalera; los dependientes y los criados ocultábanse detrás de las puertas y en los rincones, ó se hacían los encontradizos para ver al célebre millonario Merdle. ¡Sol, luna y estrellas, jamás habréis iluminado á otro tan grande hombre! ¡Era el moderno Creso que tenía casa abierta para todo el mundo, y que había ganado tanto dinero! Cuando subía la escalera, todos los que se hallaban en el establecimiento tomaron sitio para que la sombra del millonario los tocase cuando saliera.

El señor Dórrit, engalanado con una lujosa bata, se dispo-

nía á comenzar su almuerzo, cuando el correo, abriendo de improviso la puerta, anunció con estentórea voz:

—¡El señor Merdle!

El anciano se puso en pié de un salto, y su corazón latió con fuerza.

—¡El señor Merdle!...—exclamó—¡ah! verdaderamente es un honor inesperado. Permítame usted expresarle... ¡hem!... cuánto aprecio... ¡hem!... esta lisonjera atención. No ignoro, caballero, que su tiempo tiene un valor enorme; dignarse concederme á primera hora algunos de sus preciosos momentos es para mí... ¡hem!... un honor que me inspira el más vivo agradecimiento.

El señor Dórrit estaba efectivamente tan agradecido, que temblaba como un azogado.

El señor Merdle pronunció, con su voz de ventrílocuo, algunas palabras que no significaban nada, y terminó diciendo:

—Tengo la mayor satisfacción en ver á usted, caballero.

—Es usted muy amable—repuso el anciano—demasiado amable. ¿Cómo sigue usted de salud?

—Bastante bien, como de costumbre.

—Supongo que estará usted muy ocupado.

—Bastante... pero no me fatigo—contestó el señor Merdle, paseando una mirada al rededor de la habitación.

—Sin duda padece usted un poco de dispepsia—dijo el señor Dórrit.

—Es posible, pero ¡bah! me encuentro bastante bien.

—Al salir de Roma—prosiguió el anciano, con tono insinuante—la señora Merdle era, como sin duda sabrá usted ya, la bella de las bellas... ¡hem!... la reina de todas las fiestas, el encanto de la sociedad romana; y cuando yo salí gozaba de la mejor salud.

—Mi esposa—repuso el banquero—está considerada generalmente como mujer de gran atractivo, y no soy yo quien diga lo contrario.

—Ni mucho menos yo—repuso el señor Dórrit.

El señor Merdle paseó otra mirada por la habitación, y fijando después la vista en los botones del chaleco de su interlocutor, le dijo:

—Puesto que de belleza hablamos, permítame usted decirle que debemos referirnos ante todo á su hija, que es maravillosamente hermosa. Cuando ví ayer á la joven pareja, quedé verdaderamente sorprendido al contemplar los encantos de mi nuera.

El señor Dórrit, altamente lisonjeado, contestó que no podía menos de repetir lo que ya había manifestado por escrito, expresando el inmenso placer que le causaba la unión de las dos familias.

—He querido—dijo el señor Merdle—comenzar mi excursión diaria por esta visita, para ponerme á las órdenes de usted, en el caso de que pueda serle útil para alguna cosa; y por otra parte quería decirle que espero me dispensará por lo menos el honor de comer hoy en mi casa, así como también todos los días en que no tenga compromiso para ir á otra parte durante su permanencia en Londres.

El señor Dórrit quedó encantado de tan delicadas atenciones.

—¿Estará usted mucho tiempo entre nosotros?—preguntó el señor Merdle.

—Por ahora—contestó el anciano—mi intención es no permanecer aquí más de quince días.

—Es muy poco tiempo después de tan largo viaje.

—En efecto; pero, á decir verdad, mi apreciable señor Merdle, el clima de Italia conviene tanto á mi salud, que mi visita actual... ¡hem!... sólo tiene dos objetos. En primer lugar el... honor que se me dispensa en este momento, y el cual sabré apreciar en cuánto vale; y después el arreglo... ¡hem!... ó mejor dicho, la colocación más ventajosa que sea posible de mis capitales.

—Muy bien, señor Dórrit—repuso el capitalista—si puedo serle útil por este concepto, disponga usted de mí.

El señor Dórrit se había expresado con más vacilación que de costumbre al abordar esta delicada cuestión, pues no sabía cómo lo tomaría un potentado de la fuerza del señor Merdle, figurándose que para un hombre acostumbrado á remover el oro á manos llenas, todo lo que se refiriese á una fortuna privada sería un pobre negocio. Más tranquilo por el ofrecimiento que se le hacía, apresuróse á dar las gracias.

—Apenas hubiera osado—dijo—solicitar el auxilio y los consejos de usted, que tanto me honran, aunque de todos modos estaba resuelto á imitar el ejemplo del mundo civilizado, tomando parte en las especulaciones del señor Merdle.

—Ya sabe usted—repuso el capitalista mirando al mismo tiempo con singular interés el dibujo de la alfombra—que ahora somos casi parientes, y que por lo tanto tengo el mayor gusto en ponerme á sus órdenes.

—¡Ah! es usted el hombre más amable del mundo.

—No será fácil hoy para un simple extranjero—añadió el señor Merdle—obtener acciones en los buenos negocios... me refiero á los que son exclusivamente míos...

—¡Naturalmente—exclamó el anciano con un tono que parecía decir que no conocía otros negocios buenos.

—Á menos sin embargo—añadió el banquero—de pagar una prima muy subida, ó, como decimos nosotros los capitalistas, de larga cifra.

El señor Dórrit estaba tan satisfecho, que comenzó á reir á carcajadas, exclamando después:

—¡Ah! es muy gracioso eso de la larga cifra, muy expresivo en verdad.

—No obstante—añadió el señor Merdle—me reservo el derecho de tener ciertas preferencias, ó, como mis amigos dicen, de hacer *ciertos favores*... en recompensa de mis cuidados y desvelos...

—Diga usted más bien de su atrevida iniciativa y de su genio—interrumpió el anciano.

El banquero pareció absorber estos cumplidos como quien traga una píldora, y añadió:

—Con su permiso, ya veré si puedo ejercer mi derecho en favor de usted, derecho limitado, porque hay muchos envidiosos.

—Repito que es usted muy amable, y hasta demasiado bueno.

—Inútil creo advertirle que en las transacciones de este género son de rigor la integridad y la franqueza en el más alto grado; entre los interesados debe haber la mejor buena fe y una confianza ilimitada, pues de otro modo los negocios llegarían á ser imposibles.

El señor Dórrit elogió con entusiasmo tan nobles sentimientos.

—Me veo pues obligado á decirle—continuó el capitalista—que sólo podré favorecerle hasta cierto punto...

—¡Muy bien! ¡muy bien!—interrumpió el anciano.

—Sí, hasta cierto punto—repitió el señor Merdle—y todo se debe hacer á cartas vistas. En cuanto á mis consejos, no tengo con mis semejantes compromiso alguno que me impida darlos á quien mejor me plazca, y por este concepto siempre estaré á las órdenes de usted.

El señor Dórrit dió las gracias de nuevo; siguióse una pausa; el capitalista volvió á fijar una mirada en los botones del chaleco de su interlocutor, y luégo, levantándose de repente, le dijo:

—Como mi tiempo es precioso, debo marchar cuanto antes hacia la Cité. ¿Quiere usted que le conduzca á alguna parte en mi coche, caballero? Tendria en ello el mayor gusto.

El señor Dórrit recordó que necesitaba ver á su banquero, que vivía en la Cité, pero no era cosa de hacer esperar al millonario mientras se ponía la levita. Sin embargo, el señor Merdle insistió, y entonces el anciano pasó á la habitación contigua, donde su mayordomo le arregló en cinco minutos.

—Ahora—dijo el señor Merdle al salir—permítame usted ofrecerle mi brazo.

El señor Dórrit se apoyó en el brazo del banquero, bajó la gran escalera, y al ver á los curiosos estacionados en los escalones, parecióle que pasaba sobre su persona un reflejo de la gloria de aquel hombre. Y después ¡cómo debía honrarle aún el paseo hasta la Cité en el coche del opulento banquero!

La gente que se paraba para verle; las cabezas que se descubrian; las cortesías y saludos sin número dirigidos al maravilloso mortal... ¡ah! jamás se había observado semejante servilismo. Para el señor Dórrit fué un sueño delirante verse en aquel carro triunfal, que proseguía su curso majestuoso hacia un punto bien apropiado á las circunstancias, á la calle de los Lombardos, á la calle del oro y de los más ricos comerciantes.

Llegado á este punto, el señor Merdle quiso á todo trance

continuar su camino á pié, dejando su *pobre* coche á disposición del anciano. El hechizo fué más embriagador cuando al salir el señor Dórrit solo del Banco, ocupando el puesto del millonario, y al contemplarle los curiosos con ávida curiosidad, parecióle que decían: «Para ser amigo del señor Merdle, preciso es que sea un gran personaje!»

Aquel día, aunque la comida fué improvisada, el señor Dórrit encontró en casa del banquero una brillante sociedad (compuesta de personas que no estaban formadas de la misma arcilla que la de la mayoría de los mortales, sino de otra sustancia de primera calidad, cuyo nombre se ignora aún) que había ido á bendecir el casamiento de la hija del señor Dórrit. Aquel día, la señora Sparkler comenzó á rivalizar de veras con la dama ausente, y lo hizo con tal perfección, que su padre pudo pensar que Fanny había sido mecida en la cuna de una duquesa, ignorando siempre lo que era la *Mariscalía*.

Al día siguiente y al otro, nuevas comidas, con numerosos convidados cada vez más distinguidos: las tarjetas llovían en casa del señor Dórrit como los copos de nieve en un temporal de teatro; la notabilidad del foro, la flor y nata del Episcopado, las altas eminencias de la Tesorería, los individuos del Centro parlamentario, en una palabra, todo el mundo quiso cultivar el conocimiento del señor Dórrit, en su calidad de pariente y amigo del ilustre Merdle. En las numerosas oficinas que el gran banquero tenía en la Cité, el nombre de Dórrit servía de pase para llegar hasta la persona del capitalista; de modo que el sueño del anciano iba siendo cada vez más embriagador, por la perspectiva del camino que su nueva alianza le permitía recorrer en el gran mundo.

Sin embargo, en los sueños dorados del señor Dórrit había una nube, y esta nube era el mayordomo del señor Merdle. El pomposo servidor, al inspeccionar oficialmente las comidas, contemplaba al anciano de una manera que á éste le pareció sospechosa. Cuando el señor Dórrit cruzaba la antecámara ó subía la escalera, seguíale fija la mirada de aquel hombre, y siempre que, durante la comida, se acercaba el vaso á los labios, veía á través del cristal cómo el mayordomo le contemplaba con fría y lúgubre expresión. El señor Dórrit co-

menzó entonces á temer que aquel vasallo hubiese tenido relaciones con algunos presos de la Mariscalía, ó hasta hubiera sido presentado á su decano, en la época que el anciano se esforzaba por olvidar. Por esto examinó al mayordomo con toda la atención con que era permitido examinar á semejante hombre; pero no recordó haberle visto en ninguna parte; de modo que al fin inclinóse á creer que aquel individuo no era suficientemente respetuoso ni tenía grandes condiciones para el servilismo. Sin embargo, esta idea no le alivió, pues fuera cual fuese la causa de su impertinencia, el caso es que el majestuoso servidor le miraba siempre con cierto aire de desdén. El señor Dórrit pensó que no debía insinuar que le era desagradable semejante persistencia, ni preguntar tampoco lo que significaba, porque aquel altivo mayordomo era muy severo con sus amos y sus convidados, y no toleraba nunca que nadie se tomase la menor libertad respecto á su persona.

CAPÍTULO XVII

Desaparición

Sólo faltaban dos días para terminar el plazo en que el señor Dórrit debía emprender su viaje de regreso á Italia. Este caballero se disponía á vestirse, para sufrir una nueva inspección del mayordomo del señor Merdle, cuando llegó de pronto un camarero portador de una tarjeta de visita, en la cual se leía el siguiente nombre:

«*La señora Finching.*»

El criado esperaba órdenes en actitud respetuosa.

—Oiga usted, mozo—dijo el anciano—¿me explicará usted por qué me trae esta tarjeta tan ridícula? Jamás he oído el nombre de *Finching*: ¿qué me viene usted á contar de ese Finching?

El camarero retrocedió ante la mirada severa del señor Dórrit, murmurando:

—Señor, es una dama.

—Pues sepa usted que no conozco á ninguna de este nombre; no conozco Finching de ningún sexo, y, por lo tanto, llévese usted la tarjeta.

—Dispense usted, caballero, pero esa señora ha dicho que ya sabía que su nombre no era conocido de usted, por lo cual me ha encargado añadir que había tenido el honor de conocer en otro tiempo á la señorita Dórrit... á la señorita Amy Dórrit.

El anciano frunció el ceño, contestando después de una pausa:

—Diga á esa señora Finching (y recalcó en este nombre plebeyo con cierto desdén) que puede subir.

El señor Dórrit había reflexionado que si no permitía subir á la dama, ésta podría dejar algún mensaje inoportuno, ó hacer alguna alusión poco agradable á la posición social que en otro tiempo ocupaba. Un momento después presentóse la señora Finching precedida del camarero.

—No tengo el gusto—dijo el señor Dórrit, que estaba de pié con la tarjeta en la mano—de conocer á usted de nombre, ni tampoco personalmente... A ver, ¡una silla para esta señora, camarero!

El servidor obedeció al punto, retirándose después de puntillas, mientras que Flora se levantaba el velo con cierta agitación juvenil. En el mismo instante se esparció por el cuarto una extraña combinación de perfumes, como si hubieran echado equivocadamente rom en un frasco de agua de lavanda, ó vice-versa.

—Debo pedir á usted un millón de perdones, señor Dórrit —dijo Flora—por haberle causado molestia... ya sé que es una inconveniencia por mi parte presentarme sola...; pero he

pensado que tal vez fuera mejor, aunque podía hacerme acompañar de la tía Finching, que en su calidad de mujer enérgica y notable, sin duda habría producido sensación en una persona tan versada en el conocimiento del mundo como usted debe estarlo después de tantas vicisitudes. Yo recuerdo que mi difunto decía con frecuencia que más había aprendido en un año, cuando viajaba de dependiente de comercio, que no en todo el tiempo que estuvo en la casa-pensión de Blackheath; y más también que durante los seis años que pasó en un instituto dirigido por un bachiller de Oxford... Y á propósito de bachiller, ¿por qué serán los célibes mejores maestros que los casados? Es cosa que no he comprendido nunca... pero ruego á usted me dispense, pues no se trata de esto!

El señor Dórrit, mudo de estupor, parecía la estatua del silencio.

—Debo confesar—prosiguió Flora—que no pretendo conocer á usted; pero sí conocía á la querida niña... que atendido el cambio de circunstancias, dispense usted esta alusión si le parece indiscreta... pues Dios sabe que dos chelines y medio por día era bien poca cosa para una trabajadora tan hábil... y además en esto no hay nada degradante...

—Señora—interrumpió el anciano, respirando con fuerza, mientras que la viuda tomaba aliento—señora—repitió, sonrojándose un poco—si debo comprender que hace usted alusión... á los antecedentes de... ¡hem!... una de mis hijas, refiriéndose al pago de un jornal, me apresuraré á contestarle que este hecho... ¡hem!... suponiendo que lo sea... no ha llegado jamás á mi conocimiento. Yo no lo hubiera... ¡hem!... tolerado nunca. ¡Ah! ¡jamás, jamás!

—No es necesario que insista usted—repuso Flora—y por nada en el mundo le hubiera hablado sobre el particular si no hubiese creído que esto me serviría de carta de recomendación... pero en cuanto á ser un hecho lo que digo, no abrigue usted la menor duda; el vestido que llevo encima es una prueba de ello, y á la verdad que me sienta divinamente, aunque no se puede negar que estaría mejor en un talle más esbelto; ya no sé á qué santo encomendarme para tener la cintura más delgada... Dispense usted, caballero, porque siempre me desvío del objeto de mi visita.

El señor Dórrit retrocedió hasta su silla como petrificado, y sentóse sin decir palabra, mientras que Flora le dirigía una benévola mirada.

—La pobre niña—continuó la viuda—salió de casa muy pálida la mañana en que Arturo... (loca costumbre de mis jóvenes años; mejor sería decir Clennam, sobre todo al hablar con una persona de alto rango) le comunicó la feliz noticia, por encargo de una persona llamada Pancks... esto es lo que me ha inducido á venir.

Al oir pronunciar aquellos dos nombres, el señor Dórrit frunció el ceño, abrió extraordinariamente los ojos, acercóse á los labios sus dedos vacilantes, como tenía costumbre de hacer en otro tiempo, y contestó:

—Tenga usted la bondad, señora, de manifestar lo que desea de mí.

—Señor Dórrit—contestó Flora—es usted muy amable, cosa que me parece muy natural, pues aunque más rígido, su semejanza con la señorita Dórrit me llama la atención. No he consultado á nadie para hacer esta visita, y mucho menos á Arturo... dispense usted, quiero decir Doyce y Clennam... porque si pudiera sacar de apuro á un amigo con quien me unía en otro tiempo una cadena dorada, esto me complacería más que el rescate de un Rey...

—Señora—interrumpió de nuevo el anciano, sin fijarse en la charla de Flora—¿querrá usted decirme lo que desea?

—No es probable que usted lo sepa, pero es posible, y por eso, apenas he leído en los diarios que había usted vuelto de Italia y que no tardaría en marcharse otra vez, he resuelto venir aquí, pues quizás le encuentre ó haya oído hablar de él... lo cual sería un alivio y un consuelo para todo el mundo.

—Permítame usted preguntarle, señora—replicó el anciano, cuyas ideas comenzaban á embrollarse con tan infatigable charla—DE QUIÉN habla usted en este momento.

—Del extranjero llegado últimamente de Italia y que desapareció en la Cité, según habrá leído usted en los diarios... El señor Pancks nos da unas noticias estupendas, diciendo cosas atroces de ese pobre extranjero... ya comprenderá usted la inquietud y la indignación de Clennam... quiero decir Doyce y Clennam.

—Tenga usted la bondad, señora...

Felizmente para el señor Dórrit, pues de otro modo no hubiera llegado á entenderse nunca, no había oído una palabra ni leído una sola línea sobre el hecho en cuestión, ignorancia que indujo á la señora Finching á sacar de su bolsillo un anuncio en que se decía que un extranjero llamado Blandois, llegado últimamente de Venecia, había desaparecido de pronto en tal noche y tal parte de la Cité; que se sabía que había entrado á cierta hora en una casa, cuyos inquilinos aseguraban que salió á la media noche menos algunos minutos; pero que no se le había vuelto á ver después y se ignoraba su paradero. El señor Dórrit leyó atentamente estos detalles, así como las señas del extranjero que tan misteriosamente había desaparecido.

—¡Blandois, en Venecia!—exclamó el señor Dórrit, fijándose de nuevo en las señas.—Yo conozco á este caballero; fué recibido en mi casa, y es amigo íntimo de un caballero de buena familia, aunque algo apurado, á quien yo he protegido.

—Entonces—repuso Flora—le suplicaré con más insistencia, que cuando vuelva á Italia tenga la bondad de buscar á ese extranjero por todos los caminos, pidiendo informes en las fondas, posadas, viñedos, volcanes y otros sitios, porque preciso es que se halle en alguna parte...

—¿Podré saber, señora—preguntó el señor Dórrit, leyendo de nuevo el anuncio—qué es eso de Clennam y Compañía, en cuya casa parece que se ha visto el señor Blandois? ¿Se trata de un individuo con quien yo tuve en otro tiempo... ¡hem!... relaciones pasajeras, y de quien acaba de hablar, si no me engaño?

—No señor—contestó Flora—se trata de otra persona, de una paralítica que sólo se puede mover en un sillón de ruedas... la más lúgubre mujer que conozco, aunque sea su madre...

—¡Cómo! ¡Clennam y compañía es... ¡hem!... una madre! —exclamó el señor Dórrit.

—Y también hay un viejecillo raquítico—contestó Flora, sin hacer alto en la pregunta.

El señor Dórrit parecía ya á punto de perder la cabeza al oir tan extraños detalles; pero felizmente para él, Flora manifestó intención de terminar su visita, diciéndole:

—No quiero molestar á usted un momento más; si quiere usted prometerme, á fe de caballero, que buscará al señor Blandois por el camino de Italia ó en este país mismo, y en todos los rincones, y que cuando le haya encontrado le obligará á venir aquí á disculparse con todo el mundo, le quedaré infinitamente agradecida.

El señor Dórrit contestó, ya recobrado de su sorpresa, que consideraría como un deber practicar la pesquisa, y Flora, muy satisfecha del éxito de su entrevista, levantóse para despedirse.

—Doy á usted un millón de gracias—dijo—y le dejo mi tarjeta con las señas, por si acaso hubiese de comunicarme alguna noticia. No le rogaré á usted que dé mis más afectuosas expresiones á la querida niña, porque tal vez no fueran bien acogidas... y por otra parte, desde la metamórfosis no se la puede tratar tampoco con la misma franqueza, ni debo permitirme semejante familiaridad.

Cuando el señor Dórrit, después de conducir á su visitante hasta la puerta, hubo logrado coordinar sus ideas, reconoció que la entrevista había despertado en él recuerdos que creía ya borrados, y que no podían armonizarse de ningún modo con la invitación del señor Merdle. En su consecuencia, escribió dos líneas al banquero, excusándose de ir á comer á su casa y ordenó que le sirvieran en su habitación. Otro motivo tenía para obrar así: había resuelto salir de Londres en el término de cuarenta y ocho horas, y tenía los minutos contados para no faltar á ninguna de las invitaciones aceptadas, prescindiendo de que se creía en la obligación de informarse sobre el asunto de Blandois para poner en conocimiento de Enrique Gowan el resultado de sus investigaciones. El señor Dórrit se propuso, con este fin, aprovechar el momento que le quedase libre para visitar la casa de Clennam y C.ª, indicada en el anuncio, á fin de hacer por sí mismo algunas preguntas.

Después de comer tan sencillamente como lo permitía la cocina del hotel, y cuando hubo dormitado un poco junto á la chimenea, para reponerse de la visita de la señora Finching, el señor Dórrit marchó en un cabriolé de alquiler. El grave reloj de San Pablo daba las nueve cuando pasó por el

tenebroso arco de Temple-Bar, en aquella época menos deteriorado que hoy.

Desde que el señor Dórrit recorriera por primera vez las calles que entonces atravesaba, habían transcurrido muchos años, y tal vez por esto le pareció, no sin razón, que aquel barrio tenía un aspecto misterioso y lúgubre. Su impresión fué más profunda cuando el cochero, después de preguntar varias veces el camino que debía seguir, se detuvo delante de una casa, diciendo que aquella debía ser la que se buscaba. El señor Dórrit vaciló un instante, con la mano en la portezuela, casi atemorizado al observar el lúgubre aspecto de la casa de la señora Clennam.

Á decir verdad, el antiguo caserón no había parecido nunca tan sombrío; á cada lado de la puerta cochera veíase el anuncio que el señor Dórrit había leído ya; y era evidente que la policía ejercía allí una vigilancia especial, pues mientras el anciano vacilaba, un hombre avanzó hacia él desde el otro lado de la calle; en tanto que un segundo individuo, oculto hasta entonces en la sombra, pasó por delante del señor Dórrit, alejándose después un poco en sentido contrario para reunirse con su compañero á cierta distancia.

Como allí no había más que una casa, no era fácil equivocarse, y en su consecuencia el señor Dórrit franqueó la escalerilla y llamó á la puerta. El aldabón produjo un eco lúgubre, como si la casa hubiera estado deshabitada; pero casi en el mismo instante apareció una luz y oyóse rumor de pasos en el vestíbulo; luégo resonó el crugido de una cadena, y una anciana, con la cabeza oculta en su delantal, entreabrió la puerta.

—¿Quién va?—preguntó.

El señor Dórrit, muy asombrado ante aquella aparición, contestó, que acababa de llegar de Italia y deseaba obtener algunos informes sobre el extranjero que había desaparecido.

—¡Hola!—gritó la anciana—¡aquí, Jeremías!

Al punto se presentó un viejecillo en quien el señor Dórrit creyó reconocer al hombre de que Flora le había hablado.

—¡Abre, imbécil!—gritó el viejecillo—y deja entrar á ese caballero.

El señor Dórrit, después de dirigir á su cochero una mirada como para que estuviese alerta, penetró en el vestíbulo escasamente alumbrado.

—Ahora, caballero—comenzó á decir Jeremías—puede usted dirigirme tantas preguntas como guste, porque entre nosotros no hay secretos.

Antes de que pudiera obtener contestación, una voz firme y enérgica, aunque de mujer, gritó desde arriba:

—¿Quién está ahí, Jeremías?

—Otra persona que viene á pedir informes—contestó el viejecillo;—un caballero que llega de Italia.

—Dígale usted que suba.

Jeremías murmuró, como si creyese que esto era completamente inútil; pero volviéndose hacia el señor Dórrit, le dijo:

—La señora Clennam es muy testaruda; voy á conducir á usted á su habitación.

Jeremías comenzó á subir por la oscura escalera, seguido del anciano, que al volverse vió tras sí á la mujer de Flintwinch, con la cabeza oculta en su delantal, semejante á un espectro.

La señora Clennam tenía sus libros á su lado en la mesita.

—¡Hola!—exclamó bruscamente, fijando su mirada en el visitante—¿con que llega usted de Italia, caballero? ¿Qué hay?

Sorprendido el señor Dórrit por semejante interpelación, no se le ocurrió más respuesta que repetir:

—¿Qué hay?

—¿Dónde está ese hombre que ha desaparecido?—preguntó la viuda.—Supongo que nos trae usted noticias.

—Al contrario, yo... ¡hem!... vengo á pedir informes.

—Desgraciadamente para mí—dijo la señora Clennam—no le puedo dar ninguno... Jeremías, enseñe usted el anuncio á este caballero; déle algunos para que se los lleve, y alúmbrele para que lea.

Flintwinch obedeció á estas órdenes, y el señor Dórrit aparentó leer el anuncio como si no conociese su contenido, á fin de poder recobrar su sangre fría, pues habíale turbado el

aspecto de la casa, y también el de los que la habitaban. Mientras tenía la vista fija en el papel, observó que las miradas de Flintvinch y de la señora Clennam estaban clavadas en él.

—Ahora, caballero—dijo la viuda—ya sabe usted tanto como nosotros. Con que... ¿el señor Blandois es amigo de usted?

—No... ¡hem!... es un simple conocido.

—¿No le ha encargado á usted ninguna comisión?

—¿Á mí?... ¡Ah!... ciertamente que no.

La mirada penetrante de la señora Clennam se fijó en el suelo después de cruzarse con la de Flintwinch; mientras que el señor Dórrit, desconcertado al ver que se invertían los papeles, y que le era preciso responder, siendo así que él había venido á informarse, procuraba poner las cosas en su lugar.

—Yo soy—dijo—un hombre de mundo, que reside ahora en Italia con su familia... ¡hem!... y su servidumbre. Hallándome por casualidad en Londres para evacuar algunas diligencias... ¡hem!... relativas á mis propiedades, y habiendo llegado á mi conocimiento esa extraña desaparición, he querido tomar informes en la fuente misma, pues en Italia encontré á un caballero, que espero hallar todavía, el señor Enrique Gowan, íntimo amigo del señor Blandois. Supongo que el primero de estos nombres no le será desconocido.

—Es la primera vez que le oigo—repuso la señora Clennam.

Jeremías repitió como un eco las mismas palabras.

—Como deseo dar cuenta exacta de lo sucedido—replicó el señor Dórrit—quisiera que me permitiese... ¡hem!... hacer dos ó tres preguntas.

—Aunque sean treinta.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted al señor Blandois?

—Menos de un año. El señor Flintwinch aquí presente, podrá decirle, consultando sus libros, cuándo nos fué recomendado por un corresponsal de París; tal vez este dato podrá convenirle, pero á nosotros no nos ha servido de gran cosa.

—¿Ha hecho numerosas visitas á esta casa?

—Sólo ha venido dos veces.

—¿Y podré preguntar también—continuó el señor Dórrit, que al recobrar su serenidad parecíale que desempeñaba las funciones de inspector de policía—si ese señor Blandois vino aquí para tratar de negocios en la fecha indicada por el anuncio? Quisiera saber esto para mayor satisfacción del caballero á quien tengo el honor de... ¡hem!... patrocinar ó proteger.

—Vino para lo que él llamaba un negocio.

—Dispense usted, ¿era este negocio de tal naturaleza que se pudiese comunicar?

—No.

Esta lacónica respuesta era claramente una barrera infranqueable.

—Ya nos han dirigido esta pregunta—añadió la señora Clennam—y siempre hemos contestado lo mismo. No tenemos el menor deseo de dar publicidad á nuestras transacciones por todas partes, aunque sean de poca importancia, y por eso contestamos *no*.

—Yo quisiera saber, por ejemplo, si se ha llevado dinero—dijo el señor Dórrit.

—Ninguno nuestro, por lo menos; aquí no ha recibido nada.

—Yo presumo—añadió el anciano, mirando tan pronto á la señora Clennam como á Flintwinch—que ustedes no se explican este misterio.

—¿Y por qué presume usted eso?—replicó la señora Clennam.

Desconcertado por esta pregunta, hecha con tono frío y seco, el anciano no pudo explicar la causa de esta suposición.

—Yo me explico muy bien el misterio, señor mío—añadió la viuda—porque estoy persuadida de que el señor Blandois viaja ó se esconde.

—¿Sabe usted que tenga... ¡hem!... algunas razones para ocultarse?

—No.

Este *no*, tan absoluto como el primero, opuso una nueva barrera.

—Usted me ha preguntado—dijo la señora Clennam—si me explicaba la desaparición de ese hombre, y no si podía explicársela á usted, caballero. Paréceme que no tengo obligación de contestar á semejante pregunta, ni tampoco usted derecho para dirigírmela.

El señor Dórrit se excusó, inclinándose, y cuando se levantaba para retirarse, diciendo que no tenía nada más que preguntar, llamó su atención la mirada sombría que la señora Clennam fijaba en él, y que parecía reproducirse en los ojos del viejecillo.

En el mismo instante, la anciana Affery dejó caer el candelero, gritando:

—¡Allí!... ¡Dios del cielo! ¡Otra vez!... ¡escucha, Jeremías!... allí!

El rumor, si realmente se producía, era tan leve, que se necesitaba estar con el oído muy atento, como Affery, para poder fijar la atención en él; pero el señor Dórrit creyó, sin embargo, percibir un sonido semejante al que producen las hojas secas al caer. El terror de la anciana pareció comunicarse durante dos minutos á todos los demás, que escucharon en silencio.

Jeremías fué el primero en romperle.

—Viejecita mía—dijo, avanzando oblicuamente hacia Affery con los puños cerrados, é impaciente al parecer por aplicar un enérgico correctivo á la pobre anciana—¿volvemos ya á las antiguas bromas? ¿Piensas hacer de nuevo la sonámbula, paseándote despierta por la casa? Vamos, ya veo que necesitas una medicina, y así, cuando se vaya este caballero te propinaré una buena dosis, viejecita mía... una dosis que te aliviará mucho; ya verás...

Y cogiendo un candelero de la mesa de la señora Clennam, añadió:

—Si usted quiere, caballero, le acompañaré hasta abajo.

El señor Dórrit dió las gracias y bajó, apresurándose Jeremías á correr los cerrojos de la puerta cuando hubo salido. Una vez en la calle, el anciano sufrió un segundo examen de los dos hombres que le habían observado antes, y que pasaron por delante de él, como la primera vez, al dirigirse hacia su cabriolé.

Cuando el vehículo estuvo á cierta distancia, el cochero detuvo su marcha para decir al señor Dórrit que aquellos dos hombres le habían intimado á dar su nombre y número y las señas de su establecimiento, así como las de la casa donde había recogido al caballero, la hora en que se le envió á buscar y el camino que siguió. Esta noticia no era la más propia para disminuir la febril inquietud que aquella aventura produjo en el ánimo del señor Dórrit. Durante toda la noche parecióle estar viendo dos agentes de policía que le esperaban resueltamente; aún resonaba en sus oídos el grito de la mujer que, cubriéndose la cabeza con el delantal, espantábase de un ruido imaginario; y hasta se le figuró que iba á descubrir el cadáver del perdido Blandois en alguna cueva ó detrás de alguna pared de ladrillos.

CAPÍTULO XVIII

Castillos en el aire

Ni el oro ni la grandeza bastan para librarnos de cuidados: la satisfacción que el señor Dórrit experimentaba al pensar que no se había visto obligado á decir su nombre á Clennam y C.ª, ni hacer tampoco alusión alguna á sus relaciones anteriores con un intruso del mismo apellido, no tardó en desaparecer, siguiéndose una lucha interior que preocupó mucho al anciano. Tratábase de saber si á la vuelta pasaría ó no por delante de la prisión de la Mariscalía para dirigir una última mirada á la verja que tantas veces contempló en otro tiempo. Al fin resol-

vió no hacerlo, y sorprendió no poco al auriga por el tono brusco con que le prohibió ir por el puente de Londres, como lo había indicado, para tomar después el de Waterloo, itinerario que hubiera conducido al ex-decano muy cerca de su antiguo domicilio. Á pesar de todo, la lucha interior que hubo de sostener en esta ocasión le puso de muy mal humor, y al día siguiente, aun en la mesa del señor Merdle, hallábase tan fuera de sí, que continuó revolviendo en su espíritu aquella cuestión, ya sin objeto, con una perseverancia singularmente impropia del sitio donde estaba. El señor Dórrit se sonrojaba al pensar en la opinión que el pomposo mayordomo formaría de él si este ilustre personaje sondeara el pensamiento de su convidado con su mirada fija.

El banquete de despedida fué espléndido y coronó dignamente la visita del señor Dórrit. Fanny agregó á los encantos de su juventud y su belleza tanto aplomo como si hubiera estado casada hacía veinte años; y el padre comprendió que podría permitir a la señora Sparkler viajar sin guía en el camino del gran mundo, pensando al mismo tiempo que Amy, con sus modestas cualidades, distaba mucho de parecerse á su hermana mayor.

—Hija mía—dijo á Fanny al despedirse—la familia cuenta contigo... ¡hem!... para mantener íntegra su dignidad y su posición; estoy seguro de que no defraudarás nuestras esperanzas.

—No, papá; creo que hace usted bien en contar conmigo. Un abrazo á nuestra querida Amy en mi nombre, y dígale que pronto le escribiré.

—¿Y no tienes nada que decir á... ¡hem!... otra persona?—preguntó el señor Dórrit con tono insinuante.

—Papá—contestó Fanny, ante quien se irguió de repente la imagen de la señora General—á nadie más tengo que decir nada; gracias por la atención; si hubiera de encargarle otro mensaje, tal vez no le agradaría á usted.

La despedida tuvo lugar en un salón exterior, donde el señor Sparkler esperaba sumiso el momento de estrechar la mano de su suegro. El señor Merdle, á pesar de las protestas del anciano, empeñóse en acompañarle hasta la puerta, colmando así las delicadas atenciones que le había dispensado

desde su estancia en la ciudad. El señor Dórrit subió al coche, rebosando de orgullo, y muy satisfecho de que el correo fuese testigo de aquellos honores,

Cuando llegó á su hotel, media docena de lacayos se precipitaron á la puerta para recibirle, y ya cruzaba la antecámara con sereno y majestuoso continente, cuando un espectáculo inesperado le paralizó mudo de estupor... Juan Chivery, engalanado con su mejor traje de fiesta, con su gran sombrero debajo del brazo, su bastón de pico de marfil y un paquete de cigarros en la mano, parecía esperar allí para salirle al encuentro.

—Vamos, joven—dijo el portero del hotel—aquí tiene usted á la persona por quien pregunta... Este joven—añadió el conserje, dirigiendo la palabra al señor Dórrit—ha querido esperar á usted á toda costa, diciendo que se alegraría mucho de verle.

El anciano, á punto de reventar de cólera, dirigió al joven una mirada furibunda, y díjole después con acento benévolo:

—¡ Hola, Juan !... Sí, es el joven Juan ; creo que no me engaño.

—No señor ; soy efectivamente Juan.

—Este buen muchacho puede subir—dijo el señor Dórrit dirigiéndose á los criados ; sí, sí, que suba. Sígame usted, Juan; arriba hablaremos !

El joven siguió, sonriendo de satisfacción ; un momento después entraron en la habitación del señor Dórrit, se encendieron las bujías y retiráronse los criados.

—Señor mío—exclamó entonces el anciano, volviéndose de pronto y cogiendo al pobre Juan por el cuello—¿me dirá usted qué significa esto ?

La sorpresa y el espanto del infeliz visitante, que esperaba un abrazo, fueron tales, que el señor Dórrit retiró su mano al punto, contentándose con dirigir al culpable una mirada de cólera.

—¿ Cómo se atreve usted á venir aquí ?—preguntó.—¿Cómo tiene usted la audacia de presentarse á mí ? ¿ Cómo osa usted insultarme de este modo ?

—¡ Yo insultar á usted !—exclamó Juan.—¡ Oh !

—Sí señor, esto es insultarme ; su presencia en mi casa es

una afrenta, una insolencia, una audacia sin nombre. Nadie le necesita á usted aquí. ¿Quién le ha enviado á mi hotel? ¿Qué diablos quiere usted?

—Yo había creído—contestó el pobre Juan, pálido y descompuesto—que no rehusaría usted aceptar un paquete de...

—¡Vaya usted con mil diablos y con sus paquetes!—interrumpió el señor Dórrit cada vez más furioso.—Yo... ¡hem!... no fumo ya.

—Pido á usted mil perdones, caballero... pero como en otro tiempo fumaba usted...

—Repita usted esas palabras—gritó el señor Dórrit ciego de cólera—y cojo las tenazas para enseñarle á usted á hablarme de otro modo.

Juan Chivery retrocedió hacia la puerta.

—¡Espere usted—exclamó el anciano—espere usted! Siéntese un momento... ¡malos diablos le lleven!... Siéntese usted le digo.

El joven Juan se dejó caer en la silla más próxima á la puerta y el señor Dórrit comenzó á pasearse de un lado á otro de la habitación, con paso rápido al principio y después lentamente; luégo acercóse á la ventana, apoyó la frente contra un vidrio, y volviéndose de pronto preguntó:

—¿Qué otro objeto le trae á usted aquí?

—Ninguno más, caballero, se lo aseguro á usted; sólo quería saber cómo estaba y preguntarle si la señorita Amy sigue bien.

—¿Le importa á usted algo, señor mío?

—No señor, ya sé que no me importa, y crea que estoy muy lejos de olvidar la distancia que nos separa; sé que me he tomado una gran libertad, pero no podía suponer ni remotamente que usted se incomodaría por esto. Le aseguro, caballero, que aún tengo bastante amor propio con ser quien soy para no haber arriesgado semejante visita si hubiese podido prever que se me iba á recibir así.

El señor Dórrit, avergonzado de sí mismo, volvió á la ventana y apoyó de nuevo la frente contra el vidrio; cuando se volvió, tenía en la mano el pañuelo, con el cual acababa de secarse los ojos; parecía estar cansado, y conocíase que sufría en aquel momento.

—Juanito—dijo—siento mucho haber obrado con tanta ligereza, pero hay recuerdos... ¡hem!... que no son nada agradables!... y... hem... no hubiera usted debido venir.

—Bien lo veo ahora, señor; pero no había pensado en ello... Dios sabe que no he tenido ninguna mala intención.

—Ya lo sé, ya lo sé; estoy seguro de ello. ¡Ah! déme usted la mano, Juan.

El joven obedeció, pero ya no de buena gana; habíase excitado su resentimiento; y las tardías satisfacciones del señor Dórrit no bastaron para desvanecer la palidez de su semblante.

—Vamos—dijo el anciano estrechándole la diestra lentamente;—siéntese usted otra vez, Juanito.

—Gracias, caballero—contestó el joven—prefiero permanecer en pié.

El señor Dórrit se sentó, y después de tener un momento el rostro oculto entre las manos, dijo á su visitante, haciendo un esfuerzo para que su voz fuese tranquila:

—¿Y cómo sigue el padre, Juanito? ¿Cómo... están todos?

—Bastante bien; gracias, caballero; no tienen motivo de queja.

—¡Hem! ya veo que no ha renunciado usted á su pequeño comercio, Juan—añadió el señor Dórrit fijando una mirada en el paquete insolente, contra el cual había lanzado tan enérgico anatema.

—No del todo caballero, pero también... (Juan vaciló un poco) ejerzo las funciones de mi padre.

—¡Ah! ¿de veras?... ¿Y está usted algunas veces de... hem...?

—¿De guardia? Sí señor.

—¿Hay mucho trabajo, Juan?

—Sí señor; no va mal por ahora. No sé cómo es, pero en general tenemos siempre mucha gente.

—¿En esta época del año, Juanito?

—En todas las estaciones, señor. Á mí me parece que la época no tiene mucho que ver con esto... Usted lo pase bien, caballero.

—Espere usted un instante, Juan... ¡ah!... espere usted un instante... ¡hem!... Déjeme los cigarros, Juan, yo... ¡ah!... se lo ruego.

—Con mucho gusto, caballero—contestó Juan poniéndolos sobre la mesa con mano temblorosa.

—Espere usted un momento, Juan, un momento más... Sería para mí una satisfacción enviar con un mensajero tan digno de confianza... ¡hem!... un donativo para repartir entre los... ¡hem!... entre *ellos*, ya me entiende usted, según sus necesidades. Creo que no rehusará encargarse de esta comisión, Juan.

—Muy por el contrario, caballero; entre *ellos* hay muchos que tienen gran necesidad de socorro.

—Gracias, Juan: yo... ¡hem!... voy á darle una carta-orden.

La mano le temblaba de tal modo, que el anciano necesitó mucho tiempo para trazar cuatro líneas apenas inteligibles, ordenando á su banquero que entregase al portador cien libras esterlinas. El señor Dórrit dobló el papel y entregóselo al joven, estrechándole la mano afectuosamente.

—Espero que usted—dijo—olvidará... ¡hem!... lo que acaba de pasar. ¿No es así, Juan?

—No hablemos más de ello, caballero, no vale la pena. Yo no soy rencoroso... se lo aseguro á usted.

Mas á pesar de sus palabras, las facciones del joven no habían recobrado su expresión y color naturales.

—Y espero también, Juan—añadió el señor Dórrit—que esta entrevista... ¡hem! será puramente confidencial, y que al salir de aquí se abstendrá de decir á nadie una sola palabra que pudiera... ¡hem!... hacer suponer... que... ¡hem!... que en otro tiempo yo...

—¡Oh! le ruego á usted, caballero—contestó Juan Chivery—que no me crea tan poco digno y orgulloso en lo que soy para suponerme capaz de semejante cosa.

El señor Dórrit no tuvo suficiente dignidad para no escuchar á la puerta, á fin de asegurarse de que Juan salía sin hablar con la gente de la casa; y así pudo tener la certeza de que el joven se alejaba del hotel con paso rápido, sin haberse detenido un momento. El señor Dórrit permaneció solo una hora poco más ó menos, y después llamó á su correo, que le halló sentado junto á la chimenea.

—Puede usted tomar ese paquete de cigarros para fumar

en el camino si quiere—dijo el anciano con cierto ademán de indiferencia;—me los ha traido... ¡hem!... es un ligero recuerdo de un... ¡hem!... quiero decir del hijo de uno de mis antiguos arrendatarios.

El sol del día siguiente iluminó la silla de posta del señor Dórrit, que corría por el camino de Douvres, donde en todas las posadas, desde la salida de Londres, parece que la principal ocupación consistía en saquear sin miramiento á los viajeros. El señor Dórrit pudo tener una prueba de ello en Dartford, Gravesend, Rochester, Sitingbaurne y Canterbuy, donde se le saqueó, robó y desolló; pero como el correo era el encargado de sacar á su señor de manos de aquellos bandidos, él fué quien impuso el mejor rescate.

Al día siguiente, nuestro viajero se hallaba en Calais, y como le separaba de Juan Chivery el canal de la Mancha, tranquilizóse del todo, pareciéndole que el aire del continente era mucho menos pesado que el de Inglaterra.

En el camino de Calais á París, el anciano, que había recobrado completamente su buen humor, sólo se ocupó en hacer castillos en el aire, demoliéndolos á cada momento para levantar otros; su preocupación era tan manifiesta, que hasta los pobres que en todos las paradas se detenían delante de la silla de posta lo notaban al punto; y seguramente que su compatriota Le Brun hubiera elegido como tipo al viajero inglés para el asunto de un tratado de fisonomía especial.

Llegado á París donde descansó tres días, el señor Dórrit paseó mucho por las calles de la gran ciudad, deteniéndose en contemplar los almacenes, y sobre todo las platerías, hasta que por último entró en la de más renombre y dijo que deseaba comprar algo para hacer un regalito á una señora.

La persona á quien dirigió estas palabras, una joven pequeñita, pero graciosa y vestida con el mayor gusto, separóse de un pupitre en miniatura, donde arreglaba unos diminutos libros, que más bien parecían propios para llevar una cuenta de besos por partida doble que no para inscribir artículos comerciales, y adelantándose hacia el comprador, preguntóle:

—¿Qué clase de regalo desearía usted, caballero? ¿Es cosa de amor?

El señor Dórrit no pudo menos de sonreir y repuso:

—¡Bah! tal vez, ¿quién sabe? ¡El sexo es tan encantador! ¿Tendrá usted la bondad de enseñarme algunos objetos?

—Con mucho gusto; pero dispénseme usted; para comenzar me atreveré á recordarle que hay una gran diferencia entre los regalos de amor y los nupciales. Así, por ejemplo, estos pendientes y este precioso collar, que forman juego, constituyen lo que se llama un regalo de amor; mientras que estos broches, con las sortijas que le acompañan, todo de un gusto tan puro y delicado, componen un presente de boda.

—Tal vez—contestó el señor Dórrit—no sería mal cálculo comprar una cosa y otra; se comenzaría por el amor para concluir con el himeneo.

—¡Dios mío!—exclamó la mujercita cruzando las puntas de sus pequeños dedos—¡esto sí que sería una generosidad, una galantería del mejor tono! ¿Cómo quiere usted que la dama á quien se hiciese este rico presente pudiera resistir?

El señor Dórrit no estaba muy seguro de esto; pero como la vendedora no abrigaba la menor duda, el anciano compró el regalo de amor y el regalo nupcial, que le costaron una suma bastante regular. Después volvió á su hotel; nunca había llevado la cabeza tan alta; y era evidente que su castillo en el aire se elevaba por lo pronto á más altura que las torres de Nuestra Señora.

El señor Dórrit emprendió la marcha hacia Marsella, siempre edificando mentalmente desde la mañana á la noche, y á veces despertábase sobresaltado y continuaba el trabajo interrumpido. El correo, por su parte, sentado en la trasera de la berlina, fumaba los mejores cigarros de Juanito, dejando escapar á intervalos de su boca azuladas espirales... tal vez hacía también sus castillos en el aire con algunas de las monedas extraviadas del señor Dórrit.

Ninguna de las ciudades fortificadas por donde los viajeros cruzaron poseía una fortaleza tan sólida ni una catedral tan alta como el castillo del señor Dórrit; las corrientes del Ródano y del Saona no avanzaban con tanta rapidez como este incomparable edificio; el lecho del Mediterráneo era menos profundo que los sólidos cimientos del castillo Dórrit; los paisajes lejanos en el camino de la Cornisa y las colinas y el

golfo de Génova la Soberbia, no tenían un aspecto tan magnífico. El señor Dórrit y su castillo sin igual desembarcaron entre las sucias casas y los presidarios, más sucios aún, de Civita-Vechia, para tomar después el camino de Roma, saliendo como pudieron de la basura que obstruía el paso.

CAPÍTULO XIX

El castillo en el aire se derrumba

HACÍA al menos cuatro horas que el sol se había puesto, y pocos viajeros hubieran querido hallarse tan tarde fuera de los muros de Roma; pero la berlina del señor Dórrit, terminando su última y enojosa etapa, despertaba aún los ecos de la *campagna* solitaria. Los pastores salvajes y los campesinos feroces, cuya presencia había variado la monotonía del camino mientras brillaba el sol, habían desaparecido con el astro rey, dejando el espacio libre. En el horizonte divisábase á intervalos, desde algún recodo del camino, un pálido fulgor rojizo, semejante á una exhalación de aquella tierra sembrada de restos ruinosos, por el cual era fácil reconocer que aún estaba lejos la ciudad

de las siete colinas. El coche no tardó en desaparecer de nuevo en una hondonada de aquel mar negruzco y resecado, y durante largo tiempo ya no se vió más que la vía petrificada y el cielo sombrío.

Aunque el señor Dórrit se distrajera con sus castillos en el aire, no estaba tranquilo al cruzar aquel desierto; el lacayo, que ocupaba el asiento inútil del cochero, temblaba sin vergüenza; y el correo, siempre en la trasera, no se creía nada seguro. El señor Dórrit se asomaba á la ventanilla con frecuencia, y decíase que hubiera sido mejor pasar la noche en Civita-Vecchia y continuar el viaje á primera hora de la mañana siguiente. Por fortuna, los viajeros no tuvieron más encuentro que el de un cortejo fúnebre, lo cual no impidió que el señor Dórrit se asustara, creyendo haber caído en poder de una cuadrilla de bandoleros que le arrojarían en una fosa después de despojarle.

Los criados del señor Dórrit no le esperaban á semejante hora, suponiéndose que no llegaría hasta el día siguiente; y así es que cuando la berlina de viaje se detuvo delante de la puerta, sólo el portero se presentó para recibir al amo.

—¿Ha salido la señorita Dórrit? —preguntó.

—No señor.

—Muy bien—contestó el anciano á los criados que acudían presurosos; —pueden ustedes retirarse después de haber descargado la berlina; ya buscaré yo á la señorita Dórrit.

Así diciendo, dirigióse á la gran escalera, subió con fatigado paso y cruzó varias habitaciones desiertas, hasta que vió brillar una luz en un gabinetito, situado en el fondo de una gran sala de recepciones. Esta habitación tenía en vez de puerta un tapiz, y cuando el anciano se detuvo, mirando sin ser visto, experimentó cierta angustia. Seguramente no sería por un sentimiento de envidia, pues no había por qué tenerla, pues allí no estaban más que su hija y el tío Federico, sentado éste junto á la chimenea, y Amy delante de una mesa, ocupada en bordar. Exceptuando el sitio, los dos actores de aquella escena debieron recordar al señor Dórrit su triste situación de otro tiempo, pues Federico se le parecía bastante para representarle dignamente en aquel cuadro. ¡Cuántas noches había pasado él así junto á una chimenea,

mientras la pobre Amy trabajaba á su lado! Pero en este recuerdo de un mísero pasado no había sin duda nada que pudiera excitar la envidia. ¿De qué provenía pues la angustia que el anciano experimentó en aquel momento?

—¿Sabe usted, tío mío—decía Amy—que cada día me parece más joven?

El tío movió la cabeza y replicó:

—¿Desde cuándo, hija mía, desde cuándo?

—¡Oh!—repuso la niña Dórrit—hace ya varias semanas que lo noto; ahora le veo siempre más contento, querido tío, más despejado y de mejor humor.

—Hija mía, tú lo has hecho todo.

—¿Yo, querido tío?

—Sí, sí, tú me has hecho mucho bien, prodigándome toda clase de atenciones, y procurando disimularlas con la mayor delicadeza... ¡Vamos, vamos! yo no echo nada en saco roto, hija mía; te lo aseguro.

—Usted piensa así porque tiene la imaginación demasiado viva, tío mío—replicó la niña Dórrit sonriendo.

—¡Bien, bien! sea lo que quiera; pero de todos modos, Dios te bendiga.

La niña Dórrit dirigió una mirada á su tío, sin dejar su trabajo, mirada que angustió más aún al ex-decano; y era porque su corazón estaba lleno de debilidades, de contradicciones, de vacilaciones, de inconsecuencias, y en una palabra, de todos los míseros sentimientos de esta vida de confusión, cuya bruma no puede disiparse hasta que brilla el sol del día de la eternidad.

—Te aseguro, querida Amy—continuó el anciano—que he estado más á gusto contigo desde que nos dejaron á los dos completamente solos, y digo *solos*, porque no cuento para nada á la señora General, de quien me cuido tan poco como ella de mí. No me quejo, sin embargo, porque no se me oculta que se me considera como un estorbo, aunque procuro alejarme todo lo posible. Ya sé que no soy digno de figurar en nuestra sociedad; mi hermano Guillermo merecería tener reyes por compañeros, pero á mí no me sucede lo mismo; Federico Dórrit no honra á Guillermo Dórrit... Harto lo sabe él!

Al pronunciar estas palabras volvió por casualidad la cabeza, y como viese á su hermano, que acababa de levantar el tapiz, exclamó:

—¡Ah!... aquí está tu padre, Amy... ¡Querido Guillermo, cuánto me alegro de verte!

La niña Dórrit, profiriendo una exclamación de alegría, levantóse al punto para abrazar repetidas veces á su padre, que sin embargo parecía descontento y miraba á su hermano y su hija con expresión burlona.

—¡Gracias á Dios que os encuentro! Amy—exclamó;—no es poca fortuna tener quien me reciba... Me esperaban tan poco, que á fe mía comenzaba á creer... ¡hem!... que debía excusarme por haberme tomado la libertad de volver á mi casa.

—Era tan tarde, querido Guillermo—repuso su hermano—que habíamos renunciado á la esperanza de verte llegar esta noche.

—Soy más robusto que tú, querido Federico—replicó el señor Dórrit con tono de compasión fraternal, casi severa;—y creo que puedo viajar sin peligro para mi salud... ¡hem!... á la hora que mejor me plazca.

—Ciertamente—contestó Federico, comprendiendo que había resentido el amor propio de su hermano involuntariamente;—no lo dudo.

—Gracias, Amy—añadió el anciano, mientras que su hija le aligeraba un poco de su ropa de viaje;—no necesito que me ayuden... no te molestes, hija mía. Quisiera saber si podrán darme una corteza de pan y un vaso de vino... ¡hem!... ó si causaré con esto demasiada molestia.

—Querido padre—contestó Amy—le van á servir de cenar en pocos minutos.

—Gracias, hija mía—replicó el anciano, con una frialdad que equivalía á una reprensión;—yo... ¡hem!... temo verdaderamente dar demasiado qué hacer á todo el mundo... ¿Y la señora General sigue bien?

—No hace mucho se quejaba de jaqueca y de un poco de fatiga; y así es que cuando renunciamos á la esperanza de verle á usted esta noche, se retiró á su cuarto.

¿Pensó tal vez el señor Dórrit que su ausencia era la causa

de la indisposición de la viuda? Como quiera que fuese, el caso es que sus facciones se serenaron, expresando marcadamente su satisfacción.

Durante este diálogo, Amy había contemplado á su padre con más interés que de costumbre, como si le pareciera desmejorado ó envejecido. El padre lo echó de ver sin duda y se formalizó, pues cuando se hubo desembarazado de su capa y sentádose junto al fuego, preguntó con tono de mal humor:

—Y bien, Amy, ¿por qué me miras así? ¿Qué observas en mi persona para contemplarme... ¡hem!... con una solicitud particular?

—Lo hago sin ninguna intención, padre mío; la única causa es que me complace volverle á ver... esto es todo.

—No digas *esto es todo*,—repuso el anciano con cierta energía—porque no lo es. Sin duda te parece... ¡hem!... que no tengo buena cara.

—Sólo he creído que estaría usted un poco cansado, padre.

—¡Pues bien! te engañas... ¡Ah!... no estoy nada cansado... muy lejos de ello... ¡hem!... me siento mucho mejor que el día de mi salida.

Al ver á su padre tan irritado, la niña Dórrit, en vez de justificarse permaneció en pié junto á él sin decir una palabra. El anciano, sentado entre su hija y Federico Dórrit, quedó como sumido en un letargo por espacio de un minuto, al cabo del cual despertó sobresaltado.

—Federico—dijo entonces—te aconsejo que te retires á descansar en seguida.

—No, Guillermo, te haré compañía mientras cenas.

—Federico—replicó el anciano—te ruego que vayas á dormir... y hasta te agradeceré que accedas á mi demanda. Hace ya tiempo que debías haberte acostado, porque estás muy débil.

—¡Vamos!—replicó Federico, que deseaba complacer á su hermano—será lo que tú dices; no lo niego.

—Amigo mío—repuso el señor Dórrit, con un tono que indicaba hasta qué punto se creía superior—no cabe duda alguna sobre lo que te digo. Siento encontrarte tan débil... ¡Ah!... esto me aflige mucho... ¡hem!... no me parece que

estés nada bueno, y no.... debes acostarte tan tarde. Has de cuidar más de tu salud... mucho más.

—Con que ¿quieres que me acueste?—preguntó Federico.

—Sí, hermano mío, yo te lo ruego. Espero que mañana estarás más fuerte... ¡vamos, buenas noches!

Después de haber despedido así á su hermano, el señor Dórrit volvió á dormirse antes de que aquél saliera de la habitación, y hubiera caído en el suelo á no haberle sostenido su hija.

—Tu tío chochea ya, Amy—dijo, apenas se despertó de nuevo;—ya no hay ilación alguna en sus ideas, y sus palabras son más... ¡hem!... incoherentes que nunca. ¿Ha estado enfermo durante mi ausencia?

—No, padre.

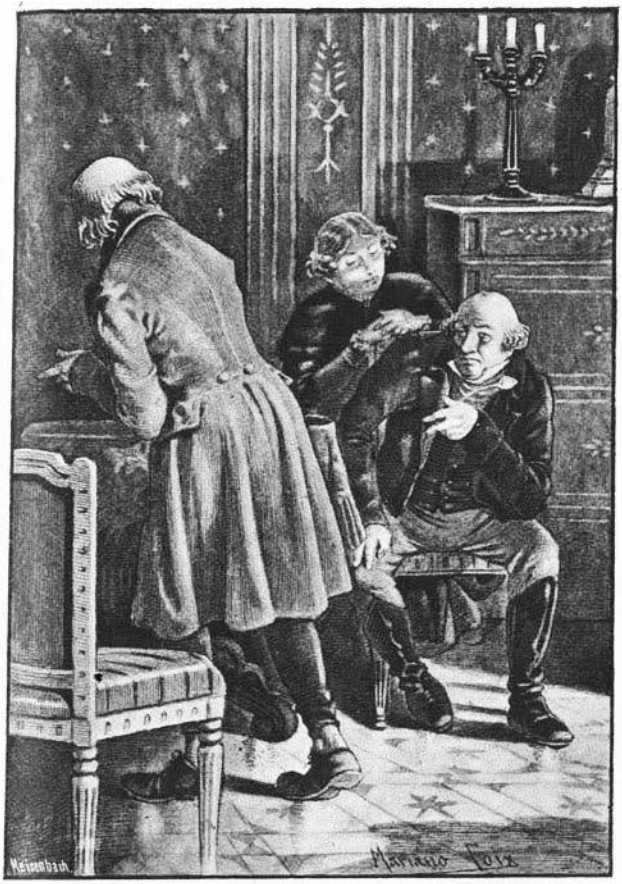
—¿No te parece que está muy cambiado?

—Yo no lo noto, padre.

—Pues yo te aseguro que está muy quebrantado; mi pobre Federico se va... ¡hem!... Ya había perdido mucho antes de mi marcha... pero ahora... ¡hem!... ¡se va!

La cena, que se sirvió en la mesita de Amy, interrumpió el diálogo; la joven permaneció junto á su padre como en otro tiempo, por la primera vez desde su salida de Londres. Padre é hija estaban solos, y ella fué la que le escanció el vino, como tenía costumbre de hacerlo en la prisión; pero evitando en lo posible mirarle, por temor de irritarle otra vez. Sin embargo, Amy pudo observar que el anciano fijaba la vista en ella algunas veces, paseando después una mirada por la habitación, dominado al parecer por una serie de ideas que hacían necesario el testimonio de los sentidos para estar seguro de que no se hallaba aún en su antiguo cuarto de la Mariscalía; y hasta algunas veces se llevaba la mano á la cabeza cual si buscara su gorro de terciopelo negro, sin recordar que lo había abandonado ignominiosamente al salir de su encierro.

El señor Dórrit comió poco, pero estuvo bastante tiempo á la mesa, hablando siempre de su hermano, de quien dijo repetidas veces que chocheaba, y que su compañía hubiera sido muy enojosa para Amy, si no hubiese estado allí una mujer tan superior como la señora General.



—¡Vamos!... ¡buenas noches!

Amy, que gracias á su vigilante afecto recordaba siempre las palabras y los actos más insignificantes de su padre, no olvidó nunca, más tarde, que cuando el anciano miraba á su alrededor, bajo la poderosa influencia de los recuerdos de otra época, procuraba al parecer borrarlos de su memoria y de la de su hija, hablando de las inmensas riquezas y de la distinguida sociedad que le rodeaban durante su permanencia en Londres, y de la alta posición que su familia debía ocupar. También recordó que aquella noche había dos tendencias que parecían dictar las palabras y los actos de su padre: la una no tenía más objeto que demostrar á Amy que su padre podía pasarlo muy bien sin su hija; y la otra quejarse, sin razón aparente, como lastimado de que la joven le olvidara durante su ausencia.

Su descripción de la grandeza del célebre capitalista y de la escogida sociedad que ante él se inclinaba, condujo naturalmente al anciano á hablar de la señora Merdle, pero de tal modo que, sin guardar ninguna ilación en sus ideas, pasó sin transición á preguntar cómo seguía aquella dama.

—Muy bien—contestó Amy;—la semana próxima saldrá de Roma.

—¿Vuelve á Londres?—preguntó el señor Dórrit.

—Sí; pero estará algunas semanas en camino, porque piensa detenerse en varios puntos.

—Su ausencia se echará mucho de menos aquí, pero su regreso será... ¡hem!... una gran adquisición para Fanny en Londres, y también para el gran mundo.

Amy, pensando en la rivalidad que se suscitaría entre su hermana y la señora Merdle, no hizo observación alguna sobre este punto, limitándose á decir:

—Debo advertir á usted, padre mío, que la señora Merdle dará un gran baile de despedida y un banquete antes de su marcha, y que me ha manifestado su vivo deseo de verle llegar oportunamente: nos ha convidado á comer á los dos.

—Esa dama... ¡hem!... es muy atenta. ¿Cuándo es el día fijado?

—Pasado mañana.

—Muy bien, escribirás dos líneas para anunciar mi vuelta,

añadiendo que acepto con el mayor gusto... ¡hem!... su convite.

—¿Quiere usted que le acompañe hasta su cuarto, querido padre?

—No—contestó el anciano, dirigiendo á su alrededor una mirada con aspecto irritado, pues alejábase sin dar las buenas noches á su hija;—no vale la pena; yo no necesito que me acompañen; tu padre no está achacoso como tu tío...

Interrumpiéndose de pronto, añadió después bruscamente:

—No me has dado un beso, Amy; buenas noches..... Hemos de casarte..... hemos de casarte.

Así diciendo, el señor Dórrit subió la escalera lentamente y como con fatiga, y una vez en su habitación, despidió al criado. Entonces comenzó á examinar las compras que había hecho en París, y después de abrir los estuches para contemplar las alhajas, encerrólas bajo llave. Luégo, volviendo á sus castillos en el aire, absorbióse de tal modo en sus reflexiones, que ya comenzaba á despuntar el alba por oriente en la desierta campiña cuando el señor Dórrit se acostó.

La señora General envió al otro día, á hora oportuna, un recado de atención al señor Dórrit, manifestándole que esperaba se habría repuesto de la fatiga del viaje; y el anciano dió las gracias por conducto del mismo mensajero, encargándole dijese á la viuda que había dormido muy bien y se hallaba en las mejores disposiciones. Sin embargo, no salió de su habitación hasta la tarde, y aunque se había vestido con mucha elegancia para pasear en coche con la señora General, su aspecto no confirmaba lo que había dicho respecto al buen estado de su salud.

Como la familia no debía recibir visita alguna aquel día, los cuatro individuos que la formaban comieron solos. El señor Dórrit dió el brazo á la viuda del intendente, é invitóla á sentarse á su derecha con mucha ceremonia. Amy no pudo menos de notar que su padre se había vestido con gran esmero, y que su modo de conducirse con la señora General tenía algo de extraño; en cuanto á la dama, sus estudiados modales distinguidos no permitían descubrir en ella nada; pero la niña Dórrit creyó reconocer una ligera expresión de triunfo en los ojos vidriosos de la amable viuda.

El señor Dórrit se aletargó varias veces durante la comida; estos accesos de somnolencia fueron tan súbitos como los de la víspera, é igualmente cortos y profundos; el primero que se produjo pareció causar cierto asombro en la señora General; pero en los que siguieron hizo varias observaciones oportunas, siempre con la digna gravedad que estudiadamente aparentaba.

La última vez que el anciano se dispertó, lo primero que hizo, fué decir que estaba penosamente afectado por haber reconocido en Federico síntomas comatosos (adviértase que sólo existían realmente en su propio cerebro); y después de comer, cuando su hermano se hubo retirado, excusóse con la señora General.

—Crea usted—le dijo—que es el más apreciable y cariñoso de los hermanos, pero... ¡hem!... me parece hombre muerto. Triste es decirlo, y, sin embargo, no se puede negar que va decayendo por instantes.

—El señor Federico—repuso la viuda—suele estar siempre muy distraído, y anda encorvado, es cierto; mas espero que no se halle aún tan mal como usted dice.

El señor Dórrit, no queriendo que su hermano saliese tan bien parado, replicó al punto:

—Aseguro á usted que decae rápidamente, señora; ya no es más que un resto, una ruina; se va por instantes... ¡hem!... ¡Pobre Federico!

—Supongo que la señora Sparkler seguirá bien—dijo la viuda, cambiando de conversación.

—Está rodeada de cuanto puede seducir los sentidos... ¡hem!... y elevar el espíritu; es feliz, mi querida señora, y puede estar orgullosa... ¡hem!... de su esposo.

La señora General, algo turbada al parecer, pareció rechazar la palabra esposo con sus guantes como una persona cuyo pudor se alarma por el giro que la conversación puede tomar con semejante punto de partida.

—Fanny tiene brillantes cualidades—prosiguió el señor Dórrit...—¡hem!... firmeza, conocimiento de su posición, deseo de sostenerla... ¡hem!... gracia, hermosura y nobleza natural...

—Es cierto—replicó la viuda con cierta sequedad.

—En medio de estas cualidades—continuó el anciano—Fanny tiene... ¡hem!... un solo defecto, que me ha inquietado bastante, y llega... ¡hem!... á irritarme á veces; mas este defecto, que espero habrá dejado de existir ya, no tendría en lo futuro consecuencias... ¡hem!... desagradables.

—¿Á qué defecto se refiere el señor Dórrit?—repuso la viuda.—No puedo explicarme...

—No diga usted eso, querida señora—interrumpió el anciano.

La señora General murmuró con voz dulce:

—No puedo explicarme lo que usted entiende por eso.

En este punto de la conversación, el señor Dórrit cayó de nuevo en una especie de letargo, del que despertó muy pronto con espasmódica viveza.

—Aludo, señora General—dijo—á ese... ¡hem!... espíritu de oposición, y hasta diré... ¡hem!... de envidia, que Fanny ha manifestado algunas veces contra el sentimiento que... ¡hem!... me inspira la dama con quien tengo el honor de hablar en este momento.

—El señor Dórrit es siempre demasiado bueno y bondadoso. Si ha habido ocasiones en que pude figurarme que la señorita Fanny veía con malos ojos la favorable opinión que su padre formaba de mis servicios, siempre hallé en esta opinión, harto lisonjera, un consuelo y una recompensa suficientes.

—¿De sus servicios, señora?—preguntó el anciano.

—Sí, de mis servicios—repitió la dama con tono muy expresivo.

—¿Pero nada más que de sus servicios, apreciable señora?

—Yo presumo que á esto lo debía todo. ¿Á qué otra causa podría atribuirlo?

—Á... ¡hem!... su persona, señora General... á su persona y á sus méritos.

—El señor Dórrit—repuso la viuda—me dispensará si le hago presente, que el sitio y el momento no son los más propios para proseguir una conversación de este género, advirtiéndole también que la señorita se halla en la habitación contigua, donde la veo desde aquí. Le confesaré al mismo tiempo que estoy conmovida, y que hay momentos en que las debili-

dades á que creía haberme hecho superior, parecen reproducirse en mí con redoblada energía. Ruego al señor Dórrit que me permita retirarme.

—¡Hem!... tal vez podríamos continuar más tarde esta... interesante conversación... á menos que... pudiera desagradar en algún modo... ¡hem!... á la señora General... mas espero que no será así.

—El señor Dórrit—replicó la viuda bajando los ojos cuando se levantaba para saludar—tiene siempre derecho á mis atenciones y mi obediencia.

Al pronunciar estas palabras, la señora General se alejó con aire majestuoso, y sin esa agitación vulgar que hubiera sentido en tal momento una mujer menos notable. En cuanto al señor Dórrit, que durante la conversación había manifestado la mayor amabilidad, mezclada de admiración, pareció bastante satisfecho de sí mismo y de su interlocutora. Cuando la dama bajó más tarde para tomar el té, habíase hermoseado con una buena dosis de polvos y pomada; y tampoco olvidó las seducciones morales, mostrando cierto aire de benigna protección con su pupila, y un tierno interés al señor Dórrit... tan tierno como lo permitían las conveniencias sociales. A la hora de retirarse, el señor Dórrit le ofreció su mano, como si fuese á conducirla á la *Piazza del Popolo* para bailar un minué á la luz de la luna, y condújola con mucha solemnidad hasta la puerta, donde acercó á sus labios las falanges de aquella hermosa amiga. Después de despedirse de ella con este beso del género huesoso, ligeramente perfumado de cosmético, dió á su hija una graciosa bendición; y revelados así vagamente los notables proyectos que combinaba en su magín, el señor Dórrit se retiró á descansar.

Al día siguiente no salió de su habitación por la mañana; pero á eso de la una de la tarde encargó á su mayordomo que fuera á saludar en su nombre á la señora General, rogándole que tuviese la bondad de acompañar á su hija á paseo, porque él no podría ir. Amy estaba ya vestida para asistir al banquete de la señora Merdle cuando su padre salió por fin de su habitación; llevaba un traje riquísimo, pero sus arrugadas facciones parecían mas envejecidas; y como era fácil adivinar que se enojaría si se le preguntaba por su salud, su

hija se contentó con darle un beso antes de salir para dirigirse á casa de la señora Merdle.

La distancia que se debía recorrer no era larga, pero el anciano tuvo tiempo de seguir edificando su castillo en el aire, antes de que el coche franqueara la mitad del camino. La señora del banquero, engalanada con sus joyas, y de muy buen humor, recibióle con el mayor agasajo; la comida fué exquisita, y en la reunión figuraba lo más escogido de la sociedad.

Los más de los convidados eran ingleses, contándose entre ellos un conde francés y un marqués italiano, ornamentos sociales que siempre se encuentran en ciertas reuniones, y que por lo regular ofrecen el mismo tipo. La mesa era muy larga; y como la niña Dórrit estaba sentada á la sombra de un inmenso par de patillas y de una enorme corbata blanca, perdió de vista á su padre, hasta el momento en que un criado la entregó un pedazo de papel de parte de la señora Merdle, rogándole que lo leyera al punto. La dama había escrito con lápiz lo siguiente:

«Venga usted á decir algo al señor Dórrit, pues me parece que está indispuesto.»

Amy, sin ser apenas notada, avanzaba presurosa hacia la extremidad opuesta de la mesa, cuando su padre, levantándose de pronto y creyendo que su hija estaba en su sitio, gritó:

—¡Amy, Amy, hija mía!

Este llamamiento era tan extraño, prescindiendo de la agitación singular que se manifestaba en la voz del señor Dórrit, que al punto reinó un profundo silencio.

—Amy, hija mia—repitió el anciano—vé á mirar si es Bob el que está hoy de guardia en la reja.

La niña Dórrit se hallaba junto á su padre y le tocaba; pero el anciano, obstinándose en que aún permanecía en su sitio, volvió á gritar, con las manos apoyadas en la mesa:

—¡Amy, Amy! yo no me siento bien... ¡ah!... No sé lo que tengo; lo que ahora quisiera es ver á Bob... ¡hem!... De todos los carceleros que conocí, él fué el más amigo, tanto tuyo como mío. Vé á mirar si Bob está en la portería y ruégale que venga aquí.

Los convidados, mudos de estupor, se habían levantado todos.

—Querido padre—dijo la niña Dórrit—no me busque usted con la vista allí abajo; estoy aquí...

—¡Ah! muy bien, Amy... pues entonces llama á Bob; si no está de guardia ni en la portería, dí que vayan á buscarle.

La joven trataba inútilmente de sacar á su padre fuera, pues el anciano se resistía á seguirla.

—Te lo repito, hija mía—dijo el anciano con acento de enojo—no podré subir por esta escalera tan angosta si Bob no viene á ayudarme. ¡Ah! envíale á buscar pronto, ó vé tú misma... es el mejor carcelero que tuve.

Al pronunciar estas palabras miró á su alrededor con extraviados ojos, y al ver que le rodeaban muchas personas, dirigióles el siguiente discurso:

—Señores y señoras... mi deber me obliga... ¡hem!... á felicitarles por su llegada. Sean bien venidos á la cárcel de la Mariscalía. Nuestro territorio es un poco... reducido;... el paseo podría ser menos limitado... pero cuanto más tiempo estén ustedes aquí, más grande les parecerá...; y en cuanto al aire, asegúroles que es muy puro, pues la brisa nos llega de... el condado Surrey... Caballeros y señoras, ahí tienen ustedes el café de la prisión... sostenido por medio de suscriciones voluntarias... ¡hem!... por los individuos de la comunidad. Los detenidos en la Mariscalía tienen á bien llamarme su *padre;* y los de fuera acostumbran á ofrecer sus respetos al decano. Si largos años de residencia en este sitio me confieren derechos á semejante título, bien puedo reclamar tal distinción. Caballeros y señoras, presento á ustedes á mi hija, que ha nacido aquí.

La niña Dórrit no se ruborizaba por esta confesión; lejos de ello, estaba muy pálida y tenía miedo; su único afán era calmar á su padre y sacarle de allí; apoyada la cabeza sobre el pecho del anciano, mirábale con profunda compasión y á intervalos oíase su voz que le suplicaba saliese de la sala.

—Si señores—repitió el anciano vertiendo lágrimas—aquí ha nacido y aquí se ha educado; es hija de un padre á quien ha perseguido la desgracia, pero que siempre fué... ¡hem!... un cumplido caballero; pobre sí, mas... siempre altivo y or-

gulloso. Sucede con frecuencia... ¡hem!... que mis admiradores personales expresan el deseo de reconocer mi posición semi-oficial, ofreciéndome varios pequeños donativos, que son como un testimonio pecuniario, á fin de recompensar mis esfuerzos para mantener el buen nombre... ¡hem!... de la comunidad. Debo declarar ante todo que no creo comprometer con esto mi posición de caballero... no... de ningún modo... ¿Sería yo un mendigo?... No, rechazo semejante injuria; pero al mismo tiempo, lejos de mí ofender los nobles sentimientos que animan á mis generosos amigos. En nombre de mi hija hago esta declaración sin el menor escrúpulo, dejando á salvo mi dignidad personal. Señores y señoras, Dios les bendiga.

Al pronunciar estas últimas palabras, el extremo disgusto manifestado por la señora Merdle, había inducido á los más de los convidados á retirarse á los salones; los pocos curiosos que presenciaban aquella triste escena no tardaron en seguir el ejemplo, y la niña Dórrit y su padre quedaron solos con los criados.

—Querido padre—dijo Amy.—¿No quiere usted acompañarme ahora?

El anciano contestó que no podría nunca subir por la estrecha escalera si Bob no le acompañaba, y preguntó repetidas veces por qué no venía el carcelero. Con la excusa de ir á buscarle, la niña Dórrit consiguió al fin que su padre bajara, cruzando entre el tropel de alegres convidados que llegaban al baile. Amy subió con su padre á un coche y le condujo á su casa.

La ancha escalera de su palacio romano tomó á los ojos de su cerebro enfermo las proporciones de la angosta escalerilla de la prisión que tantos años ocupara; y opúsose á que nadie se acercase á él, excepto su hija y su hermano Federico. Sin más auxilio, el anciano llegó á su habitación y se acostó. Desde este momento, aquella pobre alma mutilada, sólo pensó en el sitio donde se había destrozado, en la triste prisión de la Mariscalía, olvidando del todo el sueño fugaz que después había endulzado su existencia. Cuando oía resonar pasos en la calle, figurábasele que eran los de los presos que andaban por el patio de la prisión; y cuando se abrían las

puertas por la mañana, llamaba con tanta inquietud á Bob, que fué preciso inventar una historia para referirle cómo aquel carcelero, el más bondadoso de todos, había muerto hacía largos años.

El señor Dórrit se había debilitado de tal manera, que ya no podía levantar la mano; mas no por eso dejó de manifestar deseos de proteger á Federico, á quien decía continuamente con acento afable:

—Siéntate, hermano mío; tú estás demasiado débil para permanecer largo tiempo en pié.

Se invitó á la señora General á pasar á la habitación del enfermo; pero éste no la reconoció; muy lejos de ello, su presencia le sugirió una sospecha injuriosa: acusó á esta distinguida dama de haber querido suplantar á aquella señora Baugham, la recadera de la prisión, y de entregarse á la bebida, dirigiéndole con este motivo tan duras reprensiones, é insistiendo de tal modo por que Amy rogase al Director que la echase á la calle, que la viuda del intendendente no volvió á presentarse más.

El señor Dórrit preguntó sólo una vez si Tip estaba libre; pero después de esto, el recuerdo de sus hijos pareció borrarse de su memoria, excepto Amy, la pobre niña que tanto hiciera por él, y á quien tan mal había recompensado más tarde. El anciano creía estar en la antigua prisión de la Mariscalía, pensando que su hija desempeñaba entonces las mismas funciones que en otro tiempo; á cada instante la necesitaba, y no sabía volverse de un lado á otro sin su auxilio; llegaba algunas veces á decir que no sentía lo que había sufrido por ella. En cuanto á la niña Dórrit, siempre apoyada en el lecho, tenía continuamente el rostro junto al de su padre, y hubiera dado su vida por salvar al pobre anciano.

Á los dos ó tres días, durante los cuales el enfermo se había debilitado cada vez más sin padecimiento alguno, Amy pudo observar que el tic-tac de su reloj, magnífica alhaja de gran valor, le molestaba mucho, y desde entonces no volvió á darle cuerda; pero esto no bastó para calmar la inquietud del anciano. No era esto lo que él quería, y á duras penas hizo entender por fin que deseaba obtener dinero, empuñan-

do el reloj. Cuando la niña Dórrit fingió que se lo llevaba con este objeto, el anciano tomó con más gusto que antes algunos sorbos de vino y varias cucharadas de gelatina.

La prueba de que esto era lo que deseaba es que al día siguiente entregó á su hija con el mismo objeto sus gemelos de oro y sus anillos: experimentaba una singular satisfacción al confiarle estas comisiones, creyendo al parecer que adoptaba con esto sabias medidas de previsión. Cuando hubo dispuesto de sus alhajas, ó por lo menos de las que veía, tocóle el turno á la ropa que le llamaba la atención; y es muy probable que su existencia se prolongara algunos días por el placer que experimentaba al ver que se llevaban sus prendas una tras otra á una casa de préstamos imaginaria.

La niña Dórrit pasó así diez días, recostada en el lecho del enfermo y apoyando la cabeza en la misma almohada, tan rendida de cansancio algunas veces, que se dormía también; pero despertábase á intervalos, para recordar, vertiendo abundantes lágrimas, qué rostro era aquel que tocaba el suyo; para ver cómo se extendía poco á poco sobre las facciones de su querido padre una sombra más densa que la de los muros de la Mariscalía.

Poco á poco borráronse hasta las últimas líneas del soberbio castillo en el aire que el señor Dórrit erigía con tanto afán; poco á poco, las arrugadas facciones del enfermo comenzaron á quedar más tersas, poco á poco desapareció también de su mente la imagen de los barrotes de la prisión y de las puntas que coronaban los muros; poco á poco, su fisonomía rejuvenecida por su próximo fin, se pareció más que nunca, bajo sus blancos cabellos, á la de la niña Dórrit; y al fin el anciano quedó sumido en el sueño eterno de la muerte.

El pobre Federico estuvo á punto de perder el conocimiento al ver la muerte de su hermano.

—¡Oh querido Guillermo, querido Guillermo! — exclamó con acento desgarrador,—¡Cómo has podido marcharte sin mí, antes que yo! ¡Morir el primero, tú, tan superior, tan distinguido, tan noble; dejarme aquí solo, á mí, pobre infeliz que no sirve para nada, y cuya muerte no hubiera causado sentimiento á nadie!

En el primer momento consoló mucho á la niña Dórrit tener álguien á quien consolar.

—Querido tío—dijo al anciano—no se desespere usted así, ni me desespere.

El pobre Federico no fué sordo á estas últimas palabras, é hizo lo posible por no aumentar el dolor de su sobrina; no pensaba en sí mismo; pero veneraba á la niña Dórrit con toda la fuerza que conservaba su corazón, largo tiempo hacía sepultado en el dolor, y que sólo debía palpitar para romperse del todo.

—¡Oh Dios mío!—exclamó antes de salir de la sala mortuoria, juntando sus manos arrugadas y extendiéndolas sobre la cabeza de Amy— ¡oh Dios mío! bien veis esta hija de mi difunto hermano: ¡todo lo que sólo yo entreví con mis ojos de ciego pecador, vos lo habéis visto claramente en el esplendor de vuestra sabiduría! ¡No permitiréis que caiga un solo cabello de su cabeza; yo sé que la ampararéis hasta su última hora, y también que la recompensaréis en la eternidad!

Hasta cerca de media noche, los dos permanecieron tristes y silenciosos en una oscura habitación contigua á la sala mortuoria. De vez en cuando, el pobre Federico buscaba algún consuelo dando rienda suelta á su dolor; pero prescindiendo de que su debilidad no podía resistir semejantes explosiones, no había olvidado las palabras de su sobrina: *no me desespere usted;* y por lo mismo procuraba calmarse al punto. Se contentó con repetir entre sollozos que su hermano se había ido solo; que juntos habían empezado á vivir; que la desgracia no los separó nunca; que habían estado unidos durante sus largos años de pobreza; y que habían vivido bajo el mismo techo hasta aquel instante fatal.

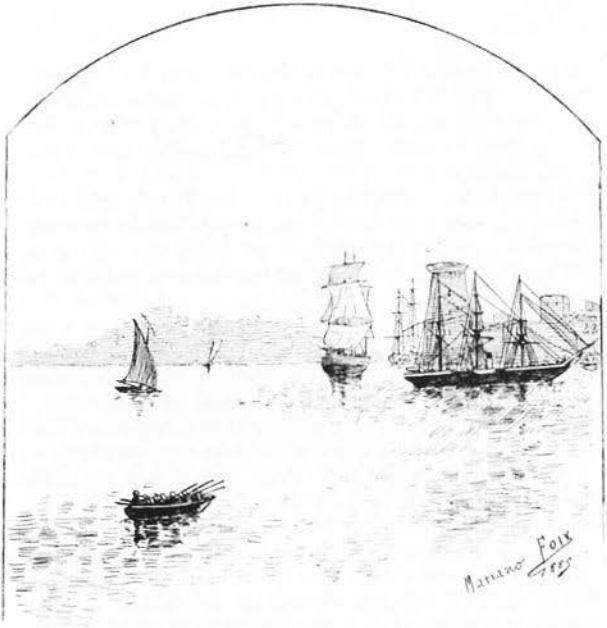
El tío Federico y su sobrina se retiraron al fin cansados y abatidos. Amy no quiso separarse del anciano hasta dejarle en su habitación, donde se echó en la cama vestido; su sobrina le arropó con una colcha, y retirándose á su vez, sobrecogióla muy pronto un profundo sueño, el sueño hijo del cansancio, en el que parece experimentarse aun en tales casos, el sentimiento confuso de una gran aflicción.

Aquella noche era de luna, pero el astro melancólico se dejó ver tarde: cuando hubo alcanzado cierta altura en el

tranquilo firmamento, alumbró á través de las persianas entreabiertas la triste habitación donde acababan de tener su fin todas las miserias y vanidades de una existencia agitada.

Dos seres reposaban tranquilamente en aquella sala... dos seres igualmente inmóviles é impasibles, separados en aquel momento por un abismo infranqueable de todo lo que se agita y vive en esta tierra, que debía sin embargo reclamarlos bien pronto.

El uno yacía tendido en su lecho; el otro, de rodillas junto á la cabecera, estaba inclinado sobre el primero, con los brazos extendidos sin rigidez sobre la colcha, y la cabeza colocada de modo que los labios tocaban la mano sobre que habían exhalado el postrer aliento. Los dos ancianos estaban ante el Padre eterno, muy por encima de los juicios crepusculares de este mundo; muy por encima de las brumas y de las oscuridades terrestres.



CAPÍTULO XX

Que sirve de introducción al siguiente

Arturo Clennam, que había salido de Londres con dirección á Calais, donde le era preciso evacuar cierta diligencia, acababa de desembarcar de uno de los vapores que prestan el servicio entre ambos puntos, y después de pasar por todas las molestias que deben sufrir los viajeros en su poco agradable peregrinación á lo

largo del muelle de madera, donde todos los vagabundos franceses y los refugiados ingleses de la ciudad los acosan y entorpecen su marcha, dirigíase á buen paso á la ciudad en busca de cierta calle y cierto número que estaban grabados en su memoria.

«Estas son seguramente las señas que Pancks me ha dado, murmuró, deteniéndose ante una casa de mísera apariencia; presumo que son exactas y que las habrá encontrado entre los papeles de Casby. Yo no hubiera pensado nunca en venir aquí á buscar á la misteriosa dama.»

Aquella casa tenía un aspecto sombrío y desolado, y cuando Clennam llamó, hasta el aldabón produjo un sonido sordo y triste, como si no pudiera atravesar la superficie agrietada de la puerta; pero ésta giró un momento después sobre sus enmohecidos goznes, y entonces Clennam penetró en un patio no menos triste que el resto de la casa, donde se veía una alta pared, que se había tratado de tapizar con algunas plantas trepadoras, ya muertas, una fuente medio seca, y una pequeña estatua que sólo conservaba la mitad de sus miembros. En la entrada de la casa había una puerta cochera, y pendientes de la pared dos cartelones, en los cuales anunciábase en inglés y francés, que allí se alquilaban habitaciones amuebladas. Muy pronto se presentó en la entrada de un pasadizo oscuro una rolliza campesina, con su saya corta y su enorme gorro blanco; y mostrando una hilera de dientes que no eran desagradables de ver, preguntó al visitante:

—¿Á quién busca el señor?

Clennam contestó en francés que deseaba ver á la dama inglesa.

—Haga usted el favor de entrar y subir—repuso la campesina, usando también su lengua materna.

Arturo se apresuró á utilizarse del permiso, siguiendo á su guía por una oscura escalera, hasta un salón con ventana al patio de las plantas muertas, de la fuente seca y de la estatua rota.

—Anuncie usted al señor Blandois—dijo Clennam.

—Está muy bien, caballero.

La campesina se retiró, y entonces Clennam pudo exami-

nar el salón, que era el tipo de las habitaciones amuebladas: fría, triste y lúgubre; suelo encerado, bueno tan sólo para patinar; cortinas rojas y blancas en los balcones; velador con piés retorcidos; sillas de paja incómodas; dos grandes sofás de terciopelo de Utrecht, lo bastante grandes para que nadie pudiera sentarse á su gusto; un espejo recompuesto; dos jarrones con flores artificiales, deslumbrantes por sus colores charros; y en medio de la chimenea, un guerrero griego en actitud de quitarse el casco para sacrificar un péndulo al genio de Francia.

Á los pocos minutos abrióse una puerta que comunicaba con otra habitación y se presentó una dama que, manifestando mucha sorpresa al ver á Clennam, paseó una mirada por la estancia, cual si buscara otro visitante.

—Dispense usted, señorita Wade—dijo Arturo—estoy solo.

—Sin embargo, no me han anunciado el nombre de usted.

—No; ya lo sé, y por lo mismo pido á usted mil perdones. La experiencia me ha demostrado que mi nombre no le habría dispuesto á concederme audiencia, y por eso me he permitido pronunciar el de una persona que busco.

—¿Tendría usted la bondad de indicarme—repuso la señorita Wade invitando á su interlocutor á sentarse, aunque con un ademán tan frío que Clennam prefirió permanecer en pié —qué nombre ha dicho usted á la criada?

—Blandois.

—¿Blandois?

—Es un nombre que usted no desconoce.

—Extraño mucho—replicó la dama frunciendo el ceño —que siga usted ocupándose así oficiosamente de mis asuntos. Ignoro lo que todo esto quiere decir.

—Dispénseme usted. Ante todo quisiera saber si conoce usted el nombre.

—¿Qué le importa á usted el nombre ni á mí tampoco? ¿qué puede importarle que yo lo conozca ó deje de conocerlo? Yo conozco muchos y he olvidado más aún; y el que usted cita puede ser de aquellos que recuerdo ó que he olvidado del todo. Acaso le oiga hoy por primera vez; pero de todos modos, no tengo motivo para preguntármelo, ni para permitir que nadie me lo pregunte.

—Si usted no lo lleva á mal, le diré cuál es la causa de haberla importunado, rogándole que dispense mi insistencia, pues el motivo que me impulsa es personal. No pienso, ni por asomos, que tenga usted nada que ver con ello.

—Muy bien, caballero—repuso la señorita Wade invitando de nuevo á su interlocutor á tomar asiento, con un ademán menos altivo que la primera vez;—me alegro de ver, por lo menos, que no se trata de mí; y quiero escuchar lo que tenga que decirme, si tiene á bien explicarse.

—Primeramente, á fin de identificar al individuo en cuestión, le diré que se trata de la persona que usted encontró en Londres hace algún tiempo, de aquel hombre á quien usted dió cita cerca del Támesis.... en Adelfi.

—Verdaderamente, se mezcla usted en mis asuntos de una manera inconcebible—dijo la señorita Wade fijando en su interlocutor una mirada de cólera.—¿Cómo sabe usted esto?

—Le ruego á usted que no se formalice por una indiscreción aparente... Lo he sabido por casualidad.

—¿Por qué casualidad?

—Por una muy sencilla; la vieron á usted hablar con él.

—¡Á mí me han visto!... ¿Usted ú otro?

—Yo mismo.

—La verdad es que he hablado con él en medio de la calle —dijo la dama calmándose un poco;—de modo que han podido verme cincuenta personas, pero aunque así sea, esto no me importa nada.

—No atribuyo la menor importancia al hecho, y sólo hago mención de este detalle para explicar mi visita. El incidente no tiene nada que ver con el asunto que me trae aquí, ni tampoco con el favor que vengo á pedirle.

—¡Ah, viene usted á pedirme un favor!—repuso la señorita Wade sonriendo con expresión de amargura;—he aquí por qué se muestra usted más amable que en nuestra última entrevista.

Clennam se limitó á protestar ligeramente contra esta observación y habló después de la desaparición de Blandois, preguntando á la dama si tenía conocimiento de su paradero.

—No—contestó la señorita Wade—por inverosímil que pueda parecerle á usted, no he oído hablar de ese hombre.

Bástale mirar á su alrededor para comprender que es poco probable que llegue á mí ninguna noticia de ese individuo en este lugar.

Después de expresarse así, la señorita Wade preguntó á su interlocutor qué pensaba de la desaparición de Blandois, y esto condujo á Clennam á entrar en detalles, dejando entrever hasta qué punto deseaba averiguar qué había sido de aquel hombre para desvanecer las sospechas que recaían en la casa de su madre. La dama le escuchó con una sorpresa y un interés creciente que no había manifestado en ninguna otra ocasión, mas no por eso se mostró menos reservada y altiva, y cuando Clennam acabó de hablar limitóse á decirle:

—Ha olvidado usted, caballero, cuál es el favor que viene á pedirme. Sepamos de qué se trata, si usted gusta.

—Presumo—contestó Clennam esforzándose siempre por dulcificar el desdén de su interlocutora—que habiendo tenido relaciones... confidenciales, si me permite decirlo así... con esa persona...

—Es usted muy libre de decir lo que quiera—observó la dama—como yo lo soy á mi vez de no suscribir á sus hipótesis, señor Clennam.

—Quería decir—añadió Arturo cambiando la forma de su frase para que fuese más admisible—que habiendo tenido relaciones personales con ese hombre, podría usted facilitarme algún informe sobre sus antecedentes, sus costumbres, su profesión y su lugar de residencia ordinario, á fin de tener algún indicio para averiguar su paradero. Este es el favor que he venido á solicitar, y se lo pido en una situación de ánimo que sin duda le inducirá á tratarme con alguna benevolencia. Si tiene usted algún motivo para imponerme condiciones, las respetaré sin discutirlas.

—Usted me ha visto por casualidad hablando en la calle con ese hombre—repuso la señorita Wade, ocupándose más al parecer de sus propias reflexiones que de la solicitud de su interlocutor—y por lo tanto debo suponer que le conocía usted antes de este encuentro.

—No... antes no; le conocí más tarde; nunca le había visto hasta entonces, pero le encontré la noche misma de su desaparición supuesta... y para decirlo de una vez, en la habita-

ción de mi madre, donde le dejé. Por este impreso verá usted lo que de él se sabe.

Así diciendo, Clennam entregó uno de los anuncios á la dama, que lo leyó con mucha atención é interés.

—No sabía yo tanto de ese hombre—dijo la señora Wade, devolviendo el anuncio.

Las facciones de Clennam expresaron marcada contrariedad, y acaso también la duda, pues su interlocutora añadió en tono desdeñoso:

—Usted no me cree, y, sin embargo, le digo la verdad. En cuanto á las relaciones personales, me parece que han existido también entre ese hombre y la madre de usted; y á pesar de ello, la cree usted cuando le dice que no le conoce.

Estas palabras, y la sonrisa que las acompañó, encerraban una insinuación tan clara, que la sangre de Clennam pareció afluir á sus mejillas.

—Vamos, caballero—añadió la dama, que parecía complacerse cruelmente en mortificar á su interlocutor—seré tan franca como pueda usted desearlo, diciéndole que si tuviera un nombre para hacerle respetar, cosa de que no me cuido, porque no me importa lo que de mí puedan pensar, me creería muy comprometida sólo por el hecho de haber tenido que tratar con ese hombre; y, sin embargo, advierta usted que nunca franqueó el umbral de mi casa... ni estuvo jamás en conferencia conmigo hasta la media noche.

No estaba en la naturaleza de la señorita Wade ser compasiva, y hubiérase dicho que se había propuesto desahogar en Clennam antiguos odios, martirizándole cuánto era posible.

—Le confesaré á usted—añadió—que ese hombre es un miserable, á quien hallé por primera vez ocupado en acechar una presa en Italia, donde estuve no hace mucho tiempo; allí compré sus servicios, reconociendo que era un instrumento propio para cierto fin que yo me proponía... ó más claro... yo necesitaba un espía, y me valí de Blandois. Estoy segura que si le hubiese propuesto otra cosa peor, pagándole bien, no habría opuesto dificultades para asesinar á cualquiera con tal que hubiese podido dar el golpe en la oscuridad. Esta es por lo menos la opinión que de ese hombre tengo formada, y me parece que usted piensa casi lo mismo. Supongo que su seño-

ra madre, pues á mí también me será permitido hacer como usted suposiciones aventuradas, no opina del mismo modo.

—He olvidado decir á usted—repuso Clennam—que mi madre se puso en relación con ese hombre á consecuencia de unos desgraciados asuntos comerciales.

—Efectivamente debían ser desgraciados—repuso la dama—pues la hora intempestiva en que fué recibido este cliente no es la establecida para despachar los negocios de comercio.

—¿Supone usted pues—dijo Arturo, resentido por aquellas frías insinuaciones—que había algo...?

—Señor Clennam—replicó la dama con mucha frialdad—sírvase usted tener presente que yo no supongo nada respecto á ese hombre; pero le afirmo desde luégo que es un miserable, dispuesto á todo si le pagan. Presumo que cuando un individuo de esta especie va á alguna parte, es porque se le necesita; y si yo no le hubiera necesitado, seguramente no me habría visto usted hablar con él.

Atormentado por esta persistencia de su interlocutora en mantener la sospecha que ya se había despertado en su espíritu, Clennam guardó silencio.

—Advierta usted—añadió la señorita Wade—que le hablo así en la suposición de que ese individuo se halla todavía en este mundo, pues podría haber desaparecido de veras, sin que yo sepa nada ni me importe saberlo, porque ya no le necesito.

Arturo se levantó lentamente con aire abatido, cuando la señorita Wade, que permanecía sentada, díjole, oprimiendo los labios con expresión de cólera.

—¿No era ese hombre el compañero del amigo de usted, Enrique Gowan? ¿Por qué no le pide usted algún informe?

Clennam iba á negar que Gowan fuera su amigo; pero el recuerdo de sus luchas y sus resoluciones de otro tiempo le contuvo, y limitóse á decir:

—El señor Gowan no ha vuelto á ver á Blandois desde el viaje de este extranjero á Inglaterra, y nada sabe de él; además, ese hombre no es más que un simple conocimiento de viaje.

—Sí, el amigo de usted necesita nuevos conocimientos para distraerse, porque tiene una mujer muy sosa..... Yo la odio, caballero.

La cólera con que la señorita Wade pronunció estas pala-

bras, extraña en una mujer que sabía dominarse tan bien, llamó la atención de Arturo, dejándole inmóvil en su sitio: el odio brillaba en los negros ojos de aquella mujer, haciendo temblar sus labios, sin que sus bellas facciones perdieran sin embargo nada de su desdeñosa serenidad.

—Todo lo que puedo decir á usted—repuso Clennam—es que alimento muy gratuitamente un sentimiento del que nadie participa, en mi opinión.

—Puede usted preguntar á su amigo, si le place, cuál es su parecer sobre este punto.

—No tengo bastante intimidad con ese amigo para permitirme hablarle de semejante cosa.

—Yo aborrezco á ese caballero más aún que á su esposa, porque en otro tiempo cometí la necedad de amarle... ó poco menos. Usted no me ha visto, caballero, sino en circunstancias ordinarias, y sin duda me ha tomado por una mujer vulgar, aunque algo más enérgica que las otras; usted no sabe lo que yo entiendo por odiar, porque no me conoce bastante bien, é ignora hasta qué punto me he estudiado á mí misma y á cuántos me rodean. He aquí por qué deseo hace algún tiempo contarle mi vida, no para obtener su aprecio, porque me importa poco, sino á fin de que comprenda, cuando piense en su amigo y en su querida esposa, lo que yo entiendo por la palabra *odiar*. ¿Quiere usted aceptar algunas páginas que he escrito y puesto á un lado, sólo para usted, ó debo guardarlas?

Arturo rogó que se las diese, y entonces la dama, acercándose á su papelera, abrió un pequeño cajón y sacó un manuscrito doblado.

—Cuando haya usted leido esto—dijo la dama, entregándoselo á Clennam—sabrá usted lo que entiendo por *odiar*... pero, terminaremos aquí. Sólo me resta decirle que en Londres como en Calais, ya me encuentre usted alojada económicamente, en una casa vacía ó en una habitación amueblada, siempre verá conmigo á Enriqueta. Tal vez no le disgustará saludarla antes de marcharse.

La señorita Wade hubo de llamar dos veces antes de que se presentara la que en otro tiempo se llamó Tattycoram.

—Aquí tiene usted al señor Clennam—dijo la dama;—pero

no viene en su busca, pues presumo que se ha renunciado á la reclamación.

—No tengo ningún título ni derecho para reclamar—replicó Arturo.

—El señor no viene á buscar á usted, Enriqueta, pero sí á otra persona; paréceme que quisiera sentar la mano encima á ese Blandois.

—Con quien encontré á usted en Londres—recordó Clennam.

—Si sabe usted algo de ese hombre, Enriqueta, se lo puede usted decir con toda libertad á este caballero.

—Sólo sé lo mismo que los demás, es decir, que llegaba de Venecia.

—¿Está usted satisfecho?—preguntó la señorita Wade.

Arturo no tenía ningún motivo para sospechar que Enriqueta faltase á la verdad, pues era una joven demasiado franca, y en su consecuencia contestó:

—¡Vamos! será necesario buscar informes por otra parte.

Como Clennam estaba de pié cuando Tattycoram entró, la joven, suponiendo que iba á retirarse, preguntóle con viveza:

—¿Siguen bien, caballero?

—¿Quién?

Tattycoram iba á contestar *todos*, pero dirigió una mirada á la señorita Wade, y limitóse á decir:

—El señor y la señora Meagles.

—Estaban buenos cuando recibí noticias de ellos la última vez; ahora viajan. Y á propósito, quisiera preguntar á usted una cosa. ¿Es verdad que la han visto á usted por allá?

—¿Dónde suponen haberme visto?—replicó la joven bajando la vista con aire de malhumor.

—En Twickenham, delante de la verja del jardín.

—No—dijo la señorita Wade—no ha vuelto á poner allí los piés.

—Se engaña usted—repuso Tattycoram;—fué la última vez que volvimos á Londres; era una tarde que usted me dejó sola, y tuve el gusto de ir á mirar por la verja.

—¡Desgraciada!—exclamó la señorita Wade, con aire de soberbio desdén.—¡He aquí el fruto de su permanencia en mi casa, de nuestras continuas conversaciones, y de sus antiguas quejas! Todo esto no ha servido de nada.

—¿Qué tenía de malo ir á mirar por la verja? —replicó Tattycoram; —las persianas estaban cerradas, y comprendí que la familia se hallaba ausente.

—¿Y qué necesidad había de esto?

—Deseaba ver otra vez la casa..... me pareció que me complacería verla.

Al contemplar aquellas dos hermosas jóvenes, Clennam adivinó que por su carácter violento debían sufrir mucho viviendo juntas.

—¡Oh!—exclamó la señorita Wade, dulcificando su mirada de enojo—si es que tenía usted empeño en ver otra vez el infierno de que la he sacado, esto es otra cosa; pero en esto noto falta de franqueza. ¿Es esto lo que debía esperar de usted y de su fidelidad? Yo creí que debíamos hacer causa común. ¡Vamos, no merece usted mi confianza ni la protección que le dispensé! Un perro tendría más amor propio, y lo mejor que puede usted hacer es volver con esa familia, que tan duramente la trató.

—Si habla usted de ese modo de ellos delante de gente—replicó Tattycoram—me obligará á tomar su defensa.

—Vaya usted á buscarlos—repuso la señorita Wade;—vuélvase á su casa.

—Ya sabe usted que no lo haré, que los he abandonado para siempre, y que ni puedo ni quiero verlos. Déjelos usted en paz, sin hablar mal de esa familia, señorita.

—¡Ah! ya comprendo que prefiere usted la abundancia de su casa á la escasez de la mía; no parece sino que se complace en alabarlos para rebajarme á mí; pero á decir verdad, no debía yo esperar otra cosa, y esto era fácil de prever.

—¡Es falso!—exclamó Tattycoram, animándose por grados;—usted dice lo contrario de lo que piensa, y yo sé muy bien lo que piensa. Con mucho disimulo, me echa usted en cara que vivo á sus expensas por falta de otro recurso; y le parece sin duda que me manejará como á un chiquillo, humillándome con toda clase de afrentas. ¡Vamos! ya veo que no vale usted más que esa familia; pero no crea que me someteré nunca lo bastante para sufrir todo esto. Repito que fuí á ver la casa, porque con frecuencia he pensado que me agradaría volver á verla; y si ahora pregunto cómo están, es por-

que en otro tiempo los amé, cuando yo creía que eran buenos para mí.

Clennam intervino para decir á Tattycoram que estaba seguro que la recibirían con la mayor bondad si alguna vez deseaba volver con ellos.

—¡Jamás!—contestó la joven con voz irritada;—yo no haría nunca esto, y harto lo sabe la señorita Wade á pesar de las reprensiones que me dirige, porque estoy bajo su dependencia, de lo cual se alegra sin duda mucho, pues no pierde ocasión de recordármelo.

—¡Vaya un pretexto!—exclamó la dama con tono de altivez y de amargura;—busque usted otro, porque ese está ya muy gastado. Mi pobreza es causa de que eche usted de menos la abundancia de esos señores. Vuelva usted con ellos y acabemos de una vez.

Arturo Clennam contempló un momento aquellas dos mujeres, cuyos ojos expresaban la cólera contenida, y que parecían dispuestas á maltratarse entre sí, y añadió algunas palabras para despedirse. La señorita Wade no hizo más que inclinar la cabeza, mientras que Enriqueta, afectando la humildad de una criada ó de una esclava, aunque no podía ocultar su irritación, aparentó que era muy poca cosa para que nadie se fijase en ella, y permaneció inmóvil en su sitio.

Clennam bajó la sombría escalera, reflexionando en lo que acababa de ver y oir, y en la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir al extranjero sospechoso, y volvió á Londres en el mismo vapor en que había llegado. Durante el camino abrió el manuscrito de la señorita Wade y leyó lo que veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Historia de un verdugo de sí mismo

TENGO la desgracia de no ser una necia: desde mi juventud he observado á mi alrededor muchas cosas que creían ocultarme; y si en vez de verlo todo hubiera podido dejarme engañar, tal vez mi existencia hubiera sido tan tranquila como la de la mayor parte de los imbéciles de este mundo.

»Mi infancia se deslizó en casa de mi abuela, ó por lo me-

nos de una dama que tomaba este título; pero no tenía ningún derecho sobre mí... En su casa había niñas con quienes la unía algún parentesco, y otras que sólo eran educandas: contábanse diez entre todas, vivíamos juntas y teníamos los mismos maestros.

»Tendría yo unos doce años cuando comencé á notar el empeño de mis compañeras en protegerme; dijéronme que era huérfana, y eché de ver (primer inconveniente de no ser tonta) que me mostraban una compasión insolente, como si se creyeran superiores; para convencerme del hecho hice varias pruebas con mis compañeras: á duras penas podía conseguir que se enfadasen conmigo, y cuando reñía con alguna, siempre era ella la que venía á darme satisfacciones, afectando perdonarme, en su vanidosa indulgencia. ¡Eran ya mujeres en miniatura!

»Una de ellas llegó á ser amiga mía, y sin saber por qué, comencé á profesarle un afecto que seguramente no merecía. Su carácter era al parecer bondadoso; para todo el mundo tenía dulces miradas y graciosas sonrisas; y creo que, excepto yo, nadie sospechaba en la pensión que su único objeto era resentir mi amor propio y humillarme.

»Sin embargo, profesaba entonces tanto cariño á mi indigna amiga, que mi existencia llegó á ser casi insoportable: me reprendían y castigaban sin cesar, alegando que yo la atormentaba, ó mejor dicho, porque la acusaba de pérfida y la hacía llorar, demostrándole que leía en el fondo de su corazón. Á pesar de todo, amábala sinceramente.

»Cierto año me invitaron á pasar las vacaciones en casa de sus padres, donde hube de sufrir más aún que en la pensión, pues mi falsa amiga procuraba hacerse amar de todos sus vecinos y conocidos, sólo con el objeto de excitar mi envidia, y para rebajarme siempre que se le ofrecía alguna oportunidad para hacerlo. Creo ocioso extenderme en detalles sobre lo mucho que hube de sufrir en aquella casa; baste decir que un día, apurada ya la paciencia, insistí para que me volvieran á mi casa, diciendo que de lo contrario me marcharía sola y á pié, aunque fuera necesario andar día y noche.

»Cuando me presenté á mi supuesta abuela, díjele que si no me llevaban á otra parte para terminar mi educación, antes

que volviera mi pérfida amiga, con sus compañeras, me arrojaría de cabeza al fuego á fin de no verlas más.

»Después me encontré entre mujeres jóvenes y pude convencerme de que no valían más que las niñas: tenían buenas palabras y falsas sonrisas, pero muy pronto reconocí que sólo trataban de humillarme. Antes de abandonarlas supe que yo no tenía abuela ni pariente alguno; y esta noticia fué para mí un rayo de luz que me explicó mi pasado y mi porvenir.

»Un agente de negocios tenía en depósito cierta cantidad que me pertenecía. Destinábanme á ser aya, y con este carácter entré en la casa de la familia de un caballero bastante pobre que tenía dos niñas. La madre era joven y bonita, y desde un principio fingió tratarme con mucha delicadeza, pero no tardé en reconocer su falsedad, y portéme de modo que comprendiera que no me dejaba engañar.

»Yo quería mucho á las niñas, porque eran muy dóciles y de un carácter tímido; pero desgraciadamente había en la casa una nodriza que se propuso, sin saber yo por qué, excitar mi enojo sistemáticamente, procurando captarse todo el afecto de aquellas criaturas en perjuicio mío, pero valiéndose de mil astucias para hacer creer que me profesaba el mayor afecto. Desde los primeros días comprendí ya su mala intención, y cansada al fin de sufrir contrariedades, juzgué lo más oportuno, para evitar sinsabores, salir de aquella casa.

»Poco después fuí aceptada por otra familia: los padres, de bastante edad, ricos y de elevada clase, sólo tenían una hija de quince años, cuya educación debía yo perfeccionar. Entre los que visitaban la casa figuraba cierto sobrino, que muy pronto me hizo la corte; yo me negué á escuchar sus protestas amorosas, porque estaba resuelta á no permitir que nadie me manifestara compasión ó condescendencia; pero escribióme una carta, á consecuencia de la cual cambiamos una promesa de casamiento. Tenía un año menos que yo, y parecía más joven de lo que era. Acababa de llegar con licencia de las Indias, donde ocupaba un destino que dentro de poco le proporcionaría muy buena posición; debíamos casarnos á los seis meses, para marchar luégo á Bombay; y se convino que entre tanto yo continuaría viviendo con la familia. Nadie había opuesto la menor objeción.

»No puedo menos de confesar que aquel hombre estaba muy prendado de mí; pero cansábame su pasión, tanto más cuanto que, sin disimularla nunca, haciame comprender, tal vez sin doble intención, que me había comprado por mi belleza y que no le parecía yo demasiado cara. Yo amaba á mi pretendiente, y sólo por esto sufrí muchas humillaciones y disgustos, á que no contribuyó poco su tía (no se olvide que era mi ama), pues hablábame continuamente, con cierto tono irónico, del lujo que ostentaría en Bombay y de la distinguida sociedad con que alternaría cuando su sobrino ascendiera en grado. Mi orgullo se resintió por el descaro con que aquella señora trataba de poner de relieve la diferencia que habría entre mi nuevo género de vida y la posición dependiente que entonces ocupaba. ¡Una pobre aya, el aya de su hija, aspirar á semejante distinción! Precisamente cuando mis tormentos llegaban á su colmo y mayor era la irritación que sentía contra mi pretendiente, presentóse en la casa el señor Gowan, que hacía mucho tiempo visitaba á la familia y regresaba de un viaje. Al primer golpe de vista adivinó mi situación y me comprendió: era la primera persona que había adivinado mi carácter, y no necesitó más de tres visitas para convencerme de que leía en mi pensamiento; lo conocí en sus felicitaciones sobre mi futuro porvenir, en sus frases ambiguas, cuyo sentido irónico no se me ocultaba, y en sus embozadas indirectas. Con esto atizó mi cólera, haciéndome más despreciable á mis propios ojos y presentándome bajo un aspecto odioso cuánto me rodeaba, aunque aparentando admirarlo todo. Sus felicitaciones eran, pues, verdaderos pésames, y cuando parecía querer calmarme, descubría mis más dolorosas llagas, despertando mis antiguos temores de exponerme al ridículo con un casamiento desigual. Se dirá que no me prestaba con esto un gran servicio; pero yo le agradecía que reprodujese el eco de mis pensamientos, confirmando lo que ya sabía yo.

»Entonces busqué más que nunca la sociedad del señor Gowan, sobre todo al observar que mi preferencia por él excitaba la envidia ó los celos de mi futuro, vengándome así en cierto modo de los tormentos que me habían hecho sufrir.

»Esto duró hasta el día en que mi *ama* tuvo por conveniente

hacerme algunas observaciones sobre mi conducta. Nuestra conversación, bastante larga, tomó mal giro; y como la señora me repitiera varias veces que yo tenía una carácter muy desagradable, hícele comprender á mi vez lo mucho que había sufrido desde que fuí bastante débil para aceptar la mano de su sobrino, añadiendo que el señor Gowan era la única persona que me había consolado un poco en medio de mi humillación. Aquel mismo día me despedí de la casa, prometiendo no ver más á la familia; y he cumplido mi palabra.

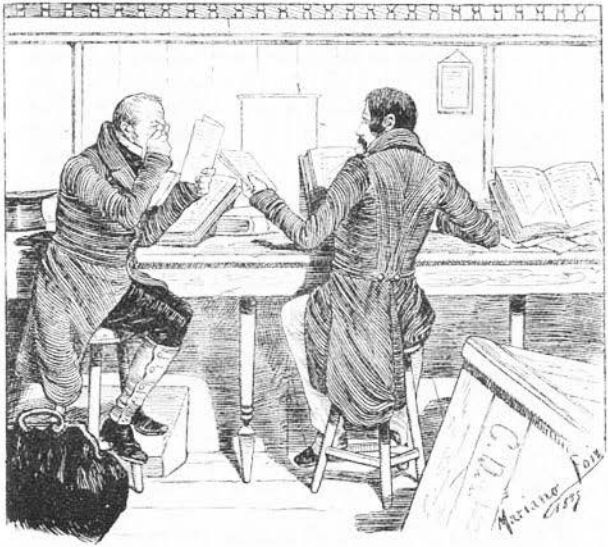
»El señor Gowan me siguió á mi retiro, y al parecer le divirtió mucho el fin de aquellas relaciones, si bien me manifestó que sentía que una cruel necesidad me hubiera obligado á ocasionar un disgusto á tan buena familia. Cierto día me aseguró que, en cuanto á él, no merecía ser amado por una mujer (decía la verdad, aunque yo no la creía entonces) dotada de tanto talento como yo y de tal fuerza de carácter.

»El señor Gowan se entretuvo en hacerme la corte tanto tiempo como quiso, y al fin acabó por recordarme que los dos éramos personas de mundo que comprendían la vida; que ambos sabíamos que las novelas no deben durar siempre; y que teníamos bastante buen sentido uno y otro para no buscar fortuna cada cual por su lado. Aseguróme además que, si más tarde volvíamos á encontrarnos, seríamos siempre los mejores amigos del mundo.

»Poco después supe que hacía la corte á la joven con quien se casó después, y que sus padres habían tratado de impedirlo. Entonces comencé á odiar á esa bella tanto como la aborrezco hoy; y, por lo mismo, mi mayor deseo fué que se casara con su pretendiente. Tenía sin embargo gran curiosidad por ver á esa joven, y por esto viajé un poco, habiéndome ayudado la casualidad á encontrarla, así como á usted, señor Clennam. Entonces conocí también á la pobre Tattycoram, según la llamaban, cuya posición era muy análoga á la mía; observé en esta joven con gusto é interés síntomas de ese carácter rebelde que á mí me anima contra el patronato y el egoísmo orgulloso, disfrazados con los nombres de bondad, protección, benevolencia, etc.; y deseando tener una compañera que no fuese víctima de tales hipocresías, resolví arrancar á aquella joven de su esclavitud, sustrayéndola de la

injusticia que la ocasionaba tantos disgustos, excitando continuamente su justo resentimiento. No necesito añadir que al fin lo conseguí sin gran dificultad.

»Desde entonces, Enriqueta ha vivido conmigo, compartiendo mis escasos recursos.»



CAPÍTULO XXII

¿Quién pasa por aquí á esta hora?

LENNAM había emprendido su último viaje á Calais cuando más atareado estaba en sus ocupaciones de la fábrica, pues cierto gobierno berberisco necesitaba los servicios de dos ingenieros muy prácticos, capaces de construir con los elementos que tuvieran á mano cuantas máquinas se necesitaran, y Daniel Doyce fué uno de los dos ingenieros mecánicos que se eligieron.

No era posible prever si debería estar ausente algunos meses ó cierto número de años; pero los preparativos de marcha, y el informe que se debía presentar sobre los resultados de la asociación, que Clennam quiso someter á la aprobación de su compañero, exigieron un trabajo constante y rápido día y noche. Arturo había aprovechado el primer momento de ocio para cruzar el Canal de la Mancha, apresurándose después á volver á fin de despedirse de su asociado.

Clennam presentó entonces á Daniel Doyce su informe muy detallado, en el cual se expresaban con toda claridad los beneficios y las pérdidas, los desembolsos que se debían hacer y las sumas que habían de ingresar. El mecánico examinó todos estos detalles con su acostumbrada paciencia, admiró mucho el buen orden de las cuentas, é interesóle todo tanto como si hubiera descubierto algún mecanismo más ingenioso que los inventados por él hasta entonces.

—Todo esto me admira por el orden y la regularidad, amigo Clennam—dijo al fin;—no podría presentarse nada más claro y minucioso.

—Me satisface mucho su aprobación, Doyce—repuso Clennam;—y ahora, tratándose del empleo de nuestros fondos durante la ausencia de usted, y de la conversión de los capitales que necesitaríamos hacer de vez en cuando...

—En cuanto á esto y á las demás cuestiones del mismo género—interrumpió el socio—es asunto de usted; yo le autorizo para seguir administrando en nombre de los dos, como lo ha hecho hasta ahora, aliviándome así de una carga que me pesaba mucho.

—Sin embargo, como ya le he dicho varias veces, no deja usted de ser un buen administrador.

—Puede ser—replicó Doyce sonriendo;—pero tengo otra vocación, y no me creo tan apto, prescindiendo de que me inspira usted la mayor confianza. En todo cuanto concierne al dinero y las cifras, no tengo preocupaciones sino contra la especulación, y aun esto puede ser porque nunca reflexione perfectamente sobre el asunto.

—Á mí no me parece eso una preocupación, amigo Doyce, y sí una prueba de tener muy buen sentido.

—Me alegro de que lo crea usted así.

—Media hora antes de bajar usted hacía la misma observación á Pancks, que ha entrado á saludarme al paso: ambos estamos conformes en que la colocación aleatoria de fondos es la más peligrosa, así como también la más común de esas locuras que con frecuencia merecen más bien el nombre de vicios.

—Pancks—dijo Doyce—es un hombre muy prudente, en quien tengo la mayor confianza.

—En efecto, es un modelo de prudencia.

—Y ahora, querido socio—añadió Doyce después de consultar su reloj—como el viento y la marea no esperan á nadie, y estoy dispuesto á ponerme en marcha con armas y bagajes, voy á decirle la última palabra: quiero pedirle un favor.

—Todo lo que usted quiera (Clennam había adivinado lo que su socio pensaba decirle)... mientras no se trate de renunciar al asunto de su invento.

—Precisamente es lo que iba á rogarle, y usted lo ha comprendido sin que yo le dijera nada.

—En ese caso le contestaré á usted que *no*, y mil veces *no*. Ahora que he comenzado, es preciso obtener de esa gente un informe oficial ó alguna cosa que se parezca á una contestación categórica.

—No lo conseguirá nunca—replicó Doyce moviendo la cabeza;—crea usted en mi experiencia y mi práctica.

—Yo lo intentaré; y de todos modos, á nadie se hace daño con esto.

—No lo sé—contestó Doyce, apoyando la mano en el hombro de su socio;—á mí me han envejecido, fatigado y desanimado; y á nadie le puede convenir gastar el tiempo y la paciencia, reconociéndose víctima de una injusticia.

—Tal vez algunos disgustos personales hayan podido producir ese efecto por el pronto.

—Vamos, ¿con que no accede usted á mi demanda?

—No, decididamente no, amigo mío; me avergonzaría de ceder tan pronto cuando un hombre de más edad, y más interesado que yo en la cuestión ha resistido tantos años.

Viendo que no había medio de disuadir á Clennam, Doyce le estrechó la mano, y después de dirigir una mirada de despedida al escritorio, bajó con su amigo. El mecánico debía

marchar desde luégo á Southamptom para reunirse con los operarios que habian de acompañarle en la expedición. Á la puerta de la fábrica esperaba ya el coche, y también un grupo de obreros, que deseaban despedirse de su maestro.

Juan Bautista, aquel extranjero tan agradecido, hallábase entre los trabajadores, y diólo profiriendo tres *hurras*, tan enérgicos como de él podian esperarse, pues á decir verdad, no hay nación alguna en el mundo que sepa aclamar como los ingleses; cuando se excitan entre sí con sus bravos, pudiera creerse que pasa toda la historia de Inglaterra y se despliegan todas las banderas antiguas y modernas desde Alfredo el Sajón hasta nuestros días. Juan Bautista recobraba aliento, cuando Clennam le hizo seña de subir al escritorio para colocar de nuevo los registros en su sitio.

En la calma tranquila que se sigue á una marcha, en ese primer vacío que produce una separación pasajera, precursora de la eterna separación á que están sometidos todos los mortales, Arturo, sentado en su despacho, fija la vista en un rayo de sol, absorbióse en sus reflexiones, y por centésima vez, repasó en su memoria todas las circunstancias que tanto le impresionaron la noche que encontró á Blandois en casa de su madre. Parecíale estar viendo aquel hombre á la puerta de la antigua casa, fija la vista en las ventanas de la señora Clennam y tarareando la primera estrofa de una antigua canción que con frecuencia había oido á las niñas entonar á coro. Llevado de su pensamiento, Arturo repitió la estrofa sin echar de ver que lo hacía en alta voz; y no fué poco su asombro al oir una voz que cantaba la siguiente.

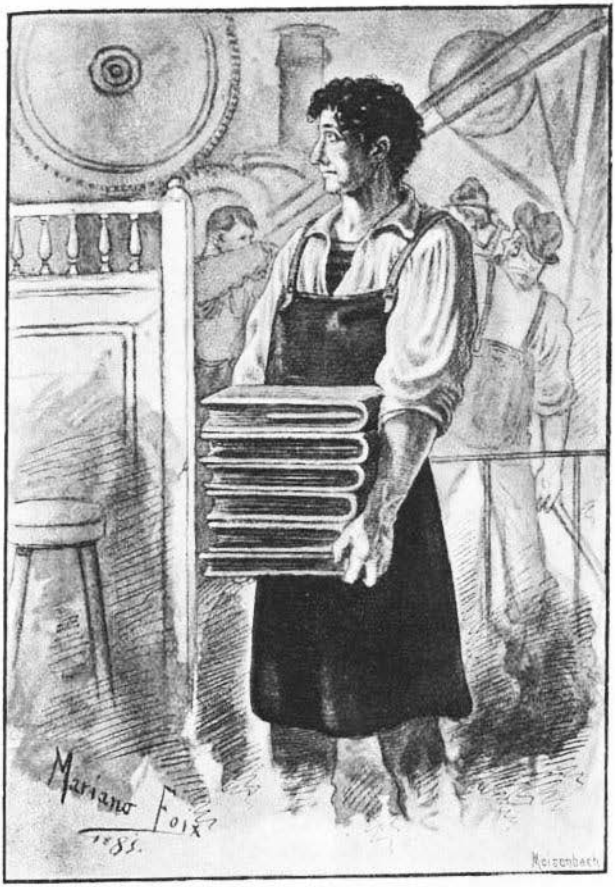
Era Cavalletto, que recordaba respetuosamente las palabras y la música á su amo, creyendo que éste se detenía por no recordar más.

—¡Hola!—exclamó Arturo—¿conoce usted esa canción?

—¡*Per Bacco*, ya lo creo! Todas las niñas la cantan en Francia, y todo el mundo la sabe allí. ¡Qué dulce era la voz del sér inocente á quien se la oí cantar la primera vez!

—No puedo yo decir lo mismo—repuso Clennam;—la voz de aquel á quien se la oí la última vez no era la de un inocente, sino todo lo contrario.

Y recordando de pronto otra frase de Blandois, Arturo la



Cavalletto.

repitió maquinalmente. «¡ Rayo del cielo, señor mío, la impaciencia es propia de mi carácter !»

—¡ Cómo !—exclamó Cavalletto, palideciendo de pronto.

—¿ Qué tiene usted ?—preguntó Clennam.

—¡ Ah señor ! ¿ Sabe usted dónde he oído esa canción la última vez ?

Y con esa viveza característica de la gente de su nación, el italiano trazó una nariz, ahuecóse el cabello, dilató su labio superior para representar un espeso bigote, y echó sobre su hombro la extremidad de un capote imaginario, imitando una sonrisa siniestra, mientras ejecutaba esta pantomima con increíble rapidez. Cuando hubo terminado, Cavalletto permaneció inmóvil y pálido delante de su protector.

—¡ En nombre del cielo ! ¿ qué quiere decir esto ?—preguntó Clennam.—¿ Conoceria usted á un hombre llamado Blandois ?

—No—contestó Juan Bautista moviendo la cabeza.

—¿ No es el hombre que acaba usted de describir el mismo que entonaba la canción ?

—Sí.

—¿ Y no se llamaba Blandois ?

—¡ No ! ¡ *Altro, altro, altro, altro !*—exclamó el italiano con la mayor energía.

—Espere usted—repuso Clennam desdoblando el anuncio y extendiéndolo sobre la mesa.—¿ No era este hombre ? Podrá conocerlo por lo que voy á leer ; y hasta mejor es que lea conmigo ; venga usted acá.

Juan Bautista se acercó, y después de escuchar y leer con impaciencia hasta el fin, puso ambas manos abiertas sobre el impreso, cual si quisiera aplastar un animal dañino, y exclamó mirando á Clennam :

—¡ Él es, él es !

—Este descubrimiento es para mí más importante de lo que usted pudiera creer—dijo Clennam con voz agitada ;—dígame usted todo cuánto sepa de ese hombre.

Cavalletto, soltando el anuncio con aire de consternación, retrocedió un paso y repuso, como si temiera hablar :

—En Marsella...

—¿ Qué hacía allí ?

—Estaba preso... y á mí me parece que era un... (Bautista se acercó para decir en voz muy baja:)... ¡un asesino!

Clennam retrocedió como si acabara de pisar un reptil, espantado al pensar que su madre estaba en relación con semejante hombre. Cavalletto, doblando una rodilla, suplicó á su protector con muchas gesticulaciones que escuchase cómo era que había estado en tan mala compañía.

El italiano refirió entonces, con la mayor sinceridad, que á consecuencia de una tentativa para introducir contrabando, se le había puesto preso en el mismo cuarto que en la cárcel de Marsella ocupaba aquel hombre, el cual se llamaba entonces Rigaud; que una vez recobrada su libertad y habiendo roto con sus antecedentes, el infame asesino le encontró en una posada de Chalon sobre el Saona, donde le dijo que no le llamase por otro nombre que el de Lagnier; y que éste le propuso asociarse con él, pero que le temía y odiaba tanto, que huyó de la posada antes de amanecer para librarse de semejante compañía. Al terminar su relato, con su natural viveza, Cavalletto volvió á poner sus manos sobre el anuncio, y repitió con una energía que hubiera parecido locura en un hombre del norte:

—¡Es él; es el mismo asesino!

—Escuche usted—dijo Arturo con tono grave—ese hombre, según acabamos de leer, ha desaparecido...

—¡Tanto mejor!—interrumpió Cavalletto juntando las manos—¡gracias á Dios! ¡Maldito asesino!

—No... porque á menos de saber dónde pára, yo no podré tener un momento de reposo.

—Eso es otra cosa, querido bienhechor; entonces un millón de perdones.

—Muy bien, pero ahora escúcheme usted—añadió Clennam cogiendo á Cavalletto suavemente por el brazo para mirarle cara á cara;—yo creo firmemente que está usted tan agradecido como puede estarlo hombre alguno por el poco bien que le he hecho.

—Se lo juro á usted.

—Ya lo sé, Cavalletto. Si puede encontrar á ese hombre ó averiguar lo que ha sido de él, ó bien obtener algún informe, me dispensará el mayor servicio, y entonces yo le estaré

más agradecido aún de lo que usted pueda estarlo de mí.

—No sé dónde buscarlo—replicó el italiano besando con efusión la mano de Arturo—ni siquiera se me ocurre por dónde comenzar ni á dónde ir; pero... ¡valor; su deseo de usted me basta y poco importa lo demás! ¡ahora mismo voy á buscar!...

—Ni una palabra de todo esto á nadie—dijo Clennam.

—¡*Altro, altro!*—exclamó Cavalletto alejándose.

CAPÍTULO XXIII

Affery hace una promesa condicional respecto á sus sueños

La convicción recientemente adquirida de que Blandois era un miserable, redobló la inquietud de Clennam. Aunque se consiguiera explicar su desaparición, esto no disculpaba que su madre hubiese estado en relaciones con semejante hombre, y lo único que Arturo podía esperar era que no se divulgaran; pero no le sería posible echar en olvido la escena que presenció, ni dejar de creer que no hubiese algo de criminal en tales relaciones.

Esto era para Arturo Clennam como una pesadilla, en la

cual pareciale ver deshonrada la memoria de sus padres. El objeto que principalmente le había llamado á su patria no podía realizarse, por la invencible tenacidad de la paralítica, en el momento en que más urgente era tal vez realizarlo: sus consejos, su energía, su actividad, su fortuna, su crédito, en una palabra, todas sus facultades y recursos, estrellábanse contra aquel obstáculo.

Sin embargo, la revelación de Cavalletto, difundiendo nueva luz en todas sus reflexiones, indújole á proceder con más energía: fuerte con la rectitud de sus intenciones y estimulado por el presentimiento de un peligro inminente, resolvió tentar un último esfuerzo para obtener informes de la mujer de Jeremías, en el caso de que su madre rehusara tratar sobre este punto. Si conseguía inducir á la anciana sirvienta á ser más comunicativa, levantando el misterioso velo que al parecer lo ocultaba todo, tal vez le fuera posible disipar la especie de parálisis moral que por momentos se apoderaba de él. Tal fué el plan que puso en ejecución aquel mismo día.

La primera contrariedad al llegar á casa de su madre fué encontrar á Flintwinch sentado en la escalerilla y la puerta abierta: esto era ya mala suerte, pues de otro modo habría tenido ocasión de hablar con Affery al entrar en la casa.

—Buenas tardes—dijo Arturo.

—Buenas las tenga usted—contestó Jeremías.

—¿Tienen ustedes noticias?

—No tenemos noticias.

—Quiero decir del extranjero.

—Á lo mismo me refiero yo: no tenemos noticias del extranjero.

Era tan siniestra la expresión de Jeremías, que Clennam llegó á preguntarse si no tendría el viejecillo algún motivo personal para quitar á Blandois de en medio, por creer necesaria esta medida para su seguridad. Aunque pequeño y encorvado, el viejo parecía aún capaz de desplegar una actividad vigorosa, y si semejante hombre acometía por la espalda á un enemigo más joven y fuerte, hubiera podido desembarazarse de él en aquel sitio solitario, á una hora avanzada de la noche.

Mientras Clennam se entregaba á estas reflexiones, Flint-

winch, que no había dejado de observarle, díjole con tono irónico:

—Paréceme, Arturo, que ya me habrá tomado usted bastante bien la filiación; cualquiera diría que me estudia para retratarme.

Clennam, algo confuso al reconocer su imprudencia, rogó á Flintwinch que le dispensara, añadiendo:

—No lo extrañe usted, porque me preocupa mucho ese negocio y no sé lo que me hago.

—¡Ah! pues no veo por qué le ha de preocupar—replicó Jeremías.

—¿No?

—No señor, no lo veo.

—¿Y esos anuncios que están en las esquinas de todas las calles, con el nombre y las señas de mi madre asociados á semejante misterio? ¿Cree usted que no importa esto nada?

—Le repito que no lo veo; pero sí le diré una cosa, Arturo (al pronunciar estas palabras fijó la vista en la ventana de la enferma), y es que si no conviene despertar al gato cuando está dormido, tal vez sea más prudente no correr detrás de los que se esconden. Déjelos en paz, que siempre se dejan ver al fin... y á veces más pronto de lo que se quisiera.

Al decir esto, Jeremías dió media vuelta é introdújose en el vestíbulo, mientras que Arturo permanecía inmóvil, entregado á sus reflexiones, pensando en los medios de que Jeremías hubiera podido valerse para cometer el sombrío crimen que sospechaba.

—¡Vamos! señor Arturo—dijo Flintwinch que acababa de encender un fósforo—¿sube usted ó no?

—¿Está sola mi madre?

—No señor; Casby y su hija han venido á verla; pero yo no he subido porque quería acabar de fumar la pipa.

Segundo contratiempo. Arturo no hizo ninguna observación y subió al cuarto de su madre, donde el señor Casby y su hija acababan de tomar el té, con acompañamiento de un pastel de anchoas y tostadas, delicadezas gastronómicas que la anciana Affery debía haber saboreado con gusto, á juzgar por la expresión de su semblante. El sombrero y el chal de Flora estaban sobre el lecho, colocados cuidadosamente,

como si la visita debiera ser larga; y el señor Casby, sentado junto á la chimenea, sonreía con el aire bonachón que le era peculiar. Al ver esto, Clennam, después de los saludos de costumbre, resolvió hablar á su madre sin más dilación.

Como la paralítica no salía nunca de su cuarto, las personas que deseaban hablarle tenían costumbre de empujar su sillón hasta el pupitre y sentarse luégo en un escabel que se dejaba en un rincón al efecto. Los visitantes sabían ya esto, y bastaba dirigirles dos palabras para que dispensasen, si la enferma accedía á escuchar al que desease hablarle.

Arturo procedió pues así, y entonces Flora comenzó á hablar más alto, como para dar á entender que no quería oir nada de lo que se dijera, dando con esto una prueba de su delicadeza.

—Madre—dijo Arturo—algo he sabido hoy mismo respecto á los antecedentes del hombre á quien hallé aquí, y me creo en el deber de manifestárselo.

—Yo no sé nada de ese hombre, Arturo.

La viuda hablaba alto, aunque su hijo bajaba la voz, cual si quisiera dar á entender que nada tenía que ocultar.

—El informe no es dudoso—añadió Arturo—pues le he tomado en buena fuente.

—¿Y no es otro el objeto de tu visita?—preguntó la viuda.

—No; he creído que debía comunicarle este dato.

—Y bien; ¿de qué se trata?

—Ese hombre ha estado preso en la cárcel de Marsella.

—No lo extraño—contestó la señora Clennam con la mayor sangre fría.

—Bueno; pero advierta usted que no estaba preso por un simple delito, sino por un asesinato.

La paralítica se estremeció al oir esta palabra, y sus facciones expresaron un vivo horror, pero contestó siempre en voz alta:

—¿Quién ha dicho eso?

—Un hombre que estaba encerrado con él.

—¿Te eran conocidos les antecedentes de ese individuo antes de que te hiciese la confidencia?

—No.

—¿Y tú le conoces?

—Sí.

—Pues bien, precisamente es mi caso y el de Flintwinch con ese otro hombre; y aun la comparación no es del todo exacta, porque tu individuo no te ha sido presentado por un corresponsal en cuya casa hubiera depositado dinero. ¿Qué dices de esta diferencia?

Arturo debió confesar que el hombre de quien tenía la noticia no le había presentado ninguna carta de recomendación, y entonces su madre fijó en él una mirada de triunfo, añadiendo con cierta energía:

—En tal caso, no te apresures á condenar á los demás, Arturo; te lo advierto por tu interés.

La mirada de la viuda y sus palabras expresaban tal resolución, que si Arturo había esperado un momento ablandarla, ya no debía contar con ello.

—Madre—le dijo—¿no puedo hacer nada por usted?

—Nada.

—¿No tiene usted ningún secreto que confiarme? ¿No necesita hacerme algún encargo ó explicarme alguna cosa? ¿No me permitirá entenderme con usted confidencialmente?

—¿Cómo puedes preguntar semejante cosa? Tú eres quien se ha separado de mis negocios; tú lo has querido, sí, no yo; me has dejado en manos de Flintwinch y él es quien ocupa tu lugar.

Clennam, dirigiendo una mirada á Jeremías, pudo reconocer que éste, aunque aparentase escuchar un discurso muy embrollado de Flora, concentraba toda su atención en el diálogo de la madre y el hijo.

—¡Preso en la cárcel de Marsella, y acusado de asesinato—dijo la señora Clennam, resumiendo tranquilamente lo que su hijo acababa de manifestarle! —¿Es eso todo lo que te ha dicho el compañero de Blandois?

—Todo.

—Supongo que tu hombre no se da por cómplice del asesino. He aquí una cosa que servirá ahora de asunto á nuestra conversación... Casby, Arturo me dice...

—¡Calle usted, madre!—exclamó Arturo interrumpiéndola vivamente, pues no podía pensar que la viuda quisiera hacer público lo que acababa de manifestarle.

—¿Tienes aún algo más que decirme?—preguntó la señora Clennam con acento de enojo.

Arturo, con la mano apoyada en el sillón de ruedas, miraba á su madre, pensando que el divulgar la confidencia de Cavalletto podría tener un resultado tan desagradable como imprevisto.

—¡Vamos!—repitió la viuda con impaciencia.—¿Qué más hay?

—Madre, yo no podía figurarme que usted pensase en dar publicidad á lo que acabo de comunicarle: creo que será mejor no repetirlo.

—¿Me lo impones por condición?

—Seguramente.

—No olvides entonces que tú eres quien hace un misterio de este asunto, y no yo, Arturo; que tú eres quien, después de infundir dudas y sospechas, pidiendo explicaciones, vienes ahora con secretos. ¿Qué me importa á mí lo que ese hombre ha sido ni dónde ha estado? Me es indiferente que todo el mundo lo sepa. Y ahora, vuélveme á mi sitio.

Arturo, obedeciendo á la mirada imperiosa de su madre, colocó el sillón donde antes se hallaba, y al fijar la vista en el viejo Flintwinch, leyó en su semblante una satisfacción que seguramente no era producida por la elocuencia de Flora. La tenacidad de la viuda demostró bien claramente á Clennam la inutilidad de renovar sus tentativas; de modo que no le quedaba otro medio sino el de apelar á su antigua amiga Affery.

Sin embargo, esto era más difícil de lo que parecía, pues la viuda y Flintwinch inspiraban tal temor á la pobre vieja, y la vigilaban tan sistemáticamente, que no era fácil hallar ocasión de hablarle. Después de haber tratado de llamar varias veces la atención de Affery, siempre en vano, Clennam pensó valerse de una astucia con el auxilio de Flora; y acercándose á ella, murmuró en voz baja:

—Diga usted que desea visitar las habitaciones.

Ahora bien, Flora, que sólo deseaba tener alguna oportunidad de complacer á su antiguo pretendiente, acogió la demanda con indecible alegría, pensando que aquello sería el prefacio de alguna tierna entrevista, en la que Arturo se pro-

ponía quizás hacer una declaración amorosa. En su consecuencia, comenzó á preparar inmediatamente el terreno.

—¡Ah!—exclamó, paseando una mirada á su alrededor—parece imposible que esta casa no haya sufrido apenas alteración desde que yo la conocí por primera vez, y no puedo menos de pensar en la época en que venía aquí con papá... y en que dirigía miraditas á Arturo, que entonces llevaba chaqueta. ¡Ah! señora Clennam, esta casa conserva siempre su carácter severo, y debe producir la misma impresión en los que la han conocido... ¡Qué dulces recuerdos conservo de un día en que Arturo... quiero decir el señor Clennam, me hizo pasar á una cocina abandonada, donde había mucha humedad, proponiéndome encerrarme allí por toda mi vida y alimentarme con los comestibles que pudiera guardar diariamente en sus bolsillos! ¿Sería demasiada libertad rogar á la señora Clennam que me permitiera renovar el recuerdo de unos días, que pasaron tan pronto, visitando la casa?

La viuda, poco lisonjeada en el fondo de la visita de Flora, que no pensaba de ningún modo haberse encontrado con Arturo, contestó, sin embargo, á la hija de Casby, que era muy dueña de visitar la casa de arriba abajo; y entonces Flora se levantó rogando á Arturo se dignase acompañarla.

—Con mucho gusto—contestó Clennam—y espero que Affery tendrá la bondad de acompañarnos.

La mujer de Jeremías se excusó.

—No, no, Arturo—dijo—no me pida usted nada; yo se lo ruego.

—¿Y por qué no, viejecita mía?—preguntó Flintwinch.

Esta pregunta bastó para que la anciana saliera de su rincón y tomara el candelero que le presentaba su esposo.

—¡Vamos pronto, imbécil!...—exclamó Jeremías.—¿Quiere usted subir ó bajar?—preguntó después á Flora.

—Bajaremos primero.

—Pues entonces—añadió el viejecillo—vé tú delante, Affery, y procura alumbrar bien, porque de lo contrario me deslizo por la barandilla y caigo sobre ti. ¡Atención!

Affery obedeció sin contestar, y Clennam observó con disgusto que Jeremías iba detrás de ellos á tres pasos de distancia.

«¡No me veré libre de ese hombre!» murmuró en voz baja.

Clennam hubo de dar el brazo á Flora, que se apoyaba en él con más fuerza cuando pasaban por los sitios algo oscuros, complaciéndose sin duda en evocar así el recuerdo de sus pasados amores con Arturo. Después de visitar las lúgubres cocinas subterráneas, más tristes entonces que nunca, la mujer de Jeremías penetró, siempre candelero en mano, en la habitación del padre de Arturo, y luégo en el antiguo comedor, pasando por delante de Clennam como un fantasma, sin detenerse ni volverse cuando éste le decía en voz baja:

—Affery, quisiera hablar con usted.

En el comedor, la sentimental Flora quiso ver el sombrío gabinete que tantas veces había servido de prisión á Arturo, pero en el momento de ir á entrar con su acompañante resonó un aldabonazo en la puerta principal.

Affery, ahogando un grito, ocultó la cabeza en su delantal.

—¿Qué haces?—gritó su esposo.—¿Necesitas por ventura alguna dosis? Pues bien, la tendrás, viejecita mía, y te aseguro que será buena; yo te la propinaré.

—Pero ¿quién ha de abrir?—preguntó Arturo.

—Ya iré yo—replicó el viejo con acento en que se traslucía su enojo por tener que ausentarse.—Quédate tú aquí, Affery; y cuidado con moverte ó decir una sola palabra de tus necedades de costumbre, porque en tal caso te triplicaré la dosis.

Apenas hubo salido, Arturo se acercó á la anciana y le dijo:

—Ahora me puede usted hablar, Affery.

—No se acerque usted—replicó la vieja—porque Jeremías podría verle.

—No nos verá si apago la luz—contestó Arturo, uniendo la obra á la palabra.

—Nos oirá.

—Tampoco es posible, si entramos en este gabinete para hablar un momento. ¿Por qué se oculta usted el rostro?

—Porque tengo miedo de ver algo.....

—Nada puede usted ver en la oscuridad, Affery...

—Pues más miedo tengo así que con luz.

—Pero... ¿por qué tiene usted miedo?

—Porque esta casa está llena de misterios y secretos, y de rumores extraños; yo no he conocido otra como ella; y estoy segura que moriré de espanto si Jeremías no me estrangula antes, lo cual me parece muy probable.

—Pues yo no oigo ningún ruido que merezca la menor atención.

—Si viviera usted aquí y recorriese la casa como yo, le aseguro que no diría eso; es cosa de morirse de miedo... ¡Ah! ya viene Jeremías... Va usted á ser causa de que me mate.

—Mi buena Affery, aseguro á usted que aún hay luz en el vestíbulo, lo cual prueba que Jeremías está allí aún; quítese el delantal de la cabeza y lo verá.

—No me atrevo, Arturo.

—Pero, mujer, ¿no le aseguro yo que no hay temor ahora? ¡Vamos, Affery, yo quiero saber lo que sucede aquí; quiero aclarar los misterios de esta casa.

—Le repito á usted, Arturo, que esos secretos son rumores, estremecimientos, ruido de pasos furtivos, sonidos incomprensibles arriba y abajo.

—Pero, ¿no hay otros secretos?

—No sé nada, no me pregunte usted más.

—La conjuro á usted á que me hable, Affery, á usted que es uno de los pocos recuerdos agradables de mi juventud; se lo pido en nombre de mi madre y de su marido, y en interés de todos. Yo estoy seguro que podrá darme algunos pormenores sobre ese hombre que ha desaparecido.

—Pues bien, Arturo—replicó Affery—voy á decirle... pero por Dios no me descubra usted, que la primera vez que vino ese hombre, oyó los rumores de que le hablo, tanto que me preguntó la causa; yo le contesté que nada sabía; y mientras escuchaba me miró temblando como un azogado.

—¿Ha venido á menudo?

—Sólo aquella noche y otra.

—¿Qué sucedió la segunda después de haberme marchado yo?

—Jeremías y la señora se quedaron solos con él, y cuando hube cerrado la puerta, mi marido se adelantó hacia mí de

lado, según acostumbra cuando trata de hacerme algún mal, y me dijo: «Viejecita, voy á subir detrás de ti para acostarte, hija mía.» Al pronunciar estas palabras, cogióme por la nuca y me oprimió el cuello hasta hacerme abrir la boca, sin soltarme hasta que estuve en mi cuarto. ¡Á eso llama él acostar á las personas! ¡Oh! ese hombre es muy malo.

—¿Y no oyó usted ni vió nada?

—¿Pues no le digo á usted que me obligó á meterme en la cama?

—Pero, ¿y esos misterios y secretos de que me hablaba?

—¿Cómo quiere usted que yo comprenda cosa alguna? No me pregunte usted nada más, Arturo.

—Pero, amiga Affery, ¿cómo quiere usted también que yo penetre este misterio á pesar de Jeremías y de mi madre, si no encuentro quien me auxilie? Todo se habrá perdido.

—No me pregunte usted más. Hace un siglo que paso la vida soñando.

—Lo mismo me dijo usted en otra ocasión. ¿Qué entiende usted por esto?

—No se lo diré. ¡Vamos, no me hable más... y menos delante de su antigua amiga.

Inútil fué que Arturo suplicara y que Flora asegurase que guardaría el secreto: la anciana, que no había dejado de temblar durante este diálogo, se hizo la sorda y pareció resuelta á salir del gabinete.

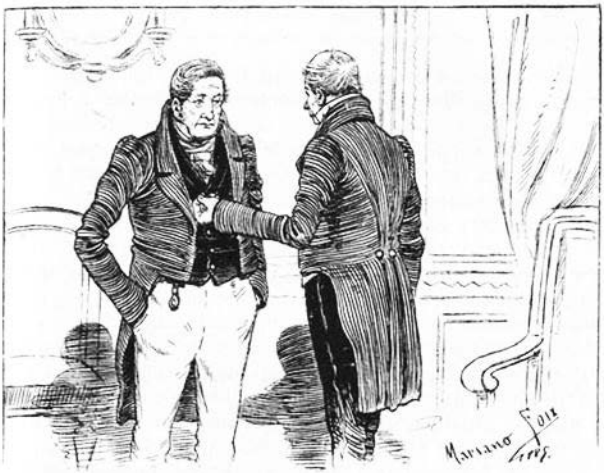
—Antes llamaré á Jeremías que decir una palabra más—añadió;—y para concluir, sólo le haré una advertencia: si alguna vez llega usted á dominar al ama y á mi marido, ya que no debe temer nada de ellos, y lo hace delante de mí, entonces, tal vez le referiré mis sueños.

El ruido de la puerta que se cerraba impidió á Clennam contestar, pero adelantóse hacia Flintwinch para decirle que había apagado la luz por un descuido. Jeremías volvió á encenderla, mirando fijamente á su interlocutor, y no dijo una palabra acerca de la persona que acababa de llamar á la puerta. Tal vez estaba enojado por la molestia que le causara el visitante inoportuno, pues al ver que su esposa seguía con la cabeza oculta en el delantal, lanzóse contra ella, y cogiéndole la punta de la nariz entre el pulgar y el índice se la retorció.

Flora, que deseaba estar todo el tiempo posible con Arturo, no le dejó hasta haber visitado el cuarto que habitaba en otra época. Clennam pensaba en todo menos en inspeccionar las salas por donde pasaba; pero observó, sin embargo, como pudo recordarlo más tarde, que la atmósfera era allí pesada; que las huellas de todos quedaban impresas en la capa de polvo que cubría el pavimento de los pisos superiores; y que se halló tanta resistencia al tratar de abrir una puerta, que Affery comenzó á gritar, temiendo se encontrase allí alguna persona. Cuando volvieron á la habitación de la paralítica, halláronla hablando en voz baja con el señor Casby, el cual, volviéndose hacia los que entraban, díjoles con voz melosa:

—¡Vamos, ya se ha visitado la casa... ya han visto la casa... muy bien, muy bien!

Por el tono y por la voz, el Patriarca parecía al pronunciar estas palabras un modelo de bondad, por más que sus frases fueran tan insulsas como su persona.



CAPÍTULO XXIV

La tarde de un largo día

El ilustre señor Merdle, ornato y gloria de su país, proseguía su brillante carrera; empezábase á reconocer por todas partes que un hombre que había prestado á la sociedad el servicio de ganarla una fortuna inmensa, merecía toda clase de consideraciones. Por eso se hablaba ya de concederle cierta baronía, y hasta la dignidad de Par, en concepto de algunos. Circulaba el rumor de que la dorada mano del señor Merdle había rechazado el título de barón, declarando formalmente que era muy poca cosa para un hombre como él.

« No, milord, había dicho á lord Decimus, seguiré siendo simplemente Merdle, ó me nombrará usted Par del reino.»

Habían transcurrido ya insensiblemente tres meses desde que los hermanos Dórrit fueron sepultados en la misma tumba en el cementerio de los extranjeros en Roma.

Los esposos Sparkler se hallaban instalados en una casa muy bonita, verdadera obra maestra de incomodidad, que conservaba todo el día el olor de la sopa y de los guisos de la víspera; pero cuyos alquileres eran exorbitantes, como conviene á un local situado en el centro del mundo habitable. Aquí era donde la señora Sparkler comenzaba á rivalizar con la señora Merdle, cuando la llegada del correo, portador de la triste noticia, interrumpió las hostilidades en su principio. La señora Sparkler, que en el fondo era buena, tuvo un violento paroxismo de dolor que había durado doce horas; y después se ocupó sólo de su ropa de luto. Algún diario anunció que el acontecimiento había sumido en el dolor á más de una distinguida familia.

Un domingo por la tarde, los esposos Sparkler, después de haber comido, hallábanse, pues, entregados á su dolor; hacía un calor sofocante, más opresivo en el interior de la casa, porque siempre estaba todo cerrado; así es que Fanny se había sentado en una poltrona junto á la ventana, mientras su marido estaba al balcón, mirando la gente. Fanny mudó de sitio dos ó tres veces, como si no estuviera bien en ninguna parte, y al fin dijo con mal humor:

—Tanto valdría estar en el fondo de un pozo como aquí; vamos, Edmundo, ¿no tienes nada que decir?

El esposo hubiera podido contestar que no tenía nada que decir, pero ni siquiera se le ocurrió tal respuesta, y limitóse á dejar el balcón para sentarse junto á su señora.

—¡Dios mío!—exclamó Fanny con impaciencia;—parece que te estás llenando la nariz de reseda. ¡Acaba de una vez!

El señor Sparkler, en efecto, aspiraba con ansia el perfume de un ramito de reseda; mas al oir estas palabras, arrojóle por el balcón, sonriendo, y repuso:

—Te pido mil perdones, querida mía.

—Ya me estás dando jaqueca con estar tanto tiempo de pié; con esta media luz pareces enormemente grueso y me atacas los nervios. ¿Te sentarás al fin?

—Ciertamente, querida Fanny—contestó Sparkler, tomando una silla sin cambiar de sitio.

—Si no supiera que ha pasado ya el día más largo del año—dijo Fanny bostezando—creería que estamos en él... ninguno me ha parecido tan interminable.

—¿No es tu abanico éste, amor mío?—preguntó Sparkler, recogiendo el objeto que estaba en el suelo y presentándole á su señora.

—Edmundo—replicó Fanny, con más impaciencia que nunca—no me hagas esas preguntas tan tontas. ¿De quién quieres que sea?

—Ya sabía yo que era tuyo.

—¿Pues entonces á qué me lo preguntas? ¡Vamos, repito que jamás me ha parecido el día tan interminable!

Después de una pausa Fanny se levantó, dió dos vueltas por la sala, y volvió á sentarse en el mismo sitio.

—Amiga mía—dijo Sparkler iluminado por una inspiración original—me parece que estás mal de los nervios.

—¡Vamos! Edmundo, ¿acabarás con tus necedades?

—Adorada Fanny, si probases tu vinagre aromático... mi madre usa con frecuencia este remedio; y ya sabes que ella es endiabladamente hermosa, y no del todo...

—¡Misericordia!—exclamó Fanny levantándose de un salto;—desde la creación del mundo no ha iluminado el sol un día tan largo como éste.

Fanny volvió á dar dos ó tres vueltas por el salón; asomóse á tres ventanas distintas para mirar la calle, y después dejóse caer sobre los cojines del sofá.

—Ahora, Edmundo—dijo—ven aquí y acércate lo bastante para que pueda tocarte con el abanico, á fin de que te fijes más en mis palabras.

El joven esposo obedeció humildemente.

—Ahora—continuó Fanny—comenzaré por decirte que es preciso no seguir viviendo más tiempo solos; debemos adoptar medidas para que yo no me vea expuesta á caer en esta horrible postración.

—Querida mía, una mujer tan notablemente hermosa como tú no debe...

—¡Misericordia!—exclamó Fanny—ya volvemos á las andadas.

—Quería decir, adorada mía—añadió Sparkler—que todo el mundo sabe que has nacido para brillar en sociedad.

—¡Brillar en sociedad!—repitió Fanny con aire de mal humor.—¡Cómo es posible! Apenas repuesta del golpe que he recibido por la muerte de mi querido padre; y cuando al fin podría brillar un poco para satisfacer mis aspiraciones, encuéntrome en una situación que me impide hasta cierto punto presentarme en sociedad. ¡Esto es insufrible!

—Amor mío, no veo por qué no podrías presentarte.

—Edmundo, hoy no haces más que decir disparates—replicó Fanny con indignación.—¿Crees tú que una mujer como yo, en la flor de su edad y no sin algunos encantos, pueda competir, hallándose en mi caso (al decir esto miró su cintura, que indicaba su estado interesante), con las que quieren rivalizar conmigo? En fin, por desagradable que esto sea, habrá que resignarse.

—Tanto más—observó Edmundo—cuanto que esto era de esperar.

—¡Bueno!—repuso Fanny;—ahora venimos á los insultos; si no tienes otra cosa mejor que decir á la que te ha honrado concediéndote su mano, más vale que te vayas á la cama.

El señor Sparkler rogó á su esposa que le dispensara.

—Ahora, Edmundo—prosiguió Fanny tocando en el brazo á su esposo con el abanico—quiero advertirte que pienso adoptar medidas para que en lo sucesivo no estemos tanto tiempo solos; y que mientras las circunstancias me impidan presentarme en la sociedad, me arreglaré de un modo ú otro para que siempre haya aquí gente, pues no puedo ni quiero pasar otro día tan monótono como el de hoy.

El esposo aprobó este plan, añadiendo después de una pausa:

—Por otra parte, ya sabes que pronto llegará tu hermana...

—¡Pobre hermana mía!—interrumpió Fanny;—se hace apreciar por sus virtudes, pero tiene un carácter tan pacífico y reservado...! hay que animarla.

—¡Justamente! Hay que animarla.

—¡Vamos, Edmundo! ¿cuándo te corregirás de esa costumbre de interrumpir á las personas para no decir nada? Pero volvamos á mi hermanita. ¡Cuánto habrá llorado á papá, ella que tanto le amaba! Aún habrá sufrido más que yo, porque ha estado con él hasta el último instante, mientras que yo, por desgracia, no he podido verle. La salud de la pobre Amy se habrá resentido también por lo mucho que ha tenido que velar durante la prolongada enfermedad de Eduardo..... nos ocasiona grandes molestias, impidiéndonos arreglar los asuntos de nuestro pobre papá. Por fortuna, los papeles se hallan bien guardados en casa de los agentes á quienes los confió al hacer su viaje á Londres, y podemos esperar á que Eduardo recobre fuerzas para encargarse del arreglo de nuestros asuntos.

—De todos modos, el caso es que Eduardo no podía tener mejor enfermedad—se atrevió á decir Sparkler.

—Por una gran casualidad estamos conformes ahora en lo que dices—repuso Fanny mirando á su marido de reojo, lo cual era buena señal, pues siempre parecía dirigir la palabra á un mueble del salón cuando hablaba con él;—la pobre Amy podrá tener sus defectos, pero en cuanto á buena enfermera, no hay quien le aventaje. ¡Cuánto deseo tener á mi lado á esa pobre niña á quien tanto amo! Por lo que hace al arreglo de los asuntos del pobre papá, no tengo ningún interés directo, pues harto generoso fué conmigo cuando me casé y ya no puedo esperar gran cosa. Con tal que no haya en el testamento alguna cláusula valedera que nos obligue á dar algo á la señora General, por mi parte ya estoy contenta. ¡Pobre querido papá!

Al pronunciar estas últimas palabras, Fanny vertió algunas lágrimas, pero el recuerdo de la señora General bastó para serenarla, y enjugándose los ojos, añadió:

—Lo que más me prueba que Eduardo ha conservado su buen sentido á pesar de la enfermedad, es que al morir nuestro padre lo primero que hizo fué saldar la cuenta de la señora General y despedirla. Estoy dispuesta á perdonarle muchas cosas por la prisa que se dió en hacer lo que yo hubiera hecho con el mayor gusto.

Apenas había acabado Fanny de hablar, cuando sonó en la puerta de entrada un doble aldabonazo; pero por la manera de llamar, hubiérase dicho que el visitante temía hacer demasiado ruido ó llamar la atención.

—¡Hola!—exclamó la señora Sparkler—¿quién puede ser? Tal vez hayan llegado Amy y Eduardo sin avisarnos antes. Mira por la ventana, Edmundo.

Sparkler se asomó, mas no pudo distinguir quién llamaba.

—Es un individuo solo—dijo—pero no le reconozco.... ¡Calla! diría que es el sombrero de mi padrastro.

Edmundo no se equivocaba, pues un momento después abrióse la puerta y se presentó el millonario.

—¡Luces!—gritó la señora Sparkler, rogando al señor Merdle que dispensase por recibirle á oscuras.

—¡Oh!—repuso el banquero—ya veo bastante; he querido saludar á usted al paso, aunque tengo bastante ocupación.

El señor Merdle iba de toda gala, y Fanny le preguntó dónde había comido.

—En ninguna parte—contestó el capitalista.

—¿Pero ha comido usted?

—No... en rigor no he comido...—repuso el señor Merdle pasándose la mano por su frente amarilla, como si reflexionara para asegurarse de que era verdad lo que decía.

—¿Quiere usted que se le sirva alguna cosa?

—No, gracias, no tengo apetito; pensaba comer con la señora, pero como estaba de humor, la he dejado ir sola cuando íbamos á subir al coche, prefiriendo dar una vuelta.

—Tomará usted, si gusta, una taza de té ó café.

—No, gracias; he entrado en el club al pasar y he pedido una botella de vino.

Al decir esto, el señor Merdle se sentó en la butaca que Sparkler le ofrecía, puso el sombrero en una silla á su lado y clavó la vista en el suelo.

—He querido—dijo—dar á ustedes las buenas noches.

—Se lo agradecemos tanto más—repuso Fanny—cuanto que usted no es amigo de hacer visitas.

—No... seguramente que no, no me gusta mucho.

—Tiene usted demasiadas ocupaciones para esto; pero me permitiré observarle que para un hombre tan atareado, la

pérdida del apetito es una cosa grave. ¡Cuidado con caer enfermo!

—¡Oh! ahora estoy muy bien—contestó el señor Merdle después de reflexionar un poco;—no necesito estar mejor.

Como el gran hombre permanecía silencioso, Fanny, creyendo que trataba de despedirse, le dijo:

—Precisamente hablaba del pobre papá cuando usted entró.

—¿De veras? ¡Curiosa coincidencia!

Fanny no veía la coincidencia, pero continuó la conversación.

—Sí—dijo—recordaba á Edmundo que la enfermedad de mi hermano había retardado el arreglo de los negocios de papá.

—Sí, sí, ya lo comprendo.

—Pero no creo que esto pueda tener ninguna consecuencia añadió Fanny.

—No—repitió el banquero después de examinar la cornisa del techo—no creo que esto tenga consecuencia.

—Mi único deseo es que la señora General no reciba nada.

—No recibirá nada.

Fanny quedó muy contenta al oir esta contestación del gran capitalista, que mirando en el fondo de su sombrero como si creyese ver alguna cosa, pasóse la mano por el cabello y repitió, cual si quisiera confirmar sus palabras:

—¡Oh! de ningún modo... no recibirá nada.

Como este asunto parecía agotado ya, Fanny preguntó al millonario si pensaba ir á buscar á su señora antes de volver á casa.

—No—contestó el señor Merdle;—volveré por el mismo camino, dejando á mi esposa en libertad de hacer lo que guste..... no me necesita.

Siguióse una larga pausa, y al fin el señor Merdle dijo de pronto:

—Me parece que les hago perder el tiempo y por lo tanto me iré; sólo he subido á darles las buenas noches al paso.

—Muchas gracias.

—Vamos, me marcho—añadió el banquero levantándose.—¡Ah!.... á propósito: ¿puede usted prestarme un cortaplumas?

—¡Vaya una petición rara! ¿No es singular que yo preste alguna cosa á un hombre de negocios como el señor Merdle?

—Es verdad; pero necesito un cortaplumas, y yo sé que ustedes tienen algunos en sus neceseres; ya se lo devolverán mañana.

—Edmundo—dijo Fanny—abre esa caja que está sobre mi velador, y dale al señor Merdle el cortaplumas de mango de nácar. ¡Cuidado no rompas algo, porque eres muy torpe!

—Yo preferiría un mango más oscuro—observó el millonario.

—¿De concha?

—Sí; éste me gustaría más.

Edmundo abrió otro neceser, y entregó á su padrastro el cortaplumas pedido, mientras que la señora Sparkler le decía:

—Si lo mancha usted de tinta, queda dispensado de antemano.

—Prometo á usted no mancharlo.

El ilustre banquero presentó entonces á Fanny su mano, ó más bien la extremidad de la manga de su levita, y se despidió.

Cuando hubo salido, Fanny, persuadida siempre de que aquel era el día más largo que se pudiera conocer, y de que no había otra dama de sus cualidades que tratara con tantos idiotas, asomóse al balcón para respirar un poco; y á través de sus lágrimas de despecho, parecióle ver al señor Merdle remontar la calle saltando y dando vueltas como si estuviese poseído del diablo.

CAPÍTULO XXV

El suicidio

La señora Merdle estaba convidada á comer aquel mismo día en casa del sabio médico, que había invitado también á la notabilidad del foro, á un individuo de la familia de los Barnacle y á otros varios amigos. El doctor, como hombre que ha estudiado á sus semejantes, dotado de gran experiencia, y verdaderamente sabio, no podía menos de inspirar gran interés, y por lo mismo era muy extenso el círculo de sus relaciones. Por otra parte, las comidas del doctor eran como de familia, y los

convidados, libres de las prescripciones de una severa etiqueta, hallábanse más á sus anchas.

La ausencia del señor Merdle dejaba su silla desocupada; pero como hombre que siempre permanecía silencioso, sin despegar los labios una sola vez, nadie le echaba de menos. Durante la comida se habló entre otras cosas de lo que públicamente se decía respecto á conferir ciertas dignidades al millonario; y con este motivo se rogó á su señora que dijese lo que había sobre el particular; pero la dama aseguró á todos que no había persona alguna menos enterada que ella de los asuntos de su esposo.

—¿Pero no sabe usted—preguntó el doctor—si hay algo de verdad en lo que se dice del señor Merdle?

—Amigo mío—contestó la dama—he aquí precisamente la pregunta que yo pensaba dirigirle.

—¿Y por qué á mí?

—Porque creo que es usted la persona en quien tiene más confianza.

—Al contrario, á mí no me confía la menor cosa, ni aun en mi calidad de médico.

—Pues amigo mío, yo ignoro si la noticia es verdadera ó falsa; pero sí le aseguro que no hay posición más desagradable que la mia, por no decir absurda.

La comida se prolongó bastante tiempo, hasta que al fin la señora Merdle manifestó deseos de retirarse, y entonces el doctor la acompañó cortésmente para ofrecerle su mano al subir á su elegante coche. Los demás convidados no tardaron en retirarse también, dejando solo á su anfitrión, que como hombre muy aficionado al estudio, comenzó á leer.

El reloj de su despacho marcaba ya la media noche y algunos minutos, cuando un fuerte campanillazo le distrajo de su ocupación. Como era hombre de costumbres muy sencillas, había dado permiso á sus criados para retirarse á descansar, y de consiguiente tuvo que bajar él mismo para abrir la puerta. El que llamaba era un hombre en mangas de camisa, y el doctor creyó al pronto que se trataba de alguna pendencia, tanto más cuanto que el individuo parecía muy agitado; pero luégo observó que estaba muy limpio y que el descuido de su traje no indicaba ningún desorden.

—Caballero—dijo—vengo del establecimiento de baños de la calle inmediata.

—¿Y qué puedo yo hacer por los baños?

—¿Tendría usted la bondad de venir al momento? Vea lo que hemos encontrado sobre la mesa.

Así diciendo, entregó un pedazo de papel al doctor, que leyó al punto su nombre y sus señas trazadas con lápiz; después examinó la escritura más de cerca, miró de nuevo al portador, fué á buscar su sombrero, y cerrando con llave la puerta de su casa, alejóse rápidamente.

Cuando llegaron al establecimiento de baños, el doctor notó que los dependientes acechaban su llegada, y que algunos iban y venían por los pasillos.

—Que todo el mundo se quede aquí—dijo el doctor al dueño de la casa—y acompáñeme sólo el mensajero.

El criado condujo al doctor hasta la extremidad de una galería y detúvose ante una puerta entornada, mirando á través de la rendija; el doctor, que le seguía de cerca, hizo lo mismo.

En el ángulo de una bañera, de la cual se había dejado salir el agua, veíase echado, como en una tumba ó un ataúd, y cubierto con una sábana, el cadáver de un hombre mal formado, de cabeza obtusa y facciones innobles. Habíase abierto una ventanilla para dar paso al vapor de que estaba lleno el cuarto, y que condensándose en gruesas gotas corría á lo largo de las paredes y del rostro de aquel cuerpo inmóvil. La temperatura era todavía bastante elevada; la bañera no se había podido enfriar aún, y por eso la mano del cadáver conservaba cierta blandura. En el fondo de la pila de mármol blanco veíanse una especie de líneas líquidas de un color rojo que infundía espanto, y en la mesita inmediata una botella que había contenido láudano, y un cortaplumas de mango de concha... manchado, pero no de tinta.

—Sección de la yugular...—exclamó el doctor—muerte rápida... hace ya lo menos media hora que ese hombre ha muerto.

El eco de estas palabras recorrió todas las galerías y habitaciones; mientras que el doctor, después de inclinarse para alcanzar el fondo de la bañera, humedecía sus manos en una agua teñida de rojo, como el blanco mármol.

La mirada del doctor se fijó sucesivamente en la ropa que estaba sobre el diván, en un reloj, una bolsa y una cartera de la cual salía una carta sin cerrar, sacóla del todo, y después de leer el sobre murmuró: « Esta carta es para mí.»

El doctor manifestó que no tenía ninguna orden que dar. La gente de la casa sabía muy bien lo que debía hacer; avisóse á las autoridades competentes, que tomaron posesión del difunto y de cuánto le pertenecía; y entonces el doctor pudo salir á respirar el aire libre. Á pesar de su experiencia de la vida, sentóse en los escalones de la primera casa que encontró, porque en aquel momento experimentaba cierto malestar.

La notabilidad del foro vivía cerca de la casa del doctor; y como éste viera brillar una luz en la ventana del célebre abogado, sabiendo muy bien que no podía ser sino la suya, no vaciló en llamar. En efecto, el infatigable jurisconsulto trabajaba afanosamente en la redacción de un veredicto, y al oir llamar, creyendo que se trataba de comunicarle alguna noticia interesante, bajó corriendo; pero no fué poco su asombro cuando vió al doctor, la última persona á quien podía esperar.

—¿Qué ocurre?—exclamó al abrir la puerta.

—¿No me preguntó usted un día—repuso el doctor—cuál era la enfermedad de Merdle?

—¡Extraña hora para contestar á mi pregunta! Verdad es; ya me acuerdo.

—Yo le dije á usted que no sabía nada.

—En efecto.

—¡Pues bien! ahora conozco su enfermedad.

—¡Dios mío!—exclamó la notabilidad del foro retrocediendo un paso y apoyando la mano en el hombro de su amigo—¡yo también lo sé! La expresión de su rostro me lo dice.

Los dos amigos entraron en la habitación más próxima, donde el doctor leyó de nuevo la carta; el abogado hizo lo mismo varias veces, y aunque sólo contenía cinco ó seis líneas, pareciéronle muy dignas de su atención. Después de enterarse no encontró palabras para expresar su sentimiento por no haber adivinado la cosa desde un principio. Sólo el nombre,

...esperaba á su señor roncando en la cocina...

según manifestó, hubiera bastado para hacerse dueño de aquel negocio, que le habría reportado gran provecho. «¡Qué no hubiese dado yo por ser el primero en desembrollar semejante misterio!»

El doctor se había encargado de ir á la calle de Harley para comunicar la lúgubre noticia; y como la notabilidad del foro no se creía ya capaz de continuar su trabajo después de experimentar tan profunda impresión, propuso á su amigo acompañarle hasta la puerta de la casa. La aurora comenzaba á despuntar, ahuyentando las sombras de la noche, cuando el doctor llamó á la puerta.

Un lacayo, en el cual brillaban todos los colores del arco iris, esperaba á su señor roncando en la cocina; el ruido le hizo despertar sobresaltado; y cuando este servidor vigilante hubo abierto la puerta, fué preciso esperar á que viniera el mayordomo, que se presentó poco después, con bata y zapatillas.

—Será preciso llamar á la doncella de la señora Merdle, para prepararla poco á poco á recibir la terrible noticia que debo comunicarle—dijo el doctor al respetable personaje.

El mayordomo, que llevaba un candelero en la mano, llamó al criado para entregárselo, y acercándose al visitante, interrogóle con la mirada.

—El señor Merdle ha muerto—dijo el doctor.

—Pues siendo así—contestó el mayordomo—me despediré el mes entrante.

—El señor Merdle se ha suicidado.

—En tal caso, como este acontecimiento me puede perjudicar, á causa de las preocupaciones corrientes, me marcharé hoy mismo.

—¡Vive el cielo!—exclamó el doctor—si la noticia no le conmueve, por lo menos manifieste usted alguna sorpresa.

—Caballero—replicó el mayordomo con la mayor tranquilidad—el difunto no fué nunca una persona decente, y no me puede sorprender nada de lo que haya hecho. En obsequio á usted daré algunas órdenes si así lo desea, antes de hacer mis preparativos de marcha.

Cuando el doctor salió á la calle y se hubo reunido con su amigo, díjole al hablarle de su entrevista con la señora Merd-

le, que aún no había dicho todo á la dama, pero que ésta no parecía haber experimentado ninguna impresión dolorosa, aunque sospechaba sin duda lo sucedido.

Si los centenares, y hasta miles de personas arruinadas que dormían en aquel momento, hubiesen podido prever el golpe que les amenazaba, ¡qué terrible concierto de maldiciones se habría elevado contra el difunto!

La noticia de la muerte del gran hombre se difundió con la rapidez del relámpago, y cada cual atribuyó á una enfermedad distinta la causa de la catástrofe: unos dijeron que desde su más tierna infancia el rico banquero había padecido una hidropesía; otros aseguraron que estaba atacado del pulmón; y muchos supusieron que sufría del pecho y que estaba ya herido de muerte; pero los más dieron en decir que el señor Merdle había sucumbido á consecuencia de una meningitis.

Sin embargo, á la hora de la bolsa comenzaron á circular los más siniestros rumores: primeramente se dijo que no era seguro que la fortuna del señor Merdle fuese tan considerable como se había creído siempre, y que la liquidación podría ofrecer algunas dificultades, sino la suspensión de pagos. Pronto estas noticias llegaron á adquirir carácter más grave: aseguróse que Merdle era un intruso que había llegado á su elevada posición valiéndose de medios que nadie podía explicarse; que era un hombre ordinario, sin educación de ninguna especie, que jamás se atrevió á mirar á las personas cara á cara, no comprendiéndose cómo le fuera posible engañar á tanta gente; y díjose en fin que nunca había tenido fortuna propia; que sus especulaciones eran espantosamente aventuradas; y que sus gastos ascendían á una cifra fabulosa. Merdle había dejado en la casa de baños una carta dirigida á su médico, carta que se hallaba ya en poder del tribunal, y de la cual sólo podía esperarse un golpe terrible para la infinidad de personas que el banquero había engañado. Innumerables y de todas las clases de la sociedad eran las que iban á quedar arruinadas por la quiebra de Merdle; todos cuantos tomaron parte en sus magníficas comidas iban á reconocer muy pronto que sólo le habían ayudado á despojar á innumerables familias; y no pocos ancianos se verían obligados á pasar el resto de su vida en un hospicio.

Desde aquel momento se supo que la enfermedad del gran banquero era simplemente... la estafa y el robo. El innoble objeto de los halagos de la alta sociedad y del público; el que asistía á los festines de las notabilidades; el rey de los salones á la moda, que había vencido el espíritu exclusivista de la aristocracia, nivelando el orgullo de los grandes personajes; el que había regateado una dignidad de Par con el ministro de las Circunlocuciones; el que había recibido en quince años más favores que Inglaterra concediera nunca en dos siglos á todas las ilustraciones de las artes y las ciencias que presentaban sus obras en la mano... la brillante maravilla, la nueva estrella que había servido de guía á los magos cargados de ofrendas, hasta el momento en que se detuvo para mostrarles un cadáver en el fondo de una bañera ensangrentada... era sencillamente el más infame *falsario*, el más insigne *ladrón* que jamás escapara de la horca.

CAPÍTULO XXVI

Borrasca

Anunciado por su respiración ruidosa y sus apresurados pasos, Pancks se precipita en el escritorio de Arturo Clennam. El informe judicial está concluído; la carta ha visto la luz pública; la quiebra del maravilloso Banco es un hecho consumado; las demás empresas modelo del gran Merdle son otras tantas compañías de paja á las que se ha prendido fuego, y de las cuales

sólo queda humo. El barco pirata, admiración de todos, acaba de volarse en medio de una numerosa flota de otros barcos más pequeños; en la superficie del mar no se ven más que restos, cascos incendiados, cañones que estallan por sí mismos, náufragos que se ahogan cogidos á una tabla, y cadáveres flotantes rodeados de tiburones.

¿Qué se han hecho el orden y la actividad de la oficina de Doyce y Clennam? La mesa está llena de papeles esparcidos en desorden y de cartas sin abrir; y en medio de estas señales de postración moral y de lastimoso desaliento, Arturo está inmóvil en su sitio de costumbre, con los brazos cruzados sobre el pupitre y apoyada la cabeza en ellos.

Al ver á Clennam, Pancks se detiene, siéntase y toma la misma posición que el socio de Doyce; durante algunos minutos, los dos permanecen silenciosos; pero al fin Pancks levanta la cabeza y toma la palabra:

—Yo soy, señor Clennam, quien le he inducido á usted á colocar sus fondos; ya lo sé; tráteme como quiera; no me podrá decir más injurias de las que yo me he dirigido ya, ni más de las que merezco.

—¡Oh! Pancks, Pancks—repuso Clennam;—no me hable usted de lo que merece. ¡Y yo! ¿Qué no habré merecido yo?

—Usted mereceria ser más feliz.

—Yo—continuó Clennam—que he arruinado á mi socio, á ese pobre Doyce, tan honrado, tan industrioso, tan infatigable; ese anciano que ha trabajado toda su vida, siempre en lucha contra las decepciones; ese hombre que me inspiraba tanta simpatía, y á quien habia servido con toda mi alma... yo le he arruinado... si, arruinado y sumido en la miseria y la deshonra!

La angustia que este pensamiento ocasionaba á Clennam era tan penosa de ver, que Pancks se arrancó un puñado de cabellos en su desesperación.

—Repréndame usted con toda la severidad que merezco, señor Clennam—exclamó;—llámeme usted animal, burro, imbécil..... en fin, todo lo malo que se le ocurra.

—Si hubiera resistido á esa fatal manía—dijo Arturo, más bien con tono compasivo que de reprensión—habría sido mucho mejor para usted... y para mí.

—Siga usted, señor Clennam, siga usted, que bien lo merezco.

—Si no hubiera usted hecho esos malditos cálculos, cuya exactitud me ha demostrado con tan abominable evidencia, no nos veríamos en esta horrible situación. ¡Ay! yo he sido un ciego que se ha dejado conducir por otro ciego... pero ¡y Doyce, y mi pobre socio!

Clennam apoyó de nuevo la cabeza sobre el pupitre; pero Pancks se la hizo levantar de nuevo diciéndole:

—Yo no he dormido en toda la noche; desde que comenzó á circular la noticia, he corrido por todas partes para ver si había medio de salvar alguna cosa del naufragio; pero no, todo se ha perdido.

—Harto lo veo—contestó Clennam;—y cuando pienso que ayer mismo estaba resuelto á vender y á realizarlo todo, me desespero.

—Esto es singular—repuso Pancks;—hoy mismo he encontrado muchísimas personas que me han dicho lo mismo; pero dígame usted, señor Clennam, ¿lo había usted arriesgado todo?

—Sí, todo.

Pancks se arrancó dos ó tres mechones más de cabellos, y después de mirar un instante estos despojos con aire furibundo se los guardó en el bolsillo.

—Es forzoso que yo tome mi partido inmediatamente—dijo Clennam enjugando algunas lágrimas silenciosas;—debo ofrecer por lo menos la única y triste reparación que está en mi mano; es indispensable que la reputación de mi desgraciado socio quede al abrigo de toda sospecha, despojándome por el pronto de cuánto poseo. Entregaré á nuestros acreedores la dirección de los asuntos, de que tanto he abusado, y me resignaré á trabajar hasta el fin de mis días para que se olvide en lo posible mi falta... ó mi crimen.

—¿Pero no habrá medio de esperar á que pase la tormenta?

—Imposible; todo está perdido, Pancks; y cuanto antes pueda confiar los negocios de la casa á otras manos, mejor será para mí. Esta misma semana se han de cubrir obligaciones que ocasionarían más tarde una catástrofe si yo las aplazara algunos días ocultando lo que sé.

—Pero al menos no proceda usted por sí solo — repuso Pancks que sudaba de angustia; — consulte usted con algún escribano.

—Tiene usted razón; tal vez sea mejor.

—Llame usted á Rugg.

—Como no hay mucho que hacer, lo mismo da valerse de él que de otro.

—¿Quiere usted que vaya á buscarle?

—Si no le sirve de molestia, se lo agradeceré.

Pancks se puso el sombrero y salió corriendo para dirigirse á Pentonville. Durante su ausencia, Arturo sin levantar la cabeza, permaneció en la misma postura.

El agente volvió muy pronto con su amigo y consejero, el señor Rugg, que al observar el trastorno y la agitación de Pancks, rogóle que se retirara apenas llegaron al escritorio de Clennam, donde después de quitarse el sombrero y los guantes, observando al mismo tiempo el aspecto de desesperación de su cliente, díjole con bondad:

—Siento mucho, caballero, que se deje usted dominar así por la aflicción; esas pérdidas son sin duda muy deplorables, pero se ha de hacer frente á la situación por desesperada que sea.

—Si el dinero arriesgado me hubiera pertenecido á mí solo, señor Rugg — repuso Clennam sin poder reprimir un suspiro—crea usted que no lo sentiría tanto.

—Me asombra oirle á usted decir eso—exclamó Rugg frotándose las manos; — esto es muy singular, caballero, pues en el ejercicio de mi profesión, siempre he observado que el dinero propio es el que más se siente perder. Cuando mis clientes perdían el de los otros, sobrellevaban el percance con mucha tranquilidad. En fin, si le parece bien, vamos á tratar de la cuestión, que para mí es sólo de buen sentido, y por lo tanto muy sencilla. Todo se reduce á saber qué puede hacerse en su favor para sacarle de este mal paso.

—Ya se equivoca usted desde el principio—dijo Arturo: — mi cuestión no es más que esta: ¿Qué puedo yo hacer para sacar á mi socio de este mal paso y reparar en lo posible el perjuicio que le ocasiono?

—Comienzo á temer — observó Rugg — que se deja usted

dominar demasiado por su sensibilidad. No me agrada oir esas palabras de *reparación* y *perjuicio* sino en boca de un abogado que pleitea contra la parte contraria. Advierta usted que es muy peligroso dejarse dominar así por la sensibilidad.

—Señor Rugg—contestó Arturo, á quien su resolución de realizar su propósito reanimó singularmente;—temo que no esté usted dispuesto á seguir la marcha que yo deseo; y si su desaprobación le impide adoptar las medidas necesarias, deberé buscar otro consejero, advirtiéndole que en este punto no admito más discusión.

—Muy bien, caballero; ya que de todos modos se ha de encargar álguien del negocio, tanto vale que sea yo.

Clennam manifestó entonces al señor Rugg cuál era su determinación, dándole á conocer con la mayor exactitud el estado de cosas. Encargó sobre todo á su apoderado que sincerara moral y públicamente á su socio, declarando que Arturo Clennam era quien por su propia voluntad, y hasta contra el parecer de su colega, había arriesgado los capitales de la asociación en las especulaciones fraudulentas del difunto Merdle. No podía ofrecer más reparación á Doyce, cuya delicadeza conocía, y era preciso comenzar por aquí. Además, Arturo se proponía imprimir una circular haciendo esta declaración para dirigirla á todos los clientes de la casa, insertándola también en los periódicos. Si en consideración á la inocencia de su socio se permitía á la casa continuar en los negocios, Arturo Clennam cedería á Daniel Doyce la parte que le correspondiese en la sociedad, como única reparación pecuniaria que pudiese ofrecer en cambio de las inquietudes y pérdidas de que había sido la causa involuntaria.

Aunque el señor Rugg viese claramente que sería inútil oponerse á este proyecto, no pudo menos de hacer algunas observaciones para refutar en lo posible los argumentos de su interlocutor.

—No quiero—dijo—hacer ninguna objeción, ni combatir sus razones, y le ayudaré á realizar su propósito; pero conste que protesto. En primer lugar, la ciudad entera, por no decir todo el país, se halla en este momento poseída de la indignación que ha producido esa quiebra; y la cólera de las víctimas

estallará con violencia. Una declaración como la que usted quiere hacer á raíz de esa quiebra, atraerá sobre su persona un huracán de furores; y va usted á servir de blanco á las iras de los que no pueden desahogar su cólera en otra parte.

Arturo insistió en la necesidad de una reparación pública y voluntaria; y el señor Rugg hubo de prestar su auxilio para adoptar las primeras medidas con este objeto; mientras que Clennam, conservando sólo sus efectos, sus libros, y el poco dinero que llevaba, apresuróse á inscribir su balance personal entre las cuentas de la casa.

La declaración de Clennam, publicada á renglón seguido de la quiebra de Merdle, suscitó un formidable huracán contra la víctima inocente; y hasta los menos interesados aprovecháronse de aquella oportunidad para aplacar sus iras. Rugg, instalado en el despacho de Clennam, abría diariamente numerosas cartas llenas de invectivas contra Doyce y Clennam; y antes de transcurrir una semana anunció á su cliente que temía que sus acreedores hubiesen obtenido ya contra él varios autos de prisión.

—Es preciso sufrir las consecuencias de mis actos—dijo Clennam;—cuando los agentes vengan, me encontrarán aquí.

Al día siguiente, al entrar Arturo en el Patio del Corazón Sangriento, la señora Plornish, que estaba á la puerta de su tienda, detúvole al paso é hízole entrar en el interior, donde encontró al señor Rugg.

—He creído oportuno—dijo este último—esperar aquí para decirle que en su lugar yo no iría hoy al despacho.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque en mi concepto hay cinco autos de prisión contra usted.

—Pues bien, cuanto antes acabemos mejor. Que me lleven al punto, ó cuando les parezca.

—Sí, pero advierta usted—replicó el señor Rugg—que nunca será demasiado tarde para conducirle á usted á la prisión. Yo sé que en esta clase de asuntos los menos interesados son los que antes gritan; y ahora le diré que el primer auto es por una cantidad insignificante. Yo no me dejaría coger por tan poca cosa.

—¿Por qué no?

—Mejor será esperar á los acreedores de más importancia, para salvar las apariencias. Yo preferiría que le detuvieran á usted por un auto de los tribunales superiores.

—Señor Rugg—contestó Arturo—mi único deseo es concluir cuanto antes; voy al escritorio y suceda lo que quiera.

—Una palabra más; y ahora es cuestión de buen sentido. Si le detienen á usted por ese pequeño crédito, se le conducirá á la prisión de la Mariscalía, que, como usted no ignora, tiene un local muy reducido y falto de aire; mientras que en el King's Bench hay mucho espacio y mejores condiciones.

—Pues yo prefiero la prisión de la Mariscalía á todas las demás.

—¡Vaya un capricho raro! En fin, si es así, vamos andando.

Los vecinos del Corazón Sangriento se interesaban doblemente por Clennam desde que había perdido su fortuna, y muchos salieron para verle pasar, observando que estaba muy abatido.

Al parecer no había ningún acreedor allí cuando Arturo y Rugg llegaron al escritorio; pero antes de que hubiese tiempo de abrir una sola carta, presentóse en la puerta vidriera un hombre.

—¡Hola! ¿cómo va? Éntre usted si gusta;... señor Clennam —añadió—creo que ésta es la persona de quien le hablaba á usted hace un momento.

El desconocido explicó el objeto de su visita, diciendo que se trataba de un asunto concerniente al señor Clennam, y desempeñó su encargo con arreglo á la ley.

—¿Quiere usted que le acompañe, señor Clennam?—preguntó Rugg con mucha cortesía, frotándose las manos.

—Gracias; prefiero ir solo; pero le agradeceré que tenga la bondad de enviarme mi ropa.

Rugg aseguró que no dejaría de hacerlo, y despidióse de su cliente estrechándole la mano. Arturo y su guardián subieron al primer coche que pasó y dirigiéronse hacia la prisión de la Mariscalía.

«¡Jamás hubiera creído—murmuró Clennam—que yo debía volver allí en calidad de preso!»

Chivery y su hijo Juan, que desempeñaba ya sus funciones en la prisión, quedaron atónitos al ver á Clennam; y Chivery padre le estrechó la mano con aire confuso, diciéndole:

—Esta es la primera vez, caballero, que no le veo á usted con gusto; se lo confieso sinceramente.

Chivery hijo no dió la mano á Arturo, y miróle con tan singular expresión, que aquél no pudo menos de notarlo.

Como Arturo conocía bastante los usos y costumbres de la prisión, y no ignoraba que debía permanecer algún tiempo en la portería, sentóse en un rincón, aparentando leer varias cartas que sacó de su bolsillo. Esta ocupación no le impidió observar, con agradecimiento, que Chivery alejaba á los curiosos haciendo diversas señas muy significativas, á fin de evitar molestias al preso.

Arturo pensaba en el pasado, deplorando el presente, sin fijarse en uno ni en otro, cuando sintió que le tocaban en el brazo; era Juanito.

—Puede usted subir cuando guste—le dijo.

Arturo se levantó y siguió á su guía: cuando llegaron al segundo patio, volvióse Juan y añadió:

—Usted necesita una habitación, y yo le he buscado una.

—Le doy á usted las más expresivas gracias.

Juan franqueó el umbral de una puerta por donde Clennam había pasado muchas veces, subió la escalera y penetró en la antigua habitación que el anciano Dórrit ocupaba en otro tiempo.

Arturo ofreció su mano á Juan; pero éste, mirándole con expresión sombría, le dijo:

—No sé si puedo darle á usted la mano... no, me parece que no puedo, pero es igual. Me ha parecido que le agradaría á usted más esta habitación, y por eso se la he proporcionado.

Los recuerdos que aquel cuarto vacío despertaron naturalmente en Clennam hiciéronle olvidar muy pronto la extraña conducta de Juan, pues no pudo menos de pensar en la buena y dulce niña que había santificado aquella mísera estancia. Sin embargo, la ausencia de la joven en semejante

momento comunicaba á la habitación un aspecto tan lúgubre, que Arturo, oprimido por la tristeza, volvióse de cara á la pared y buscó alivio en sus lágrimas, murmurando con angustioso acento:

«¡Oh mi niña Dórrit!»

CAPÍTULO XXVII

El novicio de la Mariscalía

Eran las doce del día: los cálidos rayos del sol iluminaban los muros de la prisión por deudas, y Arturo Clennam, sentado en un viejo sillón, hallábase absorto en sus reflexiones.

Cuando un infeliz entra por primera vez en una cárcel, el primer cambio que se opera en él es una especie de calma, ó más bien de abatimiento resignado. En tal estado de paz engañosa, Clennam, frente á su ignominia, pensaba en algunas fases de su pasado, como un muerto debe soñar en su existencia de otra época; y atendido el sitio en que se hallaba, no era de extrañar que en su meditación consagrase un recuerdo

á la niña Dórrit, pensando en la saludable influencia que la tierna joven había ejercido en sus buenas resoluciones. Hasta llegó á figurarse que su desgracia era un castigo por haberse alejado de la bondadosa niña.

La puerta de la habitación se abrió de pronto y Arturo vió que Chivery padre asomaba en parte la cabeza, pero vuelto de espaldas, como si no quisiera verle.

—Hoy tengo el día libre, señor Clennam—dijo—y voy á salir; ¿me necesita usted para alguna comisión?

—No, muchas gracias.

—Me dispensará que haya abierto la puerta, pues he comprendido que no oía.

—¿Ha llamado usted?

—Sí señor, cinco ó seis veces.

Arturo salió al fin de su meditación, y al ver á los presos que paseaban en el patio después de la siesta, reconoció que eran las dos ó las tres de la tarde.

—Ya han llegado los efectos de usted—añadió Chivery padre;—no los he subido ya porque mi hijo ha mostrado empeño en traerlos él mismo. ¿Podré decirle una palabra?

—Entre usted—contestó Arturo.

—Gracias, no vale la pena—repuso Chivery, que por un exceso de delicadeza y discreción nada común en los carceleros, conservaba la misma postura con la cabeza vuelta;—sólo quería rogarle que si mi hijo no se conduce con toda la prudencia debida, no haga usted caso de él... recuerde usted que es un joven de buen corazón y generosos sentimientos.

Después de pronunciar estas misteriosas palabras, el carcelero cerró la puerta: á los diez minutos llegó el joven Juan.

—Aquí tiene usted su maleta—dijo, dejándola en el suelo con mucho cuidado.

—Muchas gracias; siento mucho que se moleste por mi causa; y ahora espero que podremos estrecharnos la mano.

El joven Juan retrocedió un paso y contestó como lo había hecho ya antes:

—Á fe mía, no sé si puedo... no... no puede ser.

Y fijó en el preso una mirada de cólera mezclada de compasión.

—¿Por qué me demuestra usted tan mala voluntad—pre-

guntó Clennam — manifestando á la vez deseos de servirme? Aquí hay alguna mala inteligencia; si he hecho alguna cosa que le desagrade, lo siento muchísimo.

— No, caballero, no hay la menor mala inteligencia en los sentimientos que me animan en este instante... Si tuviese la talla de usted, y no le viera tan abatido, y además no lo prohibiera el reglamento, el sentimiento que ahora me inspira usted me induciría á proponerle una partida de pugilato.

Arturo miró un instante al joven con aire sorprendido, en el que se traslucía un poco de cólera.

— ¡Vamos, vamos! — murmuró; — es una mala inteligencia.

Y fué á sentarse de nuevo en el sillón.

—Le pido á usted mil perdones—dijo el joven Chivery después de una pausa.

— Está usted dispensado; no hablemos más de ello.

— El mobiliario de esta habitación me pertenece — añadió Juan dulcificando la voz — y suelo alquilarle á las personas que se alojan aquí; no vale gran cosa, pero lo pongo á su disposición, gratis, por supuesto, pues por nada en el mundo admitiría otras condiciones.

Arturo levantó la cabeza para dar las gracias, diciendo que no le era posible aceptar este favor; y como Juan no contestase, añadió:

—Vamos, ¿qué hay entre nosotros?

— No se lo diré á usted — replicó el joven carcelero, irritado de nuevo al parecer; — entre nosotros no hay nada.

Como esperase en vano la explicación de tan extraña conducta, Clennam inclinó la cabeza sobre el pecho; pero á los pocos minutos, Juan tomó otra vez la palabra, dulcificando la voz.

—Esa mesita en que apoya usted el codo—dijo—pertenecía en otro tiempo á... ya sabrá usted á quién me refiero, sin que yo se lo recuerde... Llegó á ser un gran personaje antes de morir, y yo fuí á verle cuando vino á Londres á pasar unos días. A decir verdad, no se mostró satisfecho de mi visita, aunque luégo me invitó á sentarme, pidiendo noticias de mi padre y de los antiguos amigos. Yo le pregunté si la señorita Dórrit seguía bien...

— ¿Y estaba buena?

—Me parece que no debe usted hacer esa pregunta á un pobre diablo como yo; pero ya que me la dirige, siento no poder contestarle, pues el señor Dórrit me respondió que no me importaba nada.

Sucedióse una pausa de algunos minutos, hasta que al fin Juan reanudó la conversación.

—Si no lo lleva usted á mal—dijo—me atreveré á preguntarle cuánto tiempo piensa estar usted sin comer ni beber.

—Nada necesito por ahora; no tengo el menor apetito.

—Eso no es una razón para que esté usted ahí todo el día sin tomar nada; al contrario, es preciso comer. Si no le sirviese de molestia, le rogaría que subiese á mi cuarto, y si no, yo bajaré aquí lo necesario.

Convencido de la buena fe de su interlocutor, Arturo se levantó y siguió al joven carcelero, que se alojaba en la parte superior del edificio. Su habitación era la misma en que Arturo penetró el día en que los Dórrit, recientemente enriquecidos, abandonaban para siempre la prisión, y donde halló á la pobre Amy desmayada en el suelo. La habitación no estaba del todo lo mismo que antes, pues habíanse pintado un poco las paredes, y el mobiliario era más cómodo; pero Clennam la reconocía perfectamente.

—Veo que conoce usted esta habitación—dijo Juan, mirando fijamente al preso.

—Sí, sí, la recuerdo muy bien... ¡Dios bendiga á la querida joven!

Juan se mordía las uñas con impaciencia, y cuando Arturo hubo terminado su examen, salió corriendo para ir á tomar en la cocina común agua hirviendo con qué hacer el té.

En aquel cambio de circunstancias, la habitación recordaba de tal modo á la niña Dórrit, que difícilmente hubiera podido Arturo dominar su emoción, ni aun delante de otra persona, y mucho menos estando solo. Puso la mano sobre la pared insensible con tanta ternura como si hubiese tocado á la misma joven, y pronunció su nombre en voz baja; después asomóse á la ventana, y fija la vista en el parapeto de la cárcel y su lúgubre corona de hierro, envió á través de la bruma una bendición hacia el país lejano donde la niña Dórrit vivía rica y feliz.

Juan volvió pronto, trayendo en una cestita manteca fresca, un poco de jamón y berros.

Colocados estos comestibles simétricamente en la mesa, Juan y el preso se sentaron para tomar el té; pero Clennam no pudo probar un solo bocado; el jamón le producía náuseas, y parecíale que el pan se transformaba en arena en su boca.

Como si la falta de apetito hubiera sido una enfermedad contagiosa, Juan no tardó en dejar de comer también, y después de mirar á Clennam fijamente, cual si quisiera sorprender sus pensamientos, díjole con singular entonación:

—Me parece que si no quiere usted cuidar de sí por su propio interés, debería usted de hacerlo por el de otra persona.

—Á decir verdad—replicó Arturo sonriendo—no veo por quién había de cuidarme.

—Caballero—repuso Juan con viveza—extraño que una persona tan franca como usted sea capaz de contestarme con tan poca sinceridad.

Juan, que se había levantado para dar más fuerza á sus palabras, volvió á sentarse y añadió:

—Yo había vencido mi pasión, caballero, comprendiendo que era preciso vencerla, y estaba resuelto á no pensar más en ella. Esta mañana, cuando usted llegó, observé que me miraba con desdén, y á duras penas pude reprimir mis sentimientos tumultuosos. Luégo pensé que había sido grosero, y sin temor de humillarme, le rogué me dispensara; y ahora, cuando más deseo probarle que existe un recuerdo casi sagrado para mí, aludiendo á él delicadamente, me mortifica usted haciéndose el desentendido.

—Pero ¿de qué se trata?—preguntó Clennam, mudo de asombro.—¿Qué quiere usted decir?

Juan se hallaba en ese estado de excitación en que ya no es fácil contenerse, y sin contestar á la pregunta prosiguió con vehemencia:

—Jamás pensé que podía ser feliz, aunque luégo no se hubieran elevado barreras infranqueables. Fácil es hollar mis sentimientos, pero esto no impide que yo los tenga, y si usted lo hace sin consideración de ninguna especie, debo decirle que esto es indigno de un caballero, y que no es menos deshonroso para él zaherirme con sus amargas palabras. El

mundo podrá burlarse de un carcelero, pero éste no deja de ser un hombre como los demás.

Por ridícula que fuese la incoherencia de este discurso, Clennam comprendió por la agitación de Juan y por sus ademanes que hablaba sinceramente. Entonces coordinó sus recuerdos, y recordando ciertas insinuaciones é indirectas, parecióle descubrir al fin alguna luz.

—¿Será posible—preguntó después de una pausa—que haga usted alguna alusión á la señorita Dórrit?

—¡Ah! ¿ahora me pregunta usted si es posible?

—En tal caso, no le comprendo. No quisiera que usted creyese que mi intención es ofenderle, pues jamás pensé en tal cosa, y sin embargo, debo repetir que no le comprendo.

—Caballero—replicó Juan—¿tendría usted la perfidia de sostener que no conoce, desde hace mucho tiempo, la pasión que me inspira la señorita Dórrit... una pasión que merece menos el nombre ambicioso de amor que el de humilde adoración?

—Juan, yo no cometeré nunca, sabiéndolo, un acto de perfidia... ni en este ni en ningún otro caso, y no adivino por qué me cree usted capaz de ello. ¿No le ha dicho á usted nunca su madre, la señora Chivery, que yo fuí á verla?

—No señor—contestó Juan con sequedad;—nunca me habló de esto.

—Sin embargo, le hice una visita. ¿Y no adivina usted para qué?

—No señor, no lo adivino.

—Pues se lo diré. Yo deseaba asegurar la felicidad de la señorita Dórrit: y si hubiera podido creer que participaba de los sentimientos de usted...

El pobre Juan se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—La señorita Dórrit—interrumpió—no me ha correspondido nunca; lo declaro con toda franqueza, y hasta añadiré que después de reflexionar con calma no esperé ya que me correspondiese algún día. Por otra parte, su distinguida familia era muy superior á la mía.

El sentimiento delicado, y en cierto modo caballeresco, que Juan experimentaba por la niña Dórrit, excitó la admiración de Arturo.

—Habla usted como un hombre, Juan—le dijo;—así me gusta.

—Pues bien, caballero, trate usted de hacer como yo... esto es todo lo que le pido—replicó Juan pasándose la mano por los ojos.

El joven carcelero había contestado con tanta viveza y acritud, que Arturo le miró otra vez con aire de sorpresa.

—¡Ah! la expresión es demasiado fuerte y la retiro—añadió Juan alargando su mano á Clennam;—pero al decirle yo que se cuide en interés de otra persona que usted sabe, ¿por qué no me habla con franqueza? Si le he proporcionado este cuarto, que en mi concepto debía agradarle más; si le he subido su equipaje; si le he tratado con toda consideración, ¿cree usted que sea por sus propios méritos? No dudo que los suyos son muy atendibles, pero los de otra persona son mayores aún, y á ellos se debe mi conducta... ¿Por qué, pues, no hablarme con la misma franqueza á su vez?

—Pues bien, Juan, es usted tan buen muchacho y tan sincero, que siento mucho no haber adivinado que sus servicios de hoy se deben atribuir á la confianza que me ha manifestado la señorita Dórrit... confieso mi falta y le ruego me dispense.

—Pero, señor Clennam, ¿por qué no es usted más franco? Supongo que no tratará de hacerme creer que no lo sabe usted?

—¿El qué he de saber?

—¡Dios mío!—exclamó Juan—¡aún me pregunta *qué!* ¡Y cualquiera diría que verdaderamente no sabe nada!

Clennam miraba al joven cada vez más sorprendido.

—¿Ve usted bien esa ventana—preguntó Chivery—esta habitación, la pared de enfrente y el pequeño patio?

—Sí—contestó Arturo.

—Pues bien, esas cosas han sido mudos testigos, durante meses enteros, de lo que usted debe saber. ¡Cuántas veces he visto á la señorita Dórrit asomada, sin que ella supiese que yo no la perdía de vista!

—¿Pero de qué han sido testigos?

—Del amor de la señorita Dórrit.

—¡De su amor!... ¿Á quién?

—Á *usted*—contestó Juan, que después de haberse levantado volvió á sentarse, pálido y agitado.

Si Clennam hubiera recibido un golpe contundente de mano del joven carcelero, su conmoción no habría podido ser más violenta; inmóvil de sorpresa, con los ojos fijos en Juan, los labios entreabiertos, que parecían murmurar la palabra *yo*, Clennam estaba como un hombre que despierta sobresaltado y escucha una noticia sin comprenderla bien.

—¡Yo!—exclamó al fin.

—Sí, usted.

Arturo trató de sonreir al contestar:

—Usted ha soñado eso, Juan; seguramente se engaña.

—No diga usted eso, señor Clennam; en cualquier otro asunto podría engañarme, pero no en esto; no es posible que yo me equivoque en una cosa que me ha lacerado el corazón, poniéndome á un paso de la tumba. ¡No me diga usted eso, no me diga usted eso!

Y Juan sacó su pañuelo del bolsillo para secar algunas lágrimas que no pudo contener.

Arturo dijo al joven que admiraba su desinterés y afectuosa fidelidad; que hablarían sobre el particular más tarde, porque estaba muy fatigado y deseaba volver á su habitación. El carcelero no opuso ninguna dificultad y el preso se retiró.

Una vez en su cuarto, Arturo se dejó caer en el viejo sillón, con la cabeza entre las manos, como si estuviera aturdido. ¡El amor de la niña Dórrit! Esto le perturbaba mucho más que la pérdida que acababa de sufrir.

¿No parecía esto inverosímil? Arturo había tratado siempre de granjearse la confianza de la joven recordando la diferencia de sus respectivas edades, haciendo presente que él comenzaba á ser viejo; pero tal vez no le había parecido así á la niña Dórrit. Clennam conservaba las dos cartas de la joven en una caja que contenía otros papeles, y lo primero que hizo fué volver á leerlas detenidamente. Entonces, parecióle oir la dulce voz de la que las había escrito, con inflexiones llenas de ternura, á las cuales no era en rigor imposible dar otro sentido; y también recordó algunas frases de la niña Dórrit, cuya significación hubiera podido ser distinta de lo que él creyera en un principio. Arturo pensó luégo en el estado de

Eran los esposos Plornish.....

su propio corazón, y en su repugnancia á creer que amara á nadie, recordando que consideraba ya todas sus esperanzas juveniles como ilusiones del pasado, y que siendo ya viejo, en su opinión, debía renunciar á los amores.

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron la meditación de Arturo cuando ya comenzaba á oscurecer: eran los esposos Plornish, que iban cargados con una cesta bien provista de un surtido de todos los comestibles que sus parroquianos se apresuraban á comprar, sin darse nunca prisa para pagarlos. La señora Plornish lloró un poco al ver al preso, y su marido hizo varias observaciones para consolarle, en lo cual le ayudó eficazmente su mujer, hablando de su padre, el anciano Naudy, de la niña Dórrit y de Juan Bautista, que estaba ausente, ocupado en la misión confidencial de que le había encargado Arturo.

Plornish, que era hombre muy lacónico, puso término bien pronto á los discursos de su mujer, haciéndole observar que Clennam parecía estar muy triste y preocupado, y los dignos esposos se retiraron, deseando toda clase de consuelos al cautivo.

CAPÍTULO XXVIII

Visita oficial

La opinión pública no mejoraba en favor de Clennam fuera de la prisión, ni tampoco dentro, pues no se hizo amigo de los que se hallaban allí: demasiado abatido para mezclarse con los presos que se reunían en el patio á fin de olvidar juntos sus penas, permanecía encerrado en su habitación, y todos desconfiaban de él. Los unos decían que era demasiado orgulloso; los otros le tachaban de rudo y taciturno, y no pocos le despreciaban, calificándole de hombre sin valor para sostener el peso de sus deudas.

La cautividad no tardó en ejercer su influencia en Clennam, que se dejó dominar poco á poco por la indolencia; evitando en cuanto le era posible la mirada de los demás, procuraba al mismo tiempo no interrogarse á sí mismo; y siempre preocupado por su triste situación, se desmejoró rápidamente.

Cierto día, á los dos meses y medio de hallarse en la prisión, oyó llamar á su puerta, levantóse para abrir, y vió que era el joven Fernando Barnacle, agregado á la secretaría del ministerio de Circunlocuciones.

—¡ Cómo está usted, señor Clennam? Espero que mi visita no le importunará; sin duda le sorprende á usted verme aquí.

—Mucho, lo confieso.

—Pero no desagradablemente, ¿eh?

—De ningún modo.

—Siento mucho que se vea reducido á vivir aquí temporalmente; mas espero que no tendremos la culpa nosotros, los del ministerio de Circunlocuciones.

—Yo no tengo ningún derecho á culpar de mis reveses á esas oficinas.

—Me alegro mucho, pues temía que hubiésemos contribuído á que le trajeran aquí, porque algunas veces somos causa involuntaria de que algunos vengan á esta prisión, cuando llegan á molestarnos mucho.

—Eso quiere decir que están ustedes allí para que todo el mundo los deje tranquilos.

—Precisamente; usted ha puesto el dedo en la llaga; nuestro ministerio no tiene otro objeto; se llenan ciertas formalidades para cubrir las apariencias, y punto concluído. He aquí por qué me alegro que no tengamos la culpa de hallarse usted alojado en este sitio temporalmente; y ahora le diré que el objeto de mi visita es darle un consejo amistoso. La primera vez que vi á usted, al comprender que se proponía no dejarnos en paz, y conociendo que no era hombre experto (dispénseme la palabra), le hablé ya francamente y sin rodeos, insinuándole, aunque no estaba en mis atribuciones hacer esta advertencia, que mejor sería que buscase otro pasatiempo. Usted no quiso creerme y ha preferido molestarse; pero

créame usted, no vuelva á comenzar de nuevo, porque perdería su tiempo inútilmente.

—No es probable que tenga ocasión de molestar á ustedes más.

—¡Oh! no lo crea usted, pues un dia ú otro saldrá de aquí, porque todos salen; y cuando esté usted fuera, no olvide mi consejo, ni vuelva á poner los piés en nuestras oficinas; se lo recomiendo por su propio interés.

—Pero, ¿y el invento?

—Amigo mío, dispense usted mi franqueza al asegurarle que nadie se cuida de conocer su invento, ni se encontrará tampoco quien dé un cuarto por saber cuál es.

—Sentiría mucho tener que creerlo así, porque sería un mal para todo el mundo.

—No dude usted lo que yo le digo; lo que el mundo quiere, así como nosotros, es que se le deje en paz; la experiencia se lo demostrará á usted lo mismo que á mí.

Así diciendo, el joven Barnacle se levantó para despedirse; pero al dar la mano á Clennam, preguntóle con cierto interés:

—¿Es verdad que el difunto Merdle, nuestro malogrado colega, ha sido la causa de que se halle usted aquí?

—Soy una de las numerosas víctimas cuya ruina ha ocasionado.

—Á decir verdad, era un famoso bribón, pero sumamente hábil; debemos hacerle esta justicia; conocía bien á su gente y la engañaba de un modo admirable. ¡Qué escamoteador tan diestro!

—Espero que el desgraciado fin de ese intrigante servirá de lección á los demás.

—Mi apreciable señor Clennam—repuso el joven Barnacle sonriendo—siento mucho que sea usted tan cándido; el primer petardista que tenga el talento y la destreza del difunto Merdle hará lo mismo que él; no le quepa á usted la menor duda. ¡Vamos! que usted lo pase bien; espero que cuando volvamos á vernos el sol habrá disipado esa nube de tristeza que parece rodearle. No dé usted un paso más, que ya sé el camino. ¡Adiós!

El joven Barnacle bajó la escalera tarareando el aria de una

ópera, montó en su caballo, que le esperaba en el patio exterior, y alejóse rápidamente.

En la escalera debió cruzarse con el señor Rugg, porque éste llamó un minuto después á la puerta de Clennam.

—¿Cómo está usted, caballero?—preguntó el legista—¿puedo hacer hoy algo en su favor?

—No; muchas gracias.

—Paso todos los días por aquí—dijo Rugg—á fin de saber si se ha presentado algún nuevo acreedor moroso para hacer valer sus derechos contra usted; le aseguro que no faltan; ya tenemos bastantes en campaña. Y á propósito, ¿sería este momento oportuno para hacerle una observación?

—¡Por qué no! Tanto da ahora como mañana.

—¡Hum!... la opinión pública se ha ocupado mucho de usted, caballero.

—No lo dudo.

—¿Y no sería conveniente hacer algo en obsequio de la opinión pública? Casi estamos obligados á ello.

—Yo no puedo rehabilitarme en esa opinión, señor Rugg, ni tengo derecho á esperarlo.

—¡Vamos, señor Clennam! muy poco le costaría pedir que le trasladasen á la prisión de King's-Bench, y siendo eso tan fácil...

—Me parece que usted mismo me ha dicho, cuando le manifesté mi resolución de venir aquí, que esto era cuestión de gustos.

—Ciertamente, caballero; pero debo recordarle que su quiebra no es asunto de poca monta, y que la hace usted perder su importancia dejándose emparedar en esta sucia prisión, donde se encierra un hombre por una mísera bancarrota de algunos pocos reales, lo cual es en mi concepto tener muy mal gusto, y hasta poco espíritu de dignidad. Su quiebra ha hecho ruido; pone en evidencia á los que están encargados de llevarla á buen fin; y por lo tanto yo me hallaría en mejor lugar frente á mis colegas y mi clientela si usted consintiese en mudar de prisión. Advierta, no obstante, que no trato de influir en su ánimo, y sólo le doy un consejo.

—Mi resolución es siempre la misma y nada la cambiará, por lo cual le ruego que no me hable más del asunto.

—Está bien—contestó Rugg, algo picado;—reconozco que mis funciones no me autorizan á importunarle más tiempo sobre este punto; pero no puedo menos de decirle que es indigno de un verdadero inglés permanecer en la Mariscalía cuando nuestras gloriosas libertades le permiten habitar una prisión más decente. Hace un instante me hubiera complacido poder decir á un caballero de aspecto militar, que ha preguntado por usted y aún espera en la portería, que mi cliente no tiene intención de permanecer aquí y que se trasladará muy pronto á otro lugar más digno; pero un legista como yo sólo es una máquina y esto no debe importarle. ¿Quiere usted ver esa persona?

—¿Dice usted que pregunta por mí?

—Sí señor, se lo he dicho, aunque esto no éntre en mis atribuciones; ese caballero oyó decir que yo era el agente de negocios de usted, y ha querido esperar hasta que yo terminara mi corta visita.

—Seguramente debo verle—dijo Clennam con aire de cansancio.

—¿Me autoriza usted pues para darle esta contestación?—preguntó Rugg con cierta ironía.

—Sí.

—Muy bien, caballero; será usted servido.

Y el legista se retiró con expresión de enojo.

El caballero de aspecto militar había despertado tan poco la curiosidad de Arturo á causa del estado de su ánimo y de sus sombrías preocupaciones, que casi había olvidado ya la visita anunciada, cuando oyó un rumor de pasos en la escalera. Hubiérase dicho que el visitante hacía mucho ruido expresamente con la intención de molestar, y Clennam se preguntaba ya quién podría ser; pero de pronto un puñetazo aplicado á la puerta abrióla de par en par, y en el umbral apareció Blandois, aquel mismo hombre que tanto había inquietado al preso.

—¡Salud, compañero de cárcel!—exclamó el recién llegado; —parece que deseaba usted verme; aquí estoy.

Antes que Arturo, indignado y sorprendido, tuviese tiempo de contestar, Cavalletto penetró en la estancia, y detrás de él Pancks. Ni uno ni otro habían visitado la prisión desde

que Clennam estaba allí: Pancks, con sus resoplidos de costumbre, deslizóse hacia la ventana, puso su sombrero en el suelo, y cruzóse de brazos, como hombre que descansa después de un largo día de trabajo. Cavalletto, sin separar la vista de su antiguo compañero de cárcel, á quien tanto temía en otro tiempo, sentóse en tierra, apoyando la espalda en la puerta, pareciendo más bien un perro vigilante que un hombre que tiene miedo.

—Ahí tiene usted dos imbéciles—añadió Blandois—que me han dicho que deseaba usted verme. Vamos, ya me tiene usted aquí.

Y apoyándose en un mueble, con las manos en los bolsillos, y sin descubrirse, Blandois dirigió á su alrededor una mirada desdeñosa.

—¡Pájaro de mal agüero!—exclamó Arturo—¿por qué ha hecho usted recaer una horrible sospecha sobre la casa de mi madre? ¿Qué le ha podido inducir á tan diabólica perversidad?

—¡Escuchen ustedes á este noble caballero!—replicó Blandois, soltando la carcajada.—¡Que vengan todos á escuchar á este hijo de la virtud! Pero cuidadito con esa viveza, amiguito, porque podría ser algo comprometedora.

—Señor—dijo á su vez Cavalletto á Clennam—antes de comenzar, tenga la bondad de oirme. Usted me dió la orden de buscar á Blandois, ó Rigaud... ¿no es así?

—Es verdad.

—Empecé por buscar á mis compatriotas, y pedir noticias de los italianos últimamente llegados á Londres; después acudí á los franceses; y por último me informo entre los alemanes; pero nadie puede facilitarme el menor indicio sobre el tal Rigaud ó Blandois. En los círculos donde se reunen los extranjeros tampoco se sabe nada de tal persona; pero cuando ya perdía la esperanza de encontrar á mi hombre, no sé quién me habla de un soldado de cabello blanco que se aloja en cierto sitio secretamente, y que después de comer sale á veces un poco para fumar su pipa. Se necesitaba mucha paciencia para encontrar este sitio, porque las señas que me daban eran contradictorias; mas al fin lo hallo; entonces me pongo en acecho, ocultándome lo mejor posible, y

consigo por último ver á mi hombre: era efectivamente un militar de cabello blanco... pero el mismo individuo que está usted viendo ahora con cabello negro. Descubierta ya la pieza, escribo al señor Panco... (esta nueva forma de su nombre pareció regocijar á Pancks) para que venga á prestarme auxilio; comenzamos á vigilar á nuestro hombre día y noche, y hasta hoy no hemos entrado en su casa; pero ya le tiene usted aquí.

Al terminar Cavalletto este relato, Clennam fijó una mirada en Blandois, que inclinándose un poco, como para indicar que le contestaba, castañeteó los dedos cinco ó seis veces y dijo después de una pausa:

—¡Ea, señor filósofo! ¿Me dirá usted al fin lo que quiere?

—Quisiera saber—replicó Clennam, sin tratar de ocultar la repugnancia que le inspiraba aquel hombre—cómo osa usted haber dado lugar á que recaiga una acusación de asesinato sobre la casa de mi madre.

—*¡Osar!* ¡ja, ja! ¿Oyen ustedes esto? ¡Voto al diablo que tiene usted mucho atrevimiento, señor mío!

—Voy á desvanecer tan odiosas sospechas—continuó Clennam;—le llevarán á usted allí para que le vean; y también quiero saber qué motivo le ha llevado á esa casa la noche que tantos deseos tuve de arrojarle por la escalera. ¡Oh! inútil es que frunza el ceño, porque ya le conozco lo suficiente para saber que es un fanfarrón y un cobarde. Esta triste estancia no me puede abatir lo bastante para impedirme que le diga lo que sabe demasiado bien.

Blandois palideció hasta los labios, y acaricióse el bigote murmurando:

—¡Voto al infierno! me parece, caballerito, que es usted algo comprometedor, y no respeta á su señora madre.

Después de vacilar un instante, Blandois fué á sentarse en una silla con ademán amenazador y dijo con el mayor descaro:

—Que me suban una botella de vino, si es que la hay en este cuartel; á ver si uno de esos imbéciles me lo sube pronto, que yo no hablo sin beber. ¡Vamos! ¿sí ó no?

—Vaya usted á buscar lo que pide, Cavalleto—dijo Arturo con tono desdeñoso, sacando dinero del bolsillo.

—Y advierte que quiero Porto, maldito contrabandista—gritó Blandois;—yo no bebo otro vino.

Pero como Cavalletto manifestara con un ademán su intención de no moverse de su sitio, Pancks se encargó de la comisión y volvió muy pronto con la botella.

—Vamos, imbécil, un vaso—dijo Blandois.

Pancks obedeció, pero con el ademán de un hombre que hubiera preferido arrojárselo á la cabeza.

—¡Ah, ah!—exclamó Blandois con tono fanfarrón—un caballero siempre es un caballero, ¡qué diablo! y presumo que tiene derecho á exigir le sirvan los demás.

Al decir esto llenó medio vaso y apuróle de una vez.

—¡Ah!—añadió encarándose con Clennam—me parece, caballerito, á juzgar por su aspecto, que la cautividad moderará sus arrebatos; bien se ve que enflaquece por momentos. Pero hablemos un poco de negocios, pues me parece que es usted bastante suelto de lengua, aunque no goce usted de libertad.

—Soy bastante libre para darle los nombres que merece—repuso Clennam—y bien sabe que aún he sido demasiado prudente.

—Con tal que añada usted que soy un caballero, poco me importa lo demás. Por más que usted haga, nunca pasará usted por un caballero; mientras que yo, jamás podré parecer otra cosa. Esta es la diferencia entre nosotros. Y ahora le diré que las palabras no pueden cambiar el valor de una carta ni un golpe de dados; supongo que ya lo sabrá usted, y por lo tanto quiero advertirle que estoy comprometido en una partida que no han de mudar las palabras.

Blandois, colocado ante Juan Bautista, y comprendiendo que ya se conocía su historia, dejó caer la máscara, harto transparente, que había llevado hasta entonces, y dejóse ver tal como era, sin tratar ya de ocultar su perfidia.

—Sí, amigo mío—añadió castañeteando los dedos—jugaré mi partida hasta el fin, á pesar de todas las palabras del mundo y... ¡rayo del cielo! quiero ganarla. Al parecer tiene usted mucho empeño en que le explique la causa de mi conducta, y para satisfacer su curiosidad le diré que todo se reduce á una sencilla jugarreta. Yo tenía, y tengo aún, cierta mercancía

que vender á su señora madre; le expliqué qué clase de mercancía era y puse precio; pero esa admirable señora se mostró un poco indiferente é impasible, acabando por irritarme; y para distraerme con algo... nada de extraño tiene que un caballero se divierta á expensas de los demás... tuve la feliz ocurrencia de desaparecer. La madre de usted, con su carácter enérgico, y mi querido Flintwinch con su astucia, hubieran querido seguramente hacer lo mismo... ¡Bah, bah!... no me mire usted de arriba abajo; le aseguro á usted que de buena gana me hubieran imitado.

Así diciendo, Blandois arrojó el vino que había quedado en el fondo de su vaso, y fijando su mirada en Cavalletto exclamó:

—¡Yo no quiero servirme á mí mismo; no he nacido para esto; ven aquí, animal!

El italiano miró á Clennam, que tenía la vista fija en Blandois, y como no recibiera contraorden, apresuróse á llenar el vaso de su antiguo camarada, pero con una sonrisa irónica que disimulaba mal su reprimida cólera.

—No puedo menos de regocijarme—prosiguió Blandois—de haber tenido tan feliz idea, pues además de divertirme, he ocasionado un disgusto á su señora mamá y á mi querido Flintwinch, sin contar que he infundido en el ánimo de cuantos me conocen la convicción de que soy un hombre temible. La comedia no ha continuado porque usted ha venido á interrumpirla; y ahora sólo me falta preguntarle qué necesita de mí.

Nunca había sentido Arturo su prisión tanto como entonces, pues teniendo la oportunidad de ir con aquel hombre á casa de su madre para aclarar de una vez todos los misterios y conjurar los peligros que le amenazaban, veíase atado de piés y manos sin poder moverse de allí.

—Querido filósofo, amigo de la virtud, imbécil—añadió Blandois—tal vez hubiera usted hecho mejor en dejarme en paz.

—No—repuso Clennam—pues al menos se sabrá que vive usted, y que no le ha sucedido nada, como pueden probarlo esos dos testigos cuando le conduzcan ante un tribunal.

—Pues á mí no me conducirán á ninguna parte—replicó

Blandois con ademán de triunfo.—¡Vayan al diablo los testigos, el tribunal, usted y sus amigos también! ¡Yo sé lo que sé, y adviértole que no es despreciable la mercancía que tengo para vender! ¡Bah, bah! usted no es más que un pobre deudor; cierto que ha entorpecido mis proyectos; pero ¿qué resultará de todo ello? Nada para usted; todo para mí. Usted quiere que me presente en público ¿eh?... ¡Pues bien! me presentaré, y tal vez más pronto de lo que se desea. ¡Oye tú, contrabandista, dame una pluma, papel y tintero, y anda listo!

Juan Bautista entregó los objetos que se le pedían, y entonces Blandois, sonriendo con siniestra expresión, escribió rápidamente algunas líneas, las cuales leyó en voz alta cuando hubo concluido:

«Á LA SEÑORA CLENNAM.

»(Se espera la contestación.)

»*Prisión de la Mariscalía, habitación de su señor hijo.*

»Mi apreciable señora: he sabido hoy con gran sentimiento, por conducto de su hijo, que ha tenido á bien hacerme espiar (no siéndole á él posible á causa de hallarse en este retiro por causas políticas), que había usted temblado por mi vida.

»Tranquilícese usted, señora; estoy sano y bueno, sin que me haya ocurrido la menor novedad.

»Ardo en deseos de ir á ver á usted; pero temo que, atendidas las circunstancias, no esté usted resuelta aún á escuchar favorablemente la proposicion que ya he tenido el gusto de hacer. Me presentaré, pues, en casa de usted de aquí á ocho días, para que usted acepte ó rechace mis condiciones con todas sus consecuencias.

»Resisto á mi impaciencia por ir á estrechar á usted entre mis brazos y terminar este interesante negocio, pues así podrá usted adoptar sus medidas libremente, á su satisfacción y á la mía.

»Entre tanto, supongo no llevará á mal, ya que nuestro prisionero me ha hecho salir de mi domicilio, que cuente con usted para pagar los gastos de mi permanencia en un hotel.

»Reciba usted, apreciable señora, la seguridad de mi más distinguida consideración.

»RIGAUD BLANDOIS.

»P. S. Mis afectos al amigo Flintwinch; beso las manos á su esposa.»

Cuando hubo leído esta carta, Blandois la arrojó con aire fanfarrón á los piés de Arturo, exclamando:

—¡Hola! ¡venga aquí alguno para llevar esta carta á su destino y traerme la contestación!

—Cavalletto—dijo Arturo—¿quiere usted llevar la carta de este hombre?

El italiano hizo con el índice una señal negativa, indicando que su deber era vigilar á Rigaud; y como Pancks se encargara de esta nueva comisión, Cavalletto entreabrió la puerta para dejarle salir, volviendo á cerrarla inmediatamente.

—Si se levanta un solo dedo contra mí—dijo Blandois—si se me dirige el menor epíteto, ó se pone en duda mi superioridad mientras apuro tranquilamente mi botella, tomo el camino de mi carta y anulo la prórroga de ocho días que he concedido. ¡Ah! usted quería verme, señor mío... ¿Qué tal le parezco?

—Cuando yo di la orden de buscar á usted, aún no estaba en la prisión.

—¡Vaya usted al diablo con su prisión!—exclamó Blandois, encendiendo un cigarrillo de papel;—tanto me burlo del uno como de la otra... ¡Contrabandista, dame fuego!

Juan Bautista se levantó de nuevo para dar lo que se le pedía.

Había algo de terrible en la destreza silenciosa de las blancas manos del fumador, cuyos dedos se agitaban de continuo con singular ligereza: Clennam no pudo menos de estremecerse interiormente, cual si estuviera viendo un nido de reptiles.

—Escucha tú, animal—añadió Blandois con tono descompuesto—¿no te parece que la antigua prisión de Marsella era muy respetable, comparada con esta cárcel? Allí había por lo menos cierto aire de decencia hasta en los barrotes y las baldosas; aquella prisión era digna de un hombre; pero esto... ¡bah!... ¡no es más que un hospital de imbéciles!

Blandois encendió otro cigarrillo en la punta del que acababa de fumar, y volviéndose hacia Clennam añadió:

—Mientras esté fuera ese loco que ha ido á llevar la carta, preciso será charlar un poco para pasar el tiempo, pues no se ha de beber vino á todas horas. ¿Sabe usted que *la dama* es hermosa? Le felicito por su buen gusto.

—No sé de quién habla usted, ni me importa tampoco.

—De la *bella Gowana*, caballero, como decimos en Italia, de la hermosa Gowan.

—Creo que era usted de la servidumbre de su esposo.

—¡Cómo, caballero! es usted un insolente; sepa que me honraba con su amistad.

—¿Tiene usted costumbre de vender á sus amigos?

Blandois dejó de fumar para mirar á Clennam con aire de asombro, pero reponiéndose al punto contestó con la mayor sangre fría:

—Yo vendo todo lo que se compra. ¿Cómo viven aquí los abogados, los políticos, los intrigantes, la gente de bolsa, y aun usted mismo? ¿Por qué se halla usted aquí? ¿No ha vendido á ninguno de sus amigos? ¡Pardiez, yo creo saber que sí!

Clennam volvió la cabeza hacia la ventana para mirar la pared de enfrente.

—El hecho es—continuó Blandois—que la sociedad se vende á sí misma; me ha vendido á mí, y yo le pago en la misma moneda. Dígalo sino cierta amiga mía, que usted conoce también, y por cierto hermosa dama, de carácter bastante enérgico. Veamos cuál es su nombre... ¡ah! ya me acuerdo... se llama Wade.

Arturo no contestó, pero Blandois pudo reconocer que el nombre había producido cierta impresión en su interlocutor.

—Sí—prosiguió—esa bella joven de carácter varonil se acercó á mí en la calle, y naturalmente, esto me lisonjeó; con

la mayor franqueza me confesó que necesitaba satisfacer una curiosidad y que tenía penas; díjome luégo que sin duda yo no sería más digno que la generalidad de los hombres, á lo cual contesté que yo era un caballero, aunque no más honrado que la mayor parte de mis semejantes; y al fin, después de cruzar algunas palabras más, la hermosa dama me hace una proposición. Díceme que ha observado que yo tenía intimidad con los Gowan; que en su concepto yo soy el gato favorito de la casa, el amigo de la familia; que su curiosidad y sus pesares le inspiran el deseo de conocer el género de vida de los jóvenes esposos; añade que no es rica, pero que me dará una pequeña recompensa por los informes que pueda facilitar. Yo, con esa galantería propia de mi carácter, y con todo mi gracejo... pues yo no puedo hacer nada sin gracia... consiento en aceptar la recompensa... ¿Qué quiere usted? Así va el mundo; esta es la moda.

Clennam continuó impasible, sin despegar los labios.

—En cuanto á la bella Gowana—continuó Blandois—mejor hubiera sido que se abstuviera de escribir cartitas á sus antiguos enamorados cuando estaba en la montaña. Eso estuvo muy mal hecho. ¡Imprudencias de niña!

—Bien quisiera que Pancks hubiese vuelto ya—dijo Clennam en voz alta—pues la sola presencia de este hombre basta para manchar la habitación.

—Es posible—replicó Blandois;—pero, lo mismo que en todas partes, yo soy quien triunfa. ¡Ya estoy acostumbrado á ello!

Y tendiéndose cuan largo era en las tres únicas sillas que había en la habitación, además de la de Arturo, comenzó á cantar una copla.

Al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, resonaron en la escalera los pasos de Pancks, pero éste no volvía solo; cuando Cavalletto abrió la puerta, penetraron en la estancia, no sólo el agente, sino también Jeremías Flintwinch; y apenas se dejó ver este último, precipitóse Blandois á su encuentro y estrechóle entre sus brazos ruidosamente.

—¿Cómo está usted, caballero?—preguntó Flintwinch después de desprenderse de su interlocutor, lo cual no pudo hacer sin alguna violencia.

Y sin esperar contestación añadió:

—¿Qué tal, Arturo? ¿Se acuerda usted de lo que le dije del gato que duerme y del que se oculta? Ya ve usted que tenía razón.

Y dirigiendo una mirada á su alrededor, añadió:

—¡He aquí la famosa prisión por deudas! ¡Ah! Arturo, hubiera usted podido encontrar mejor mercado para vender sus mercancías.

Si Clennam tenía mucha paciencia, Blandois carecía de ella; y así es que cogiendo las puntas del cuello de la casaca de Flintwinch, comenzó á sacudir al viejecillo con alegría feroz, exclamando:

—¡El diablo te lleve con tu mercado y tus mercancías! ¡Venga pronto la contestación á mi carta!

—Si tiene la bondad de soltarme un momento—replicó Jeremías—comenzaré por dar al señor Arturo un recadito que traigo para él.

Al decir esto, Flintwinch alargó á Clennam un papelito en que la señora Clennam había escrito lo siguiente:

«Creo que te bastará haberte arruinado y que ésta no es una razón para que arruines á los demás. Jeremías Flintwinch es mi mensajero y representante. Tu afectísima M. C.»

Arturo leyó dos veces estas líneas sin pronunciar palabra, y luégo hizo pedazos el papel.

Mientras leía, Blandois, saltando á un sillón, habíase sentado sobre la cómoda, y gritó apenas Clennam hubo roto el papel:

—¡Vamos, hermoso Flintwinch! ¿Dónde está la contestación á mi carta?

—La señora Clennam no le ha escrito á usted—contestó Jeremías—porque ha creído que lo mismo será una respuesta verbal... Me ha dado expresiones para usted, y dice que al fin y al cabo, no hallando muy exigente su petición, la acepta, sin perjuicio de la entrevista que deben ustedes celebrar de aquí á ocho días.

Blandois, soltando la carcajada, bajó presuroso de la cómoda y dijo con aire socarrón:

—¡Bueno, voy á buscar un hotel!... y tú, animal—añadió fijando su mirada en Cavalletto—ya que me has seguido antes

contra mi voluntad, sígueme ahora por la mía. ¡Cuando les digo á ustedes, pequeños reptiles, que he nacido para que me sirvan! Ahora exijo que este contrabandista sea mi criado durante ocho días.

Cavalletto interrogó con la mirada á Clennam, que le hizo una señal afirmativa, aunque añadiendo:

—Á menos, sin embargo, que no tenga usted miedo de él.

—No señor—replicó el italiano, haciendo un ademán enérgicamente negativo—no le temo ya desde que he declarado que le tuve algunos días por compañero.

—¡Bah!—repuso Rigaud, después de encender otro cigarro—¡todos me teméis, muñecos míos, infelices criaturas! Me habéis servido una botella de buena calidad; vais á pagarme el alojamiento y la comida; y ninguno se atreva á levantar un dedo sobre mí ni á dirigirme un epíteto mal sonante. ¡Ah! es propio de mi carácter triunfar por donde vaya.

Flintwinch, después de rascarse la barba, mirando otra vez á su alrededor, saludó ligeramente á Clennam y retiróse, seguido muy pronto de Pancks, que escuchó antes con mucha atención algunas recomendaciones de Arturo, asegurándole en voz baja que no perdería de vista el asunto.

El preso volvió á quedar solo, más triste, más abatido, más impotente y desesperado que nunca.

CAPÍTULO XXIX

Lucha de generosidad en la Mariscalía

Las inquietudes y los remordimientos son tristes compañeros de prisión; pasar el día reflexionando sobre sus penas y las noches sin dormir es un mal medio de abroquelarse contra la desgracia. La mañana siguiente Clennam reconoció que la salud le abandonaba tan rápidamente como le abandonara antes el valor; y que el peso, bajo el cual sólo se encorvaba antes, le agobiaba ya completamente.

Diariamente, á eso de la media noche, habíase levantado de su lecho para ir á sentarse junto á la ventana y mirar la melancólica luz de los faroles que alumbraban el patio, ó bien contemplar el primer albor del próximo día; pero ahora, cuando llegaba la noche, repugnábale acostarse.

Arturo era víctima de una agitación inquieta y febril; su permanencia en la cárcel ocasionábale impaciencia y angustia; la convicción de que moriría allí le producía un sufrimiento indecible; y tal era el horror y el disgusto que la prisión le causaba, que ni aun podía respirar con facilidad. Esta sensación de asfixia era tan marcada algunas veces, que Arturo se asomaba á la ventana casi sin aliento; entonces sentía el deseo de respirar otra atmósfera, y ansiaba verse al otro lado de aquel muro lúgubre y monótono, deseo ardiente y devorador que podía muy bien hacerle perder el juicio si pasaba mucho tiempo sin satisfacerse.

Era llegado el sexto día de los ocho que Blandois fijara para celebrar su entrevista con la señora Clennam, día nebuloso y oscuro, que contristaba el ánimo. Aquejado de un fuerte dolor de cabeza, y rendido de cansancio, Arturo no había podido conciliar el sueño en toda la noche, durante la cual oyó caer la lluvia en el patio, pensando en la que bañaba más suavemente las praderas y los jardines de la campiña lejana. Arturo estaba tan débil y enfermo, que le fué preciso descansar varias veces mientras se lavaba y vestía, y cuando hubo concluído, acercóse á la ventana y sentóse en su sillón mientras arreglaban el cuarto.

Desfallecido por la falta de sueño y la dieta, pues apenas podía comer, la fatiga cerró al fin sus ojos y comenzó á dormitar. Entonces soñó que se hallaba en un jardín, cuya húmeda y cálida brisa le impregnaba de perfumes; esta idea le hizo volver en sí, y levantando la cabeza, no sin gran esfuerzo, para mirar á su alrededor, llamóle la atención ver en la mesa, junto á su taza, un ramo de flores muy frescas, al parecer recienmente cogidas. Jamás había visto otras tan hermosas; cogiólas, aspiró su perfume, volvió á dejarlas sobre la mesa, y sólo después de haber recreado la vista y el olfato comenzó á preguntarse quién las habría puesto allí. Entonces abrió la puerta para preguntar á la mujer que limpiaba su habitación, pero ya se había marchado, sin duda hacía mucho tiempo, pues el té que dejó sobre la mesa estaba ya frío; inútilmente trató de beber un poco, y después arrastróse de nuevo hasta el sillón y puso las flores sobre la mesita.

Cuando hubo cesado la especie de aturdimiento que este

esfuerzo le produjera, volvió á quedar sumido en un letargo. Poco después la puerta se abrió suavemente sin que la llave girara en la cerradura, y en el umbral se detuvo una mujer, al parecer una niña, que al punto dejó caer á sus piés el manto que ocultaba sus formas: era la niña Dórrit, con su vestido viejo de otras veces. Un observador atento la hubiera visto temblar, cruzar las manos, sonreir y verter lágrimas.

Arturo despertó sobresaltado, profiriendo un grito de sorpresa; y en el semblante querido que contemplaba en aquel momento, parecióle ver como en un espejo el cambio que se había efectuado en su persona. La joven se adelantó hacia él, y poniéndole las manos sobre el pecho, para impedir que se levantase, arrodillóse á sus piés y lloró con él, como el rocío del cielo había llorado sobre las flores... la niña Dórrit le llamó por su nombre.

—¡Oh mi mejor amigo!—exclamó—¡querido señor Clennam, que no le vea á usted llorar, como no sea de placer! ¡Aquí tiene usted ya á su pobre niña!

En la entonación de estas palabras había inefable consuelo, y en la mirada de la joven indecible ternura.

Mientras Arturo estrechaba á la niña Dórrit contra su corazón, Amy añadió:

—No me habían dicho que estaba usted enfermo.

Y rodeó suavemente con su brazo el cuello de Arturo, apoyando su cabeza sobre su casto seno, y mecióle con ternura, tan inocentemente (Dios lo sabe) como lo hiciera con su padre en otro tiempo, en aquella misma habitación, cuando era sólo una niña.

Cuando Arturo pudo hablar, exclamó:

—¡Cómo! ¡es posible que haya usted venido á verme aquí, y con ese vestido!

—Pensé que sería más de su agrado verme con este traje, y por eso le he guardado, á fin de no olvidar nunca..... comprendo no obstante que esto no era necesario, pues no vengo sola, como usted ve; me acompaña una antigua amiga.

Arturo volvió la cabeza, y vió efectivamente á Maggy, con su enorme gorro blanco y la misma cesta que llevaba siempre en otra época.

—Llegué ayer tarde con Eduardo—dijo la niña Dórrit—y al

punto envié á preguntar por usted á casa de los Plornish, donde dijeron que estaba usted aquí. ¿No habrá pensado usted por casualidad en la niña Dórrit anoche? Estoy segura que sí, pues yo le he tenido muy presente, y crea usted que el tiempo se me ha hecho muy largo hasta esta mañana.

—Sí, he pensado en usted...

Arturo vaciló como si no supiera qué nombre dar á la niña; pero la joven, adivinando al punto su pensamiento, apresuróse á decir:

—Aún no me ha llamado usted como debe; ya sabe cuál debe ser mi nombre siempre para usted.

—Pues bien, he pensado en usted, niña Dórrit, todos los días, todas las horas y á cada momento.

—¿Lo dice usted muy de veras?

—Sí—murmuró Clennam, poseído de un sentimiento de vergüenza, al comparar la alegría que iluminaba el rostro de la joven con su triste situación.

—Yo estaba aquí—añadió la niña Dórrit—antes que abrieran las puertas; pero temí presentarme de pronto, porque tal vez le hubiera hecho más mal que bien. En cuanto á mí, esta antigua prisión me es, á la vez, tan familiar y tan triste, y me hace evocar tantos recuerdos de mi pobre padre, y también de usted, que me he conmovido mucho al verla de nuevo. Al llegar fuimos á ver al señor Chivery, que nos proporcionó la habitación de Juan... aquel pobre cuarto que usted sabe... y allí hemos esperado. Yo soy quien le trajo á usted las flores, sin que me viera ni oyera.

La niña Dórrit parecía más mujer que al salir de Inglaterra, y el cálido sol de Italia había oscurecido un poco su tez; pero por lo demás no estaba cambiada. Arturo observó en ella la misma ternura y timidez de otro tiempo; pero ahora interpretaba estos sentimientos de otro modo, porque le habían abierto los ojos.

La joven se despojó de su chal, colocóle en su antiguo sitio, y ayudada por Maggy, comenzó á limpiar un poco el cuarto. Después, destapó un cesto lleno de frutas y otras provisiones y dijo algunas palabras en voz baja á su amiga, que salió al punto y volvió muy pronto cargada con varios manjares, un pollo asado, gelatinas de varias clases y una bo-

tella de vino superior. Terminados estos preparativos, la niña Dórrit buscó su antiguo estuche de costura para hacer una cortina y sentóse junto á Clennam, que la miraba cariñosamente, menos abatido que antes.

La satisfacción de verse cuidado con tanta solicitud, y la idea de que todo el cariño de aquella noble joven se consagraba á hacerle más llevadera su triste situación, no bastó para reforzar á Clennam; pero infundíale esto una fuerza moral que se acrecentaba con su simpatía. ¡Qué tiernamente amaba á la niña Dórrit!

Insensiblemente pasó el día, y el sol se puso por fin; la joven había concluído de coser la cortina, sin moverse de su sitio más que para dar de beber al enfermo; y de pronto, estrechando la mano de Arturo, que éste apoyaba en el brazo del sillón, murmuró con voz temblorosa:

—Querido señor Clennam, necesito decirle una cosa, que no he osado manifestarle desde que estoy aquí; pero es preciso que la sepa antes de marcharme.

—Yo también, querida Amy, deseo decirle una cosa.

La joven levantó una mano como para ponerla sobre la boca de Arturo, y añadió:

—Yo no saldré ya nunca de Inglaterra; mi hermano quiere viajar más, pero yo me quedo. Eduardo me apreció siempre, y ahora se muestra tan agradecido... demasiado en mi concepto, pues sólo cumplí con mi deber al cuidarle en su enfermedad, que me ha dejado libre de obrar á mi antojo. Asegura que sólo desea verme feliz.

En el cielo lucía una estrella: Amy la contempló un momento, como si en el astro refulgente viese brillar la esperanza más querida de su corazón.

—Ya comprenderá usted—prosiguió Amy—que mi hermano ha venido para buscar el testamento de nuestro querido padre y tomar posesión de su herencia. Dice que si el documento existe no dejaré de ser muy rica, y que en el caso de no encontrarse me hará rica por sí mismo.

Arturo quiso contestar, pero la niña Dórrit levantó otra vez más su mano temblorosa y continuó:

—Yo no necesito dinero, pues ¿de qué me serviría, á menos de que le pueda ser á usted útil? Jamás me creeré rica, mien-

tras se halle en este sitio, y sí la más pobre entre las pobres en tanto que le aquejen estas penas. Permítame prestarle todo cuanto tengo; permítame demostrar que no olvido, que no olvidaré nunca hasta qué punto fué usted bueno para mí cuando yo habitaba esta prisión. Querido señor Clennam, hágame usted la más feliz de las mujeres, diciendo *¡sí!* Y si no quiere aceptar ahora, permítame, por lo menos, irme con la esperanza de que pensará seriamente sobre lo que le digo... no en interés suyo, sino mío... Hágalo usted por mí, por mí sola... Así me proporcionará la mayor alegría que pueda experimentar en este mundo, cual es la de saber que he podido servirle, pagando un óbolo de la gran deuda de agradecimiento que he contraído con usted. No le digo todo cuanto quisiera decir: no puedo visitarle en esta prisión, donde tantas cosas he visto, sin verter lágrimas á pesar mío; pero le suplico que no se separe de su niña Dórrit en medio de su aflicción. Amigo mío, querido amigo... ¡yo se lo ruego con toda mi alma!... ¡tome usted cuánto poseo, y entonces me parecerá una felicidad ser rica!...

—No, hija mía—contestó Arturo rodeando á la niña Dórrit con sus brazos—no debo ni siquiera oirle hablar de semejante sacrificio. La libertad y la esperanza me costarían demasiado caras si hubiese de comprarlas á este precio, pues no podría soportar la vergüenza y el remordimiento de haberlas recobrado así; pero Dios sabe que agradezco su oferta con toda mi alma, por más que la rehuse.

—Y sin embargo, no quiere usted aceptar mis consuelos en medio de su aflicción, permitiéndome serle fiel hasta lo último.

—Diga usted más bien que yo soy quien quiere darle una prueba, querida niña Dórrit, de mi entrañable cariño. Si en la época en que no tenía más domicilio que esta prisión, ni más ropa que la que lleva puesta, me hubiera comprendido mejor (sólo hablo de mí); si hubiese leído más claramente en los secretos de mi alma; si á través de mi reserva y de mi recelo hubiera podido entrever la claridad que veo brillar ahora, cuando se halla tan lejos de mí y cuando mis vacilantes pasos no me permitirán llegar á ella nunca; si le hubiese dicho que la amaba y respetaba, no como una pobre niña,

sino como una mujer cuya mano generosa podía elevarme sobre mí mismo, haciéndome más feliz; si hubiese aprovechado la ocasión, que ya no se presentará nunca... (¡ay de mí! ¿por qué no lo hice!...) y si algún obstáculo hubiera venido á separarnos cuando me hallaba en una situación casi próspera y usted era pobre, entonces habría podido contestar en otros términos á su generosa oferta, aunque sonrojándome de aceptarla... Hoy, querida Amy, no debo pensar en ello... ni pensaré jamás.

La niña Dórrit juntó sus pequeñas manos en ademán de súplica, más elocuente y patética que todos los discursos del mundo.

—Harto deshonrado estoy sin esto, hija mía—añadió Arturo;—no debo descender tanto y arrastrarla en mi caída... á usted, tan fiel, tan generosa, tan buena. ¡Que Dios la bendiga y la recompense!... No hablemos más de ello.

Después de una pausa, Arturo, cogiendo en sus brazos á la niña Dórrit, cual si fuese su hija, añadió:

—Soy más viejo y más indigno de usted que en la época que debemos olvidar uno y otro, y no debe verme tal como era, sino tal como soy. Reciba usted este beso de despedida, querida Amy, recordando que hubiera podido ser para mí algo más que una hija... recíbale de un pobre hombre arruinado, á quien su estrella aleja y separa de usted para siempre; y que ha llegado al término de su carrera cuando usted comienza la suya. No tengo valor para pedirle que me olvide en mi humillación, pero sí le rogaré que cuando piense en mí me vea siempre tal como ahora soy.

En aquel momento se dejó oir la campana que anunciaba á los visitantes la hora de retirarse: Arturo fué á coger el manto de la joven y abrigóla con la mayor solicitud.

—Dos palabras, mi niña Dórrit—añadió—dos palabras que me cuesta mucho pronunciar, pero que me es forzoso decir. Hace mucho tiempo que ha pasado la época en que usted y esta prisión tenían algo de común. ¿Me comprende usted?

—¡Oh! ¡no tendrá usted valor para decirme—exclamó la niña Dórrit llorando amargamente y en ademán de súplica—que no debo volver más! ¡No es posible que me abandone así!

—Se lo diría si pudiese, pero fáltame valor para privarme eternamente del placer de contemplar ese rostro querido. Sin embargo, le rogaría que no volviese demasiado pronto ni muy á menudo, porque esta prisión es inmunda, y harto sé cuánto me daña su perniciosa influencia. Usted pertenece á un teatro mucho más brillante, mucho más digno de su persona; y por este lado no debe dirigir sus miradas hacia atrás; mire usted siempre hacia adelante, buscando un porvenir más feliz. ¡Vamos, que Dios la bendiga y la recompense!

Maggy, que había contemplado aquella escena con aspecto de tristeza, exclamó de pronto:

—¡Oh! hágale usted entrar en un hospital, madrecita, pues de lo contrario no volverá á recobrar su salud.

Esta interrupción fué muy oportuna para advertirles que la campana había dejado de tocar. Después de abrigar nuevamente á la niña Dórrit con la misma solicitud, Arturo le dió el brazo y bajó con ella, aunque antes de la visita apenas podía tenerse en pié.

Todos los demás visitantes se habían retirado ya, y la verja se cerró detrás de la joven rechinando tristemente, como un tañido fúnebre, que hizo recaer á Clennam en su melancolía. Mucho le costó subir la escalera, y cuando hubo entrado en su cuarto, experimentó una opresión indecible.

Era cerca de media noche y hacía mucho tiempo que no se oía ruido alguno en la prisión, cuando de pronto se percibió un rumor de pasos ligeros en la escalera que conducía al cuarto de Arturo, y una mano discreta dió un golpecito en la puerta del preso; era Juan Chivery, que deslizándose en la habitación descalzo, le dijo en voz baja:

—Es contrario á todos los reglamentos, pero no importa; había resuelto cruzar el patio, y aquí estoy.

—¿Qué ocurre?

—Nada de particular. Yo esperaba á la niña Dórrit en el primer patio cuando salió, y entonces pensé que le complacería á usted que alguien la acompañase.

—¡Gracias, muchas gracias! ¿La ha dejado usted en su casa, Juan?

—En la puerta de su hotel, que es el mismo donde su pa-

dre se alojó. La niña Dórrit quiso volver á pié, y me ha hablado con tanta bondad, que estoy todo trastornado. ¿Adivina usted por qué ha preferido andar, pudiendo tomar un coche?

—No lo sé, Juan.

—Porque deseaba hablarme de usted; y entre otras cosas me ha dicho: «Juan, siempre ha sido usted un buen muchacho, y si me promete cuidarle, de modo que no le falte socorro ni consuelo cuando yo no me halle allí, no estaré tan inquieta.» Se lo he prometido, y ahora soy amigo de usted... ¡en vida y en muerte!

Clennam, muy conmovido, alargó la mano al generoso joven.

—Antes de tomarla—añadió Juan mirando la mano—adivine usted lo que la señorita me ha encargado decirle.

Arturo movió la cabeza.

—«Dígale—repitió Juan con voz muy distinta aunque algo agitada—que su niña Dórrit nunca dejará de amarle.» Se lo repito con las mismas palabras... ¿Me he portado dignamente, caballero?

—Sí, sí, Juan.

—¿Se lo dirá usted así á la señorita Dórrit?

—Ciertamente.

—Entonces, he aquí mi mano, caballero; soy su amigo en vida y en muerte.

Después de estrechar cordialmente la mano de Arturo, Juan desapareció, cruzó de nuevo el patio, cerrando las verjas, y retiróse á su habitación, muy satisfecho de haber llevado aquella buena noticia á Clennam.

CAPÍTULO XXX

Una entrevista grave

Era llegado el último día del plazo concedido por Blandois para celebrar una entrevista con la señora Clennam, y los rayos de un sol magnífico doraban la verja de la prisión, tan negra y sombría desde la ausencia de la niña Dórrit.

Ningún visitante había cruzado desde la mañana el patio de la antigua casa de la viuda; pero hacia la caída de la tarde tres hombres pasaron por delante de la puerta cochera, dirigiéndose hacia la lúgubre mansión de Clennam y C.ª

Rigaud, ó Blandois, que iba delante, entró primero; seguíale Cavalletto sin perderle de vista, y detrás iba Pancks, con su sombrero debajo del brazo.

—¡Imbéciles!—exclamó Blandois—¿no os vais aún?

—No pensamos en ello, señor mío—contestó Pancks.

Por toda contestación, Blandois dirigió una furiosa mirada á su interlocutor, y levantando el aldabón de la puerta, descargó dos ruidosos golpes. Para prepararse mejor á la entrevista había bebido copiosamente, y al parecer urgíale dar la batalla. Aún no se había extinguido el eco del segundo aldabonazo cuando Flintwinch abrió la puerta; los pasos de los tres visitantes resonaron en el vestíbulo, y Blandois, empujando á un lado á Jeremías, dirigióse sin vacilar al piso superior, siempre seguido de sus dos compañeros, que invadieron la tranquila habitación de la señora Clennam.

Nada había cambiado allí salvo que una de las ventanas estaba abierta de par en par, y que la anciana Affery, sentada en el hueco formado por la pared, se ocupaba en remendar medias. En la mesita de la viuda veíanse los mismos objetos; en la chimenea ardía el fuego bajo una capa de cenizas húmedas; la misma colcha fúnebre cubría el lecho; y la dueña de la casa, inmóvil en el lúgubre canapé, semejante á un ataúd, apoyábase en el cogin sombrío que parecía el tajo de las ejecuciones capitales.

Sin embargo, notábase en la habitación algo imposible de describir que parecía indicar que se había arreglado todo para recibir una visita. ¿En qué consistía esto, hallándose los menores objetos exactamente en igual sitio que ocupaban hacía tantos años? Nadie hubiera podido adivinarlo sin contemplar antes con la mayor atención á la dueña de la casa, y aún así, habría sido necesario conocer bien antes las facciones de la paralítica. Sin embargo, aunque no hubiese cambiado de sitio ningún pliegue de su eterno vestido negro, aunque conservase exactamente la actitud impasible que le era habitual, la tensión casi imperceptible de sus facciones, y la ligerísima contracción de su frente, siempre sombría, eran tan marcadas, que parecían reflejarse en todos los objetos de la habitación.

—¿Quienes son esos hombres, y á qué vienen á mi casa?—

preguntó la viuda con tono de sorpresa, al ver entrar á los compañeros de Blandois.

—¿Qué me dice usted á mí, señora mía? Entiendo que son amigos de su hijo el preso; y en cuanto al objeto que los llama á casa de usted... ¡Pardiez, señora! nada sé... Bien puede preguntárselo á ellos mismos.

—Usted nos ha dicho á la puerta que no nos fuéramos—observó Pancks.

—Y usted ha contestado que no tenía la menor intención de hacerlo—repuso el caballero cosmopolita.—En fin, querida señora—añadió Blandois—permítame usted presentarle á dos espías pagados por nuestro amigo el preso... á dos imbéciles rematados. Si tiene usted empeño en que asistan á nuestra conferencia, basta que diga usted una palabra. En cuanto á mí me es igual.

—¿Y por qué han de quedarse?—preguntó la señora Clennam;—nada tengo que ver con ellos.

—Pues entonces, señora—repuso Blandois, dejándose caer en un sillón con tal fuerza, que hizo retemblar todos los muebles—puede usted despedirlos, pues nada tengo que ver con estos hombres; no son *mis* espías, ni los tengo á sueldo como tales.

—Escuche usted, señor Pancks—dijo la viuda, fijando en el agente una mirada de cólera—hágame el favor de ocuparse de sus propios asuntos, ó de los de su amo, y retírese con el hombre que le acompaña.

—Gracias, señora—replicó Pancks;—tengo una satisfacción en decirle que ningún motivo me impide retirarme; hemos hecho cuánto debíamos en servicio del señor Clennam, que era principalmente conducir aquí al amable caballero que tan bien supo eclipsarse. Aquí le tiene usted; y ahora permítame añadir á las barbas de ese individuo de aspecto patibulario, que en mi concepto el mundo no andaría peor si ese caballerito hubiera desaparecido de veras para siempre.

—Nadie le pide á usted su parecer—repuso la señora Clennam;—puede usted retirarse.

—Siento mucho no dejarla en mejor compañía, y siento más aún que el señor Clennam no se halle aquí, sobre todo porque yo tengo la culpa... ¡oh! sí, mía es la culpa.

—Querrá usted decir de él—replicó la viuda.

—Nada de eso; yo soy el único culpable, señora, porque le induje á colocar sus fondos donde se han perdido; y sin embargo, puedo probar con cifras incontestables que la colocación debía ser muy beneficiosa... En fin, todo se perdió; el señor Clennam debía tener coche, y yo un capital de tres ó cuatro mil libras esterlinas. Pero no hablemos más del asunto. Vámonos, Cavalletto.

El italiano hizo una señal afirmativa con la cabeza y sonrió, dejando ver sus blancos dientes.

—¡Toma! — exclamó Flintwinch, que acababa de fijar su mirada en Cavalletto — este es el mismo hombre que vino aquí la noche en que Arturo y Flora visitaron la casa, y que me hizo tantas preguntas acerca del señor Blandois.

—Cierto—repuso el italiano — y al fin he tenido la suerte de encontrarle.

—Más valía que antes se hubiera usted roto la crisma — murmuró Flintwinch.

—Y ahora—añadió Pancks, que había mirado varias veces á la ventana, hacia la cual avanzó dos pasos—sólo me falta decir una cosa antes de irme; y es que si el señor Clennam pudiera asistir á esta entrevista, lo cual no le es posible porque está preso y enfermo, seguramente diría: «Mi apreciable Affery, cuente usted sus sueños.»

Al pronunciar estas palabras, Pancks tocó la media que la anciana tenía en la mano, levantó el índice de la mano derecha como quien da un aviso, giró sobre sus talones, y salió de la habitación seguido de Cavalletto.

La señora Clennam y Jeremías acababan de cambiar una mirada, y ambos fijaron su atención en Affery, que seguía remendando las medias con el mayor afán.

—¡Vamos!—exclamó al fin Flintwinch, mientras se dirigía hacia la ventana trazando una línea curva y frotándose las manos como hombre que se prepara para hacer alguna cosa —ahora tenemos que hablar y no se necesitan testigos... con que así, viejecita mía, haz el favor de largarte.

Al oir esto, Affery, arrojando la media que cosía, levantóse de pronto, se cogió al reborde de la ventana con la mano derecha, apoyó la rodilla en su sitial, y blandiendo el

brazo derecho como para rechazar á sus agresores, exclamó:

—¡No, Jeremías, no me iré!... ¡No, no, y no!... Repito que no me iré... Me quedo aquí. Quiero oir todo lo que no sé, para revelar luégo lo que sé. Sí, estoy resuelta... aunque me hubiesen de matar. ¡Me quedo, me quedo, y me quedo!

Flintwinch, á quien la cólera y la sorpresa parecían haber petrificado, se humedeció con saliva los dedos de la mano derecha, y adelantóse con aspecto amenazador hacia su esposa, murmurando frases poco tranquilizadoras que la cólera le impedía articular claramente, y de las que sólo se oyeron las siguientes palabras:

«¡Buena será la dosis, viejecita mía! ¡Oh, qué buena dosis!»

—¡No dés un paso más, Jeremías!—gritó Affery, agitando siempre su brazo;—si te adelantas llamo á todos los vecinos, ó me arrojo por la ventana, gritando fuego y ladrones. ¡Quédate donde estás, ó voy á gritar de tal modo que han de oirnos hasta los muertos.

—No se mueva usted—dijo la señora Clennam, con voz imperiosa.

Flintwinch se había detenido ya.

—Este es el principio, Jeremías; déjela usted en paz.

Y fijando una mirada en la mujer de Jeremías, añadió:

—¿Es decir, Affery, que ahora te rebelas contra mí al cabo de tantos años?

—Si el escuchar lo que ignoro y decir lo que sé es declararme en contra, sí, me rebelo; y ahora que he comenzado, ya no me detendré... ¡No, no, no quiero! Si á esto llama usted declararse en contra, ¡sea! Ya le dije á Arturo lo que eran ustedes cuando hizo su primera visita, y advertíle que si me hacían temblar á mí no era esto una razón para que él temblase también. Desde aquella noche han sucedido aquí muchas cosas, y ya no quiero que Jeremías me retuerza la nariz ni me estire la piel del cuello; no quiero que me trastorne á fuerza de espantarme, ni me avendré á ser cómplice de no sé qué. ¡No, no, no quiero! Ahora que Arturo lo ha perdido todo, hallándose además enfermo en una prisión, yo tomaré su defensa, ya que él no puede defenderse por sí mismo.

—¿Y cómo sabes tú, vieja loca—preguntó la señora Clennam—que procediendo así favoreces á Arturo?

—No sé nada—replicó Affery—y con razón me ha llamado usted vieja loca; pero usted y Jeremías son los que me han puesto así. Me han obligado á casarme por fuerza, y desde entonces he vivido siempre entre el terror y el espanto. ¡Cómo no se había de trastornar mi cerebro! Ustedes han querido embrutecerme y lo han logrado; pero no quiero servir más tiempo de juguete... ¡No, no, no quiero!

Y Affery hizo un molinete con el brazo para rechazar á sus supuestos agresores.

La señora Clennam, después de contemplarla un instante sin pronunciar palabra, volvióse hacia Blandois.

—Ya ha oído usted á esta vieja loca. ¿Tiene usted inconveniente en que permanezca aquí?

—¿Yo, señora? Esto es cosa que concierne á usted y no á mí—contestó el caballero cosmopolita.

—Pues bien, que se quede—dijo la viuda con expresión sombría, tanto más cuanto que no podemos elegir.—Este es el principio, Flintwinch.

Jeremías dirigió á su esposa una mirada de cólera, llena de amenazas, y como para contener sus impulsos, ocultó debajo del chaleco una parte de sus brazos, permaneciendo en un rincón para observar cómodamente á Blandois. Este último, á su vez, levantóse de la silla que ocupaba y fué á sentarse en una mesa, donde, con las piernas colgando y fija la mirada en la viuda, comenzó:

—Señora, yo soy un caballero...

—De quien he oído decir—interrumpió la viuda con su firmeza habitual—que ha estado detenido en una cárcel de Marsella á consecuencia de un asesinato.

Blandois envió con los dedos un beso á su interlocutora.

—¡Magnífico!—exclamó—¡delicioso! ¿Y no se ha dicho también que fué el asesinato de una dama? ¡Habráse visto absurdo semejante, ni cosa más increíble! Tuve el gusto de alcanzar un triunfo ruidoso en aquella ocasión, como espero alcanzarlo hoy. Beso á usted las manos, señora. Como decía, yo soy un caballero que, cuando ha resuelto terminar tal ó cual asunto, no se va sin haberlo ventilado de una manera

ú otra. Prevengo á usted, señora, que esta entrevista será la última. ¿Me dispensará el honor de escucharme atentamente?

La viuda, fija la vista en su interlocutor, contestó frunciendo el ceño:

—Sí, ya escucho.

—Soy también un caballero que desprecia cuanto pueda parecer un tráfico mercenario; pero que no tiene escrúpulo en aceptar dinero, porque sin dinero no podríamos divertirnos. ¿Sigue usted mi razonamiento y me comprende?

—Me parece inútil repetir que sí.

—Debe advertir también que soy el caballero más pacífico y el mejor muchacho que puede encontrarse en la tierra; pero me enfurezco cuando alguien se burla de mí: en tal caso, los más nobles caracteres son violentos: y entiéndase que hay mucha nobleza en el mío. Cuando el león se irrita... es decir, cuando me encolerizo, tanto me gusta la venganza como el dinero. ¿Me dispensa usted siempre el honor de seguir mi razonamiento?

—Sí—contestó la señora Clennam, en voz más alta que antes.

—Siento mucho haber turbado su tranquilidad, pero tenga usted un poco de calma. He dicho ya que esta entrevista sería la última: permítame recordarle lo que pasó en las dos anteriores...

—No es necesario.

—¡Pues! señora, á mí me place recordárselo; y por otra parte, es necesario para entendernos mejor. La primera sesión no significa gran cosa; yo presenté la carta de introducción, y gracias á ella, tuve el gusto de conocer á usted. Yo soy un caballero de industria... para servirla, señora...; mas á pesar de esto, mis distinguidos modales me valieron siempre algún triunfo, como profesor de lenguas entre sus amables compatriotas, que si bien más rígidos todos ellos que una caña de escoba, son flexibles como un guante con un extranjero de aspecto seductor... He tenido, pues, el honor de conocer á usted, y de observar dos ó tres ligeras circunstancias... (Blandois paseó una mirada al rededor de la habitación y sonrióse) respecto á esta digna casa, circunstancias necesarias para convencerme de que tenía la inestimable dicha de hablar á la dama que buscaba. Persuadido de esto, dí á nuestro

querido Flintwinch palabra de honor de volver un día ú otro, y me retiré con gracia.

Las facciones de la señora Clennam manteníanse impasibles; bien hablase ó callase su interlocutor, observábase siempre en ellas el mismo fruncimiento de cejas y la misma contracción sombría, dando á entender que la viuda se había preparado para la entrevista.

—He dicho con *gracia*, porque me ha parecido gracioso alejarme sin inspirar temor á la dama que se dignó recibirme. Es propio del carácter de Rigaud Blandois tener tanta gracia en lo moral como en lo físico; y además, no era torpeza por mi parte dejarla algo inquieta, con una espadita de Damocles suspendida sobre su cabeza impasible, sin señalar el día en que debiera volver á verme. Este humilde servidor de usted entiende la política ¡pardiez!... sí señora, la entiende muy bien... pero volvamos al asunto. En la segunda entrevista, no fijada de antemano, presentéme á usted y le dije indirectamente que tenía algo qué vender, y que si usted no quería comprarlo, podría comprometer á una señora á la cual profeso la mayor estimación. Hablé en términos bastante vagos, y me parece que pedí algo como mil libras esterlinas... ¿Recuerda usted si fué así?

—Efectivamente—repuso la viuda—pidió usted hasta mil libras esterlinas.

—Muy bien, pues ahora necesito dos mil... he aquí lo que resulta de las dilaciones... No nos pusimos de acuerdo; no fué posible entendernos; yo soy bromista, cualidad propia de mi amable carácter; y por pura broma me oculté y disfracé, fingiéndome muerto. Figurábame yo que usted hubiera dado de buena gana la mitad de la suma pedida sólo por desvanecer las sospechas que mi singular idea le hizo concebir. La casualidad y los espías vienen luégo á interrumpir esta broma y dan al traste con todo en el momento, tal vez... (¿quién podría saberlo mejor que Flintwinch?)... en que la pera estaba madura. He aquí, señora, por qué me ve usted aquí por última vez... piénselo usted bien, por última vez.

Después de golpear las piernas de la mesa con los tacones de sus botas, contestando con una insolente mirada á la de la viuda, Blandois añadió con voz descompuesta:

—¡ Bah ! no vayamos tan de prisa. Según nuestro convenio, los gastos de mi permanencia en el hotel son de cuenta de usted ; dentro de cinco minutos, tal vez estaremos de punta, y no esperaré á esto para liquidar la cuenta, porque sería usted capaz de engañarme. He aquí la nota ; págueme usted al contado.

—Tome usted la nota, Flintwinch—dijo la señora Clennam —y entréguele el dinero.

Blandois tiró el papel á la cara de su amigo Jeremías, cuando éste se adelantaba para tomarle, y exclamó alargando la mano :

—¡ Pague usted pronto y en buena moneda !

Jeremías recogió la cuenta, miró el total con ojos inyectados de sangre, sacó de su bolsillo un saquito de lona y contó en la mano del caballero cosmopolita algunas monedas.

Blandois hizo sonar el dinero, arrojóle al aire y volvió á cogerlo con la mayor destreza.

—Esta música—dijo—produce en el intrépido Rigaud Blandois el mismo efecto que la carne fresca en el tigre. ¡ Vamos ! ¿ cuánto, señora ?

Rigaud se había vuelto tan súbitamente, haciendo un ademán amenazador con el puño que contenía el dinero, que se hubiera creído que iba á dar un golpe á la viuda.

—Le repito á usted—contestó la señora Clennam—como ya le dije la última vez, que nosotros no somos tan ricos como pudiera creerlo, y que me pide usted una cantidad exorbitante. En este momento me faltan los medios para satisfacer sus exigencias... aunque estuviese dispuesta á complacerle...

—¡ Aunque estuviera dispuesta !—interrumpió Blandois.— ¿Quiere usted decir que no lo está ?

—Hablo como lo entiendo, y no como lo entiende usted.

—¡ Pues bien ! hable usted claro entonces, y dígame si está dispuesta. ¡ Pronto !... ¿si ó no? para que yo sepa lo que debo hacer.

La viuda, sin apresurarse mucho, replicó :

—Parece que tiene usted en su poder un papel, ó papeles, que seguramente deseo recobrar.

Rigaud, soltando la carcajada, golpeó de nuevo la mesa

con sus tacones, hizo sonar otra vez el dinero en su mano y repuso con énfasis:

—Lo que es eso, ya lo creo, y sin que usted me lo jure.

—El papel en cuestión puede valerme cierta suma, grande ó pequeña, lo ignoro...

—¡ Por Dios !—interrumpió Blandois—¿ no le he concedido á usted ocho días para reflexionar? Me parece que es bastante.

—No. Le repito que nos falta mucho para ser ricos; y no quiero empobrecerme más, ofreciendo un precio cualquiera por un documento sin saber á punto fijo el mal que puede causarme. Esta es la tercera vez que me dirige usted vagas amenazas, y hoy hemos de hablar claramente, ó de lo contrario puede obrar como le parezca. Más vale recibir el golpe de una vez que temblar como un ratón que se halla á merced de un gato de la especie de usted.

Blandois miró fijamente á la viuda con una expresión más siniestra que nunca, y sonriendo malignamente, repuso:

—Es usted una mujer atrevida.

—Soy una mujer resuelta.

—Y siempre lo ha sido usted ¿ eh ? ¿ No es verdad, amigo Flintwinch?

—No conteste usted, Jeremías—replicó la viuda;—que diga al punto cuánto le falta decir, ó que se vaya y obre á su antojo. Ya sabe que esto es lo que hemos acordado, y de consiguiente, que se decida de una vez.

La viuda no se dejó intimidar por la maligna mirada de su interlocutor, ni tampoco trató de evitarla. Entonces Blandois bajó de la mesa, acercó al canapé una silla para sentarse, y puso una mano sobre el brazo de la paralítica, que se mantuvo impasible.

—¿ Se empeña usted, pues, señora, en que cuente un poco de historia doméstica en esta reunión de familia?—preguntó Rigaud agitando sus dedos sobre el brazo de la señora Clennam, como para inducirla á ponerse en guardia.—Yo soy un poco médico; permítame usted que le tome el pulso.

La viuda abandonó su brazo, y Blandois puso los dedos sobre la muñeca como para contar las pulsaciones.

—Se trata—dijo—de la historia de un casamiento singular,

de una madre más singular todavía, de una venganza, de una sustitución y de una supresión... ¡Hola, hola!... parece que el pulso hace de las suyas... parece que late más apresuradamente que ahora hace poco. ¿Será éste uno de los síntomas acostumbrados de su enfermedad, querida señora?

La viuda hizo un esfuerzo para retirar su brazo impotente, pero sus facciones no revelaron la menor emoción: la fisonomía de Rigaud conservaba también su siniestra sonrisa.

—Yo he tenido una existencia asaz aventurera—dijo—porque es propio de mi carácter buscar aventuras; y también he conocido muchos aventureros.... buenos camaradas, de la mejor sociedad... Á uno de ellos debo la interesante historia que voy á referirle, y de la cual tengo las pruebas... las pruebas, ¿me entiende usted, querida señora?... Este relato le interesará mucho; seguro estoy de ello; pero sería preciso dar un título á mi historia. ¿Cuál pondré?... ¡Bah! digamos *Historia de esta casa.*

Reclinado en el canapé, apoyándose en el codo izquierdo y agitando siempre los dedos con que tenía cogido el brazo de la viuda, Blandois se atusaba el pelo con la otra mano, alisándose á intervalos el bigote, haciendo todo esto con aire amenazador, insolente y grosero, como hombre que confía en su fuerza.

—*La historia de esta casa* será pues el título de mi historia; y voy á comenzar. Supongamos que estuvo habitada en otro tiempo por dos personas, el tío y el sobrino: el primero, anciano rígido, de carácter enérgico; el segundo, muchacho corto de genio, reservado y humilde.

Affery, que había escuchado con la mayor atención, sin separarse de la ventana, y mordiendo la punta de su delantal, exclamó de repente:

—¡Jeremías, no te adelantes! En mis sueños he leído la historia del padre de Arturo y de su tío; y de ellos habla ese hombre. Lo que cuenta no sucedió en mi tiempo, pero yo supe después que el padre de Arturo era un pobre muchacho débil y sin voluntad, á quien se había sacudido y espantado de tal modo durante su juventud, que apenas le quedaba ya la fuerza suficiente para vivir. Lejos de permitirle que eligiera una esposa, obligáronle á tomar la que su tío tuvo á bien

escoger para él. Esa que está en el canapé fué su esposa. Todo lo he sabido por mis sueños, y también de boca de Jeremías.

Mientras que Flintwinch amenazaba con el puño á su esposa, y la señora Clennam la miraba fijamente, Blandois la envió con los dedos un beso, diciéndole:

—Todo eso es perfectamente exacto, querida señora Flintwinch, y desde ahora la consideraré como una verdadera maravilla para los sueños.

—No necesito sus elogios—replicó Affery;—no tengo absolutamente nada que ver con usted.

Y al decir esto, la anciana mordió de nuevo colérica la punta del delantal, con un ademán que parecía indicar que hubiera preferido morder así á otra persona... tal vez su esposo, el cual le dirigía miradas amenazadoras.

—Nuestra muy amada señora Flintwinch—continuó Rigaud—en la cual parece haberse desarrollado una inteligencia admirable y una maravillosa perspicacia, acaba de hablar como un oráculo. Sí, ese es el prólogo de mi historia: el tío, severo, ordena á su sobrino casarse, diciéndole poco más ó menos lo siguiente: « Sobrino mío, te presento á una joven dotada de gran energía, y que se me parece mucho por este concepto; es resuelta, severa, con una voluntad de hierro capaz de reducir á polvo á los que no tengan su temple; es una dama sin compasión, sin amor, implacable, vengativa y más fría que el mármol, pero irritable como el fuego...» ¡Ah! ¡qué vigor y superioridad intelectual! Á juzgar por las palabras de nuestro difunto tío, era un carácter verdaderamente noble y elevado. ¡El diablo me lleve si no adoro á una mujer por el estilo!

Esta vez se efectuó un cambio en las facciones de la señora Clennam, que palidecieron marcadamente, contrayéndose más aún.

—Señora, señora—prosiguió Rigaud tocándola en el brazo—veo con placer que he conseguido por fin excitar su interés, y me alegro mucho. Continuemos.

Pero antes de proseguir, Blandois se atusó el bigote, gozándose al parecer en la impresión que producía.

—El sobrino, como ha dicho muy bien la simpática señora

Flintwinch, era un pobre diablo á quien se había atemorizado y reducido por el hambre, hasta el punto de no quedarle apenas sino la fuerza necesaria para vivir; bajó la cabeza y contestó: «Tío, no tiene usted más que mandar; haga de mí lo que quiera.» En efecto, el tío hizo lo que quiso, según era su costumbre; el feliz casamiento se efectuó, y los jóvenes esposos volvieron á residir en esta deliciosa mansión, donde podemos suponer que la dama fué recibida por el querido Flintwinch... ¿No es verdad, viejo intrigante?

Jeremías, que observaba á la viuda, no contestó.

—Muy pronto—prosiguió Blandois—la dama hizo un enojoso descubrimiento, de resultas del cual, ardiendo en deseos de vengarse, á pesar de su frialdad aparente, ciega de cólera y de celos concibió... ¿me escucha usted bien, señora?... un proyecto inicuo, obligando diestramente á su débil esposo á cargar con toda la responsabilidad: quería anonadar á su rival. ¡Qué inteligencia tan superior! ¡esa mujer es un genio!

—¡No te acerques, Jeremías!—volvió á gritar Affery retirando otra vez de su boca la punta del delantal;—ese es también uno de mis sueños. Una noche de invierno disputabas con ella en la oscuridad... los dos estabais en el mismo sitio de ahora... tú le decías que no debía haber dejado á Arturo sospechar de su padre; que ella era siempre el ama, y que como tal, su obligación era reprenderle. También le dijiste que ella no era... alguna cosa... no sé qué, porque la señora se enfureció tan terriblemente que te cortó la palabra. Bien debes recordar este sueño, pues bajaste á la cocina con el candelero en la mano, y después de arrancarme el delantal con que cubría mi cabeza, me aseguraste que aquello de los sueños era una ilusión mía...

Al llegar aquí, Affery volvió á taparse la boca, siempre en la misma postura, siempre dispuesta á gritar ó á lanzarse por la ventana si su marido daba un solo paso hacia ella.

Blandois no había perdido una sola palabra.

—¡Ah! lo que es ahora, preciso es reconocer que la señora Flintwinch es una verdadera pitonisa. ¿Cómo debemos interpretar ese oráculo usted, yo, y ese viejo intrigante? Flintwinch dijo que usted no era... algo; y usted se encolerizó para imponerle silencio. ¿Qué es lo que usted no era?

¿Qué no es usted? ¡Vamos, díganos algo sobre eso, señora!

La sangre fría de la viuda no pudo ya resistir á este cruel sarcasmo; en su boca se dibujó un pliegue y sus labios temblaron y entreabriéronse, á pesar de los esfuerzos que hacía para mantenerse impasible.

—¡Veamos, querida, señora, hable usted un poco! Nuestro viejo intrigante decía que usted no era... y usted le cortó la palabra.. Ya sé yo el qué no era, pero desearía que usted me hiciera á su vez esta pequeña confidencia. ¡Vamos, dígalo usted de una vez!

La señora Clennam trató aún de dominarse, pero al fin estalló su cólera y exclamó impetuosamente:

—¡Yo no soy la madre de Arturo!

—¡Bueno!—repuso Blandois—ya veo que entra usted en razón.

Este arranque hizo caer en pedazos la máscara de impasibilidad que la viuda había conservado hasta entonces; la cólera que se concentraba en su corazon rebosó por todos los poros; y añadió con la misma violencia:

—Quiero referir esta historia yo misma; no quiero que salga de los labios de usted manchada con su iniquidad. Puesto que es preciso que se conozca, interprétesela cuando menos desde el punto de vista que yo la consideré, y no se diga una palabra más. Escúcheme usted.

—Á menos de ser usted más tenaz de lo que yo pensaba—interrumpió Jeremías—mejor fuera que dejara usted al señor Rigaud, al señor Blandois ó á Belcebú contar las cosas á su manera. ¿Qué importa esto si lo sabe todo?

—No lo sabe todo.

—Sabe cuánto le importa saber—replicó Flintwinch con mal humor.

—No me conoce á *mí*.

—¡Ah! ¿cree usted que le daría algún cuidado conocerla ó no, mujer orgullosa?

—Le repito á usted, Flintwich, que quiero hablar; y ya que las cosas han llegado á este punto, me empeño en referir yo misma cómo ha pasado todo desde el principio hasta el fin. ¡Cómo! ¿habría sufrido yo tantas privaciones en la soledad de esta habitación y tan larga cautividad para resignarme

después á no poder contemplar mi imagen sino en un espejo cnmo el que me ofrece *ese hombre?* ¿Pues no oye usted lo que dice? Aunque Affery hubiera de ser cien veces más ingrata de lo que es, y se pudiese imponer silencio á ese miserable, lo referiría todo yo misma más bien que sufrir el tormento de oirlo de boca agena.

Blandois hizo retroceder su silla un poco para estirar las piernas, y con los brazos cruzados contempló impasible á la viuda.

— No sabe usted lo que es — continuó ésta, mirando á Rigaud—una educación severa, como la que yo he recibido. Mi juventud no fué alegre, y durante ella jamás supe lo que eran culpables placeres. Me he criado en el retiro, en la penitencia y el temor: la corrupción de nuestros corazones, la iniquidad mundana, la maldición del pecado original, las asechanzas que nos rodean... tales fueron los asuntos de meditación ofrecidos á mi juventud; ellos fueron los que formaron mi carácter, inspirándome en un santo horror á la perversidad. Cuando el anciano señor Gilberto Clennam propuso á mi padre darme por esposo á su sobrino huérfano, mi bondadoso padre me aseguró que la educación de mi pretendiente no había sido menos severa que la mía; díjome que además de la disciplina á que estaba sometido, había pasado su vida en una casa donde el libertinaje y la disipación eran cosas ignoradas, donde diariamente se repetía el mismo trabajo y se sufrían las mismas privaciones; añadió que mi futuro había llegado á ser un hombre mucho antes de que su tío dejara de tratarle como un muchacho; y que desde su salida del colegio la casa había sido para él un santuario contra el contagio de los profanos y de los libertinos. Al año de casados descubrí que en la época misma en que mi padre me hablaba de este modo, mi esposo había pecado contra el Señor, infiriéndome un agravio por sus relaciones con una mujer culpable. ¿Cómo podía yo poner en duda que la Providencia me hubiese elegido para castigar semejante falta? ¿Había de olvidar yo desde luégo... no mis propios agravios, pues yo no era sino un instrumento en manos del Señor... pero sí mi horror al pecado y la santa guerra que estaba acostumbrada á declarar al impío?

La viuda puso su mano vengadora sobre el reloj que estaba en la mesa y continuó:

—*No olvides:* entonces, como hoy, las iniciales de estas palabras estaban en la doble caja de este reloj; el cielo me había destinado á encontrar con él en el fondo de un cajón secreto, la antigua carta que á ellos hacía alusión, por la cual supe su significado, y para quién estaban bordadas. Si el Señor no me hubiese elegido como instrumento, yo no habría sabido nada. Estas palabras me decían claramente: «No olvides el pecado mortal, no olvides que se te ha elegido para descubrir y castigar este crimen.» Y no he olvidado; mas no eran mis propios agravios los que yo recordaba. Yo no era más que la humilde servidora del Señor, y por lo tanto ¿qué poder hubiera yo tenido sobre los culpables si la Providencia no me los hubiera entregado atados de piés y manos?

Más de cuarenta años habían pasado sobre la cabeza gris de aquella mujer indomable, desde la época cuyo recuerdo acababa de evocar; más de cuarenta años de combates y de luchas contra la voz que en su interior se elevaba para decirle que podía dar otros nombres á su cólera y á su orgullo vengativos, pero que toda la eternidad no bastaría para cambiar su naturaleza. Sin embargo, á pesar del largo tiempo transcurrido, á pesar de la presencia de aquella cabeza de Medusa que tenía enfrente, obstinábase en su arraigada impiedad, y en trastornar el orden de la creación, amoldando á la imagen de su arcilla impura la imagen del Eterno. Á decir verdad, viajeros hay que han encontrado por el mundo ídolos monstruosos; pero ningún hombre ha visto caricaturas de la divinidad más temerarias, más toscas, más repugnantes que las que nosotros, seres formados de la arcilla de la tierra, fabricamos á semejanza de nuestras malas pasiones.

—Cuando hube obligado á mi esposo á darme el nombre y las señas de la culpable—prosiguió la señora Clennam, siempre arrebatada por el torrente de su indignación y la necesidad de defenderse—cuando acusé á esa mujer y cayó de rodillas á mis piés cubriéndose el rostro, no le hablé de mis agravios ni le reprendí su falta en mi nombre. Los que en otro tiempo fueron elegidos por el Señor para anatematizar á su iniquidad, eran los servidores de Dios; y yo, su indigna

émula, ¿no debía también denunciar un gran pecado? Cuando esa mujer me habló de su juventud, de la mísera existencia que había arrastrado su cómplice, del sacrílego simulacro de un casamiento por el cual se habían comprometido secretamente, de los terrores y de la vergüenza de que se sintieron sobrecogidos cuando fuí elegida para instrumento de la venganza, ¿fué *mí* enemiga la que yo hallé á mis piés? ¿Fueron las palabras de mi propio enojo las que la hicieron temblar y palidecer? ¡No, no es á mí á quien corresponde la gloria de tan justa expiación!

Hacía muchos años que la señora Clennam no había podido hacer uso de sus dedos; pero mientras hablaba observóse que golpeaba varias veces la mesa con el puño, y que al pronunciar estas últimas palabras levantó su brazo del todo con tanta facilidad como en otra época.

—¿Y qué prueba de arrepentimiento arranqué yo á esa mujer perdida y depravada, yo, vengativa é implacable, pues tal vez lo parezca á los ojos de hombres como usted, que no han vivido entre los justos, ni conocen más mandamientos que los de Satanás? ¡Ríase usted en buen hora! Flintwinch me conoce; pero esto no me impedirá mostrarme tal como soy, aun delante de esa vieja criada loca.

—Añada usted delante *de sí misma*, señora—observó Blandois;—tengo una vaga idea de que no le sabe mal justificarse *sobre todo* á sus propios ojos.

—¡Es falso!—gritó la señora Clennam con mucha energía y cólera.

—¿De veras? ¡Ah! ¡Quién lo diría!

—¿Cuál es la obra de penitencia que yo exigí á esa mujer? —prosiguió la viuda.— «Tiene usted un hijo, le dije, y yo no; usted le ama; cédamelo, creerá que es mío y pasará como tal. Á fin de evitar el escándalo, su padre jurará no ver á usted más ni escribirle; y para que su tío no le desherede, exponiéndole á ser un mendigo, usted jurará lo mismo. Con estas condiciones, y cuando haya usted renunciado á los medios de existencia que recibe de mi esposo, yo me encargaré de su hijo. Es forzoso que se ignore dónde se halla usted; y si le place, podrá pasar por una mujer honrada á los ojos de todos, excepto á los míos... Esto es todo.» La culpable debió sacri-

ficar su criminal y vergonzosa pasión: nada más. Después quedó libre de soportar en secreto el peso de su crimen y morir de pena; de evitar (gracias á un breve padecimiento, demasiado corto en mi opinión, para expiar su culpa) un castigo eterno, alcanzando su salvación, si al Señor le plugo tocarla con un rayo de su gracia. Si se ha visto perseguida por una cólera vengadora y por llamas que la devoraban ¿soy yo quien las encendió?

La viuda dió una vuelta al reloj para contemplar de nuevo las letras, y continuó en el mismo tono:

—No se olvidaron el uno del otro, porque los pecados de este género no se olvidan jamás. Si la presencia de Arturo era una reprensión continua para su padre, y si la ausencia de aquél aumentaba diariamente las angustias de la madre, esto fué la justicia de Jehovah. También podrían acusarme de haber sido causa de la locura de aquella mujer, porque los remordimientos acabaron por trastornarle el juicio, y porque el Ordenador de todas las cosas decretó que viviera así muchos años. Harto hice con esforzarme para salvar á ese niño que parecía perdido y condenado de antemano; yo le eduqué en el temor, acostumbrándole á una vida de contrición por los pecados que tanto pesaban sobre su cabeza antes de entrar en este mundo de réprobos. ¿Era esto crueldad? ¿No he debido sufrir por el contrario las consecuencias de esa falta, de que era inocente? El padre de Arturo y yo vivíamos en esta casa tan alejados uno de otro como cuando nos separaba una mitad del globo. Ha muerto, y he recibido su reloj, con las palabras *no olvides*. Pues bien, no olvido, aunque no doy á esta frase la misma interpretación que él; yo leo que era yo la elegida para instrumento de su castigo, y nunca veré otra cosa en estas palabras.

Cuando la viuda revolvía la caja con la mano cuyo uso había recobrado sin notar, al parecer, este súbito cambio, Blandois exclamó, con un ademán de desprecio:

—¡Vamos, señora! el tiempo vuela; vamos, piadosa dama, despachemos; ya sé yo todo eso, y no me dice usted nada nuevo. Pasemos al dinero robado, ó ya le contaré yo lo restante. ¡Rayo del cielo! harto nos ha cansado usted ya con su jerga religiosa. ¡Veamos pronto lo del dinero robado!

—¡Miserable!—gritó la viuda ocultando la cabeza con las manos—¿por qué fatal error de Jeremías, por qué olvido de su parte, pues él es el único que me ayuda en estas cosas, por qué resurrección de las cenizas de un papel quemado ha podido caer ese codicilo en manos de usted? Esto es lo que ignoro...

—Como quiera que sea—interrumpió Rigaud—y por más que usted diga, la cuestión es que yo tengo en buen escondite esa adición lacónica al testamento del señor Gilberto Clennam, escrita de puño y letra de una dama aquí presente, con su firma y la de nuestro viejo intrigante. Esta es la verdad, mi querido Flintwinch, mi muñeco de cuello torcido. ¡Vamos, señora, despache usted porque el tiempo urge! Si no continúa, ya concluiré yo este interesante relato.

—No quiero—replicó la viuda ciega de cólera—pues no quiero verme ni que los otros me vean en el retrato engañoso que de mí quiere hacer. Usted, con su infame experiencia de las cárceles y de los presidios, procuraría hacer creer que el dinero es el que me ha tentado; pero no... no es el dinero.

—¡Bah, bah, bah! dejaré á un lado por el pronto mi finura y mi galantería acostumbradas para contestar: ¡mentira, mentira, mentira! Usted sabe que ha suprimido el acta y guardado el dinero.

—¡No fué por el dinero, miserable!... (la señora Clennam hizo un esfuerzo para levantarse, y en su energía, casi consiguió ponerse en pié.) Gilberto Clennam, reducido á la imbecilidad, pudo figurarse en su lecho de muerte que debía hacer algo por una joven á quien su sobrino amó y que dominada por la tristeza habíase retirado del mundo después de ver hollado su culpable amor... y si en un momento de debilidad me dictó á mí, cuya existencia había sido envenenada por esa mujer, un codicilo destinado á compensar inmerecidamente sus padecimientos... ¿es lo mismo haber querido evitar tal injusticia ó tratar de apropiarse por codicia una simple cantidad de dinero?... Esto se queda para hombres como usted ó sus compañeros de cárcel, que roban todos los días al primero que llega.

—Advierta usted que el tiempo urge. ¡Cuidado con lo que hace!

—Aunque se debiera quemar la casa desde el sótano hasta el granero, permaneceré aquí para justificarme y evitar que se desnaturalicen mis piadosas intenciones, comparándolas con las de un asesino y un ladrón.

Rigaud, por toda contestación, hizo castañetear los dedos junto al rostro de la señora Clennam.

—El anciano tío—dijo después de una pausa—dejó mil libras esterlinas á la hermosa niña que usted mató á fuego lento, y otras mil á la hija más joven que el protector de aquella pudiese tener á los cincuenta años, ó (en el caso de no haber ninguna) á la hija de menor edad de su hermano, en recuerdo de la protección desinteresada que habría dispensado á una joven huérfana sin amparo. Tenemos pues un total de dos mil libras esterlinas. ¿No llegaremos nunca á la cuestión del dinero?

—Ese protector...—replicó la señora Clennam con mucha vehemencia.

—Yo quiero nombres—interrumpió Blandois;—déle usted el suyo; llámele Federico Dórrit, y dejémonos de palabras encubiertas.

—Ese Federico Dórrit—repuso la viuda—fué la causa de todo. Si no hubiese sido un aficionado á la música, y si en los días de su juventud y prosperidad no hubiera tenido casa abierta, donde los cantantes y comediantes y otros hijos de Baal volvían la espalda á la luz y la cara hacia las tinieblas, tal vez esa joven no habría salido de su humilde posición para precipitarse en el abismo de la iniquidad; pero no, Federico Dórrit, cediendo á las inspiraciones de Satanás, se considera como un hombre de buen gusto, cree hacer una buena acción, y porque la joven tiene buena voz, hácele aprender música para que sea cantante. Después, el padre de Arturo, que aun en medio de los ásperos senderos de la virtud, siempre se dejó seducir por esas malditas tentaciones que se llaman *las artes*, llegó á conocer á Dórrit; y he aquí cómo por su mediación, una perversa huérfana, de la cual se quería hacer una cómica, llegó á prevalecer sobre mí; he aquí cómo se me hizo traición y se me humilló... No á mí—añadió vivamente la viuda, sonrojándose de súbito—digo mal, pues nada me importaban los agravios de semejante pecadora; nunca

he pensado sino en las ofensas cometidas contra el Señor.

Jeremías Flintwinch, que poco á poco se había acercado al canapé, colocándose junto á la viuda sin que ésta lo notase, hizo una señal negativa con la cabeza al oir estas últimas palabras.

—En fin—continuó la señora Clennam—pues ya llego al fin de mi historia, de la cual no hablaré nunca más... cuando yo suprimí el codicilo, con conocimiento del padre de Arturo...

—Sí, pero no con su consentimiento—interrumpió Flintwinch;—ya lo recordará usted.

—Yo no he dicho su consentimiento... (la señora Clennam, al ver á Jeremías tan cerca de ella, retiró un poco el sillón y miró á su socio con creciente desconfianza). Usted sirvió con frecuencia de embajador entre nosotros, cuando el padre de Arturo quería obligarme á publicar ese codicilo, lo cual rehusé siempre, y harto sabe usted lo que pasó. Cuando suprimí ese documento no traté de destruirle, y lejos de ello guardéle en esta casa durante muchos años, pues como el resto de la fortuna del tío Gilberto recaía en el padre de Arturo, érame fácil, en un momento dado, entregar las dos sumas á los herederos, fingiendo haber encontrado este papel por casualidad; pero durante mi larga permanencia en esta habitación, no he tenido motivo para divulgar lo que había ocultado hasta hoy. Obedecer á las malas inspiraciones de un momento de delirio hubiera sido recompensar el pecado: he cumplido la misión que se me confiara, sufriendo entre las cuatro paredes de este cuarto lo que al Señor le plugo hacerme sufrir. Cuando el codicilo quedó destruído al fin... (por lo menos así lo creí), la protegida de Federico Dórrit había muerto ya hacía mucho tiempo, y su protector, en justo castigo de su maldad, estaba arruinado y reducido á la imbecilidad; no tenía hijos, pero sí una sobrina; y lo que he hecho por ella valía más que una suma de dinero, de la cual no se hubiera aprovechado... Esa joven (al decir esto la señora Clennam fijó una mirada en el reloj) era inocente, y tal vez no habría olvidado yo dejarla el dinero á la hora de mi muerte.

—¿Me permitirá usted recordarle un pequeño incidente de esta historia, querida y dignísima señora? El codicilo se hallaba en esta casa la noche en que nuestro amigo, el preso,

volvió del extranjero; y también quiero recordarle que la avecilla cantora, cuyas alas cortó usted, ha estado mucho tiempo enjaulada, al cuidado de un guardián que usted eligió y que ese viejo intrigante conoce bien. ¿Podremos saber cuándo vió el señor Jeremías por última vez á ese guardián?

—¡Yo lo diré!—exclamó Affery retirando otra vez el delantal de su boca...—¡Jeremías, si adelantas un paso voy á gritar de modo que me oigan al otro lado del Támesis! El individuo que ese hombre ha visto es el hermano gemelo de Jeremías; vino á esta casa la misma noche en que Arturo durmió aquí, y mi marido en persona le entregó ese papel, con yo no sé qué otras cosas, que el otro se llevó en un cofrecillo de hierro... ¡Socorro, socorro! ¡Al asesino! ¡Libradme de Jere..... mí.....as!

El viejecillo se había precipitado para administrar á toda costa una buena dosis á su cara mitad; pero Blandois le salió al encuentro, y después de forcejear un instante, Jeremías hubo de volver á su puesto, con las manos en los bolsillos.

—¡Cómo!—exclamó Rigaud con tono irónico, haciéndole retroceder á codazos.—¡Cómo osa usted acometer así á una dama que tiene tales aptitudes de sonámbula! ¡Pero, hombre, sin duda no piensa que podría hacerse rico enseñándola por dinero! ¡Ja, ja, ja!... ¡y cómo se parece usted á su gracioso hermano, mi pequeño Jeremías! Aún me parece verle tal como le conocí la primera vez que hubé de servirle de intérprete con el patrón en la posada de los Tres Billares, en Amberes. ¡Aquél sí que bebía y fumaba como un hombre! Había alquilado un quinto piso, y no hacía más que dormir, comer y beber, tanto que todas las noches se embriagaba, hasta el día en que subió al cielo. ¡Ja, ja, ja! ¿qué importa ahora saber cómo adquirí los papeles contenidos en el cofrecillo de hierro? Tal vez me los confió para devolvérselos á usted, ó quizás mi curiosidad me indujo á forzar la cerradura, para examinar lo que guardaba. Todo esto importa poco, con tal que yo tenga los papeles en sitio seguro.

Al oir estas palabras, la señora Clennam fijó una mirada de asombro en Flintwinch, á la cual contestó éste con otra que parecía de reto, á juzgar por su expresión de cólera.

—¡Ah, ah!—exclamó Rigaud, que observaba á la viuda y á

su socio—cualquiera diría que aún no se conocen ustedes, amigos míos. Pues si es así, permítame, apreciable señora Clennam, presentarla, á usted que suprime los testamentos, al señor Jeremías Flintwinch, que los rehabilita en su provecho.

Jeremías, sacando las manos de sus bolsillos para acariciarse la barba, adelantóse dos pasos, y con la vista fija en la viuda, dijo con cierta gravedad mezclada de ironía:

—¡Oh! ya sé lo que quiere decir con esa mirada interrogadora, pero es inútil que abra tanto los ojos, porque no me infundirá con eso ningún temor. No sé cuántos años hace que le repito continuamente que es la mujer más testaruda del mundo; usted quiere aparentar que es la más humilde pecadora, pero lejos de esto, tiene usted un orgullo endiablado, cualidad distintiva de su carácter. Le he dicho á usted mil y mil veces, cuando hemos hablado seriamente, que aunque usted humillara á todo el mundo, á mí no me doblegaría nunca; diríase que quiere comerse á las personas crudas, pero yo soy demasiado duro para que me hinque el diente. ¿Por qué no destruyó el documento cuando le tuvo en la mano? Yo le aconsejé que lo hiciera, pero como usted se burla de cuántos consejos le dan, se empeñó en guardarlo. Ahora dice que era para pedir la ejecución más tarde, en caso de convenirle. ¡Ya, ya! ¡vea usted si lo creeré, conociéndola como la conozco! He aquí cómo trata de engañarse á sí misma y de hacernos creer que si se ha vengado como lo ha hecho, no es porque usted sea una mujer mala, irritable, colérica y rencorosa, sino porque el Señor la eligió por instrumento para castigar una falta, confiándole tan santa misión. ¿Quién diablos es usted para desempeñarla? Todo esto podrá ser religión para la señora Clennam; mas para mí es una farsa, y ya que he comenzado ¡vive Dios que voy á decir cuánto guardo en el corazón! Hace ya mucho tiempo... lo menos cuarenta años... que me crucifica usted con sus aires de gran señora, á mí (que la conozco á usted mejor que la camisa que lleva puesta), cual si yo fuese sólo á su lado un cero á la izquierda. Cierto que la admiro, como mujer sesuda y de talento; pero por mucho que tenga, esto no la autoriza para crucificar á un hombre todo el día durante cuarenta años sin que su piel se

resienta. Y no abra tanto los ojos, porque le repetiré que no me importa un pito. Y ahora, vamos á lo del testamento, y escúcheme bien: usted le escondió en alguna parte sólo de usted conocida; en aquella época, como mujer dotada de mucha actividad, si hubiera querido recobrar el documento, habríale bastado ir á cogerlo; pero hete aquí que un día la sobrecoge una parálisis, y ya no le es posible dar un paso, quedando de consiguiente el papel oculto largos años. Al fin, cuando esperábamos á cada momento la vuelta de Arturo, siendo de temer que se entretuviera en registrar todos los rincones de la casa, le recomiendo á usted mil y mil veces que me diga dónde está el documento, ya que no puedo ir á buscarle, á fin de destruirlo; pero no... usted se empeña en que ni yo ni nadie podrá encontrarlo, y seguimos así, hasta que un domingo por la noche llega Arturo. No hacía diez minutos que se hallaba en esta habitación cuando comenzó á hablar del reloj de su padre; y usted sabía muy bien que el *no olvides*, pronunciado en la hora de la muerte quería decir: «no olvides la supresión del codicilo...» La conducta de Arturo la intimidó á usted, y muy pronto pensó que convendría quemar el documento; de suerte que antes que esa Jezabel (Flintwinch señaló á su esposa) la acostara, me dijo usted al fin que el papel estaba oculto entre los registros viejos amontonados en el sótano, visitado á la mañana siguiente por el mismo Arturo. Sin embargo, como era domingo, usted tuvo escrúpulo de quemarlo en seguida, y quiso esperar hasta el lunes. ¡Pardiez! mi curiosidad no podía resistir ya más tiempo, y en mi mal humor, no siendo tan escrupuloso como usted, comencé á examinar el documento para refrescarme un poco la memoria. Una vez enterado de lo que decía, busqué otro papel amarillento, dobléle como un codicilo... y el lunes por la mañana, cuando me obligó á quemarlo á su vista, para estar más segura, hice un juego de manos y quemé el facsímil... con gran satisfacción de usted. Mi hermano Efraím, el guardián de los locos, había tenido mucho qué hacer desde que usted le confió la demente que le ocupó tan largo tiempo; pero sus negocios no habían prosperado, á causa de varias especulaciones aventuradas; y como le acosaban los acreedores, había resuelto abandonar el país con cuánto le fuera po-

sible recoger y una pequeña cantidad que yo le presté. Efraím se hallaba precisamente aquí el lunes de que hablamos, esperando la marea á fin de embarcarse para Amberes, donde conoció á ese caballero. Cuando mi hermano y su mujer tuvieron que guardar á la madre de Arturo, la loca se ocupaba en escribir casi á todas horas... principalmente cartas de confesión y oraciones, las cuales dirigía á usted pidiéndole gracia. Efraím me entregaba á veces estas cartas; pero yo creí que no estaría de más guardármelas, para evitar que se las comiese usted crudas, como quisiera hacer con todo lo demás, y las guardé en un cofrecillo, á fin de verlas cuando quisiera entretenerme. Al llegar Arturo, comprendiendo yo que no sería prudente tener el codicilo en la casa, guardéle con las cartas, y confié el cofrecillo á mi hermano, que debía llevárselo para devolvérmelo cuando se lo pidiera. Varias veces le he escrito reclamándole el objeto, mas nunca recibí contestación; y ya no sabia qué pensar, cuando este caballero nos honró con su primera visita. Entonces comencé á sospechar el caso, y no necesito que ese hombre me diga nada para saber cómo ha obtenido los datos en mis papeles y en el de usted. Y ahora, mujer testaruda, réstame sólo añadir dos palabras: aún no estaba resuelto á utilizarme del codicilo para atormentarla; pero creo que me habría contentado con saber que era más hábil que usted, y que podía humillarla cuando me acomodase. En el estado actual de nuestros negocios no puedo darle más explicación por el momento; de aquí á veinticuatro horas sabrá lo demás. Vamos; ya está usted al corriente de la cosa, y por lo tanto, déjese de abrir tanto los ojos, que á mí no me hacen efecto.

La señora Clennam dejó de mirar á Flintwinch, y oprimióse la frente con la mano izquierda; la otra se apoyaba en la mesa; y entonces se pudo observar en la viuda ese movimiento extraño que había hecho ya una vez como para levantarse.

—Nadie le dará á usted por esa caja—dijo á Blandois—una cantidad tan crecida como la que yo le ofrezca, ni encontrará quien le pague tanto por el secreto; pero en este instante no puedo disponer de la suma que me ha pedido, porque los negocios de esta casa no han prosperado. ¿Cuánto quiere usted

ahora, cuánto más tarde, y qué garantía me dará de su discreción?

—Ángel mío—contestó Blandois—ya le he dicho cuánto quería, y el tiempo urge. Antes de venir aquí he sacado copia de los papeles más importantes para depositarla en manos de tercero. Aguarde usted hasta el momento de cerrarse la verja de la prisión de la Mariscalía, y ya será demasiado tarde para tratar, pues el preso lo habrá leído todo.

La viuda se llevó de nuevo las manos á la cabeza, profirió un grito y púsose en pié; vaciló un instante como si fuera á caer, mas al fin permaneció firme delante de Blandois.

—¡Miserable—exclamó—miserable, explíquese usted!

Ante aquel fantasma rígido que hacía tantos años no podía moverse, Blandois retrocedió y bajó la voz: hubiérase dicho que los tres testigos de aquella escena presenciaban la resurrección de una difunta.

—La niña Dórrit—repuso Blandois—á quien conocí en Suiza y en Italia. profesa mucho cariño al preso, y ahora le cuida con la mayor solicitud. Al venir aquí, he dejado en poder del carcelero un paquete con una carta en la cual indico lo que esa joven debe hacer *en interés de su amigo Arturo Clennam*... Debe devolver el paquete, sin abrirlo, en el caso de que lo pidan esta noche antes de cerrar la prisión; y si nadie lo reclama, entregarlo al preso. ¿Le parece á usted que yo me hubiera aventurado á entrar en esta casa sin estar seguro de que mi secreto me sobreviviría? ¿Y cree usted aún que este secreto no me producirá en otra parte lo que me dén aquí? ¡Vamos, señora! no quiera usted regatear, sabiendo que la joven dará cuánto pida... en interés de Arturo Clennam... para enterrar esta historia. Repito que el tiempo urge; cuando la campana haya tocado, ya no estará de venta el paquete, pues pertenecerá á la señorita Dórrit.

La viuda pareció luchar un momento consigo misma; poco después, avanzando presurosa hacia un armario, abrió violentamente la puerta y tomó una especie de capuchón para cubrirse la cabeza.

La anciana Affery, que la había seguido con una mirada de terror, precipitóse hacia ella, y cogiéndola por la falda del vestido, arrodillóse exclamando:

—¡No se mueva usted, por Dios, no se mueva usted! ¿Á dónde quiere ir? Es usted una mujer terrible, pero no le guardo rencor; bien veo ahora que nada puedo hacer por ese pobre Arturo, y por lo tanto no debe desconfiar de mí: yo guardaré el secreto. No salga usted de aquí, porque caerá muerta en la calle. Si la persona que se oculta aquí es esa pobre loca, permítame usted sólo cuidar de ella; no pido más que esto, asegurándola en cambio que puede contar conmigo.

La señora Clennam permaneció un momento inmóvil á pesar de su precipitación y contestó con tono de sorpresa:

—¿Dices que si es ella la que se oculta aquí? ¡Si hace ya más de veinte años que ha muerto! Pregúntaselo á Flintwinch... pregúntaselo á ese hombre. Ambos te dirán que dejó de existir el día que Arturo marchó á la China.

—¡Entonces, tanto peor!—exclamó Affery temblando de piés á cabeza—porque su espíritu será el que recorre la casa. ¿Quién sino ella andaría por todas partes, haciendo señales misteriosas y arrojando puñados de tierra? ¿Quién va y viene de continuo, rayando las paredes de las habitaciones cuando estamos acostados? ¿Quién está detrás de las puertas para impedirnos abrirlas? ¡Oh! ama mía, no salga usted, porque es seguro que caerá muerta en medio de la calle.

La señora Clennam desprendió su vestido de la mano que la sujetaba, y diciendo á Blandois que la esperase, salió presurosa.

Desde la ventana viéronla cruzar el patio con aire de aturdimiento y salir después á la calle.

Durante algunos minutos, Affery y los dos hombres permanecieron inmóviles en su sitio; pero muy pronto la anciana se precipitó fuera de la habitación, retorciéndose las manos para ir en seguimiento de su señora. Jeremías Flintwinch se dirigió luégo hacia la puerta, siempre de espaldas, para no perder de vista á Blandois, con una mano en la barba y la otra en su bolsillo, y desapareció á su vez sin despegar los labios.

Por lo que hace á Rigaud, sentóse en el reborde de la ventana abierta, en la misma postura que solía tomar en la cárcel de Marsella, y sacando un cigarrillo comenzó á fumar.

—¡ Bah !—murmuró—esta antigua casa es tan triste como la condenada prisión de allá, y no menos lúgubre. ¡ Que la espere aquí ! ¡Ya lo creo que la esperaré ! Pero ¿ á dónde diablos habrá ido, y cuánto tiempo tardará ? no importa. ¡ Ah ! ¡ Rigaud Lagnier Blandois, amigo mío, ya tendrás tu dinero y serás rico ; has vivido como caballero y como tal morirás; siempre triunfando, porque esto es propio de tu carácter !

Y exhalando una bocanada de humo, el caballero pareció contemplar con satisfacción una de las gruesas vigas del techo.

CAPÍTULO XXXI

El hundimiento

El sol se había puesto y el crepúsculo vespertino oscurecía ya las calles, cuando la señora Clennam emprendió su marcha apresuradamente. En las inmediaciones de la vieja casa su presencia llamó poco la atención, porque había pocos transeúntes; pero cuando al remontar hacia el puente de Londres desembocó en una calle frecuentada, su aspecto produjo la más viva sorpresa.

Con ademán resuelto, pero pálida y flaca, semejante á un difunto que ha salido de la tumba, la viuda avanzaba rápidamente, con su antiguo traje negro y su chal en la cabeza, sin

fijar su atención en los numerosos transeúntes, pero sirviendo de blanco á todas las miradas. Los curiosos se detenían para verla pasar, y los que iban de prisa contemplábanla un instante con cierta expresión de terror, cual si vieran un fantasma adelantarse hacia ellos.

Aturdida por la irrupción turbulenta de aquella multitud, por la nueva sensación que experimentaba después de su largo aislamiento, y más aún por la palpitante realidad de aquel mundo, del que había estado separada durante tantos años, la señora Clennam proseguía su camino, más preocupada por sus ideas que por los observadores que la seguían; pero después de cruzar el puente y de recorrer cierta distancia, pensó en preguntar dónde se hallaba.

Entonces vió que la rodeaba un círculo de personas ávidas de curiosidad, ansiosas de averiguar quién era aquella mujer semejante á un espectro.

—¿Por qué me rodean ustedes?—preguntó con voz temblorosa á los que le impedían pasar.

Ninguno de los que estaban más próximos quiso contestar al pronto, pero al fin, una voz agria replicó:

—Porque está usted loca.

—Estoy tan en mi juicio como cualquiera de vosotros—repuso la viuda:—busco la prisión de la Mariscalía.

La misma voz contestó:

—Pues bien, no se necesita más para probar que está usted loca, pues precisamente se halla delante de esa prisión.

De repente, un joven de escasa talla y de expresión tranquila, acercóse á la viuda y le preguntó:

—¿Busca usted la prisión de la Mariscalía? En tal caso, cruce usted la calle y sígame.

La multitud, descontenta al ver que se acababa la diversión, agrupóse detrás y á los lados de la viuda, impidiéndola avanzar; pero al fin la señora Clennam y su conductor vieron abrir la puerta de la cárcel, que se cerró inmediatamente detrás de ellos. En la portería, una luz amarillenta luchaba ya con las primeras sombras de la noche.

—¿Qué ocurre, Juan?—preguntó el carcelero cuando hubieron entrado.

—Nada de particular, padre; esta señora no sabía su cami-

no y los curiosos la molestaban. ¿Qué se le ofrece á usted?

—¿Se halla aquí la señorita Dórrit?

—Sí, aún no se ha marchado—contestó Juan, á quien pareció interesar la pregunta.—¿Tiene usted á bien decirme su nombre?

—La señora Clennam.

—¿La madre del señor Arturo Clennam?

Los labios de la viuda se oprimieron, y después de vacilar un momento contestó:

—Sí; más vale decir que soy su madre.

—La familia del director—repuso Juan Chivery—se halla ausente por algunos días; de modo que, si usted gusta, puede subir á una de las habitaciones mientras yo aviso á la señorita Dórrit.

La viuda consintió; Juan cogió un manojo de llaves, abrió una puerta, y por una escalerilla de servicio condujo á la madre de Arturo á la sala del gobernador. Las ventanas daban al patio, ya oscuro, donde los presos fumaban acá y allá, ó paseábanse para matar el tiempo. La señora Clennam, completamente perturbada, contemplaba aquella prisión tan distinta de la suya, cuando de pronto la estremeció una exclamación de sorpresa proferida por una vocecita suave.

La niña Dórrit estaba á su lado.

—¿Es posible, señora Clennam—preguntó—que se haya usted restablecido hasta el punto de...?

La joven se interrumpió al observar el semblante de la viuda, cuya expresión distaba mucho de expresar el contento.

—No; seguramente no es la salud ni la fuerza lo que me ha permitido llegar hasta aquí.

Y agitando su mano derecha, como para cortar aquella conversación, añadió:

—¿Ha recibido usted un paquete que debía usted entregar á Arturo si nadie lo reclamaba antes de cerrarse la puerta de la prisión?

—Sí.

—Vengo á pedírselo á usted.

La niña Dórrit sacó el paquete del bolsillo y entregóselo á la señora Clennam.

—¿Tiene usted la menor idea de lo que contiene?

—No.

—Pues lea usted.

Amy volvió á tomar el paquete y abrióle; pero como ya estaba oscura la habitación, fuéle preciso acercarse á la ventana, no sin recibir antes de la viuda un segundo sobre en el cual se leía: *Á la señorita Dórrit.* La joven aprovechó la última claridad del crepúsculo para leer, y después de proferir una ó dos exclamaciones de sorpresa y de terror, terminó su lectura en silencio: al volver la cabeza, vió que su antigua ama estaba inclinada ante ella.

—Ahora ya sabe usted lo que he hecho—dijo la madre de Arturo.

—Sí—replicó la niña Dórrit—ó por lo menos temo saberlo, pues tengo el espíritu demasiado turbado por los recuerdos y la compasión para darme cuenta de lo que acabo de leer.

—Le devolveré á usted cuánto le pertenece—dijo la viuda; —pero perdone mi falta. ¿Podrá usted perdonármela?

—Dios sabe que la perdono de todo corazón... mas no bese mi vestido ni se arrodille á mis piés; tiene usted demasiada edad para hacer eso, y además no lo necesita usted para que yo la perdone con toda mi alma.

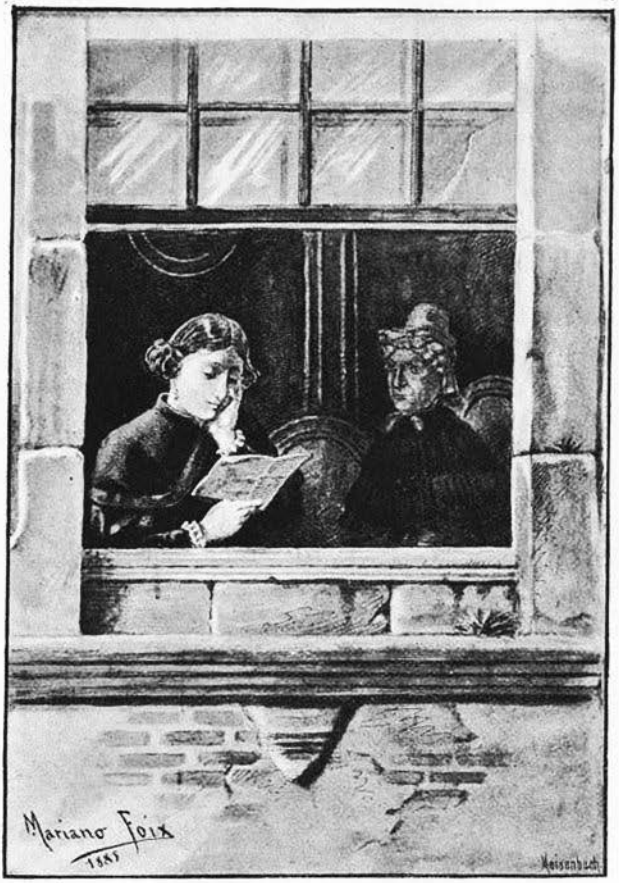
—Aún debo pedirle otro favor.

—Muy bien; mas no en esa postura, que no es natural que su cabeza gris se incline ante mi juventud. Levántese usted, y permítame ayudarla.

Así diciendo, la niña Dórrit levantó á la señora Clennam y permaneció á su lado, algo atemorizada, pero mirándola con singular dulzura.

—El gran favor que debo pedir á usted, confiando en sus nobles y generosos sentimientos—dijo la señora Clennam—es que oculte usted todo esto á Arturo hasta la hora de mi muerte. Si después de reflexionar le parece que puede ser ventajoso para él conocer el secreto viviendo yo, podrá revelárselo; pero no, creo que no lo pensará usted así y que me evitará el disgusto hasta la hora de mi muerte.

—Estoy tan desconsolada, y lo que acabo de leer me ha turbado de tal modo—repuso la niña Dórrit—que apenas



La jóven aprovechó la ultima claridad del crepúsculo para leer...

puedo contestar á usted con seguridad. Si estuviera segura de que la revelación de este secreto no puede proporcionar ningún bien al señor Clennam, yo...

—Ya sé—interrumpió la viuda—que usted le aprecia mucho y que mira por él ante todo; es natural, y yo no lo censuro; pero si después de haber consultado sus intereses se cree usted con derecho para acceder á mi súplica ¿me guardará el secreto durante el poco tiempo que me queda de vida en este mundo?

—Sí.

—¡Dios la bendiga!

La señora Clennam estaba en la sombra, de modo que á los ojos de la niña Dórrit, iluminada por la última claridad del crepúsculo, parecía sólo una forma confusa; pero su voz, al pronunciar estas tres últimas palabras tenía á la vez una entonación ferviente y ahogada; y hubiérase dicho que sus ojos, humedecidos en aquel instante, acababan de experimentar una emoción tan nueva como lo era el movimiento para sus miembros largo tiempo paralizados.

—Tal vez extrañe usted—añadió la viuda con voz más firme—que yo prefiera confiarme á usted, á pesar de mis faltas, que al hijo de la enemiga que tanto daño me hizo, porque esta mujer, no sólo ofendió al Señor sino que emponzoñó mi existencia. Su recuerdo fué el que alejó de mí al padre de Arturo; si desde el primer día de nuestro casamiento inspiré horror á mi esposo, á ella se lo debo; y si para los dos he sido un azote, sólo esa mujer tiene la culpa. Usted ama á Arturo, lo adivino por su rubor, que ojalá sea para los dos aurora de días más felices; y sin duda se habrá preguntado ya por qué tengo menos confianza en Arturo que en usted, siendo de carácter tan dulce y misericordioso,

—Nada de lo que se refiera al carácter noble y benévolo del señor Clennam puede ser extraño á mi corazón.

—No lo dudo; y sin embargo, Arturo es la única persona á quien tengo empeño en ocultar ese secreto mientras yo viva. Durante su infancia, desde los primeros días que él podría recordar, le he educado con mano de hierro; mi severidad ha sido implacable para él, porque sé que el Señor hace recaer sobre los hijos las faltas de sus padres; y porque comprendí

que Arturo estaba marcado desde su nacimiento con un sello fatal. Siempre estuve entre Arturo y su padre, que deseaba ansiosamente enternecerse con su hijo, porque era preciso que éste se salvara en la esclavitud y en los duros tratamientos. Aún me parece verle, vivo retrato de su madre, levantar su vista de los libros para dirigirme miradas de terror, procurando dulcificarme con su aire sumiso; pero con esto recordábame más á su madre y más se endurecía mi corazón.

Estas palabras, pronunciadas con tono lúgubre, producían en la niña Dórrit una profunda impresión de terror.

—Era para su bien—prosiguió la señora Clennam—pues yo no pensaba más en mi ofensa: ¿quién soy yo y qué era mi odio personal después de la maldición del cielo? Yo ví crecer á ese niño, no en la piedad de los elegidos, porque el pecado de su madre era demasiado grande; pero sí con espíritu de justicia, de rectitud y de obediencia hacia mí. No me amó nunca, aunque yo lo esperé un momento... ¡tanto se complace la corrupción de la carne en luchar contra los deberes que el Señor nos impone!... pero siempre me trató con el mayor respeto; y aun hoy mismo no ha cambiado sintiendo en su corazón un vacío, cuya causa no comprendió jamás; alejóse de mí para seguir otro camino; mas al separarse, hízolo con las consideraciones que creía deberme. Tales fueron sus relaciones conmigo; las que tuve después con usted, mucho menos íntimas, duraron muy poco tiempo. Cuando usted trabajaba en mi habitación, tenía miedo de mí, pero pensaba que yo la protegía; mejor informada hoy, ya sabe que cometía una falta. Ahora no quisiera, ni aun á cambio de la mayor recompensa que se pueda alcanzar en esta vida, verme arrojada del lugar que siempre ocupé á los ojos de Arturo; no quisiera convertirme para él en una extraña, digna de su desprecio y manchada de oprobio; si debe despreciarme, que no sea hasta después de mi muerte. Mientras me halle en este mundo, que no deje de existir yo para él, aniquilada á sus ojos, cual si me hubiera abrasado el rayo del Señor.

Si el desmesurado orgullo de la señora Clennam sufría espantosamente en aquel momento bajo la influencia de sus antiguas cóleras, no padeció menos al añadir:

—En este instante veo aún que tiembla usted delante de mí, cual si le pareciese que he sido cruel.

La niña Dórrit no tuvo valor para decir lo contrario aunque trató de disimular su instintiva repugnancia; infundíanle espanto las terribles pasiones que habían producido aquella devoradora llama, aquel incendio que duraba hacía tantos años; estremecíase ante las hediondas pasiones que se presentaban á ella en toda su horrible desnudez, sin que ningún sofisma pudiera cubrirlas con un velo.

—He llevado á cabo—continuó la señora Clennam—la misión que el Señor me confiara; he luchado contra el mal y no contra el bien; he sido un instrumento de severidad contra el pecado. ¿No fueron elegidas en todo tiempo las simples pecadoras como yo para castigar á los enemigos de Dios?

—¿En todo tiempo?—repitió la niña Dórrit.

—Aunque me hubiese animado el recuerdo de mis propios agravios y el deseo de venganza, ¿no podría yo encontrar mil razones para justificar mi conducta? ¿No se halla escrita mi justificación en la historia de esos días lejanos en que los inocentes perecían con los culpables en la proporción de mil por uno... y en que la sangre misma no bastaba para aplacar la cólera del justo apoyado en los brazos del Señor?

—¡Oh señora Clennam, señora Clennam!—exclamó la niña Dórrit—esos ejemplos de cóleras rencorosas y de implacables venganzas no son buenos de seguir, ni encierran consuelo alguno para nosotras. He pasado casi toda mi vida en esta mísera cárcel, y mi educación fué incompleta, pero permítame usted recordarle una época menos lejana y más feliz. Tomemos sólo por guía á Aquél cuya misión era curar á los enfermos, despertar á los muertos y consolar á los afligidos; piense usted en el dulce y divino Maestro, que virtió lágrimas de compasión sobre nuestras flaquezas, y advierta que no podemos engañarnos al olvidar todo lo demás para acordarnos sólo de Él. Por lo que yo sé, no se habla de venganzas ni castigos en la historia de su vida; y esté usted segura que no podemos extraviarnos al seguir en lo posible sus huellas.

Y como al pronunciar estas palabras elevase los ojos al azulado cielo, la niña Dórrit presentó un contraste singular con

el enlutado espectro medio oculto en la sombra; pero la existencia y la doctrina en que la joven se apoyaba, ofreció un contraste más notable aún con la historia de la asociada de Jeremías Flintwinch.

La señora Clennam bajó de nuevo la cabeza sin despegar los labios, permaneciendo silenciosa hasta el momento en que el primer toque de la campana anunció á los visitantes que era llegada la hora de salir.

—¡Tan pronto!—exclamó la viuda estremeciéndose.—Le he dicho á usted que me restaba pedirle una gracia, y si quiere concedérmela no hay tiempo que perder. El hombre que encargó entregaran á usted el paquete y que posee los originales de estos papeles, espera en mi casa el precio de su silencio, y sólo comprándole podré impedir que lo revele todo á Arturo; pero exige una crecida suma, más dinero del que puedo reunir si no me da tiempo. No ceja en su pretensión, y amenaza con dirigirse á usted si no acepto sus condiciones. ¿Quiere usted acompañarme, para que vea que ya lo sabe usted todo, á fin de que sea menos exigente, ayudándome así á librarme de las garras de ese tigre? No me rehuse lo que le pido en nombre de Arturo, aunque no me atreva á pedirlo por el amor de él.

La niña Dórrit no se hizo rogar; desapareció en el interior de la prisión, y volviendo á los pocos minutos dijo á su antigua señora que ya podían marchar. Un momento después bajaban por la gran escalera, á fin de que no las vieran desde la portería, y cruzando el patio de entrada, tranquilo y desierto en aquel instante, salieron á la calle.

Era una de aquellas hermosas noches de verano que parecen un largo crepúsculo; la perspectiva formada por las calles y el puente de Londres dibujábase claramente bajo un cielo puro y sereno; habían cesado los rumores y el activo movimiento del día; y la señora Clennam y su acompañante eran las únicas personas que andaban de prisa.

Menos notada en aquel momento, por ir acompañada y haber desaparecido la claridad del día, la señora Clennam se pegaba á la niña Dórrit, sin que nadie pensase en molestarla. Las dos mujeres, penetrando en la misma callejuela que la viuda tomó antes para remontar hacia el puente,

avanzaron por travesías desiertas y silenciosas, y ya iban á franquear el umbral de la puerta cochera de la casa, cuando de pronto detuviéronse espantadas al oir un gran estrépito semejante á un trueno.

—¡Qué ruido es ese! Entremos pronto—exclamó la señora Clennam.

Ya estaban junto á la puerta, pero la niña Dórrit, profiriendo un grito de terror, detuvo á su compañera.

Durante un momento vieron ante sí la antigua mansión donde Blandois se deleitaba con su cigarrillo en la boca; pero un instante después resonó como un segundo trueno, la casa pareció elevarse y se dilató, abriéronse grietas por todas partes, y hundióse toda su mole con horrísono estrépito.

Aturdidas por aquel ruido, sofocadas y cegadas por el polvo, las dos mujeres ocultaron el semblante entre las manos permaneciendo inmóviles. El torbellino que se elevó entre ellas y el cielo sereno permitió ver un instante las estrellas; y cuando la viuda y su acompañante comenzaron á pedir socorro, la pesada red de chimeneas que aún permanecían en pié como una torre en medio de un huracán, vaciló, se rompió y cayó, arrastrando un torrente de piedras, como si éstas hubieran querido sepultar más profundamente al miserable que debía perecer bajo las ruinas.

Ennegrecidas por el hollín y el polvo que las cubría, la viuda y la niña Dórrit se alejaron profiriendo gritos de alarma y de terror; pero muy pronto la señora Clennam cayó en tierra; y desde aquel día ya no pudo levantar un dedo ni pronunciar una sola palabra. Durante más de tres años permaneció echada en su sillón de ruedas, fija la vista en cuantos la rodeaban, y comprendiendo al parecer lo que se decía; pero ya no pudo romper el silencio que durante tantos años se impusiera obstinadamente por su propia voluntad. Solamente movía los ojos para expresar un *sí* ó un *no;* pero por lo demás vivió y murió como una estatua.

La anciana Affery, que había ido á la prisión á buscar á su señora, y que la vió desde lejos en el puente, llegó á tiempo para recibirla en sus brazos y ayudar á que la condujeran á una casa inmediata, donde comenzó á cuidar de ella con una solicitud que no se desmintió hasta la última hora.

Ya dejaba de ser un misterio la causa de todos los rumores extraños que la anciana oía continuamente; semejante en esto á muchas personas de inteligencia superior, había consignado hechos del todo exactos, pero sacando de ellos falsas deducciones.

Cuando las nubes de polvo se hubieron disipado, recobrando la atmósfera su serenidad, una multitud de curiosos invadió las inmediaciones de la casa, y formáronse grupos de trabajadores para explorar las ruinas. La voz pública, que todo lo exagera, hizo circular el rumor de que se hallaban al menos cien personas en la casa al ocurrir el hundimiento; después se rebajó este número á cincuenta; y al fin se confirmó que sólo se contaban dos. Según se decía, las dos víctimas eran un extranjero y el señor Jeremías Flintwinch.

Los operarios dieron principio á las excavaciones con el mayor afán para retirar los escombros, que se cargaban rápidamente en carros y carretas; pero hasta el segundo día no se descubrieron los inmundos restos de Rigaud, cuya cabeza había sido pulverizada como el vidrio por aquella gruesa viga que él contemplaba con tanta satisfacción antes de la catástrofe.

En cuanto á Flintwinch, no se encontró rastro ni vestigio, á pesar de haberse continuado las excavaciones día y noche sin descanso. Muy pronto circuló el rumor de que la casa tenía grandes sótanos (lo cual era verdad), donde el viejecillo se hallaba al ocurrir el hundimiento, y que pudo guarecerse debajo de una bóveda sólida; hasta pretendíase que había gritado á los trabajadores con voz cavernosa y ahogada:

—¡Aquí estoy!

De un extremo á otro de la ciudad circuló después la noticia de que los trabajadores habían conseguido establecer una comunicación con el socio de la señora Clennam por medio de un largo tubo, que sirvió para hacer llegar á sus manos algunos comestibles, después de lo cual Flintwinch había gritado con mucho vigor:

—¡Bravo, amigos míos! Todo va bien, sólo me he roto la clavícula.

Los trabajos continuaron hasta que se hubieron barrido las ruinas, dejando en descubierto los sótanos; pero ni aun

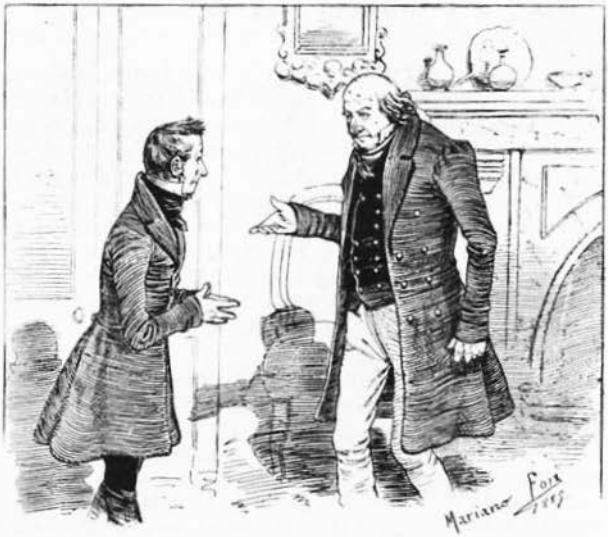
entonces se encontró la persona de Jeremías, ni con clavícula ni sin ella.

Poco después adquirióse la certeza de que el señor Flintwinch no estaba en la casa al ocurrir el accidente; y no se tardó en saber que había tenido gran ocupación en otra parte, cambiando diversos valores en metálico, y aprovechándose de su título de socio de la casa de Clennam para embolsar todos los fondos.

Affery, recordando que el viejecillo había anunciado que se explicaría dentro de veinticuatro horas, quedó convencida de que aquella desaparición tan precipitada era el resumen completo y satisfactorio de la explicación prometida; pero no dijo una palabra, y dió gracias al cielo por haberla librado de su esposo.

Y como en buena lógica parecía bastante inútil tratar de desenterrar un individuo que jamás estuvo sepultado debajo de tierra, renunciόse á continuar las excavaciones cuando se hubo llegado á los cimientos, no juzgándose oportuno buscar á Flintwinch hasta las profundidades del globo.

Esta determinación produjo gran descontento entre los habitantes de la ciudad, los cuales persistieron en creer que el pobre Jeremías constituía ya parte de la formación geológica de la gran metrópoli, aunque algún tiempo después se habló con frecuencia de un viejecillo que solía llevar el nudo de la corbata cerca de una ú otra oreja, y á quien se encontraba por lo regular acompañado de holandeses en las calles de la Haya ó en las tabernas de Amsterdam.



CAPÍTULO XXXII

La venganza de Pancks

Como Arturo seguía enfermo y el señor Rugg no vislumbraba en el horizonte legal ninguna probabilidad para mejorar los asuntos de su cliente, Pancks se culpaba cada día más severamente de haber sido causa de la prisión de Clennam, que en su concepto debía pasear en coche, en vez de hallarse vejetando en una cárcel. El pobre agente se lamentaba también de verse reducido á vivir de sus escasos haberes, debiendo tener, en su opinión, tres ó cuatro mil libras esterlinas.

Pancks, sin más consuelo que los cálculos que en tan mal hora juzgó inerrables, y que repetía continuamente á cuantos

querían oirle, vivía pues muy agitadamente y considerábase desgraciado, por lo cual impacientábale cada día más el yugo del Patriarca. Sus resoplidos indicaban ya cierto enojo, y varias veces el agente había contemplado las protuberancias del cráneo de Casby con más atención de la que convenía á un hombre que no era pintor ni peluquero.

Sin embargo, Pancks no dejaba de asistir á su escritorio, y los asuntos seguían su marcha acostumbrada. Un sábado por la tarde, después de haberse cobrado los alquileres de los inquilinos del Patio del Corazón Sangriento, el agente, que se disponía á salir de su escritorio, oyó que le llamaba su propietario.

—Señor Pancks—le dijo Casby—hace ya algún tiempo que se descuida usted mucho..... que se descuida mucho..... y será preciso corregirse.

—¿Qué entiende usted por esto?—preguntó el agente con tono brusco.

—Entiendo, señor Pancks, que ha de ser más riguroso con nuestros inquilinos, más riguroso, señor mío, mucho más riguroso, usted no los apremia, no los apremia nada, y así es que los recibos disminuyen. Aprémielos, pues, ó de lo contrario nuestras relaciones serán menos satisfactorias de lo que yo pudiera desear.

—¡Como si no los apremiase!—replicó Pancks.—Precisamente no sirvo para otra cosa.

—Efectivamente; mas por lo mismo debe usted cumplir con sus deberes, y no lo hace así. Yo le pago á usted para que apremie, y ha de apremiar para que yo le pague.

El Patriarca quedó tan satisfecho de haber dado este giro á la última frase, que se aplaudió á sí mismo con benévola sonrisa, volviendo á repetir otra vez las mismas palabras.

—¿Es eso todo?—preguntó Pancks.

—No señor, no señor, no es todo. Tendrá usted la bondad de comenzar á requerir al pago á los inquilinos del Corazón Sangriento en la mañana del lunes.

—Creo que será demasiado pronto, pues ya los he dejado hoy en seco.

—No importa; los recibos disminuyen.

—¡Vamos! ¿hay más aún?—preguntó el agente.

—Sí señor, sí, tenemos otra cosa. No estoy nada contento de mi hija, señor Panchs, nada contento, pues no sólo va muy á menudo á preguntar por la señora Clennam, cuya situación bajo el punto de vista financiero no es la más propia para satisfacer á todo el mundo... sino que ha dado también en visitar á Arturo Clennam en su prisión.

—Ya sabe usted que está enfermo; la señorita lo hará sin duda por bondad.

—¡Bah, bah! señor Pancks, aquí no se trata de bondades; Flora no tiene nada que ver en eso, y no puedo permitir lo que hace; que el señor Clennam pague sus deudas y salga de la prisión.

Aunque los cabellos de Pancks estaban erizados como alambres, el agente se sirvió de ambas manos para comunicarles una dirección más perpendicular y fijó en su propietario una mirada siniestra.

—Tendrá usted pues la bondad de anunciar á mi hija—continuó Casby—que no puedo permitir esto.

—Me parece que se lo podría decir usted mismo.

—No señor, no... se le paga para decirlo, y usted lo debe decir para que se le pague.

El estúpido viejo parecía complacerse en repetir esta frase.

—¡Vaya! ¿es eso todo?

—No señor. Me parece que usted mismo pasa mucho tiempo por allí, y por lo tanto debo recomendarle que no piense más en sus pérdidas ni en las agenas, ocupándose preferentemente de mis asuntos.

—¿Hemos acabado ya?

—Por el momento, sí señor. Ahora voy á dar una vueltecita, y tal vez volvamos á encontrarnos; pero si no, tenga presente que se ha de apremiar desde el lunes.

Pancks contempló con cierto aire de enojo al Patriarca mientras se ponía su sombrero de anchas alas, sin hacer ninguna observación; mas apenas le vió alejarse, mirando por la ventana, murmuró:

«¡Bueno! ¡ya sospechaba yo que irías hacia allí!»

Y precipitándose en su escritorio, encasquetóse el sombrero, dirigió á su alrededor una mirada, murmurando la palabra «adiós», salió después presuroso y dirigióse á todo vapor

hacia el Patio del Corazón Sangriento. Cuando hubo llegado, resistiéndose á las invitaciones de la señora Plornish, que le invitaba á entrar en la *cabaña feliz*, situóse en lo alto de la escalera, donde permaneció inmóvil hasta que vió llegar al Patriarca distribuyendo afables sonrisas á derecha é izquierda.

Entonces Pancks bajó de su observatorio y dirigióse rápidamente al encuentro del Patriarca.

Casby, que avanzaba con su habitual mansedumbre, extrañó mucho ver á su dependiente allí, pero pensó que estimulado por la reciente reprensión, habría comenzado ya los apremios. Los inquilinos no se admiraban menos de aquel incidente, pues los más ancianos no recordaban haber visto nunca al casero y á su procurador uno frente á otro; pero su asombro creció de punto al observar que Pancks, acercándose al más venerable de los hombres, despojóle de su sombrero de anchas alas, dejando en descubierto su redonda y lisa calva. El estupor de los inquilinos, que atraídos por semejante novedad habíanse agrupado ya al rededor, llegó á su colmo al oir á Pancks gritar:

—¡Ahora, viejo bribón de azúcar y de miel, arreglaremos nuestras cuentas!

Estas palabras atrajeron á otros muchos curiosos, que muy pronto ocuparon las ventanas y las puertas de las casuchas del Corazón Sangriento.

—¿Qué quiere decir toda esta comedia?—dijo Pancks á su propietario.—¿Vuelve usted aquí á hacer el hipócrita? ¡Veamos lo que se le ofrece, señor benévolo!

Al pronunciar estas palabras, Pancks, aparentemente sin la idea de lastimarle, y sólo con objeto de ejercitar el brazo, dirigió un puñetazo á la cabeza del filantrópico Casby, que se inclinó á un lado para evitar el golpe.

—Le doy á usted mi dimisión—continuó Pancks—sólo para tener el gusto de decirle claramente lo que hace al caso. Usted es una muestra de la más execrable raza de impostores que puede existir en el mundo; y yo, que los conozco á mis expensas, no sé si prefiero el engaño de los Merdle al de los Casby. Usted es un tirano disfrazado, un usurero infame, un judío, un desollador por procuración, un canalla filántropo, un hipócrita repugnante.

Estas palabras y los ademanes con que Pancks las acompañó, fueron acogidas con carcajadas estrépitosas.

— Pregunte usted á esa buena gente — continuó Pancks — quién es el más duro y el más exigente de los dos: seguramente contestarán que yo.

Esta hipótesis fué confirmada por diversas exclamaciones.

« ¡ Sí ! »

« ¡ Ya lo creo ! »

« ¡ Ciertamente ! »

— Pues yo les digo á ustedes, — prosiguió Pancks — que es Casby, esta mole de caridad y filantropía ambulante; éste es su tirano, el que los desuella á todos, y no yo, que recibo treinta y seis chelines por semana para hacer el papel que hago.

— ¡Bien, bien!..... Oigamos á Pancks, — gritaron varias voces.

— Sí — prosiguió el agente — yo no soy más que un ciego instrumento de este hombre, que desde la mañana hasta la noche está pidiendo dinero. Cuando viene aquí, saludando á todos con sus falsas sonrisas y le rodean ustedes para quejarse de su procurador, no piensan que este hombre es un hipócrita. Y para que lo sepan ustedes de una vez, oigan que hace poco me ha reprendido porque no los apremiaba más, encargándome muy eficazmente que vuelva el próximo lunes á hostigarles de nuevo.

La multitud contestó á estas palabras con prolongados murmullos.

« ¡ Es vergonzoso ! »

« ¡ Es una tiranía ! »

« ¡ Es repugnante ! »

— Ya sabéis — continuó el orador — lo que es vuestro benévolo Patriarca, con sus afables sonrisas; y sin embargo, á él se le mira con gusto, y á mí con prevención; él es dulce como la miel, y yo amargo como la hiel.

Pancks se acercó de nuevo á Casby, del que se había alejado un poco, y le dijo:

— Como no tengo costumbre de hablar en público, estoy algo cansado, y voy á terminar diciéndole que se puede volver á su escritorio, donde ya no me verá nunca.

Casby había quedado tan sorprendido por aquella agresión,

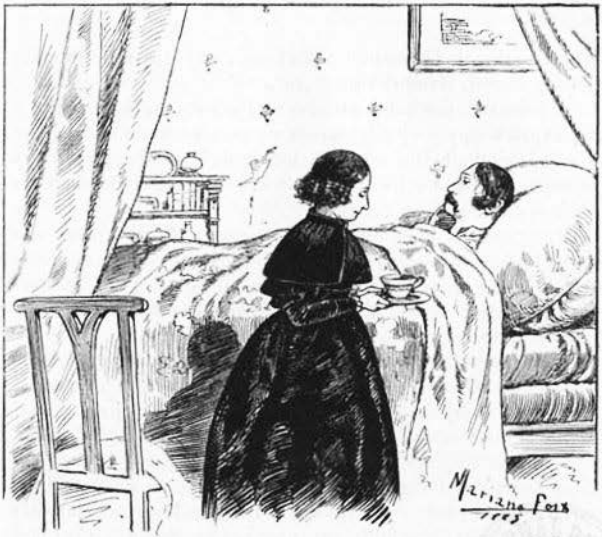
que no le fué posible coordinar sus ideas ni hallar palabras para contestar, y buscaba al parecer algún hueco para escabullirse, cuando Pancks le volvió á quitar el sombrero con la mayor ligereza.

La primera vez dos ó tres vecinos caritativos se habían apresurado á cubrir con él respetuosamente la cabeza del Patriarca; pero en aquel momento, todos los que le rodeaban mirábanle con prevención, y así es que nadie se movió para recoger el sombrero, que estaba en tierra, de modo que Casby se hubo de agachar para recobrarlo.

Rápido como el rayo, Pancks, que hacía algunos minutos tenía la mano derecha oculta en un bolsillo, sacó un formidable par de tijeras, y aprovechando traidoramente el momento en que su propietario se inclinaba, apoderóse de su cabellera, que pendía en blancos bucles sobre la espalda, y cortóla al rape. Y en un paroxismo de animosidad, cogió con igual rapidez el sombrero de anchas alas, y encasquetóle en la venerable cabeza, convirtiéndole en una verdadera cacerola.

Al contemplar su obra, el mismo Pancks retrocedió con espanto ante el horrible resultado de semejante profanación.

En efecto, estaba viendo un pesado personaje, de voluminosa cabeza completamente calva, que le contemplaba con mirada estúpida, sin tener ya nada de venerable, y que parecía salir de la tierra como un hongo, para pedir noticias del paradero de Casby. Después de mirar un momento aquel fantasma, Pancks, ansioso sin duda de ponerse al abrigo de las consecuencias de su crimen, arrojó las tijeras y huyó á todo correr, aunque perseguido sólo por el eco de las ruidosas carcajadas de los inquilinos del Corazón Sangriento.



CAPÍTULO XXXIII

El arrepentimiento de Tattycoram

Los cambios que se efectúan en la habitación de una persona atacada de la fiebre son lentos y caprichosos; pero los que agitan al mundo, presa del mismo mal, son rápidos é irrevocables.

La niña Dórrit debía vigilar á la vez estas dos clases de cambios: durante una parte del día, los muros de la prisión cubríanla con su sombra, pues no quería abandonar á Clennam, á fin de cuidarle con todo su amor y solicitud; pero la

vida exterior tenía también sus exigencias; y á todo atendía la niña Dórrit, siempre infatigable.

En primer lugar debía atender á Fanny, con su orgullo y sus caprichos, y muy adelantada ya en ese estado interesante que la impedía brillar en la sociedad, de lo cual se quejó tan amargamente la noche en que dió al difunto Merdle el cortaplumas de mango de concha.

Era preciso también no descuidar á su hermano, joven viejo, débil orgulloso, dado á la bebida, incapaz de hacer nada por sí solo, y que aparentaba no obstante proteger á su hermana. El desgraciado Tip, en medio de sus extravíos, tenía por lo menos el mérito de amar á la niña Dórrit.

Además figuraba también en escena la señora Merdle, ocupada de continuo en adornar su traje de viuda; y el pobre Edmundo Sparkler, que no sabía cómo hacerlo para poner en paz á las dos rivales (su madre y su esposa).

Y por último, aún no habían concluído del todo las relaciones con la señora General, que vuelta de su primer viaje, dirigía diariamente á la familia Dórrit misivas engalanadas con muchos rasgos, pidiendo una nueva certificación para poder aspirar á alguna plaza vacante.

Después de la muerte del señor Merdle, muchos personajes de importancia se preguntaron si se debería volver la espalda á la viuda ó consolarla; pero como después de maduras deliberaciones les pareciese que estaba en su interés hacer declarar á la Sociedad que la dama había sido engañada cruelmente, consiguióse esto, y la viuda conservó sus relaciones. La señora Merdle pudo pasar muy bien por víctima, con tanta más razón cuanto que no se tardó en saber que su difunto esposo no había sido nunca más que un vil plebeyo en toda la extensión de la palabra.

El destino de Edmundo Sparkler era por fortuna para él una de esas canongías que un caballero conserva mientras vive, si no sube á otro puesto más elevado; y gracias á esta circunstancia, la señora Sparkler y la viuda Merdle habitaban cada cual un piso de la pequeña é incómoda casa situada en el centro del mundo habitable.

Como Arturo estaba demasiado enfermo para hablarle de cosas que le pudieran causar el menor trastorno, exponién-

dole á una recaída, la niña Dórrit hubo de ponerse en comunicación con el señor Meagles. Este amigo de Clennam viajaba aún; pero la joven le escribía, dirigiendo á su hija las cartas, en las cuales pedía consejo sobre los asuntos que más le inquietaban.

Sin revelarle precisamente la naturaleza de los documentos caídos en manos de Blandois, la niña Dórrit había confiado al señor Meagles los principales rasgos de esta historia, refiriéndole la muerte trágica de aquel intruso. La práctica y previsión del antiguo banquero hiciéronle comprender al punto cuánto importaba recobrar los documentos originales; y por lo tanto contestó á la joven aprobando la solicitud que manifestaba en esta cuestión, y asegurándole que no volvería á Inglaterra sin haber hecho lo posible por recobrar los papeles.

Hacia la misma época, Enrique Gowan comenzó á pensar que sería más agradable para él romper con los Meagles. Tenía demasiado buen corazón para impedir á su esposa que los viera; pero dijo al padre que en su concepto sería mejor suprimir sus relaciones personales, dejando de tratarse como hasta entonces. Gowan manifestó esto políticamente, sin escándalo ni ruido; y el pobre Meagles, sabiendo ya por experiencia que no contribuía á la felicidad de su hija con sus visitas al yerno, que siempre se burlaba de él, contestó:

—Quedamos convenidos, Enrique; usted es el esposo de mi hija, ocupa mi lugar, y por lo tanto haré lo que usted guste. ¡Está bien!

Este arreglo tuvo por resultado (Enrique Gowan no lo había previsto tal vez) que papá y mamá Meagles se mostraran más generosos desde el momento en que sólo tuvieron relaciones con su hija y su nieta; de modo que aquel artista independiente pudo disponer de más dinero que en otro tiempo sin verse en la degradante necesidad de preguntar de dónde venían los cuartos.

El señor Meagles debió ocuparse naturalmente con afán del encargo de la niña Dórrit. Por su hija supo qué ciudades había recorrido Blandois, y el nombre de los diversos hoteles donde se alojó, y obtenido este dato, visitó las unas y los

otros con toda la actividad posible, para averiguar si el caballero cosmopolita habría dejado como garantía de pago en alguna parte un cofrecillo ó paquete.

El antiguo banquero se cansó mucho inútilmente sin hallar indicio alguno que le guiase; pero en rigor no lo perdió todo, pues si no descubrió nada que hubiese pertenecido al difunto Blandois, averiguó en cambio que había dejado tantas deudas y odiosos recuerdos, que sólo pronunciar su nombre era lo suficiente para que se agobiara al buen Meagles de los más injuriosos epítetos, dándose el caso que hasta le denunciaran á la policía como caballero de industria.

Por fortuna, el ex-banquero era hombre dotado de mucha penetración y perseverante, y aunque en su peregrinación hubiera seguido la pista de Blandois hasta París sin descubrir nada, no se desanimó por esto.

—Cuanto más le estreche hacia la parte de Inglaterra—decía á su esposa—más cerca me parecerá estar de los papeles, aunque no los encuentre, pues debemos suponer que ha debido depositarlos en alguna parte, lejos de las personas á quienes trataba de venderlos. En mi opinión, no han salido de Inglaterra.

El señor Meagles encontró en su hotel de París una carta de la niña Dórrit, en la cual le decía la joven que había podido hablar algunos minutos con el señor Clennam sobre el difunto Blandois, y que Arturo le contestó que si su amigo deseaba obtener algunos informes sobre el difunto se podría dirigir á la señorita Wade, la cual le había conocido y habitaba en Calais, en tal calle y tal número.

«¡Oh, oh! exclamó Meagles; veamos si esto nos conducirá á descubrir algo.»

Y con toda la rapidez que podía esperarse de los medios de comunicación en aquella época en que no se habían inventado aún los ferro-carriles, el ex-banquero se trasladó á Calais y fué á llamar á la puerta de la casa donde vivía la señorita Wade.

La misma criada que había recibido á Clennam contestó al llamamiento del visitante, que un momento después fué conducido á presencia de la dama.

—Hace mucho tiempo—dijo Meagles después de saludar—

que no he tenido el gusto de encontrarla; supongo que sigue usted bien, señorita Wade.

La orgullosa dama, sin dignarse contestar á estas palabras, informándose á su vez de cómo estaba la familia de su interlocutor, limitóse á preguntar secamente á qué debía el honor de aquella visita.

Meagles había mirado ya á su alrededor, sin ver nada que se pareciese á un cofrecillo de hierro.

—Á decir verdad, señorita—repuso con tono insinuante—tal vez usted podría arrojar alguna luz sobre un asunto bastante embrollado en este momento. Ante todo espero que las palabras desagradables que se hayan cruzado algún día entre nosotros quedarán olvidadas ya. ¿Se acuerda usted de mi hija? ¡Cómo cambia todo con el tiempo!

El señor Meagles, que en su inocencia creía haber comenzado la conversación de la manera más hábil, ignoraba que precisamente aquel era el peor principio. Inútilmente esperó alguna expresión de interés de parte de la señorita Wade, que preguntó después de una pausa:

—¿Es eso todo lo que viene usted á decirme?

—No, no; yo contaba con la bondad de usted para...

—Creía—interrumpió la dama con una sonrisa—que ya sabe usted que no se debe contar con mi bondad.

—No diga usted eso, señorita—replicó Meagles—usted se calumnia... pero vamos al objeto de mi visita. He sabido por mi amigo Clennam, que aún sigue muy enfermo...

Meagles esperaba una pregunta, pero la señorita Wade no desplegó los labios.

—He sabido—repitió—que usted había conocido por casualidad á un tal Blandois, que acaba de morir en Londres á consecuencia de un accidente violento. No se enoje usted, pues ya sé que apenas le conocía... (Meagles quiso evitar con estas palabras una interrupción, al observar que su interlocutora estaba á punto de encolerizarse); pero se trata de saber si la última vez que ese hombre pasó por aquí para ir á Londres, dejó en esta casa un cofrecillo lleno de papeles, ó un paquete, rogando á usted que lo guardara hasta que lo reclamase.

—¿Es una pregunta esto? ¿Quién la hace?

—Mi amigo Clennam, y yo, y otras personas. Escuche usted; seguro estoy que no puede tener mala voluntad á mi hija, y por lo tanto debo advertir que esta cuestión le interesa también, puesto que concierne muy de cerca á uno de sus mejores amigos. Ahora ya sabe usted por qué estoy aquí, preguntándole con toda franqueza: ¿ha dejado ese hombre alguna cosa en manos de usted?

—Á decir verdad—replicó la señorita Wade—no parece sino que yo haya de ser el punto de mira de las preguntas de todos aquellos que hayan tenido relaciones con un hombre á quien yo encontré en la calle, y á quien ocupé y pagué, poniéndole después á la puerta.

—Veamos, señorita—repuso Meagles, tratando de calmarla—veamos; y no se enoje usted, porque este es el caso más sencillo del mundo, y nadie podría formalizarse por ello. Los documentos de que se trata no pertenecían á ese hombre, pues han sido robados; y un día ú otro podrían causar disgustos á una persona inocente, si se encontrasen en su casa, por cuanto los han reclamado aquellos á quienes realmente pertenecen. Nuestro hombre pasó por Calais al dirigirse á Londres, á donde tenía sus motivos para no llevar los papeles, proponiéndose sólo depositarlos en un sitio seguro para recogerlos cuando los necesitase. ¿Los ha dejado aquí? Declaro ante todo que está muy lejos de mi ánimo ofender á usted en lo más mínimo, y que si bien le dirijo esta pregunta personalmente, no tiene nada de personal. Lo mismo he preguntado ya á otras muchas personas. ¿No ha dejado aquí los papeles? ¿No le ha entregado nada en depósito?

—No señor.

—Entonces, señorita, veo que desgraciadamente no puede usted darme ningún informe respecto á ese cofrecillo.

—Absolutamente ninguno, y ahora supongo que ya estaré libre de preguntas. Á mí no me han dejado nada ni puedo dar á usted la menor noticia.

—¡Vamos!—exclamó Meagles dejando escapar un suspiro—lo siento mucho; no se hable más del asunto. Espero que no me guardará rencor por haberla molestado. ¿Cómo sigue Tattycoram?

—Enriqueta sigue bien.

—¡Vamos! ya cometí otra torpeza; parece que estoy destinado á no hacer otra cosa en casa de usted.

Y despidiéndose presuroso, trasladóse al hotel donde había dejado á su cara mitad, diciéndole al llegar: «Partida perdida, estamos derrotados.»

Después se encaminaron al vapor que debía zarpar la misma noche para Londres, y finalmente, llegaron á la Mariscalía.

De guardia estaba Juanito, cuando los dos esposos se presentaron ante la verja, á la hora del crepúsculo. Díjoles que la señorita Dórrit había salido, pero que no tardaría en volver. El señor Clennam se encontraba mucho mejor; alternaban en la tarea de velarle Maggy, la señora Plornish y Bautista. Si los visitantes gustaban, podían esperar á la señorita Dórrit en la habitación que el director de la cárcel le había prestado. Temiendo que su aparición brusca dañase al preso, aceptó la oferta el señor Meagles, y pasó con su mujer á la habitación mencionada, á través de cuya reja pudieron matar el tiempo contemplando á los presos que paseaban por el patio.

El angosto espacio de la prisión impresionó tan vivamente á la señora Meagles, que no pudo contener el llanto. Por su parte al señor Meagles pareciale asfixiarse, por falta de aire. Recorría con paso agitado la habitación empeñándose en abanicarse con el pañuelo, cuando, al oir que se abría la puerta:

—¡Misericordia, santo cielo!—exclamó.—¡No es la señorita Dórrit, no! es Tattycoram!

Esta era, en efecto, y en sus brazos se veía un cofrecillo de hierro, de unos dos piés cuadrados. Una caja parecida era la que la mujer de Jeremías, en uno de sus sueños, había visto salir de la antigua casa en brazos del hermano gemelo del señor Flintwinch. Tattycoram depositó á los piés de su antiguo amo el cofrecillo, arrodillándose, golpeándolo con ambas manos y gritando, con acento de triunfo y desesperación, entre llantos y risas:

—¡Perdóneme usted, amo mío; admítame usted de nuevo, buena señora; helo aquí!

—¡Tatty!—exclamó el señor Meagles.

—¿Es el cofrecillo que buscaban ustedes? aquí está. Ella

me había hecho entrar en un cuarto contiguo, para impedirme que les viera. He oído sus preguntas relativamente al cofrecillo, y he oído que les contestaba que no lo tenía. Pero, como yo me hallaba presente cuando aquel hombre lo depositó en nuestra casa, llegada la noche, en lugar de acostarme, lo he cogido para traerlo. ¡Aquí está!

—Pero, querida—exclamó jadeando el señor Meagles—¿cómo lo has hecho para llegar aquí, al mismo tiempo que nosotros?

—He venido en el mismo vapor, sentada frente á ustedes, y envuelta en mi chal. Desembarqué y tomé un carruaje ordenando al cochero que siguiese el de ustedes. *Ella* no lo hubiera devuelto nunca, desde que le dijeron ustedes quiénes eran las personas que lo deseaban. Antes lo habría tirado al mar, ó reducido á cenizas; pero aquí está!

¡Con qué júbilo, con qué gozo repetía la muchacha: «aquí está!»

—Ella había rogado á aquel hombre que no lo dejara en su casa, debo hacerle esta justicia; pero él insistió, y tengo la seguridad de que, según lo que ustedes le dijeron y después de sostener ella que no lo tenía, jamás se lo habría devuelto. Pero ¡aquí está! Querido amo, mi buena señora, perdónenme ustedes y vuelvan á llamarme como antes! perdónenme, en favor del cofrecillo; aquí está!

Nunca fueron más dignos de su nombre los esposos Meagles que al recoger bajo su paternal protección á aquella muchacha terrible que jamás tuviera padre, ni madre.

—¡Ah! ¡he sido muy desgraciada!—exclamó Tattycoram, llorando después de esta confesión con mayor amargura que antes,—muy desgraciada! Estoy arrepentida! Me dió miedo la primera vez que la ví; comprendía perfectamente sus defectos y sabía excitar á medida de su voluntad la extraña locura que me dominaba. Cuando me daba el acceso, figurábame que todo el mundo se aunaba contra mí á causa de mi origen; cuanta mayor bondad me dispensaban, más me irritaba yo... Ahora ya sé cuánto me equivocaba! Y además, mi buena graciosa señorita no era tan feliz como merecía, y yo la había abandonado! Qué mala opinión tendrá de mí! Pero ustedes se la desvanecerán induciéndola á que me perdone también,

pues yo no soy tan mala como antes! En todo este tiempo, he tenido á la vista el ejemplo de la señorita Wade y he comprendido lo que yo sería á su edad, tomándolo todo al revés, y transformando el bien en mal... No, no quiero ser mala como antes! me consagraré á enmendarme y poco á poco lo conseguiré; no me detendré á veinticinco; contaré hasta dos mil quinientos, hasta veinticinco mil, si es preciso!

Abrióse de nuevo la puerta; calmóse Tattycoram y la niña Dórrit entró. El señor Meagles indicóle el cofrecillo con un ademán de gozo y orgullo. Brilló en el rostro de Amy la expresión de su venturoso agradecimiento. En adelante, el secreto estaba sano y salvo. Nunca sabría Arturo de ella, lo que quería ocultarle; nunca sabría lo que ella había perdido; más adelante le diría lo que le importaba saber y lo que le concernía personalmente; pero jamás sabría lo que únicamente se refería á ella sola. Todo ello estaba perdonado, olvidado.

—Y ahora, querida señorita Dórrit—prosiguió el señor Meagles—ya sabe usted que soy hombre práctico en negocios... ó cuando menos lo he sido... y de consiguiente voy á tomar mis medidas con la mayor prontitud posible. ¿Convendrá que vea á Arturo esta noche?

—Creo que mejor será diferirlo. Voy á subir á su cuarto á preguntarle cómo se encuentra; aunque supongo desde luégo que valdrá más que no le vea usted esta noche.

—Lo mismo opino, querida amiga, y por eso no me he movido de este lúgubre cuarto. Es probable que tampoco le vea sino dentro de algún tiempo. Pero no se detenga usted... ya le explicaré mi plan á su vuelta.

Alejóse Amy. Meagles, mirando á través de los barrotes de la ventana, la vió salir del cuarto inferior y entrar en el patio, y luégo, en voz baja:

—Tattycoram—dijo—acércate un momento, hija mía.

La muchacha se aproximó á la ventana.

—¿Ves á esa joven que acaba de salir de aquí? á ese sér endeble y tranquilo que cruza el patio? Mírala. Los presos le abren paso y la saludan afectuosamente. ¿La has visto, Tatty?

—Sí señor.

—Pues bien, Tatty, me han dicho que en otro tiempo sólo

la nombraban con el calificativo de *hija de la prisión*. Aquí nació y aquí ha vivido bastantes años. Yo, aquí, ni siquiera puedo respirar. Es un sitio bien triste para nacer y vivir en él.

—Oh, sí señor, bien triste.

—Si no hubiese pensado nunca más que en sí misma, si se hubiese dicho que todo el mundo le echaba en cara el haber nacido aquí, achacándoselo como crimen y oprobio, habría vivido desgraciada y probablemente inútil. Sin embargo, me han contado que desde su infancia, su vida ha sido una vida de activa resignación, de bondad y de noble sacrificio. ¿Quieres que te diga lo que ha sido menester que ella se representara siempre ante los ojos para darles tal expresión de dulzura?

—Diga usted, amo mío.

—El deber, Tattycoram, el deber. Empecemos desde muy temprano á cumplir con nuestro deber, y sean cuales fueren nuestro origen ó nuestra posición, nada prevalecerá contra nosotros ante el Señor ó ante nosotros mismos.

Permanecieron junto á la ventana donde la señora Meagles, que se había reunido con ellos, empezó á condolerse de los pobres presos, hasta el momento en que regresó la niña Dórrit, quien les aconsejó no turbasen aquella noche al detenido, que á la sazón reposaba tranquilamente.

—Perfectamente—dijo el señor Meagles cobrando ánimo. —Tiene usted mucha razón. Encargo á usted que le haga presente mis recuerdos; sé que no encontraría mejor mensajera. Mañana al amanecer me pongo en camino.

La niña Dórrit, sorprendida, le preguntó á dónde se dirigía.

—Querida amiga—repuso el señor Meagles—yo no puedo vivir sin respirar. La vista de esta cárcel ha cortado mi respiración y no la recobraré hasta que Arturo se vea libre.

—¿Y es una razón para que se marche usted mañana?

—Vea usted—continuó el señor Meagles.—Esta noche dormimos en un hotel de la Cité. Mañana, al amanecer, mi esposa y Tattycoram volverán á Twickenham, donde la señora Tickit, sentada como de costumbre, junto á su ventana del saloncito, en compañía del doctor Buchan, las tomará por dos aparecidas. Yo me dirigiré al encuentro de Doyce. Es preciso, absolutamente, que Doyce venga aquí, por cuanto ha

de saber usted que es completamente inútil escribir, formar hipótesis y planes condicionales sobre tal ó cual cosa que deba acontecer en tal ó cual época; ante todo es preciso que venga Doyce. Mañana por la mañana quiero traeros al amigo Daniel. ¿Qué me cuesta irle á buscar? Soy viajero aguerrido; ninguno de los idiomas y costumbres extranjeras me preocupa más que otros... no comprendo ninguno, y así nunca me hallo perplejo. Además, os lo repito, he de partir en seguida, pues no podría vivir sin respirar libremente, y no respiraré libremente hasta que Arturo se halle fuera de la cárcel. Mirad, mientras os estoy hablando me ahogo, y apenas me queda suficiente aliento para deciros que ya no lo tengo, y poder bajar este precioso cofrecillo hasta nuestro coche.

Llegaron á la calle en el momento en que la campana empezaba á tañer. El señor Meagles llevaba el cofrecillo. La niña Dórrit no tenía coche, lo cual sorprendió á su acompañante, quien tomó uno al paso, y haciendo subir á la joven, colocó junto á ella el cofrecillo.

La niña Dórrit, entre gozosa y agradecida, le cogió una mano, llevándola á sus labios.

—No, no, querida mía—dijo el señor Meagles;—me causan pena esos testimonios de respeto que no merezco, y sobre todo de su parte... y ante la verja de esta prisión.

Amy se inclinó hacia él y le besó una mejilla.

—¡Ah! usted me recuerda el buen tiempo pasado—dijo el buen señor, cuya alegría se extinguió de repente — pero ella ama mucho á Enrique, oculta sus defectos y piensa que nadie los ve... y además, él pertenece á una familia muy distinguida.

Era el único consuelo que encontraba en el matrimonio de su hija; y si sacaba de este consuelo ligero el mejor partido posible, ¿quién tendría valor para echárselo en cara?

CAPÍTULO XXXIV

La realización de un sueño

Era un magnífico día de otoño, de esa estación en que los campos, despojados de sus doradas espigas, han sido labrados de nuevo; en que los frutos del verano han madurado y desaparecido; en que las manzanas de los jardines, ruborizadas por los besos del sol, excitan el apetito; y en que las bayas presentan un tinte carmesí entre el follaje amarillento. En los bosques re-

conocíase ya la aproximación de ese anciano endurecido que llaman el invierno, viéndose á través de la espesura una perspectiva despejada de los vapores del soñoliento verano, velo tan ligero como la pelusilla que cubre el albérchigo amarillo. Del mismo modo el océano, visto desde la playa, no parecía dormir al sol, sino que se agitaba alegremente en toda su extensión, desde la fresca playa hasta las pequeñas velas que desaparecían en el horizonte, impelidas por la misma brisa que arrastraba las hojas de los árboles.

Severa y triste, conservando siempre á través de las estaciones, que ignoraba, su aspecto mísero y lúgubre, la prisión de la Mariscalía no presentaba diferencia alguna en medio de los cambios de la hermosa naturaleza; los ladrillos y los barrotes permanecían inalterables como siempre.

Arturo Clennam, que sentado en su sillón prestaba atento oído á la dulce voz de la persona que leía á su lado, escuchaba al mismo tiempo la de la naturaleza con todas las consoladoras canciones que prodiga al hombre. La naturaleza era la única madre que le había mecido desde su infancia, haciéndole soñar tal vez en un porvenir lleno de promesas y de esperanzas que no debían realizarse en la juventud. Las entonaciones de la voz que escuchaba en aquel momento hacíanle pensar en su triste pasado, durante el cual no había conocido nunca ni el amor ni las caricias, ese bálsamo consolador que nos consuela en las tribulaciones de nuestra existencia.

Cuando la voz calló, Arturo, llevándose la mano á los ojos, dijo que no podía soportar más tiempo la claridad de la luz.

La niña Dórrit, que era la que leía, se levantó al punto para correr la cortina, hecho lo cual volvió á sentarse junto al sillón del preso. Maggy, sentada en el sitio de costumbre, ocupábase en hacer media.

—Esto acabará pronto, querido señor Clennam—dijo Amy pues no sólo las cartas que le ha dirigido á usted el señor Doyce están llenas de amistosas expresiones, sino que también las que ha escrito el señor Rugg contienen consejos muy útiles, sin contar que todo el mundo, una vez pasado el primer momento de enojo, está muy bien dispuesto en favor de

usted, por lo cual debe esperarse que el asunto se arreglará brevemente.

—¡Querida hija mía, es usted un ángel para mí!

—Me lisonjea usted demasiado, pero me complace de tal manera oirle hablar así, que no tengo valor para impedírselo.

Arturo llevó á sus labios la mano de la joven, y dijo después de una pausa:

—¿Ha venido usted aquí á menudo sin que yo la viese, mi querida niña Dórrit?

—Sí, he estado algunas veces sin entrar en su habitación.

—¿Con mucha frecuencia?

—Sí, bastante—contestó la joven algo confusa.

—¿Todos los días?

—Creo que he venido dos veces diarias.

Arturo, lejos de abandonar la pequeña mano que estrechaba entre las suyas, púsola sobre su corazón.

—Querida niña Dórrit—dijo después de una pausa—no sólo mi cautividad cesará, sino que también el sacrificio de usted debe tener pronto término. Será preciso acostumbrarnos á vivir lejos uno de otro, á seguir cada cual la senda que se nos ha trazado, pues no debe olvidar lo que le dije la primera vez que vino aquí.

—¡Oh! no lo olvido; pero debo advertirle que ha sucedido algo desde aquel día... ¿Se siente usted hoy bastante fuerte para escuchar lo que necesito decirle sobre mi gran fortuna?

—¡Oh! sí, ya puede usted hablar... me alegraré saberlo todo; pero antes le diré que no hay fortuna que no merezca la niña Dórrit.

—Ya hace mucho tiempo que ardo en deseos de revelarle una cosa. ¿Insiste usted en no aceptar lo que poseo?

—¡Jamás!

—¿No quiere usted ni siquiera la mitad?

—¡Nunca! querida Amy.

Mientras la joven hablaba, su semblante tenía una expresión que Arturo no pudo comprender; hubiérase dicho que la niña Dórrit deseaba llorar y que al mismo tiempo estaba contenta.

—Sin duda sentirá usted lo que voy á decirle—añadió la

joven—pero es forzoso que lo sepa. La pobre Fanny lo ha perdido todo, y sólo puede contar con el sueldo de su marido. De lo que papá le dió no le queda ni un cuarto, pues su fortuna se hallaba en las mismas manos que le hizo perder á usted la suya.

Arturo manifestó más pesar que sorpresa.

—Yo confiaba—dijo—en que no naufragaría como yo; pero pensando después que su esposo era hijastro del señor Merdle, temí que perdería mucho. Y así fué; ya no tiene nada; lo siento mucho por mi pobre Fanny, y también por mi hermano, se halla en la misma situación.

—¡Cómo! ¿había colocado también dinero en manos de ese hombre?

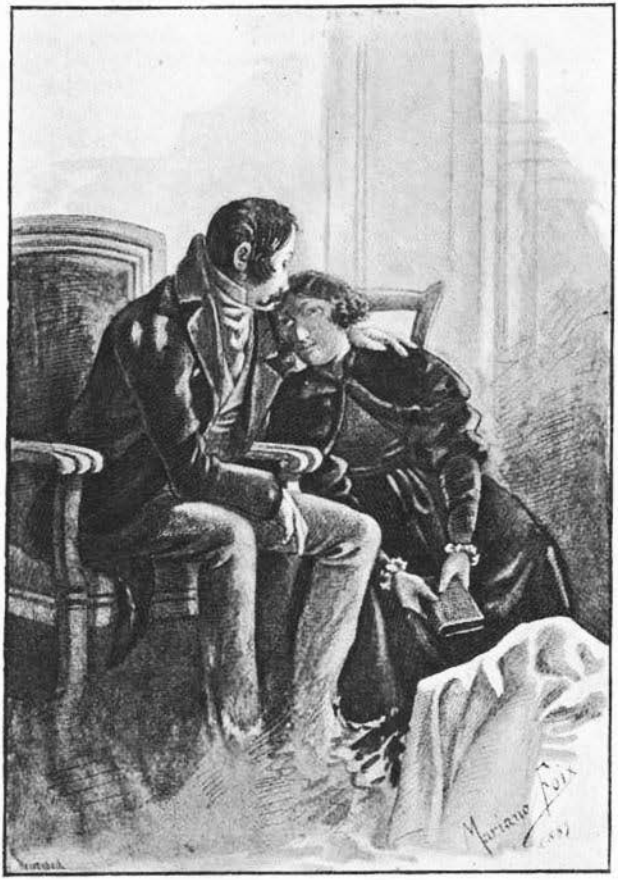
—Sí, y todo se ha perdido. ¿Adivina usted ahora á cuánto asciende mi gran fortuna?

Mientras que Arturo fijaba una mirada interrogadora en la niña Dórrit, ésta retiró su mano y apoyó la cabeza en el hombro de Arturo.

—Nada tengo ya—dijo después de una pausa—soy tan pobre como cuando habitaba en otro tiempo esta prisión. Cuando papá volvió á Inglaterra, confió su fortuna á las mismas manos, y todo ha desaparecido. ¡Oh querido señor Clennam! ¿está usted seguro de que no quiere aceptar la mitad de mi fortuna?

Arturo estrechó contra su corazón á la niña Dórrit, que rodeó á su vez con sus brazos el cuello del preso.

—Ya no nos separaremos más hasta la última hora, querido Arturo—murmuró la joven.—Nunca he sido tan rica, ni tan orgullosa, ni tan feliz como en este momento: ahora soy rica porque me quiere usted; orgullosa porque no me aceptó cuando lo era; y feliz porque me hallo á su lado en esta prisión, y porque espero consolarle y cuidarle con toda mi solicitud. Soy de usted para siempre y en todas partes, porque le amo con toda mi alma. Prefiero pasar mi vida en esta cárcel con usted y salir diariamente para ganar nuestro sustento, que poseer la mayor fortuna del mundo y ser la más hermosa dama que jamás haya existido. ¡Oh! ¡qué diría mi padre si supiera que soy al fin feliz en esta habitación donde él sufrió tanto tiempo!



.....y apoyó la cabeza en el hombro de Arturo

La pobre Maggy, que no había necesitado esperar hasta el fin de aquel diálogo para verter abundantes lágrimas, levantóse para abrazar á su madrecita, y salió después apresuradamente con la esperanza de encontrar á alguien á quien confiar su alegría.

La casualidad quiso favorecerla, pues en la puerta de la prisión encontró á Flora en persona, acompañada de la tía Finching.

Dos ó tres horas después, y como consecuencia de este encuentro, la niña Dórrit, al salir de la cárcel, vió á Flora, que al parecer la esperaba, y que llamó su atención por sus ojos enrojecidos y su expresión de tristeza. En cuanto á la tía Finching, estaba tan rígida, que seguramente se habría necesitado una fuerza mecánica de veinte caballos para doblarla; llevaba el ridículo pendiente del brazo; y su sombrero echado hacia atrás comunicábale un aspecto amenazador que en cierto modo infundía risa. Obligada á esperar con Flora en la escalera del director hasta que la niña Dórrit saliese, la extravagante anciana fué durante dos ó tres horas blanco de las pullas de los presos más jóvenes.

—Señorita—dijo Flora, acercándose á la niña Dórrit apenas la vió salir—comprendo que es imprudente proponer una entrevista en una localidad cualquiera á una persona tan superior á mí por su fortuna y su posición; pero me atreveré á rogarle que éntre en la humilde pastelería de enfrente, donde hay un saloncito reservado muy propio para conversar. En interés de Arturo... dispense usted, nunca pierdo la costumbre de llamarle así, y ahora es más inconveniente que nunca... deseo dar una última explicación; y espero que me dispense por haber elegido para esto semejante lugar, tan poco digno de usted.

La niña Dórrit, interpretando como debía este vago discurso, contestó que estaba á la disposición de Flora. Entonces las tres mujeres cruzaron la calle é introdujéronse en el humilde establecimiento, donde la viuda había encargado ya tres pasteles de riñones.

Una vez en el saloncito reservado, lo primero que hizo Flora fué sacar el pañuelo; y después de una pausa entabló la conversación.

—Si engañosas ilusiones—dijo—me hicieron concebir la dulce esperanza de que cuando Arturo recobrase la libertad no rehusaría mi... amistad... no quiero decir otra cosa... ahora ya se han desvanecido aquellas y todo se olvidará; pero sabiendo que hay de por medio otras relaciones más tiernas, deseo asegurarle que hago votos sinceros por él y por usted, y que no me quejo de uno ni de otro... Tal vez piense algunas veces con dolor que antes que la mano del tiempo me hubiera engordado tan horriblemente, poniéndome tan coloradota, nuestro casamiento hubiera podido efectuarse á no impedirlo crueles padres; pero no quiero dejar de ser generosa con Arturo ni con usted; le deseo sinceramente toda clase de felicidades.

La niña Dórrit estrechó la mano de Flora y dióle gracias por su bondad.

—Esto no es ser bondadosa—dijo Flora, dando un beso á la joven—usted es la que tiene el corazón más noble y generoso que jamás conocí; pero vamos á otra cosa, pues antes de que llegue la hora de la despedida, necesito pedir un favor... Yo quisiera que, en recuerdo de nuestras relaciones de otra época, y como prueba de mi fidelidad, llegara á conocimiento de Arturo, por conducto de usted, que no le he abandonado en su desgracia; que, muy por el contrario, he venido de continuo á preguntar si podía hacer algo en su favor, permaneciendo siempre en esta pastelería, donde tenían la bondad de ir á buscar para mí un vasito de alguna bebida caliente.

Al decir esto Flora tenía lágrimas en los ojos; y por cierto que le sentaban muy bien.

—Además—prosiguió Flora—yo le suplico... ya que es la más generosa criatura que he conocido en el mundo, que diga á Arturo de mi parte, que no sé, después de todo, si la historia de otro tiempo fué sólo una pura broma, aunque tan divertida al principio como triste al fin. No niego, sin embargo, que si al volver Arturo después de tan prolongada ausencia me hubiera hecho proposiciones, le habría escuchado con mucha satisfacción; porque, á decir verdad, me aburro en casa, por ser papá el hombre más enojoso del mundo, sobre todo desde que ese rebelde Pancks ha hecho de su cabeza una cosa fenomenal.

Aunque sin poder seguir á la viuda de Finching en aquel laberinto de palabras, la niña Dórrit comprendió el objeto de Flora y prometióle cumplir con el encargo.

Entre tanto, la tía Finching, que había acabado de comer su pastel de riñones con mucha gravedad, y que sin duda meditaba algún insulto desde que ocupó una posición pública en la escalera del director de la prisión, aprovechó la oportunidad para decir á Flora con tono irritado:

—¡Que me le traigan aquí para tirarlo por la ventana!

Flora trató en vano de calmar á la buena dama, diciéndole que era llegada la hora de ir á comer; pero la tía Finching repitió con más energía:

—¡Que lo traigan aquí para que yo lo arroje por la ventana!

Después de dar varias veces esta orden cruel, fijando en la niña Dórrit una mirada implacable, la extravagante anciana se cruzó de brazos y sentóse en un rincón, declarando enérgicamente que no se movería de allí hasta que no le llevasen la misteriosa víctima de su cólera, á fin de ejecutar en ella la voluntad del destino, es decir para arrojarla por la ventana.

Flora manifestó á la niña Dórrit que hacía varias semanas que la tía Finching no había manifestado tanta irritación y tenacidad, por lo cual necesitaría tal vez tres ó cuatro horas para convencer á la inexorable dama, cosa que sería más fácil cuando quedasen las dos solas. En su consecuencia, la niña Dórrit se despidió de su amiga, quedando ambas muy contentas una de otra.

Flora pasó casi todo el día entretenida con la lectura de algunos diarios, interrumpiéndola á intervalos para comer un pastelito y humedecerse los labios en una bebida confortante; y al fin fué preciso enviar á buscar un coche, para sacar de allí poco menos que por fuerza á la tía Finching, empeñada en sacrificar una víctima.

El otoño pasó; la niña Dórrit iba continuamente á la prisión, y ya no dejaba de hacer su visita ni una sola vez al prisionero.

Una mañana, cuando Arturo esperaba á cada instante oir los ligeros pasos de la joven, que diariamente hacían latir su

corazón, parecióle que al fin subía, pero acompañada; y muy pronto oyó su voz que decía:

—Querido Arturo, le traigo una visita. ¿Puedo hacerla entrar?

Clennam había creído oir los pasos de tres personas, pero contestó:

—Adelante.

La niña Dórrit entró con el señor Meagles, que radiante de alegría, adelantóse para estrechar entre sus brazos á Arturo.

—¡Vamos!—dijo después de una pausa—todo va bien; ya está hecho; pero confiese usted, Arturo, que pensaba verme mucho antes.

—En efecto—contestó Clennam;—pero Amy me dijo que á no pedir otras explicaciones, no debía esperar más noticias hasta el día en que nos viéramos.

—Pues bien, ya me ve usted, amigo mío, y ahora voy á darle todas las explicaciones posibles. El caso es que ya he venido aquí antes; pero no se hallaba usted en situación de recibir visitas, y hube de marchar para dar alcance á Doyce.

—¡Pobre Doyce!—murmuró Clennam.

—No hable usted de él así—repuso Meagles—porque nuestro común amigo no tiene nada de pobre; yo le aseguro á usted que sus negocios van muy bien. Doyce es un gran hombre allí, y todo sale á medida de su deseo. En un país donde no hay empeño en que las cosas se hagan, ni se busca quien las haga, es imposible adelantar; pero donde sucede lo contrario se progresa rápidamente. Ya no necesitará usted importunar á esos señores del ministerio de Circunlocuciones, porque Daniel ha sabido prescindir de ellos. Tengo el gusto de anunciárselo á usted.

—Con eso se me quita un peso de la conciencia—replicó Clennam;—no puede usted imaginar hasta qué punto llega mi satisfacción.

—No hable usted de esto antes de haber visto á Daniel. Le aseguro que dirige allí trabajos que le espantarían por su grandiosidad; en aquel país no se le mira como un criminal; le han concedido medallas, y cintas, y cruces, y no sé qué más, como si fuera algún duque; mas no hablemos de estas cosas aquí.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque en nuestro país no se debe hablar de nada de esto; esté usted seguro que Doyce no dirá una sola palabra cuando venga.

—Aunque me hubiera usted devuelto la mitad de lo que he perdido—replicó Arturo—no me habría causado esto más alegría que las noticias que acaba de darme.

—Ya lo sé, ya lo sé—repuso Meagles—y por eso he comenzado por ellas. Ahora añadiré que al fin alcancé á Doyce, cayendo en medio de aquellos genízaros que llevan gorros de mujer muy grandes, y pretenden pertenecer á la raza árabe ó no sé qué otra, las cuales conocerá usted sin duda mejor que yo, por haber viajado tanto. Doyce iba á emprender la marcha precisamente cuando yo llegué; de modo que hemos vuelto juntos.

—¿Doyce está en Inglaterra?—preguntó Arturo.

—¡Allí!—contestó Meagles extendiendo el brazo.—¡Yo siempre hago de las mías, y soy el peor negociante que se pueda encontrar; ignoro lo que habría sido de mí si me hubiese dedicado á la diplomacia, porque no entiendo de rodeos y siempre voy por el camino derecho. En una palabra, querido Arturo, hace ya unos quince días que estamos en Inglaterra; y si ahora me pregunta usted dónde se halla Doyce en este momento, le contestaré en buen inglés: ¡allí! Ya he dicho bastante, déjeme usted respirar un poco.

En el mismo instante, Doyce, que estaba detrás de la puerta, precipitóse hacia Arturo, cogióle las manos y le refirió todo lo demás.

—Ahora sólo me resta advertir tres cosas, querido Clennam—añadió el honrado industrial—y esto no será largo. *Primo,* que no se hable una palabra más de lo que pasó; ha incurrido usted en error al hacer sus cálculos, y ya sé yo lo que sucede en tales casos; esto descompone el mecanismo, y resulta que todo va al revés; aproveche la lección para evitar otro inconveniente, advirtiendo que yo también cometí errores análogos al construir una máquina. Cada nueva falta nos enseña alguna cosa, cuando queremos aprovecharnos, y usted tiene demasiado buen sentido para no hacerlo. Pasemos al *secundo:* he sentido muchísimo que tomase usted la

cosa tan á pecho, culpándose con demasiada severidad; y he viajado noche y día para venir á poner orden en todo esto con nuestro común amigo. *Tertio:* los dos hemos pensado que después de haber sufrido usted tanto por su abatimiento y su enfermedad, le proporcionaríamos una agradable sorpresa permaneciendo invisibles hasta que los asuntos se arreglasen tranquilamente á satisfacción de usted, para venir á decirle luégo que todo estaba corriente, que la casa no le ha necesitado nunca tanto como ahora, y que se abre una nueva carrera para ambos en nuestra calidad de socios. Mi querido Clennam, tengo la mayor confianza en usted, y puede serme tan útil como yo para mi socio. Su antiguo escritorio le espera y necesita mucho su presencia. Nada hay ya que pueda retenerle aquí ni media hora.

Sucedióse una pausa, durante la cual Arturo permaneció con la vista fija en el patio, mientras que se acercaba á él la que debía ser muy pronto su esposa.

—He dicho—añadió Doyce—que nada podía retenerle aquí media hora más; mas paréceme que he sentado un hecho erróneo. ¿Me equivoco al creer, querido Clennam, que prefiere usted no salir de aquí hasta mañana por la mañana? ¿Habré adivinado, sin ser muy malicioso, dónde desea usted ir directamente al salir de esta habitación y de esta cárcel?

—Sí—contestó Arturo—ese es mi ardiente deseo.

—¡Muy bien!—repuso Daniel—en tal caso, si la señorita me hace el honor de considerarme durante veinticuatro horas como un padre, y me quiere acompañar hacia la iglesia de San Pablo, sin duda encontraremos algo qué hacer allí.

La joven y Daniel Doyce salieron á poco, y Meagles se quedó para hablar dos palabras con su amigo.

—Creo, Arturo—dijo—que mañana por la mañana podrá usted prescindir de la madre y de mí, pues ella pensará al punto en su hija, y ya sabe usted que se enternece muy pronto. Mejor será quedarnos en Twickenham.

Dicho esto, separáronse los dos amigos... y el día tocó á su fin, y transcurrió la noche, y reapareció el día; y la niña Dórrit, tan sencillamente vestida como de costumbre, penetró

en la prisión con los primeros rayos del sol, sin más compañía que Maggy. En la mísera habitación todo era felicidad aquella mañana. ¿Dónde se hubiera podido encontrar en el mundo otra en que reinase tan tranquila dicha?

—Amor mío—dijo Arturo—¿por qué enciende Maggy el fuego, puesto que nos vamos en seguida?

—Yo le he rogado que lo encienda..., porque me ha ocurrido una idea extraña. Quisiera que usted quemase una cosa por mí.

—¿El qué?

—Este papel doblado en cuatro; si quiere usted arrojarlo al fuego por su propia mano, tal como está, mi capricho quedará satisfecho.

—¿Es usted supersticiosa, mi querida Dórrit? ¿Será esto un talismán?

—Es todo lo que usted quiera, amigo mío—contestó la joven empinándose para besar á Arturo—con tal que consienta en obedecerme.

Clennam permaneció inmóvil delante de la chimenea, rodeando con un brazo la cintura de la joven, y cuando el fuego estuvo encendido le preguntó:

—¿Llamea ya lo suficiente?

—Sí—contestó la niña Dórrit.

—¿Y será preciso pronunciar algunas palabras mágicas?—preguntó Arturo acercando el papel al fuego.

—Sí, diga usted: «¡yo te amo!» si estas palabras son la expresión de lo que siente.

Arturo las pronunció, mientras que el papel ardía.

Pocos momentos después cruzaron el patio solitario, pues no se veía persona alguna, aunque más de un preso los miraba, oculto detrás de las cortinas. En la portería sólo encontraron un carcelero: era un antiguo conocido; y después que los dos le hubieron hablado algunas palabras con la mayor bondad, la niña Dórrit retrocedió y díjole, ofreciéndole su mano:

—¡Adiós, amigo Juan; le deseo á usted tanta felicidad como la que quisiera para mí.

Desde la cárcel se trasladaron á la iglesia vecina, y adelantáronse hasta el altar, donde ya los esperaba Daniel Doyce

en su calidad de padrino. Allí estaba también un antiguo amigo de la niña Dórrit, el anciano bedel que cierta noche le hizo una almohada con el registro de difuntos, y que parecía muy satisfecho de que se casase allí.

Y allí se efectuó la solemne ceremonia, mientras que el sol les iluminaba á través de la imagen del Señor pintada en los vidrios. Después entraron en aquella misma sacristía, donde la niña Dórrit durmió cierta noche, para estampar su nombre en el registro de matrimonios. Allí se hallaba Pancks, nombrado primer dependiente de la casa Doyce y Clennam, y que en su calidad de testigo daba el brazo derecho á Flora y el izquierdo á la sencilla Maggy. En último término del cuadro figuraban los Chiverys, padre é hijo, con los demás carceleros, que se habían ausentado un momento de la cárcel para ver á la hija feliz de la Mariscalía. Flora, á pesar de su reciente declaración, no parecía una mujer que acabase de retirarse del mundo; muy por el contrario, habíase vestido con todo lujo y parecía interesarse vivamente en la ceremonia, aunque manifestaba la agitación de una joven á quien acabasen de pedir su mano por primera vez.

Cuando la niña Dórrit se acercó para firmar, su anciano amigo el bedel le presentó la pluma diciendo:

—Esta señorita es una de nuestras curiosidades, y hela aquí llegada al tercer volumen de los registros de la parroquia: nació en lo que yo llamo el tomo primero; ha dormido en el suelo de esta sacristía con su linda cabeza apoyada en lo que llamo el tomo segundo; y por último inscribe su nombre en el tomo tercero.

Apenas firmaron los recién casados, todo el mundo se apartó para dejarlos pasar. Cuando la niña Dórrit y su esposo salieron de la iglesia, detuviéronse en los escalones del pórtico, contemplando la fresca perspectiva de la calle, iluminada en aquel momento por los dorados rayos de un sol de otoño.

Después bajaron... y luégo siguieron bajando por la escala de una vida feliz y pacífica, para prodigar al cabo de algún tiempo sus cuidados, no sólo á sus propios hijos, sino á los que Fanny abandonara... para brillar en el mundo. Arturo y la niña Dórrit atravesaron tranquilamente todas las fases de

su existencia, siempre dichosos é inseparables, sin dejarse dominar nunca del orgullo, de la vanidad y de todas las funestas pasiones que imperan en este mundo.

Indice

Capitulos.	Págs.
I.—*Los compañeros de viaje*	5
II.—*La señora General*	17
III.—*El camino*	21
IV.—*Una carta de la niña Dórrit*	35
V.—*Cuestiones de familia*	41
VI.—*Algo marcha*	57
VII.—*En el que se trata particularmente de los prismas*	73

Capítulos. Págs.

VIII.—*Lamentaciones de la viuda Gowan.* 83
IX.—*Aparición y desaparición.* 91
X.—*Los sueños de la mujer de Jeremías se complican.* 107
XI.—*Otra carta de la niña Dórrit.* 117
XII.—*Donde se habla de una gran conferencia patriótica..* 125
XIII.—*Los progresos de una epidemia.* 131
XIV.—*Consulta.* 145
XV.—*Se suplican las amonestaciones. «Resultando que no hay impedimiento para el enlace del señor... y de la señorita.* 159
XVI.—*La cosa marcha* 175
XVII.—*Desaparición* 183
XVIII.—*Castillos en el aire..* 197
XIX.—*El castillo en el aire se derrumba.* 207
XX.—*Que sirve de introducción al siguiente.* 227
XXI.—*Historia de un verdugo de sí mismo* 239
XXII.—*¿Quién pasa por aquí á esta hora?.* 245
XXIII.—*Affery hace una promesa condicional respecto á sus sueños.* 255
XXIV.—*La tarde de un largo día.* 267
XXV.—*El suicidio.* 275
XXVI.—*Borrasca.* 285
XXVII.—*El novicio de la Mariscalía..* 295
XXVIII.—*Visita oficial..* 307
XXIX.—*Lucha de generosidad en la Mariscalía.* . . . 323

CAPÍTULOS. PÁG.

XXX.—*Una entrevista grave*. 355

XXXI.—*El hundimiento*. 361

XXXII.—*La venganza de Pancks*. 375

XXXIII.—*El arrepentimiento de Tattycoram*. 381

XXXIV.—*La realización de un sueño*... 393